

ALEXANDRA RISLEY

*El reino  
de las almas  
robadas*



Alexandra Risley

# El reino de las almas robadas

Plataforma  
Editorial



Primera edición en esta colección: mayo de 2014

© Alexandra Risley, 2014

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2014

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

[www.plataformaeditorial.com](http://www.plataformaeditorial.com)

[info@plataformaeditorial.com](mailto:info@plataformaeditorial.com)

Depósito legal: B. 13505-2014

ISBN: 978-84-16096-99-2

Realización de cubierta: Dianna M. Marquès

Composición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

# Índice

**Final y principio**

**Capítulo 1**

**Capítulo 2**

**Capítulo 3**

**Capítulo 4**

**Capítulo 5**

**Capítulo 6**

**Capítulo 7**

**Capítulo 8**

**Capítulo 9**

**Capítulo 10**

**Capítulo 11**

**Capítulo 12**

**Capítulo 13**

**Capítulo 14**

**Capítulo 15**

**Capítulo 16**

**Capítulo 17**

**Capítulo 18**

**Epílogo**

Para J. J., quien me ayudó a crearme mi propia película

Ponme como un sello sobre tu corazón,  
como una marca sobre tu brazo;  
porque fuerte es como la muerte el amor.  
CANTAR DE LOS CANTARES, 8

# Final y principio

El dormitorio estaba a oscuras, salvo por una ínfima luz que brotaba del cuarto de baño.

El clic del interruptor desveló una habitación completamente revuelta. Había toda clase de objetos siniestros esparcidos por el suelo: discos de bandas deprimentes, libros con cubiertas oscuras, estuches de maquillaje que revelaban una ridícula devoción por el color negro y piezas de ropa que sólo una alumna en toda la escuela sería capaz de usar.

¿Qué había ocurrido allí? ¿Y dónde estaba ella?

Raven se detuvo en el umbral de la puerta con el ceño fruncido. A esas horas, Shadow solía hablar por teléfono con sus amigos o, en su defecto, escuchaba música estridente hasta bien entrada la medianoche, pero ahora no se la veía por ninguna parte. Probablemente había arrojado todas esas cosas durante uno de sus memorables berrinches. Quizás su madre había vuelto a llamarla.

Cerró la puerta soltando un suspiro. Dejó sobre la cama la caja que traía en las manos, que escondía el Alexander McQueen recién llegado de la boutique de Old Bond Street, y se quedó mirando el desorden. Parecía el escenario de un cataclismo. La señora Allen las enviaría con el director cuando viera aquel caos. Pero ella no iba a ordenarlo. No el último día de instituto.

Un par de guantes de estilo *vintage*, de esos que no llegan a cubrir los dedos, descansaba sobre una almohada. La expresión de Raven se suavizó. Caminó hasta ellos y los cogió cuidadosamente, examinándolos. Eran muy bonitos, pensó acariciando las fibras de color negro. Quizás Shadow los usaría al día siguiente durante el baile. Se imaginó a la chica con los guantes puestos, bailando sola en la pista, inmune a las miradas de reprobación, y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Era muy típico de ella escandalizar a los demás sin ni siquiera darse cuenta. Aunque lo habría considerado improbable unos meses atrás, Raven elogiaba la capacidad de Shadow para ser ella misma. ¿Se molestaría si se los probaba un momento? Seguramente no. Se encajó los

guantes con un entusiasmo desconocido, cuidando de no rasgar la malla, y estiró las manos para valorar su aspecto. Un poco atrevidos para su gusto. A Shadow le quedarían mejor.

Fue entonces cuando un sonido líquido le hizo dirigir la mirada al cuarto de baño. Una fuga. Descubrió la puerta entreabierta y, debajo de ella, un charco rojo que se desplazaba por los azulejos blancos, a un palmo de la alfombra. Sus músculos se contrajeron ligeramente. Raven se preparó para lo que parecía ser una de las célebres bromas de Shadow –la última del curso, esperaba– y caminó hasta el baño con pasos desafiantes.

Y entonces, cuando sus ojos percibieron el cuerpo sumergido en la bañera, cocinándose en su propia sangre, el mundo entero se oscureció.

No podía dejar de mirarla, aunque deseaba cerrar los ojos. Tragó saliva con dificultad y se acercó a la bañera con lentitud, preguntándose si no sería más que una pesadilla o una broma extremadamente cruel.

Shadow yacía inmóvil en el agua humeante, con los ojos abiertos. Sus brazos estaban rajados desde las axilas hasta las muñecas y la sangre escapaba de su cuerpo a chorros, mientras sus pies blancos, con la pedicura en negro, colgaban de la bañera.

Oh, no. No, no era una pesadilla, se dijo desinflando los pulmones con el aire contenido, presa del horror. Se sentía mareada, con ganas de arrojar la cena por la boca. Muerta. Shadow estaba muerta. Aunque no se atrevía a tocarla para asegurarse, sabía que aquel vacío en sus ojos azules, con el rímel corrido, era el de un cuerpo sin alma. Por algún motivo lo sabía.

Con los guantes negros aún puestos, Raven se dejó caer sobre las losas mojadas. Debía hacer algo; tal vez gritar, sacar el cuerpo de la bañera, llorar, llamar a la señora Allen, a las demás alumnas... ¡a una ambulancia!, pero sólo era capaz de permanecer inmóvil y jadear.

Se quedó sentada en el suelo, abrazándose las rodillas, dejando que una extraña sensación de angustia la engullera.

Muerta. Shadow estaba muerta.

Aunque ya no estaba mirándola, aquel rostro inerte flotando en sangre se había tatuado en su memoria. Raven tenía la dolorosa certeza de que aquella visión la acompañaría por mucho tiempo.

Y así sería, hasta el día en que volviera a verla.



## CAPÍTULO 1

# Recuerdos

La brisa de agosto le revolvía el cabello, como si se burlara de ella. Raven respiró el salitre marino que el odioso viento arrastraba consigo. Se aferró a ese aroma, procurando olvidarse de todo lo demás, pero, como siempre, olvidarse de todo lo demás era pedir demasiado.

Sentada frente a la estación de tren de Christchurch, un pueblecillo costero situado al suroeste de Inglaterra, miró su reloj con impaciencia. Esperaba que alguien hubiera recordado pasar a recogerla; un retraso de veinte minutos era un delito imperdonable... aunque quizás no tanto como la imposición de aquel viaje. De cualquier manera, la espera resultaba agobiante. Los turistas que pasaban junto a ella la miraban como si fuera una niña extraviada aguardando a que un funcionario de los servicios sociales acudiese a rescatarla.

Cuando recordó que pasaría las próximas dos semanas en aquel sitio, casi se sintió enferma. No estaba de ánimo para vacaciones, pero tampoco tenía otra opción. Su madre la había obligado a abandonar su habitación del internado, con la esperanza de que unas vacaciones la ayudaran a salir del aturdimiento que la había engullido los últimos doce meses. Aunque Raven valoraba sus esfuerzos, aquel viaje era más de lo que podía tolerar. Deshacerse de ella no cambiaría las cosas.

No era que la desagradaran sus anfitriones: el tío Howard, la tía Beatrice y la prima Cynthia siempre se habían portado muy bien con ella. Tampoco era el hecho de que sus padres se hubieran divorciado poco tiempo atrás y ahora estuvieran volcados en sus nuevas relaciones de pareja. No. Las verdaderas razones de su estado eran tan dolorosas que prefería no pensar en ellas.

Sacó el iPod y se colocó los auriculares con un gesto de hastío. Empezó a sonar *Alice*, de Avril Lavigne, un tema que hacía alusión al cuento de *Alicia en el país de las*

*maravillas...* curiosamente, la canción favorita de la chica a la que Raven había llegado a considerar su única amiga en el instituto.

Debió haber advertido que aquella asociación involuntaria sería su perdición.

Cuando escuchó las primeras notas, su mente regresó fugaz al dormitorio del Colegio Saint Augustine. Shadow llevaba puesto el vestido de gala y tenía las venas abiertas. Muerta. La chica estaba muerta en su bañera. Una sensación de pánico la abrasó por dentro. Su respiración se transformó en una cadena de jadeos y se arrancó los auriculares con un movimiento brusco, como si la música hubiera sonado con un volumen demasiado alto. Los fantasmas habían regresado.

El último año de su vida había sido un infierno. No había otra manera de describirlo. Después de descubrir el cadáver de su compañera de dormitorio, Raven vio entrar y salir de la habitación a maestros, alumnos curiosos y finalmente a los sanitarios, quienes, tras comprobar que Shadow se había desangrado, hicieron ir a los forenses para recoger el cuerpo. Más tarde, había tenido que enfrentarse a los interminables interrogatorios de la policía y a sus rostros rudos, que parecían estar esperando la confesión de un crimen.

El reverendo Roggen, el director del instituto, suspendió todas las actividades relacionadas con la graduación, y la noche siguiente, en vez de un baile, el pomposo salón del Saint Augustine celebró un funeral; el de Shadow Richter, la chica rara. El acto consistió en un sermón frío. Roggen leía pasajes bíblicos alusivos a la muerte sin borrar el ceño fruncido que le partía la frente, como si odiara hacer aquello. Se refirió a Shadow en más de una ocasión como «esta pobre desventurada» y pidió clemencia para su alma. Raven, que estaba sentada en primera fila, junto a los únicos tres maestros que habían asistido, oyó que una alumna de primer año le susurraba a otra que Shadow iría al infierno, al igual que todos los que cometen suicidio.

Entretanto, los demás estudiantes la miraban a ella con un dejo de compasión. Raven Davis era la infeliz que había compartido el dormitorio con la loca a la que todos evitaban como a la peste. Algunos alumnos habían iniciado un perverso rumor que aseguraba que las dos chicas se hallaban en medio de un ritual satánico, cuando Shadow enloqueció y se rebanó las muñecas con un abrecartas. Otros aseguraban que fue Raven quien perdió la razón y terminó matando a Shadow en venganza por sus bromas pesadas.

Nadie entendió por qué tomó la decisión de acabar con su vida y seguramente nadie lo sabría, pues ni siquiera había dejado una nota. Raven habría deseado ayudarla de algún modo, pero la doctora Murchinson, la psicóloga de la escuela, y la doctora Clark, la de

su mutua, coincidían en que no era un pensamiento saludable. Shadow había tomado una decisión que no involucraba a nadie más. Ella misma se había ganado su destino.

Ninguna de aquellas especialistas había conseguido que se sintiera mejor. Las pesadillas y los pensamientos angustiosos seguían atormentándola a menudo. A veces pensaba que el tiempo la ayudaría, pero el tiempo pasaba y su memoria recuperaba aquel suceso una y otra vez con la misma intensidad.

Raven sacudió la cabeza para disipar los recuerdos de su último año. Echó otro vistazo al reloj. Comprobó que ahora eran treinta y dos los minutos de retraso. Se sintió tentada de regresar a la taquilla, comprar un billete de vuelta a Londres y largarse de allí mientras tuviera oportunidad. Pero justo cuando se ponía de pie, dispuesta a emprender la huida, el coche de Cynthia apareció en el aparcamiento de la estación.

—¡Raven! —gritó haciéndole señas desde el vehículo—. ¡Raven! ¡Aquí!

Raven la saludó con la mano, sin una pizca de entusiasmo. Tomó su bolso y caminó hasta el destartado Nissan 300 ZX de 1988, lamentándose por haber desaprovechado su oportunidad.

Cynthia era la hija menor de los tíos Howard y Beatrice, y era considerada por muchos la belleza de la familia. Tenía dieciocho años, al igual que Raven, pero parecía más joven, tal vez debido a su estatura, que rondaba el metro sesenta. Su rostro, siempre moreno, era pequeño y redondeado, como una moneda de un penique, y el cabello rubio ceniza le caía por la espalda recogido en una trenza. Sus ojos, grises y vivaces, parecían captarlo todo con asombrosa rapidez, desde una jaqueca hasta un corazón roto. Aunque eran parientes, no podían ser más distintas. Raven era alta, pálida y tenía el pelo castaño oscuro cortado a la altura de la mandíbula, como Blancanieves. Su humor lánguido del último año también desentonaba con la euforia de su anfitriona. Juntas parecerían el día y la noche.

Raven también era hermosa, pese a no ser del tipo de chicas que se preocupan por el maquillaje y la moda. En una ocasión, Shadow le había puesto sombra de ojos negra, lápiz de labios y rímel para animarla a cambiar su aspecto de «niña desamparada», pero, al mirarse al espejo, emitió un quejido de pavor. Parecía una extra del musical *Cats*. Mientras su compañera soltaba una risotada, corrió al cuarto de baño para lavarse la cara... El mismo cuarto de baño donde la encontraría muerta dos meses después.

Cuando Raven entró en el coche, Cynthia la saludó y se le arrojó encima desde el asiento del piloto. Le dio un largo abrazo de oso, que ella recibió cohibida —su madre y

ella no eran de las que daban abrazos—. Hizo un esfuerzo por no parecer insípida y la abrazó también.

Raven dejó crecer en sus labios una media sonrisa de agradecimiento, pero, en lugar de complacer a Cynthia, le provocó una mueca inequívoca de compasión. Un gesto que ya había visto en demasiados rostros con anterioridad.

—Oh, cariño —dijo, mirándola como si estuviera enferma—. No lo has superado aún, ¿verdad?

Raven suspiró. No es que no lo hubiera intentado. Su madre lo sabía, sus psicólogas lo sabían... y ella lo sabía. No había forma de superar el hecho de que su compañera de dormitorio del instituto se hubiera suicidado y ella la hubiera encontrado antes que ninguna otra persona. No era el tipo de cosas que alguien pudiera superar en un año.

—Créeme —respondió dando un portazo—. Aún lo intento.

Cynthia condujo con la radio a todo volumen por las estrechas calles de piedra de Christchurch.

Los tíos de Raven vivían en aquel pueblecito turístico donde la gente, también los que no eran turistas, se daba el lujo de vestir *shorts* y camisetas, ya fuera en la playa, en el centro comercial o incluso en la iglesia. También era un pueblo de jubilados, como el tío Howard, quien se había mudado allí con su familia hacía unos seis o siete años, después de trabajar toda su vida en la compañía ferroviaria. Desde entonces, Raven había pasado algunos veranos con ellos.

Las calles del centro estaban colapsadas por el tráfico. Cynthia había pasado media hora en un embotellamiento antes de llegar a la estación de tren y había estado disculpándose con su prima por ello la mayor parte del viaje. Dondequiera que Raven mirara, veía turistas distraídos, cargados con bolsas. Los cafés y restaurantes estaban abarrotados de clientela; los parques públicos, repletos de niños revoltosos. Tres muchachos excesivamente bronceados subían unas tablas de surf a la parte trasera de una camioneta, aunque en Christchurch no había olas. Cynthia se levantó las Ray-Ban para mirarlos mejor. Los chicos le devolvieron una mirada embelesada, casi tropezando entre ellos.

Cuando se acercaron al muelle, el rugir de las olas y el olor salino del océano se colaron dentro del coche. Cynthia bajó las ventanillas y ambas absorbieron el aroma con

un gesto de placer. A Raven le pareció curioso que, después de pasar un tercio de su vida cerca del mar, su prima disfrutara de ese olor tanto como ella. En su lugar, tal vez ya se hubiera aburrido.

—Mamá está en plena crisis de los cincuenta —confesó Cynthia mientras bajaba el volumen de la radio—. Tienes que verla, se ha metido en una de esas clases de yoga para *dummies* e insiste en que la acompañe. Por favor, si te convence para ir, no me involucres a mí. Ya tengo suficiente con sus menús bajos en calorías.

—No te preocupes —dijo Raven. Estaban atravesando un puente de piedra desde donde podía verse un riachuelo que desembocaba en el mar, no muy lejos—. El yoga no es lo mío.

—¡Gracias a Dios! —suspiró—. Creí que ibais a declararme la guerra. Ya estaba preparándome para odiarte, como cuando éramos pequeñas y siempre te obligaban a delatarme cuando hacía diabluras.

—Si te sirve de consuelo, mamá pasó por una etapa similar, pero no le duró ni seis meses.

Raven recordó las salidas de Holly con el guapo entrenador colombiano. Habían pasado sólo ocho semanas desde el divorcio, pero ella estaba eufórica, como si tuviera veinte años de nuevo. Poco menos de seis meses después, cambió al entrenador por su actual pareja, Oliver, un empresario del West End al menos veinte años mayor que ella, y le dijo adiós al gimnasio para siempre.

—Tu madre es más joven que la mía —le recordó Cynthia mientras daba la vuelta al volante para cruzar en una esquina—. ¡Además, ella está estupenda!

—No va a estar estupenda eternamente.

Cynthia rió.

—¿Cómo está, por cierto? ¿Cómo le van las cosas con Oliver?

Raven suspiró, encogiéndose de hombros.

—Supongo que están contentos ahora que se han deshecho de mí.

—Oh, Raven —dijo con suavidad, negando con la cabeza—. Eres muy cruel.

—No pretendo ser cruel, hablo en serio —dijo ella entornando los ojos—. Tal vez necesitaban pasar unas vacaciones a solas. Estoy segura de que ahora disfrutarán de unos días maravillosos.

—Y... ¿van a casarse o algo así? —tartamudeó Cynthia. Raven sabía que estaba tratando de medir las palabras para dirigirse a ella, otra cosa que la gente hacía a menudo.

–El próximo año, en el Caribe. Mamá quiere una boda en la playa. –Hizo un esfuerzo para no poner los ojos en blanco–. Ya os llegará la invitación por correo.

–¡Eso es maravilloso! –exclamó eufórica–. ¿No te alegras por ella?

–Sí... Supongo que sí –respondió cruzándose de brazos y mirando a lo lejos.

Cynthia le dirigió una discreta mirada de reojo.

–¿Quieres hacer algo hoy? –preguntó al cabo de un momento–. Podemos ir a ver una película. Están dando una de Clive Owen. He visto los tráilers y te aseguro que estoy más enamorada que nunca –afirmó llevándose una mano al pecho con gesto soñador.

–Oh, claro, recuerdo que te gustan los mayorcitos –dijo en tono socarrón.

–Discúlpame, pero es cosa de familia –la reprendió con gesto burlón–. Si no me crees, pregúntale a tu madre o a la mía... o a la tía Daisy...

Qué curioso. Las tres hermanas estaban casadas o comprometidas con hombres al menos quince años mayores que ellas. Raven nunca había prestado atención a aquel pequeño detalle. Oliver, su futuro padrastro, con su calva y su bigote canoso, encajaba a la perfección en aquel estereotipo.

–Tienes razón –le dijo frunciendo el ceño–. ¿Crees que será nuestro destino?

–Por lo menos es el mío. Espera a conocer a Bryant –le dijo con una risita tonta.

–¿No estabas con... Rob o Todd? –le preguntó con los ojos entornados, intentando recordar el nombre del novio que le había presentado en su última visita a Londres, las Navidades pasadas.

–No, olvida a ese payaso –murmuró, repentinamente furiosa–. Bryant me ha escrito hace un rato. Quiere que salgamos esta noche. ¿Te apuntas?

Raven se giró para mirarla con reparo.

–¡No! ¡Ni hablar!

–Oh, por favor –suplicó haciendo un mohín–. Le diré que traiga a un amigo para ti, así no harás de sujeta velas.

Raven abrió la boca con incredulidad.

–Cynthia, hablo en serio. Y no tengo ganas de salir con un chico que no conozco.

–Pero ¡creía que habías venido a divertirme! –¿Divertirse? Raven apenas podía recordar el significado de aquella palabra. Le puso mala cara–. Está bien –aceptó Cynthia–. Entonces, ¿al cine?

Raven reflexionó. Debía intentar no parecer una fugitiva de un psiquiátrico. Estaba dispuesta a tratar de pasarlo bien las siguientes dos semanas y no pensar en el suceso que

la había atormentado durante un año entero. Si no funcionaba para ella, al menos habría hecho sentir bien a sus anfitriones. Y eso era de momento lo más importante.

—Sí. Dile a Clive que nos guarde unos canapés.

Los tíos Howard y Beatrice la recibieron con los brazos abiertos.

Los Brown vivían en una magnífica casa-muelle, a unos pocos minutos del centro del pueblo, y en vez de patio trasero tenían el río Avon, que fluía apaciblemente antes de desembocar en el mar. El tío Howard era propietario de un pequeño barco, donde Raven había visto los atardeceres en el mar más alucinantes de toda su vida, y les prometió un paseo al día siguiente.

Después de cenar, fueron a ver la película de Clive Owen. Al salir, Cynthia insistió en que fueran a un pub llamado Jack's Inn. Raven no estaba muy entusiasmada con la idea, pero accedió a acompañarla. El establecimiento era una taberna irlandesa con paredes revestidas de cedro y un arsenal de botellas exhibidas detrás de la barra. A aquella hora, el local estaba atestado de turistas y estudiantes de inglés que conversaban animadamente con sus jarras de cerveza en la mano.

Cynthia pidió una cerveza para cada una y una bolsita de cacahuets salados. Aunque no estaba acostumbrada a beber, Raven aceptó el vaso rebosante, dándole un pequeño sorbo para evitar que se derramara. Estaba amarga, pero helada y espumosa. El sabor le produjo una sensación agradable en la lengua.

Encontraron una pequeña mesa con dos sitios libres en el rincón más bullicioso del pub. Se acomodaron en las butacas mientras comentaban lo bueno que estaba Clive en la película. Para entonces, Raven había devorado la mitad de la cerveza. Cynthia la miraba estupefacta.

—Cariño, deja para más tarde, ¿quieres? —dijo riendo y retirándole el vaso con delicadeza—. No es agua.

—Está muy buena esta cerveza —dijo Raven sacudiendo el vaso espumoso—. Deberíamos pedir una jarra la próxima vez.

—Y tú que no querías venir...

Hablaron de los planes de Cynthia para mudarse a York el próximo otoño, cuando comenzaría la carrera de Enfermería en la universidad. Había trabajado como voluntaria en un hospital durante dos años antes de entrar en la facultad, y hacía sólo quince días

había recibido la carta de aceptación, por lo que estaba emocionada y ansiosa a la vez. Cuando le tocó a Raven hablar de su futuro, no hizo más que encogerse de hombros y estirar el cuello para mirar hacia los surtidores de cerveza, mientras le acercaba a Cynthia el vaso vacío.

Una media hora más tarde, ya se habían bebido dos cervezas cada una. Raven había empezado a relajarse poco a poco, hasta que una sensación de plenitud la invadió. Cuando fue consciente de su estado, se vio hablando sin parar, mucho más fuerte de lo que solía hacerlo. La lengua se le secaba con facilidad, incrementando su sed.

Cynthia se puso de pie para buscar más cerveza justo cuando dos hombres altos aparecieron abriéndose paso en medio de la muchedumbre del bar. Parecían salidos de un anuncio de Australian Gold, a juzgar por sus bronceados uniformes, sus cuerpos atléticos y sus cabellos concienzudamente despeinados. Uno de ellos, rubio y de ojos de color café, miraba a Cynthia con familiaridad y avanzaba hacia ella como si fuera un normando dispuesto a saquear un poblado enemigo. Raven calculó que tendría unos treinta años. El otro, de cabello castaño oscuro y ojos verdes, tenía un aspecto mucho más juvenil, casi de niño bueno, de no ser por el *piercing* que le atravesaba una ceja. Nerviosa, apartó la mirada. Los *piercings* le recordaban demasiado a Shadow.

—¡Bryant! —Cynthia corrió hacia el rubio. Le dio un largo beso en la boca mientras se le colgaba del cuello como una lapa.

Raven estaba confundida, pero no tanto como para no darse cuenta de que todo era parte de un plan. Cynthia había quedado con aquellos tipos y la había llevado allí engañada. Le echó un vistazo al guapo acompañante que habían traído «para ella» y se encontró con una mirada de incuestionable interés. Apartó el rostro para que el chico no notara que se había ruborizado. Toda su confianza se esfumó en un abrir y cerrar de ojos.

—Cariño, quiero que conozcas a mi prima de Londres, Raven Davis —le dijo Cynthia a su novio cuando tuvo la decencia de despegársele de los labios—. Está de vacaciones en Christchurch y va a acompañarnos las siguientes dos semanas. Raven, ellos son Bryant y Matt.

—Es un placer, Raven —le dijo Bryant.

—Vaya, me alegro de no haber volado esta tarde —murmuró el otro con una sonrisita insolente—. ¡Lo que me habría perdido!

En efecto. Aquella típica elevación sonora, que hacía que cada frase pareciera una pregunta, le confirmó que Bryant y Matt eran australianos. ¿Qué diablos hacían dos



australianos en un pueblo de la costa inglesa? Sintió la tentación de preguntárselo, con la misma entonación hostil que sonaba en su cabeza, pero enseguida pensó que era una pésima forma de iniciar una conversación. Correspondió al saludo con toda la amabilidad que fue capaz de mostrar, estrechando sus manos. Después le dirigió una sonrisa afilada a su prima.

Cuando los chicos fueron a buscar más bebidas, Raven aprovechó para darle un codazo a Cynthia entre las costillas. Ella respondió con un chillido.

–Dijiste que no íbamos a quedar con tus amiguitos –le dijo a modo de protesta.

–Lo siento, lo siento. –Cynthia no pudo elegir un momento peor para apelar a su arma secreta, la memorable imitación de *El gato con botas*–. Por el amor de Dios, Raven, ¿los has visto? Están buenísimos, y por desgracia no van a estar mucho tiempo aquí.

–¡No es mi problema, Cynthia! Podías haberme dejado en casa e irte con ellos... No puedo creer que me hagas esto.

–Te estoy invitando a socializar un poco, no a beber arsénico –le espetó en voz baja–. Relájate. Esto lo estoy haciendo por ti... Bueno –corrigió, mirando otra vez a Bryant embelesada–, más bien por las dos. Será sólo una insignificante hora. Te prometo que después nos iremos a casa como dos niñas buenas.

Raven se humedeció los labios con la lengua al ver que Matt se acercaba a la mesa con un vaso de cerveza en cada mano. Su sed se había incrementado con la rabieta.

El resto de la noche transcurrió en medio de charlas triviales. Raven no abrió la boca sino para responder a un par de preguntas, por lo que Cynthia, como de costumbre, pasó a ser el centro de atención. Escucharon las anécdotas de los viajes de negocios de los chicos Australian Gold, quienes trabajaban para una compañía que vendía yates de lujo por catálogo. Bryant estaba tratando de convencer a Cynthia para que persuadiera a su padre de cambiar su viejo bote por uno con cuatro camarotes dobles y velocidad máxima de treinta y un nudos. Cynthia fingía que lo escuchaba mientras Raven se burlaba para sus adentros. Sabía de sobra que el tío Howard jamás cambiaría a *Nessie*, el viejo barquito que tanto amaba, por uno de esos «caros y pretenciosos palacios flotantes».

Más tarde, fueron a caminar por el paseo marítimo, que estaba a sólo media calle del pub. Raven estaba tan mareada que no tuvo fuerzas para oponerse. Siguió a Cynthia y a los australianos hasta un caminito desde donde se podía bajar hasta la playa. Bryant cogió a su prima en brazos para bajarla y Matt hizo lo propio con ella, no sin aprovechar la oportunidad para manosearla un poco.

El mar emitía rugidos delicados; el viento le acariciaba el cabello y le escocía los ojos con el salitre. Estimulada por la bebida, se concentró en caminar en línea recta, después de quitarse los zapatos de dos patadas. Bajo sus pies percibió la suave textura de la arena, como alfombras de terciopelo. Matt se rió al oír el ronroneo de placer que se le había escapado sin querer.

—Me parece que te encanta el mar —le dijo cerca de su oído para que lo escuchara por encima del sonido de las olas—. Deberías venir a Australia conmigo. Cada playa tiene un encanto particular. Ninguna se parece a otra que hayas visto.

—Australia está un poco... lejos, ¿no crees?

—Cada kilómetro de vuelo vale la pena —afirmó con un brillo ladino en los ojos—. Puedes quedarte en mi apartamento si quieres... Vivo solo.

—Oh. —Fue lo único que pudo pronunciar como respuesta.

Matt siguió hablando sin parar, mientras Raven veía a Cynthia y a Bryant caminar abrazados delante de ellos. Jugueteaban y correteaban por la arena como críos.

Al cabo de un rato, Cynthia se separó de su novio y corrió hasta Raven para tener una de esas charlas femeninas intermedias en una cita doble. Completamente consciente de las intenciones, Matt se retiró para hablar también con su amigo.

—¿Y? ¿Qué te parece Bryant? ¿No es guapo? —preguntó rodeándola con un brazo.

—Sabes que sí lo es —respondió con un suspiro—. Pero va a llevarse un chasco cuando sepa que esta venta no podrá hacerla... Y me refiero al yate.

Cynthia dejó escapar una risita.

—Claro que no va a hacer ninguna venta. ¿De dónde podría sacar papá sesenta mil libras para un yate de lujo? Es sólo para mantenerlo interesado —confesó en susurros—. ¿Y qué opinas de Matt? Misterioso, ¿no?

—Claro, sus intenciones son un enigma —dijo con sarcasmo, arrastrando las palabras.

—Raven, haz un esfuerzo. Es un chico muy majo y se ve que le gustas. —Y se marchó con Bryant sin escuchar sus quejas.

Los cuatro juntos caminaron hasta el final de la playa, donde la luz mortecina de las estrellas apenas les permitía distinguirse las caras entre sí. Se sentaron en la arena, al pie de un peñón no muy elevado, y Cynthia se arrinconó junto a Bryant. Raven comenzaba a sentirse verdaderamente incómoda.

Matt le hizo un gesto caballeroso con la mano para invitarla a sentarse más cerca de él y ella accedió de mala gana. No era que le desagradara del todo; el chico tenía unos ojos

increíbles y una sonrisa con hoyuelos que daba gusto mirar. Pero no se sentía preparada para relaciones, y mucho menos con un vendedor pretencioso que actuaba como si todos sus cumplidos fueran regalos divinos. Muy pronto, él y su amigo se largarían para seguir vendiendo sus yates caros en otras ciudades. Tanto Cynthia como ella corrían el riesgo de ser sólo una aventura.

Raven estaba acostumbrada a otras cosas. Los dos o tres chicos que habían intentado algo con ella en el Saint Augustine tenían una pinta mucho más inofensiva. Eran de los que la invitaban al cine, le abrían la puerta de la clase y le dejaban caramelos M&M's en el cajón del escritorio. Pero Matt no parecía de los que regalaban dulces y escribían tarjetas. Podía leer en su mirada que él había superado aquella fase hacía años.

Con el rabillo del ojo, atisbó a Cynthia y Bryant besándose con pasión. Apartó la mirada y la centró en las crestas de las olas, que apenas podían avistarse en la oscuridad. Aquello no era buena señal.

Al cabo de un momento, oyó algunas voces que se aproximaban desde el camino que habían dejado atrás. Era una pareja que tonteaba y que, al ver que otras cuatro personas ya habían ocupado el lugar donde pretendían intercambiar caricias furtivas, se dio media vuelta y se marchó. Raven no necesitaba que se lo explicaran. ¿Qué diablos hacía ella allí? ¿Cómo se había dejado convencer por su prima para llegar hasta allí?

Estaba a punto de interrumpir a Cynthia para pedirle las llaves del coche, cuando Matt se inclinó hacia delante con intenciones de besarla en los labios. Raven, con una expresión de espanto, apartó el rostro a tiempo y lo miró como si fuera a asesinarlo.

—¿Qué te pasa? —protestó con el corazón dando tumbos en su pecho.

—Tranquila, no hay nadie mirando ahora —le dijo mientras le ponía una mano en el muslo.

Raven le dio un empujón con todas sus fuerzas, aunque apenas logró moverlo. Hecha una furia, se levantó y corrió de vuelta al paseo, sintiéndose sobria de repente. Cuánto se arrepentía de haber bebido aquellas cervezas y de haber accedido a ir a esa playa. Aquel estaba lejos de ser su comportamiento habitual. ¿En qué estaba pensando?

Oyó los gritos de Cynthia a sus espaldas, pero no se detuvo. Su prima tuvo que dar una buena carrera para alcanzarla.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha portado mal contigo?

—No quiero estar aquí, eso es todo —respondió Raven sin mirarla a los ojos.

—Está bien, como quieras, vámonos —convino de buena gana.

–Si tú quieres quedarte, hazlo. No tengo problemas para volver sola.

–No, Raven, yo te traje y yo te llevaré a casa... –dijo con un rastro de vergüenza en sus ojos. Raven se detuvo para mirarla–. Debí comprender que esto era demasiado para ti.

–Pero ¿qué pasará con Bryant? –preguntó Raven volviendo a mirar fugazmente el camino de arena. Ninguno de los dos australianos las había seguido.

Cynthia le dirigió una mirada comprensiva.

–No voy a dejarte sola por un chico.

Al poco rato, estaban otra vez en casa de los Brown.

Raven se sentó en los tablones del muelle, a un lado de *Nessie*, el viejo barco del tío Howard. Metió los pies en el agua, que era cálida y ejercía un magnífico efecto relajante. No pudo evitar sentirse culpable por haberle arruinado la noche a Cynthia.

–Por favor, no vayas a caerte –le dijo esta en broma, al verla tan cerca del agua–. ¿Quieres un Red Bull?

Raven ignoró la pregunta.

–No tenías que quedarte conmigo –la acusó con timidez–. Podía volver sola.

Cynthia sonrió, negando con la cabeza. No parecía importarle mucho el hecho de haber dejado plantado a Bryant en la arena. A Raven le produjo un ligero alivio que su prima no estuviera molesta.

–¿Y qué importa? –dijo con desdén–. De todos modos, mamá no iba a dejarme volver tarde. –Raven la miró con incredulidad–. ¡Te lo juro, no soy tan libertina como crees! Todavía vivo bajo este techo y, si quiero seguir haciéndolo, debo comportarme.

Dejó escapar una risa amarga antes de sentarse a su lado sobre los tablones. De pronto, el rostro de Cynthia se ensombreció.

–Raven, aunque lo he intentado todo el día, no puedo ignorar el hecho de que... estás muy triste. Y te juro que no lo digo por lo que ha pasado esta noche. ¡Matt es un bruto insolente y yo una loca al pensar que podía gustarte! –aclaró con rapidez–. Sé que lo que ocurrió el año pasado fue... muy duro. Bueno –corrigió–, en realidad no llego siquiera a imaginar cómo te sentiste al ver... lo que viste, pero no puedes seguir así. Ha pasado un año. Ya es hora de que vuelvas a ser la misma de antes, ¿no crees?

Raven sabía que tenía razón. Para empezar, en otra época no habría bebido más de una cerveza, pero esa noche se había tomado cuatro en total, todo un récord en su historial etílico.

–Lo sé –afirmó agitando los tobillos hundidos en el agua.

–¿Quieres hablar de eso? –preguntó Cynthia mirándola con cautela.

–No.

Se hizo un largo silencio.

–Bien. –El atisbo de preocupación en los ojos de Cynthia no desapareció–. Como quieras. –Hizo un esfuerzo para levantarse, pero Raven se apresuró a detenerla, sujetándola por el brazo.

Cynthia volvió a meter los pies en el río. Un grillo comenzó a cantar en algún rincón del jardín. Se acomodó a su lado, al tiempo que sus ojos grises se entornaban con expectación. Raven comenzó a sentir frío, aunque sus manos estaban sudando. Un temor desconocido le aguijoneó el pecho y su corazón empezó a resonar como si fuera un tambor tribal.

–No soy... la misma –confesó mirando la vegetación que brotaba a las orillas del río Avon.

–¿Qué quieres decir con que no eres la misma? –preguntó Cynthia, que ya se había dado la vuelta en dirección a ella para prestarle toda su atención.

–Desde que Shadow murió... siento que ya no soy yo, ¿entiendes? –dijo sin saber si su prima iba a llegar a entenderla. Desde hacía mucho tiempo deseaba poder ser sincera con alguien; alguien que no hubiera tratado con tantos locos que empezara a dudar de su cordura–. Una parte de mí se fue. Es la única explicación que encuentro para todo esto.

–Oh, Raven... –La miró con tristeza–. No sabía que estuvierais tan unidas.

–No se trata de eso –corrigió enjugándose una lágrima–. El caso es que nunca fuimos grandes amigas. Al principio me asustaba mucho –confesó, recordando el semblante amedrentador de Shadow el día en que llegó por primera vez al Saint Augustine.

Los *piercings* de púas que le sobresalían de las comisuras de la boca y el que tenía en la lengua –y que le había mostrado intencionalmente para escandalizarla– habían bastado para empujar a Raven a gestionar en secreto un traslado de dormitorio que nunca se materializó. Shadow era rubia, pero se teñía el cabello de púrpura opaco, y su grueso flequillo ocultaba una mirada adusta que parecía decir: «Odio todo lo que se mueve». No pasó mucho tiempo antes de que Raven comprobara que el aspecto de su nueva

compañera era tan siniestro como su temperamento. Era malhablada y cruel, alguien que causaba pavor sólo con la mirada.

—Te entiendo... —asintió Cynthia. Ella había visto la foto de Shadow colgada en Facebook—. ¿Entonces...?

Raven volvió a apartar la vista mientras intentaba dar con las palabras adecuadas.

—Me siento un poco... responsable por lo que le ocurrió. Tal vez Shadow se sentía rechazada por mí, por sus padres, por todos en la escuela. Yo la juzgaba... —dijo con un dejo de resentimiento.

Era la primera vez que Raven hablaba del tema con tanta sinceridad. Durante las largas sesiones con las doctoras Murchinson y Clark, se había dedicado a escuchar más que a hablar. Las especialistas se portaban como si los problemas de ella fueran iguales a los de sus otros pacientes y sólo trataban de ayudarla a superar la terrible visión de la chica desangrada en la bañera.

—Ya lo sé —le dijo a su prima sin mirarla a los ojos—. Estás pensando que me creo muy importante...

—¡Claro que no! Sólo hace falta ver a Shadow para darse cuenta de que era... bueno, un poco diferente —dijo Cynthia, tratando de ser mesurada—. Pero tú tampoco le gustabas, ¡te odiaba! Así que estabas obligada a tratarla igual a como ella te trataba a ti. Sin embargo, no lo hiciste. Si alguien se portó bien con Shadow en esa escuela fuiste tú.

—No lo sé... —dijo sacando las piernas del agua y abrazándoselas contra el pecho—. No creo que me odiara... Bueno, tal vez sólo al principio. —Durante los primeros tres meses, Shadow le había hecho la vida imposible. Le gastaba bromas pesadas, difundía rumores embarazosos sobre ella y le ponía apodos obscenos que luego repetía en clase para que todos se burlaran a su costa. Gracias a ella, sus compañeros empezaron a llamarla Blancanieves, y Raven no supo que había algo muy sátiro detrás de aquel sobrenombre hasta que algunos chicos le preguntaron entre risas cuántos gramos inhalaba por las mañanas y si era cierto que había dormido con todos los enanos—. Pero un día se cansó de molestarme. Tal vez se dio cuenta de que su comportamiento no me afectaba. Después comenzó a ignorarme, hasta que nos toleramos lo suficiente como para vivir juntas.

—¿Y os volvisteis amigas? —le preguntó de nuevo.

—Algo así. —Se encogió de hombros—. Ella no era de las «amistosas». Esa era su frase favorita... Pero nunca le pregunté por qué. Sólo sabía que no toleraba a su familia...

Había algo que la inquietaba cuando iba a visitar a su madre. Y yo... seguía manteniendo mis reservas con ella. En el fondo creía que era peligrosa. Tal vez debí haber intentado conocerla mejor...

—No importa lo que haya pasado. ¡Está muerta! Shadow necesitaba la ayuda de un psiquiatra, no la tuya. ¿Crees que haciéndote su amiga habrías podido cambiar su realidad, fuera cual fuese? La gente que se suicida está muy perturbada, Raven.

Aquello tenía mucho sentido. No habría podido cambiar la vida de Shadow y, a juzgar por su comportamiento, ella tampoco habría querido que nadie interviniera en su vida... ¿O sí? Estaba a punto de decir algo a su favor, pero Cynthia la interrumpió.

—Por favor, déjalo... Quiero que dejes de pensar en este asunto tan espantoso de una vez. Tú estás viva y tienes un futuro, que seguramente es maravilloso. No dejes que Shadow te lo arruine... No te lamente por la muerte de alguien que deseaba morir.

Raven asintió, consciente de que Cynthia estaba haciendo un esfuerzo para que se sintiera mejor. Su madre había hecho bien al enviarla a Christchurch. Seguramente había pensado que, con su carácter alegre y optimista, su prima sería una buena influencia para ella. Después de todo, Cynthia era el día y ella, la noche. No podía hacer más que asentir ante sus palabras sinceras, cargadas de significado, razonables y centradas.

Pero entonces, si ella estaba en lo cierto, ¿por qué Raven seguía sintiendo aquella punzada de dolor y de culpa con la que, algo le decía, iba a vivir el resto de su vida?

## CAPÍTULO 2

# La madriguera del conejo

A la mañana siguiente, Raven despertó sedienta y envuelta en una extraña sensación de nostalgia. Abrió los párpados con lentitud y sintió que la habitación se balanceaba hacia un lado, un síntoma claro de resaca. Se levantó de la cama con mucho cuidado.

Estaba en el dormitorio de su primo Sean, que se había mudado a Cambridge para ir a la universidad hacía un par de años. Examinó el lugar, tapizado con pósters de jugadores del equipo de fútbol local y bandas de rock con atuendos estrafalarios. En uno de ellos aparecía una cantante de cabello rubio que llevaba un mechón púrpura muy similar al «púrpura Shadow». La mera visión la obligó a apartar el rostro.

Se estremeció al recordar la noche anterior. De ahora en adelante iba a tener cuidado con el alcohol. También llegaron a su mente las confesiones que le había hecho a Cynthia; confesiones estimuladas por la cerveza, pero que la habían ayudado a sentirse un poco mejor.

Era domingo de compras en casa de los Brown, por lo que Cynthia y Raven se ofrecieron a ir al supermercado mientras la tía Beatrice se preparaba para su clase de yoga. Era una buena excusa para no acompañarla. Después de desayunar, se metieron en el coche y condujeron quince minutos hasta el centro de la ciudad.

Dejaron el vehículo estacionado al otro lado de Reid Street, ya que el pequeño aparcamiento del Tesco Express estaba repleto de autocares que transportaban a un ejército de turistas. Entraron en el establecimiento y, moviéndose con dificultad en medio de una turba de gente, cogieron todo lo que estaba en la lista.

Cuando salían del supermercado por la puerta principal, Raven oyó el pitido de su móvil. Era un mensaje de texto. Frunció el ceño, consciente de lo que aquello podía significar. El día anterior se había olvidado de llamar a su madre y, con toda certeza, ahora ella le reprocharía el descuido. Se llevó las bolsas de la mano derecha a la



izquierda y sacó el teléfono del bolsillo, al tiempo que Cynthia cruzaba la calle hasta el otro lado de Reid Street, sin percatarse de que Raven se había detenido.

Revisó la pantalla. En efecto, era un mensaje de su madre.

«Las diez de la mañana y no sé nada de ti. ¿Acaso te has olvidado de mí?».

Respiró hondo. Procedió a marcar el número y empezó a cruzar la calle. Intentó pensar en una excusa para justificar el olvido, pero ninguna acudió a su mente. Al menos, su madre iba a ponerse contenta al saber que su desquiciada hija había estado en el cine, en un pub, en el paseo marítimo y en el supermercado. Decididamente, omitiría el suceso de la playa, pensó mientras intentaba equilibrar el peso de las bolsas con su cuerpo.

Lo que Raven no pudo advertir fue que, mientras atravesaba la soleada calle, una camioneta azul doblaba la esquina a toda velocidad, haciendo rechinar las llantas sobre el asfalto. El vehículo avanzó con rapidez y, cuando ella levantó la vista y lo vio, ya era demasiado tarde. El conductor no le permitió reaccionar. La arrolló de la forma más implacable y la elevó en el aire con repetidas vueltas. Los productos del supermercado volaron por todo Reid Street, al igual que el móvil. La gente que había presenciado el suceso gritaba conmovida.

—¡Que alguien llame a una ambulancia!

Raven se quedó tendida en el pavimento, demasiado desorientada y sobrecogida por el dolor para quejarse. Un ramalazo insoportable le recorría todo el cuerpo, desde las caderas hasta la cabeza, pasando por la columna. Una humedad cálida le brotaba a chorros de la nariz, haciendo que su respiración quedara reducida a un brusco resuello.

Percibió el rugido de un motor y el chirrido de las ruedas de un coche sobre el asfalto antes de ponerse en marcha, como en una película de acción, y enseguida un tropel de gritos de indignación inundó la escena. Un gemido ahogado salió de sus labios. De inmediato se culpó por haber sido tan torpe. ¿Quién en su sano juicio cruzaba la calle sin mirar antes a ambos lados? Su madre iba a sermonearla por ello hasta que cumpliera los cuarenta, y siendo sincera se lo merecía.

No podía abrir los ojos, pero sí podía escuchar algunas voces a su alrededor. Reconoció a Cynthia, que pedía a gritos que llamaran a una ambulancia. En medio de todo aquel barullo, Raven permanecía inmóvil mientras una avalancha de recuerdos inconexos asaltaba su mente. Recordó su primer día en la guardería, cuando el malvado de Erick Ivankovic le untó pegamento en un ojo y la hizo llorar; así como la primera vez

que vio el ballet *El lago de los cisnes*, a los doce años, y lloró como una boba hasta que entró en el coche con sus padres. No sabía por qué aquellos pensamientos de su infancia reaparecían, pero, a medida que lo hacían, el dolor parecía apaciguarse.

Cynthia volvió a llamarla y esta vez su voz se oyó muy cerca, como un susurro al oído. Raven intentó contestarle con todas sus fuerzas, pero de sus labios no salió ni una palabra. Trató de abrir los ojos, pero sentía los párpados sellados. De pronto, recordó que había logrado marcar el número de Holly en su móvil. Trató de alcanzarlo a ciegas con los dedos, esperando que ella aún estuviera en la línea. Quería explicarle que sólo había sufrido algún rasguño, porque, a decir verdad, ya casi no le dolía nada. Aunque sabía que la bronca sería monumental, tenía tantas ganas de escucharla que no le importó desobedecer a Cynthia cuando le pidió entre sollozos que no se moviera. Arrastró su mano por la superficie áspera del pavimento y se sorprendió al notar que no quemaba, como hacía un instante. El suelo estaba increíblemente frío. Y ella también se sentía helada.

De pronto, todas las voces de su alrededor se apagaron de manera inexplicable, incluso los sollozos de Cynthia se extinguieron. Un silencio apacible la envolvía y una brisa fresca le soplaba en la cara. Los pensamientos angustiosos fueron sustituidos por una sensación de tranquilidad extrema. Se sentía tan bien que no le habría importado quedarse allí un buen rato, aunque seguramente la ambulancia no tardaría en llegar. Volvió a mover las manos por el suelo para coger su móvil. El dolor había desaparecido por completo. Incluso podía abrir los ojos.

El corazón de Raven se detuvo al contemplar su alrededor. Estaba en un espacio vacío e infinito que nada tenía que ver con la soleada calle del supermercado. No podía ser. ¿Tan fuerte había sido el golpe que estaba alucinando? ¿Había caído en coma?

Se puso de cuclillas para retomar la búsqueda del teléfono, pero una espesa neblina que brotaba de la tierra le impedía ver el suelo con claridad; no podía más que seguir buscando a ciegas. Buscó y buscó sin éxito. El móvil no estaba allí, como tampoco estaba Cynthia o la camioneta que la había atropellado. Mejor dicho... Raven ya no estaba.

Antes de que pudiera hacerse una idea acerca de adónde había ido a parar, una luz impetuosa la cegó por completo. Se cubrió el rostro con ambas manos para protegerse las pupilas, al tiempo que unos murmullos ininteligibles le llegaban desde algún lugar. Miró con cautela en dirección al resplandor y vio venir hacia ella a un sinfín de siluetas

humanas. Raven frunció el ceño y, cuando sus ojos se habituaron a la luz, pudo diferenciar los semblantes de aquellas personas. Todas tenían un aspecto somnoliento, pero en cada uno de esos rostros reinaba una paz absoluta.

La mayoría eran personas de edad avanzada, que caminaban distraídamente pero sin detenerse en medio de la suave bruma. Miraban a todos lados, como si fueran turistas extraviados, sonriendo de placer. Lo único que les faltaba, pensó Raven con sarcasmo, eran las cámaras fotográficas con flash. En cuanto se cruzaron con ella a mitad del camino, una extraña sensación de felicidad la invadió y se puso de pie inconscientemente.

Algunos de ellos seguían caminando sin reparar en ella, otros la miraban con indulgencia y la saludaban agitando la mano, como si la conocieran de toda la vida. Los extraños caminantes vestían atuendos tan disímiles como batas de hospital, pijamas pasados de moda e incluso *tops* y minifaldas. Se fijó en un muchacho con uniforme de bombero y en una mujer de la edad de su madre que avanzaba como poseída en medio de la muchedumbre, llevando de la mano a una niña de más o menos cinco años. La pequeña sonrió a Raven al cruzarse con ella.

Un novedoso instinto la hizo volverse y seguir la misma dirección que los caminantes, olvidando la idea de encontrar el móvil bajo la niebla, así como todos los pensamientos relacionados con el accidente. Al hacerlo, se dio cuenta de que la luz marcaba un amplio sendero que se extendía más allá de donde la vista alcanzaba. A lo lejos, más grupos de personas marchaban apacibles.

Caminó por aquel sendero con extraordinaria lentitud, al igual que las otras personas que iban con ella, como si estuviera actuando en una película que corría en cámara lenta. Aunque ella era una persona impaciente, aquella lentitud no la molestaba en absoluto. No tenía prisa, ni temor; no había en ella sensaciones humanas como la ansiedad, la autocompasión, la tristeza o la rabia. Se sentía liviana, como si pudiera volar. Con una determinación que desconocía poseer, Raven miró al frente, hacia donde se extendía el sendero bañado de luz, y siguió marchando mientras absorbía la visión de aquel territorio celestial.

Por un instante desvió la mirada hacia los espacios laterales del camino. Con los ojos entornados, percibió una extensa penumbra de la que los demás caminantes no parecían percatarse. Aminoró la marcha y contempló el lugar, forzando la vista para captar cada detalle.

Era un bosque oscuro y silencioso, donde apenas podían distinguirse las siluetas de los árboles, desprovistos de hojas, detrás de un ligero velo de bruma. Con sólo mirarlos, percibió un tenue relámpago de miedo, que rompió por un momento su sensación de plenitud recién adquirida. Raven se sintió confundida. ¿Cómo podía un lugar tan sublime estar rodeado de semejante oscuridad? ¿Qué había más allá?

Y entonces, cuando estaba a punto de abandonar su observación y retomar la marcha, distinguió con asombro un rostro familiar que se asomaba desde la penumbra hacia la luz. Se quedó petrificada, por lo que los demás caminantes tuvieron que esquivarla para continuar avanzando. No podía ser...

Estaba escondida entre unos arbustos, como si no quisiera ser vista por los caminantes, pero a la vez los observaba con asombro, con sus ojos azules abiertos como platos. Raven forzó la vista, aún deslumbrada por la luz celestial que marcaba el camino a algún lugar desconocido, y volvió a mirar entre los arbustos... Era ella. No había duda de que lo era.

Shadow.

Su ex compañera de habitación le devolvió la mirada. Su rostro se crispó con sorpresa y vergüenza en igual medida. Tenía el mismo aspecto que la última vez que la vio, con sus cabellos teñidos de púrpura y sus *piercings* plateados de púas sobresaliendo por las comisuras de su boca, pero sus ojos reflejaban una madurez insondable, como si hubiera vivido un millón de cosas de las que Raven no tuviera ni idea. En cierto modo, era la misma Shadow, pero a la vez parecía otra.

Sin poder creer del todo lo que estaba viendo, Raven respiró hondo y se dirigió hacia ella apartando a los demás caminantes casi a empujones.

—¡Shadow! —gritó.

Al ver que Raven caminaba hacia ella, Shadow sacudió la cabeza con inquietud, como si intentara disuadirla de seguir avanzando. Raven se había preguntado mil veces por qué se había quitado la vida y lo menos que podía hacer ahora que la veía en aquel paraje era exigirle una explicación.

—¡Shadow! —insistió.

Pero, en lugar de atender a su llamada, Shadow le dirigió una mirada inescrutable, se dio la vuelta y echó a correr en dirección al bosque oscuro que se abría ante ella. Al verla alejarse, Raven se detuvo. Un leve conato de tristeza rebrotó en su pecho y una avalancha de preguntas la asaltó. ¿Por qué Shadow no caminaba por el sendero, como

todos los demás? ¿Por qué estaba escondida, como si tuviera miedo de los caminantes? ¿Y por qué al verla había huido de ella como si hubiera visto un fantasma?

—¡Shadow! —volvió a llamarla, pero la chica rara del Saint Augustine ya se había perdido tras los árboles desnudos del bosque.

Una idea temeraria le cruzó la mente, pero no había tiempo para considerarla demasiado. Era ahora o nunca. Miró una vez más hacia el sendero iluminado, se mordió el labio inferior, se dio la vuelta y de un salto se introdujo en el bosque neblinoso.

Cuando llegó al otro lado, una sensación de miedo y angustia la invadió por completo, como si acabara de despertar de un sueño. La paz que la había acompañado en el sendero había desaparecido por completo.

Aunque su instinto le decía que no era una buena idea haber irrumpido en aquel lugar y que tenía que volver a la luz, Raven se adentró en la penumbra con la esperanza de encontrar a Shadow para llevarla consigo al camino. La muy tonta debía de tener miedo de los caminantes, como lo habían reflejado sus ojos al reconocer a Raven. Y pensar que ella era la bravucona del colegio...

La llamó repetidas veces, pero el sonido de su voz se convertía en eco al toparse contra los frondosos troncos de los árboles. Al mirarlos más de cerca, se dio cuenta de que eran enormes y que estaban cargados de ramas escabrosas, con formas de manos huesudas que arañaban el cielo. Sus raíces negras y sinuosas rompían el suelo, brotando como tumores en la tierra.

Miró por encima de su hombro y contempló el camino iluminado desde aquella nueva perspectiva. Apenas podía creerlo. Se veía tan distinto desde allí... Los caminantes no caminaban precisamente, sino que levitaban sobre una ligera nube blanca, envueltos en un poderoso rayo de luz que irradiaba desde sus espaldas. Este rayo parecía ser la fuerza que los impulsaba hacia delante.

Raven corrió por el bosque y siguió llamándola sin mirar atrás. Estuvo a punto de resbalar al pisar una roca húmeda de rocío y tropezó con algunas raíces, pero en ningún momento suspendió la marcha.

Al cabo de unos minutos, empezó a sentir frío, además de una insoportable sensación de desamparo, y se detuvo en medio del bosque. Aguzó el oído para tratar de percibir algún sonido, pero no pudo captar ni el canto de un grillo ni el ulular de algún búho. Ni siquiera soplaba el viento. Aquel lugar estaba desierto.

En ese momento, Raven percibió un movimiento fugaz detrás de un seto. Soltó un gemido ahogado. Sintió el impulso de esconderse o de escapar, pero enseguida pensó que Shadow estaba tratando de asustarla. Después de todo, ella siempre había disfrutado gastándole bromas pesadas.

Se quedó lívida cuando vio que una silueta salía de detrás de los arbustos con cautela y se acercaba a ella. No era Shadow, sino una mujer de mediana edad, con unos ojos grises enormes casi salidos de sus cuencas. Tenía un rostro anémico, dramático, como si hubiera surgido de un cuadro de Caravaggio o de una caricatura japonesa. Raven dio un paso atrás y tragó saliva.

—¿Eres un ángel? —le preguntó la mujer entre risas entumecidas, como si hubiera bebido más de la cuenta.

Raven negó con la cabeza, pero no abrió la boca. Se dio cuenta con cierto pavor de que el rostro cadavérico de la mujer no reflejaba ningún sentimiento de paz, como el de las otras almas que había visto en el sendero. No parecía feliz, sino confundida... muy confundida. Tal vez ella también necesitaba ser reorientada hacia el camino de luz.

—¿Has visto a Nigel? —inquirió, antes de que Raven pudiera preguntarle cómo se llamaba y qué diablos hacía allí.

—No sé quién es... Nigel —respondió mirándola con un dejo de compasión.

La mujer parpadeó y trató de decir algo más, pero parecía que las palabras se le hubieran quedado atrapadas en la garganta. De su boca sólo salieron sollozos entrecortados.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí...? ¿Por qué no estás allá con todos los demás? —preguntó Raven en susurros, pero la mujer ya no la miraba. Sus ojos enormes se habían quedado fijos en un punto del bosque mientras intentaba articular las palabras.

—Ellos me echaron... —gimió con un rastro de vergüenza, al cabo de un momento.

El corazón de Raven comenzó a latir con mucha fuerza, lo cual le resultó bastante extraño, ya que, mientras estuvo en compañía de los demás caminantes, había notado que todas sus funciones vitales se habían extinguido.

—¿Ellos? ¿Quiénes? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—No quieren que esté cerca de Nigel... No quieren que lo vea —repuso con un brillo demencial en sus grandes ojos—. Pero, si creen que voy a irme, están locos. ¡Voy a esperarlo!

Raven tragó saliva, alejándose un poco de la desconocida. ¿Quién era Nigel y quién era aquella mujer que desvariaba? No tenía tiempo de averiguarlo. Desvió la mirada y comprobó que el camino de luces no se veía por ninguna parte; parecía que había corrido lo suficiente como para perderlo de vista.

Cuando se volvió de nuevo, la mujer ya no estaba.

—¡Espera! —le gritó mientras corría intentando alcanzarla, aunque no tenía ni idea de adónde se había ido. Ni siquiera había oído sus pasos—. ¡Vuelve!

Miró a todos lados, pero no había rastro de la mujer. Vencida, Raven se preguntó si había hecho bien al intentar encontrar a Shadow. ¿Debía volver al camino y dejar que ella lo hallara por sí sola? ¿Y cuánto tiempo llevaba Shadow vagando por aquel bosque nebuloso?

No, no podía dejarla. Y tampoco podía abandonar a la mujer de ojos grises. Sin saber exactamente qué dirección tomar, Raven caminó en la oscuridad, abrazándose para contrarrestar el frío. Siguió gritando el nombre de Shadow, escuchando en respuesta sólo el eco de su propia voz.

Había recorrido una enorme distancia cuando las piernas comenzaron a dolerle. Raven se sentó sobre una enorme raíz con forma de espiral y, por primera vez desde que la camioneta la había arrollado, pensó seriamente en lo que le había ocurrido. Estaba muerta, por eso había visto a Shadow.

Muerta.

Pero ¿cómo podían dolerle las piernas si estaba muerta?

Dios... realmente había dejado de existir; apenas podía creerlo. El día anterior había estado recordando la muerte de su compañera de habitación y, al siguiente, ella también había perdido la vida. Si creyó que iba a arruinarles las siguientes dos semanas a Cynthia y a los tíos Howard y Beatrice, estaba muy equivocada. Les había arruinado mucho más que eso. Y en cuanto a su madre... No se atrevía a pensar siquiera en todo el daño que le había causado con su negligencia. ¡Cómo pudo cruzar la calle sin antes mirar a ambos lados! Otra vez la estúpida de Raven lo había echado todo a perder.

—¿Y ahora qué? —se preguntó en un susurro, abrazándose las rodillas para darse calor. ¿En qué consistía estar muerta?

La Biblia hablaba de un lugar en el que todas las almas buenas podrían descansar eternamente, pero aquel bosque distaba mucho de ser tal cosa. ¿Era el infierno, entonces? Si era así, ¿dónde estaban el fuego, las cámaras de tortura y los campos de fútbol donde los demonios practicaban penaltis con las cabezas de asesinos y dictadores? En vez de contemplar su idea del cielo y del infierno, sólo podía percibir una inmensa oscuridad, no absoluta, pero sí tenebrosa y silenciosa. Shadow y la extraña mujer debían de estar locas para quedarse en semejante paraje... ¡La muerte no podía ser tan patética!

Cuando se sintió preparada para retomar la caminata, se puso de pie y por primera vez contempló el cielo. Era una noche sin luna. ¿Acaso no había luna en el infierno o en el purgatorio? Refunfuñó, sintiéndose completamente ignorante en materia de vivos y muertos y lamentándose por no haber leído la Biblia lo suficiente como para saber lo que podía sucederle al final de sus días. Debió haberse tomado en serio las clases de Religión de la señorita Beachum y debió haber prestado más atención al sermón del reverendo Roggen durante el funeral de Shadow.

En fin. Estaba allí y se había prometido no regresar al sendero iluminado hasta dar con la atolondrada de Shadow Richter y tal vez también con la loca que buscaba a Nigel. Mientras retomaba la marcha por el camino oscuro, miraba a todas partes, preguntándose si habría más personas perdidas. Raven se sentía como *Alicia en el país de las maravillas*; por ir tras un conejo blanco había caído en una madriguera.

De pronto, sintió que algo le aferraba un pie e inmediatamente tiraba de ella hacia arriba con una fuerza bestial y la dejaba pendida en el aire, patas arriba.

Un grito de pavor salió de su garganta. Aterrada y desorientada, pidió auxilio, dando zancadas a la nada para intentar liberarse. ¿Era una broma o había caído en una... trampa para animales?

Un grupo de siluetas emergieron de la penumbra, rodeándola. No podía distinguir sus rostros, pero, a juzgar por sus figuras grandes y corpulentas, parecía que eran hombres. Al ver que una de las siluetas se le acercaba, volvió a gritar. Empezó a balancearse para librarse de la soga, desatando las risas de los extraños. Sus voces roncas y toscas le confirmaron que todos eran hombres.

Algunos de los desconocidos empezaron a empujarla de un lado a otro, haciendo que Raven se balanceara en el aire. Uno de ellos le propinó un golpe sonoro en la nalga, que le arrancó un grito de indignación, más que de dolor. Los demás reían estruendosamente.



–¡Dejadme en paz! ¿Qué es tan gracioso? –gritó al tiempo que empezaba a sentirse mareada con tantas vueltas.

Pero los hombres no se detuvieron. Raven oía aquellas risas mientras comenzaba a ver puntitos blancos a su alrededor. Sentía que toda la sangre le bajaba a la cabeza. Mareada y desorientada, intentó enfocar la vista, pero fue inútil en aquella posición.

–¿Qué pasa? ¿Ya no te sientes tan valiente, eh, pequeña zorra? –gruñó uno de ellos.

–¡Deja que te demos tu merecido, canalla! –bramó otro—. Vas a desear no haber venido nunca con nosotros.

¿Zorra? ¿Canalla? ¿Con quién creían que estaban tratando esos salvajes?

–¡Bajadme de aquí ya! ¡Os exijo que me dejéis bajar! –les ordenó con renovada ira, pero sus gritos no hicieron más que volver a desatar las risas de los hombres.

–¿O si no qué? –le increpó el que la había llamado zorra.

El hombre la cogió por los hombros y comenzó a darle repetidas vueltas en el aire para luego soltarla y dejar que girara sola en dirección contraria, como si fuera una piñata.

La cabeza le dolía y la vista se le nublaba, pero la rabia no la abandonó ni un segundo. Apretó los puños y, con todas sus fuerzas, le asestó un golpe en la cara a uno de los desconocidos, si no se equivocaba, el que la había insultado y después hecho dar vueltas. Todo lo que pudo oír fue un golpe seco al impactar con el rostro del hombre. El puño le dolió como si hubiera golpeado una roca.

–¡Me has pegado! –se quejó el salvaje.

El hombre le soltó una bofetada. Raven se llevó ambas manos al rostro, demasiado pasmada para llorar. Nunca la habían abofeteado en vida. El salvaje le cogió las manos con brusquedad y se las apartó de la cara, como si no quisiera darle la oportunidad de aliviar el dolor. Cuando se acercó a ella, pudo verlo mejor. Tenía la mitad del rostro desfigurado, producto quizás de una quemadura, y una horrible calva.

–No seas llorona, que no te he pegado tan fuerte.

Entonces, otro hombre, cuya voz Raven no había escuchado, apareció de la nada.

–¿Qué diablos estáis haciendo? –preguntó con un dejo de autoridad, haciendo que los demás dejaran de reír como hienas.

Los hombres retrocedieron ante la presencia del nuevo desconocido. Por la forma en que se dirigía a los otros y cómo estos respondían a sus órdenes, Raven pensó que se trataba del líder de la pandilla.

–Patrick, ¡la tenemos! –aseguró uno de ellos con orgullo–. ¡Tenemos a la Bufona!

¿La Bufona? Parpadeó para aclararse la vista. Vislumbró a unos diez pasos de distancia al desconocido que acababa de aparecer. Su cuerpo grande y fornido destacaba entre la cortina de niebla que arropaba el bosque, pero, como sus compañeros, su rostro permanecía envuelto en la penumbra. Aquel hombre le produjo más miedo que los demás.

Un segundo después, percibió el resplandor de un pedazo de metal que el desconocido sacaba de su cinturón. No necesitaba una linterna para darse cuenta de que era un cuchillo. Empezó a temblar de pánico, con el corazón galopante como el de un conejo atrapado, mientras el hombre avanzaba hacia ella con pasos letales.

## CAPÍTULO 3

# Cacería de brujas

—¡Ay! —se quejó cuando el suelo impactó contra su cabeza y espalda.

Echada boca arriba, Raven se frotó los ojos para apaciguar la sensación de vértigo que le producía haber estado colgada del revés. Sentía ganas de vomitar y le dolía la cabeza, sin contar que todavía le ardía el rostro a causa de la bofetada... Y aún debía enfrentarse a ese pandillero que había cortado la cuerda con su cuchillo y la había dejado caer sin previo aviso.

Entonces, cuando se sintió capaz de despegar los párpados, lo vio por primera vez.

Tenía los ojos más azules que había visto jamás, despuntando en la oscuridad como luciérnagas, enmarcados por unas pestañas negras, largas y tupidas que parpadeaban airadamente. Raven comenzó a dudar si de verdad se encontraba en el infierno, porque aquel azul le recordaba demasiado al cielo. Abstrayéndose por un momento de aquel oscuro paraje, se quedó inmersa en la contemplación de esos preciosos ojos... Esos ojos, se dijo tragando saliva, que podrían haber sido más bellos si no estuvieran lanzándole aquella mirada colérica que la hacía encogerse.

El desconocido emitió un gruñido y volvió a apretar la empuñadura del cuchillo con fuerza. Levantó el arma en el aire y la clavó en el suelo con una estocada brutal, a pocos centímetros de la cabeza de Raven. Ella soltó un grito de pavor.

—Maldita sea —masculló dirigiéndoles una mirada enardecida a los demás—. ¿No podéis hacer algo bien por una vez? ¡Esta no es la Bufona!

Confundidos, los hombres se miraron los rostros unos a otros. Raven tenía ganas de hablar, pero estaba paralizada por el miedo.

—Patrick... ¿estás seguro? —preguntó uno de ellos.

—¡Por supuesto que estoy seguro! —respondió él.

Los hombres se acercaron para verla mejor. Emitieron un gruñido colectivo al comprobar que ella no era la chica que buscaban.

–Pero peinamos todo el bosque. Puedo jurar que no había nadie más –dijo uno de ellos en tono razonable, al tiempo que sus compañeros comenzaban a asentir–. Nadie aparte de la loca que busca a su marido... y de esta –añadió apuntando a Raven con la mandíbula.

–Tal vez ella sepa dónde está la Bufona... Puede que hasta sean cómplices –presumió con voz hosca el calvo que la había abofeteado.

El líder volvió a mirarla con los ojos entornados, dejando crecer una mueca de sospecha en su rostro.

–¿Eso es cierto? ¿Puedes decirnos dónde está la bruja?

–¿La... bruja? –tartamudeó.

–Sí... la bruja –respondió él estirando las palabras para ella, como si fuera retrasada. Ofendida, ella frunció el ceño e intentó levantarse, pero él le puso una mano en el pecho para confinarla otra vez al suelo–. ¡Responde! –exigió.

–Las brujas no existen –contestó Raven con un nudo en la garganta.

El líder dejó crecer tres arrugas en su frente, cruzada por unos cuantos mechones de cabello negro. Apretó los dientes mientras los demás, estupefactos, abrían los ojos como platos. Raven supo de inmediato que desafiarlo había sido una mala idea.

–No juegues conmigo, muchachita –le dijo con voz sombría–. No va a gustarte cómo me pongo cuando me fastidian. Voy a darte una oportunidad más. Dime dónde está la bruja.

–Espera... –dijo tratando de razonar con el desconocido–. Me temo que estás cometiendo un error conmigo. No he visto a ninguna bruja y dudo que haya una por aquí... ¿o sí? –añadió, pensándose mejor. Después de todo, acababa de llegar a aquel sitio y lo único que podía afirmar era que la gente no parecía muy cortés con los forasteros.

–¿Me estás diciendo la verdad?

–Te lo juro.

–¿Cómo te llamas?

–Raven... Raven Davis.

Él se quedó observándola con detenimiento. Por un momento, Raven creyó notar que su expresión adusta se suavizaba, incluso le pareció ver un destello de ternura en

aquellos ojos azules.

–Dime una cosa, Raven, ¿qué hacías por aquí sola?

–Estoy perdida. He venido a buscar a una amiga –respondió ella con la voz trémula.

–¿Y no te sirve un amigo, princesa? –dijo uno de los salvajes con gesto burlón, volviendo a desatar las risas de los demás. En cuanto el líder se volvió, se callaron de golpe.

–¿Qué amiga? –le preguntó, mirándola de nuevo.

–Si yo fuera tú, empezaría a cavar, Patrick –dijo el calvo con un dejo de aburrimiento–. Es otra espía de los cazadores. Estoy seguro de eso.

–Si yo fuera tú, mantendría la boca cerrada –respondió el aludido.

Raven parpadeó varias veces, más confundida que nunca. ¿Brujas, bufonas, cazadores, salvajes que usaban trampas de animales para atrapar humanos? ¿Dónde estaba?

–¿Qué amiga? –repitió el líder, que ahora sabía Raven, respondía al nombre de Patrick.

–Una amiga del instituto.

–¿Instituto? ¡No me digas que ahora hay institutos en Vavmordia! –se burló el calvo.

–¡Silencio! –le increpó–. ¿De qué instituto hablas? –le preguntó a Raven.

–¡De mi colegio! –exclamó, hastiada de aquella conversación–. He venido a buscar a mi compañera de la escuela. Ella... ella se suicidó.

–No me digas –murmuró Patrick elevando una ceja.

–¡Es verdad! La vi y salí corriendo tras ella, pero no la encuentro... Puede que se haya extraviado... como yo –insistió al tiempo que él la miraba pensativo.

–Patrick, estamos perdiendo el tiempo –dijo otro de los hombres–. Esta chica está más loca que Shanna. Deberíamos ir tras la Bufona antes de que se nos escape.

–No te he preguntado tu opinión –rugió él sin quitarle la vista a Raven–. Además, esa zorra ya debe de estar bastante lejos.

–¡Podemos alcanzarla si salimos ahora mismo! –insistió.

–¡No! –gruñó–. Debemos volver cuanto antes. No podemos dejar la aldea sin protección durante mucho tiempo después de lo que pasó.

–¿Y qué hacemos con la chica? –preguntó otro de los salvajes.

Raven sintió una punzada de terror en el pecho. Clavó de nuevo sus ojos en el líder, esperando escuchar lo que él decidiría sobre su futuro. Estaba en sus manos. Patrick volvió a dirigirle una mirada enigmática y luego apartó la mano que le aprisionaba el

pecho para retirarle un mechón de cabello que le había caído en la frente. Los demás hombres se miraron con preocupación.

—¿De dónde vienes? —preguntó con suavidad. Su voz había empezado a sonar distinta.

—De Londres...

—No, me refiero a... —Su expresión se enterneció—. Oh... Acabas de llegar, ¿no es cierto?

Por primera vez desde su muerte, se sintió un poco comprendida. Tragó saliva y asintió lentamente, sin apartar la mirada de aquel chico, que, pese a inspirarle miedo, le producía un leve cosquilleo en el estómago.

—Creía que habías dicho que volveríamos a la aldea, Patrick —intervino el calvo, visiblemente aburrido por aquella escena—. ¿Por qué no nos damos prisa?

Pero él lo ignoró y ambos siguieron mirándose. Raven advirtió que tenía un rostro muy atractivo, de forma alargada y simétrica que culminaba en un mentón rígido. Su nariz era recta; sus pómulos, altos, y su boca, pequeña, de labios carnosos y pálidos. Su piel clara parecía traslúcida bajo la luz mortecina de las estrellas.

—Raven, ¿quieres venir con nosotros? —le preguntó de forma amable.

Ella titubeó por un segundo. Había llegado hasta allí con la única intención de buscar a Shadow, no para coquetear con un desconocido que la había asustado con su carácter explosivo y cuyos secuaces la habían tratado como a una delincuente. Pero, por otro lado, algo le decía que podía confiar en él. No era conveniente buscar a Shadow sola; podría pasar días vagando por aquel lugar tenebroso sin éxito. Tal vez él podría ayudarla a encontrar a su amiga y a volver al camino de luz. O quizás todos pudieran ir juntos en lugar de permanecer en aquel bosque siniestro.

Cuando salió de su breve trance, se vio a sí misma respondiendo:

—Sí...

Él le dirigió una sonrisa cautivadora y le ofreció una mano para ayudarla a ponerse de pie. Una vocecita en su interior le reprochaba a Raven que hubiera accedido a acompañarlo. Era el tipo de cosas que hacía Cynthia, no ella. Aunque aquel desconocido fuera muy, muy guapo, no tenía que haberle hecho caso, pero no podía evitarlo. Algo la arrastraba hacia él.

—Soy Patrick, por cierto —le dijo cuando la hubo levantado del suelo—. Y ellos son Edric, Tristán, Randolph... y Dimas. —El calvo desfigurado que la había golpeado y que respondía a este último nombre le dirigió una mirada insidiosa, al tiempo que los demás

la saludaron con una tímida reverencia. Ella respondió con una sonrisa forzada; ninguno le inspiraba aún una pizca de confianza—. Bueno, será mejor que nos vayamos —añadió Patrick poniéndole una mano en la espalda para invitarla a avanzar.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, insegura.

—A nuestra aldea —le dijo retirándole unas briznas de hierba que se le habían adherido al cabello. Raven sintió un extraño estremecimiento al notar sus dedos rozándola—. Voy a presentarte a todos; va a gustarte mucho donde vivimos. Espero que te sientas como en casa... También te buscaré un lugar donde descansar. Debes de estar muy afectada por el viaje.

Raven parpadeó. Sacudió un poco la cabeza, buscando asimilar aquella información. ¿Pretendía que se mudara con ellos? ¿Con esa horda de salvajes?

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de nosotros? —preguntó Patrick con una expresión inocente—. Sé que estos brutos te han faltado al respeto, pero ya te pedirán disculpas. ¿No es así, chicos? —Todos murmuraron lo que parecía ser una disculpa; todos, menos el que se llamaba Dimas, que continuaba mirándola con recelo—. ¿Ves? Serás uno de los nuestros.

—¿Uno de vosotros? Pero ¿quiénes sois vosotros?

Patrick exhaló un suspiro. La miró con un dejo de... ¿timidez?

—Ya te lo explicaré por el camino.

—Pero...

—¿Qué ocurre, Raven? ¿Prefieres quedarte aquí sola y vagar por toda la eternidad como Shanna? —le preguntó con los ojos entornados, sin dejar de mirarla con aquella ternura que le resultaba absolutamente irresistible. Aunque parecía imposible negarse, Raven intentó reunir fuerzas.

—Es que no puedo irme con vosotros... —les balbuceó.

—¿Por qué no?

—Ya os lo he dicho, debo encontrar a mi amiga. Está perdida. Tal vez... podáis ayudarme a encontrarla. ¿Por qué no la buscáis conmigo?

—¿No llegaste... sola? —preguntó él confundido, con el ceño fruncido.

—No... bueno, sí...

—Querido Patrick, sin ánimos de estropear tu nueva conquista —lo interrumpió Dimas con un gesto desfachatado—, me veo en la obligación de advertirte que esto se está saliendo de control. Ya sabes que no puedes invitar a nadie a unirse a la aldea sin la

autorización de Chad, mucho menos a esta chiquilla que ni siquiera sabemos si es de fiar... Por mi parte, creo que nos está engañando.

Patrick le dirigió una mirada colérica.

—¿Qué te hace suponer eso? —preguntó cruzándose de brazos.

—¡Instinto! —exclamó. El líder puso los ojos en blanco—. ¿No te das cuenta? Está tratando de distraernos con su ropa obscena y su vocecita de doncella en apuros. —Raven se miró a sí misma, un tanto avergonzada. Llevaba unos pantalones cortos de lino marrón claro, una camiseta blanca sin mangas, un jersey ligero con botones y unas sandalias planas. ¿Era eso tan obsceno para Dimas?—. No hay ninguna amiga, ¿verdad, amorcito? —le preguntó acercándosele hasta acorralarla contra un árbol—. Dime que no estás haciendo esto para darle tiempo a la Bufona para que escape. ¡Dime que no eres una espía de los vavmordianos y que no vienes a completar la misión que dejó incompleta esa zorra manipuladora!

—¡No sé de qué me hablas!

—¡Déjala en paz! —le gritó Patrick, apartándolo de ella de un empujón—. ¿No ves que acaba de llegar? Está confundida. No sabe adónde ha venido a parar... ¡Tal vez la amiga sea sólo un recuerdo de su otra vida!

Era cierto, ella acababa de morir y no sabía dónde había caído, pero no estaba tan loca como para haber imaginado a Shadow al otro lado del camino iluminado.

—¡Ya basta! ¡No estoy mintiendo! ¡Y tampoco es un recuerdo! He visto a mi amiga y quiero encontrarla para llevarla de vuelta al camino de luz, donde deberíamos estar. ¡Adonde deberíais ir todos en lugar de quedaros aquí y actuar como salvajes!

—¿Adónde? —preguntó Dimas arrugando más su rostro desfigurado.

—¡Está más loca de lo que creíamos! —murmuró el que se llamaba Tristán, observando la escena con los brazos cruzados.

—Patrick, por favor —le dijo al líder mirándolo a los ojos—. Por favor, ayúdame.

Todos se giraron para ver al líder, que tenía una expresión vacilante.

—Podemos hacerlo mañana. Ahora tenemos que regresar a la aldea.

—¡No puedes llevarla a la aldea! —protestó Dimas.

—¡Yo dirijo esta misión y digo que viene con nosotros!

El calvo fulminó a Patrick con una mirada afilada, pero después hizo un gesto de aceptación de mala gana. De ahora en adelante, Raven iba a tener que cuidarse de aquel hombre irritable. Y por supuesto, una vez que hallara a Shadow, se largaría con ella de



aquel territorio y no lo vería nunca más... aunque eso significara no volver a ver a Patrick.

—Y después buscaremos a mi amiga, ¿verdad? ¿Me lo prometes? —le rogó ella.

—Raven, sobre ella... —murmuró—. Creo que es mejor que hables con Chad. Es nuestro líder. Él va a explicarte algunas cosas que...

—Tú tampoco me crees, ¿verdad?

—No es eso...

—Patrick, tengo que encontrarla. Shadow y yo no pertenecemos a este lugar, ¿entiendes? Debemos irnos.

De pronto, él sustituyó su mirada comprensiva por una de perplejidad, después de incredulidad... y finalmente de furia. Su rostro se crispó y su nariz se ensanchó exhalando aire violentamente.

—¿Qué has dicho? —le preguntó en un susurro.

—Que debemos irnos. No pertenecemos a este lugar —dijo confundida por su reacción.

—¡No! —gruñó él con un arrebato—. ¿Cómo dices que se llama tu... amiga?

Ella retrocedió un paso, temerosa.

—Shadow.

Patrick apretó la mandíbula tan fuerte que Raven oyó un crujido. Antes de que pudiera preguntarle qué ocurría, el chico se le tiró encima abruptamente, hasta aprisionarla contra el tronco del árbol. Le rodeó el cuello violentamente con una mano y presionó su piel hasta casi cortar la respiración.

—¡Maldita! ¡Casi me engañas! —gritó con los ojos desorbitados mientras apretaba su cuello, no tan fuerte como para matarla pero sí lo suficiente como para causarle un dolor atroz.

—¿Qué... qué ocurre, Patrick? —reaccionó Randolph.

—¡Esta desgraciada conoce a la bruja! ¡Es a ella a quien busca!

Unas risas desaforadas se oyeron al fondo. Eran de Dimas.

—¡Te lo he dicho!

Patrick rechinó los dientes ante el reproche. Cuando Raven comenzaba a sentir que iba a desmayarse por la falta de oxígeno, él la soltó. Cayó al suelo boca abajo, tosiendo hasta casi vomitar mientras se tocaba el cuello. Estaba tan desorientada que el suelo comenzó a moverse.

—Vaya, sí que eres una buena actriz, pero creo que no te aprendiste bien la última línea del guión —le dijo con un tono de voz sarcástico.

—¿Ahora sí podemos empezar a cavar? —inquirió Dimas acercándose.

—¡No! —protestó él mientras miraba a Raven arrastrarse por el suelo—. Nos la llevaremos a la aldea y la interrogaremos como corresponde, delante de Chad. Cuando nos haya contado los planes de Alistair, le impondremos el castigo que merece.

—¿Qué... qué es lo que he hecho? No entiendo... —masculló Raven haciendo un enorme esfuerzo para sacar las palabras de su garganta dolorida.

Patrick se acuclilló para mirarla a los ojos.

—Lo que has hecho es pensar que podías burlarte de nosotros, estúpida —le susurró—. Vas a desear haberte quedado en Vavmordia.

Aunque estaba sollozando de miedo, Raven se mordió los labios y apretó los ojos para evitar llorar delante de aquellos despreciables hombres.

—¡Al menos desfigura su bonita cara! —sugirió el calvo.

—¡Sí! ¡Hazle lo mismo que le hicieron a Dimas! —intervino Tristán.

—Levántate —le ordenó Patrick con su tono déspota.

Raven lo intentó, pero estaba muy nerviosa y débil.

—N... no puedo.

—¡Hazlo! —insistió—. Ponte de pie o hago lo que dice Tristán. Voy a pintarte una bonita sonrisa con este lápiz de labios —dijo acercándole su cuchillo a la cara.

Poco a poco se levantó, mientras Dimas reía y los demás le dirigían miradas de repulsión. En medio de su aturdimiento, se preguntó por qué aquellos salvajes despreciables estaban maltratándola de esa manera, cuando ella no había hecho nada, pero luego recordó que buscaban a Shadow, a quien llamaban la Bufona.

Cuando se puso de pie con extrema dificultad, Patrick asintió lentamente.

—Muy bien. Ahora vas a caminar con nosotros hasta la aldea. Y no quiero escuchar tus quejidos por el camino, ¿lo has entendido? Si oigo tu voz, voy a cumplir mi amenaza de abrirte un agujero en la cara con mi cuchillo. ¡Mira cómo quedó Dimas! —añadió apuntando a su secuaz—. Tu gente le hizo eso. No querrás parecerle a él, ¿no?

—Pero ¡yo no soy...!

—¡Silencio he dicho! —le increpó.

Raven asintió con la cabeza y la vista fija en el suelo y apretó los puños intentando contener las lágrimas. Malditos bandidos. Los odiaba con todas sus fuerzas, sobre todo a

él, a Patrick, que le negaba incluso la oportunidad de defenderse. Después de aquella demostración, Raven comprendió que el lugar donde se encontraba era el infierno y aquellos infelices eran sus demonios personales. Volvió a mirar a Patrick de reojo y se sintió terriblemente estúpida por haber pensado que aquel despreciable bárbaro podía ser tierno y gentil. ¡Qué error más imperdonable haberse dejado encandilar por él y sus ojos celestiales! Después de todo, el mismísimo Lucifer había sido alguna vez el más encantador de todos los ángeles.

Uno de los hombres, el que aún no había dicho una palabra, y que según Raven recordaba respondía al nombre de Edric, la maniató sin mirarla. Después, le tapó los ojos con un trozo de tela, como si fuera una condenada al paredón, y emprendieron una larga caminata.

Avanzó a ciegas por un bosque tupido, empinado e interminable, con la única guía de un brazo que la arrastraba, sin importarle que las zarzas y las ramas la azotaran al pasar.

Raven se cayó unas seis veces; todas y cada una fueron dolorosas. Cuando tardaba en ponerse de pie, los hombres la insultaban y le pegaban con las puntas de sus botas sin ninguna contemplación. Quería gritarles, maldecirlos por su falta de humanidad, pero tenía miedo de hablar y de que Patrick cumpliera su promesa de cortarle la cara con su cuchillo.

¿Cómo era posible que se hubiera ganado el infierno? Raven temblaba de pavor al imaginar qué sería de ella en manos de aquellos crueles salvajes.

Varias horas más tarde, llegaron a la aldea. Uno de los hombres le arrebató la venda de los ojos, por lo que Raven necesitó un instante para que sus pupilas se acostumbraran de nuevo a la claridad del día. Cuando lo hicieron, percibió un extenso claro al final del camino. Estaba cubierto de al menos veinte viviendas rústicas fabricadas con troncos. En un extremo vio varias fogatas encendidas y, sobre ellas, colgaban calderos de los que emanaban grandes nubes de humo. Allí, un grupo de mujeres con vestidos largos se afanaba por preparar alimentos.

—¡Ya están aquí! —gritó una chica muy joven al verlos.

Las mujeres dejaron su labor en el fogón improvisado y corrieron hacia los hombres con expresiones de alivio, estallando en vítores. Una de ellas gritó de emoción cuando vio al chico llamado Randolph. Se le lanzó al cuello como si hubiera estado esperándolo

con ansia y le dio un largo beso en la boca. Los dos se quedaron fundidos en medio del camino, ajenos a todo lo demás.

Más personas salieron de las sencillas viviendas para recibir a los recién llegados. Raven vio a ancianos y jóvenes abrazarlos y aclamarlos por igual, como si fueran héroes de guerra, especialmente a Patrick, a quien todos miraban con admiración. Una chica de cabello rubio, ataviada con un largo vestido, se le lanzó encima, rodeándolo con sus brazos en un gesto amoroso.

Un hombre de unos sesenta años de edad, de espesa barba blanca y aspecto de ermitaño, salió de una de las viviendas de troncos, mientras se limpiaba los cristales de las gafas con la manga de la camisa. Cuando se las puso de nuevo, una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en su rostro curtido.

—Mis chicos, ¡bienvenidos a casa! —los saludó con afecto. Los demás habitantes de aquel extraño clan, que sumaban unas cuarenta personas, le abrieron paso mientras se acercaba lentamente. Los recién llegados le sonrieron. Luego lo abrazaron, salvo Patrick, que se limitó a hacerle una reverencia antes de estrechar su mano—. Patrick, te agradezco mucho lo que has hecho —le dijo con un brillo de alegría en sus pequeños ojos grises.

—No es necesario, Chad —dijo con solemnidad—. Somos una familia y sé que cualquiera de vosotros habría hecho lo mismo por mí. Además, no he sido sólo yo; Edric y Tristán se han portado como verdaderos guerreros. Sin su ayuda no habría podido entrar en Vavmordia para buscar a Dimas y a Randolph.

—Oh, por supuesto, hijo. No en vano somos hombres libres y siempre lo seremos —dijo el anciano poniendo una mano en el hombro de Patrick—. ¿No es así? —preguntó. Los presentes afirmaron con alegres exclamaciones.

—Oh, madre mía, Dimas, ¡qué feo has quedado! —gritó una anciana señalando el rostro deformado del calvo que había abofeteado a Raven.

—¿Feo? Yo creo que ha mejorado bastante con respecto a su apariencia anterior —se burló Randolph agarrándolo por el cuello para frotarle la calva como si fuera la lámpara de Aladino.

Todos estallaron en carcajadas y Dimas, lejos de molestarse por ello, comenzó a dar puñetazos en broma a su compañero.

—¡Eh, eh! —protestó después con los brazos abiertos—. No creáis que mi encanto natural se va a ver afectado por este rasguño. ¡Todavía hay mucho Dimas, chicas!

Las risas continuaron. Un par de muchachas se acercó hasta el calvo. Él se quedó quieto mientras ellas hundían los dedos en la masa rojiza en la que se había convertido su cara. Raven estaba sorprendida por la forma tan natural en la que aquella gente actuaba frente a una lesión tan horrenda. Más aún le extrañaba la reacción de Dimas, que se comportaba como si aquella horrible herida fuera a curarse enseguida.

—¿Quién es ella? —preguntó una anciana apuntando a Raven con un dedo.

Al instante, todas las risas de felicidad se apagaron y las miradas de aquella gente la envolvieron. Su ritmo cardíaco aumentó bajo la intensa curiosidad de los aldeanos. Algunos hombres la miraban con notorio interés y otros con reserva al percatarse de que iba atada de manos. La mayoría de las mujeres, en cambio, sin haber escuchado una explicación, le lanzaban miradas insidiosas.

El anciano, que respondía al nombre de Chad, volvió a limpiarse los cristales de sus maltrechas gafas y observó a Raven mientras caminaba hacia ella. Aterrada, retrocedió un par de pasos, pero después notó que la gente la rodeaba por detrás, formando un círculo en torno a ella. Se volvió para mirar a Patrick, quien no había sonreído en todo el rato, y vio en su rostro una expresión de resentimiento.

—Es una vavmordiana —la incriminó con el mismo tono de voz severo que había empleado en el bosque. Aquella acusación hizo que los aldeanos retrocedieran un paso, como si les hubieran dicho que ella era el mismísimo diablo—, cómplice de la Bufona, que vino a espiarnos para llevarles información de nuestra ubicación a los cazadores —continuó acercándose a ella— y que pretendía engatusarnos para que la siguiéramos a donde seguramente nos estarían esperando los de su clan.

—¡No es verdad! —se defendió Raven con los puños apretados en su espalda.

Patrick la cogió con rudeza por la mandíbula y ella tembló al sentir de nuevo esos dedos crueles que habían estado a punto de estrangularla.

—¿Cómo te atreves a contradecirme? ¡Te he descubierto! —le dijo apretándola con fuerza.

—¡Patrick, espera! —intervino Chad con rapidez—. ¿Quieres explicarme bien de dónde ha salido esta chica? No te la has traído de Vavmordia, ¿verdad?

La soltó y Raven se tambaleó, pero no cayó al suelo.

—Estábamos descansando en el bosque, cuando de pura casualidad vimos merodeando por ahí a la bruja vavmordiana que nos traicionó. La perseguimos, pero la perdimos de vista. Le tendimos una trampa en un árbol para cazarla y, en vez de a ella, atrapamos a

esta chiquilla, que la buscaba. Es su amiga. ¿No es así, cariño? –le preguntó a Raven en tono de burla, con los ojos ardiendo de furia.

Veinte pares de ojos le lanzaron las miradas de desprecio más intensas que había recibido en toda su vida. Raven respiró, reteniendo un sollozo. No quería que esa gente horrible la viera llorar.

–¡Eres un bestia! –le gritó con todas sus fuerzas, haciendo que Patrick se hinchara de ira. Antes de que se le echara encima para agredirla, Chad le puso una mano en el hombro.

–Déjame a mí, ¿quieres? –le dijo con calma. Miró a la joven con curiosidad–. ¿Cómo te llamas, muchacha?

–Raven –balbució ella.

–Raven, ¿quieres decirme qué hacías en el Bosque de los Peregrinos?

–Estaba buscando a mi compañera del instituto.

–Ten mucho cuidado, Chad –intervino Dimas con su tonito irónico–. Es muy, pero que muy buena mintiendo. ¡Hasta el mismo Patrick ha estado a punto de caer!

–¡Cállate! –gritó el aludido.

–¡Callaos los dos! –intercedió Chad–. Raven, continúa.

Ella tomó aire para responder a la pregunta.

–Vi a mi compañera del instituto cuando estaba atravesando el sendero de luces. La vi a un lado del camino; no avanzaba como los demás. Me miraba escondida detrás de un arbusto. –Se detuvo para evaluar las reacciones de Chad y los aldeanos. Todos la miraban atentos, hasta Dimas parecía haber dejado de respirar, aunque Patrick mantenía el ceño fruncido y los brazos cruzados–. Creí que estaba perdida, así que corrí detrás de ella y me salí del camino. Salté... y de pronto aparecí en el bosque nublado.

Con el rostro crispado, Chad se quitó las gafas. Los demás se miraron entre sí, al tiempo que Patrick soltaba un bufido.

–¿Cuándo moriste, Raven? –preguntó.

–Ayer.

–¡Mentira! –gritó Patrick pateando una piedra–. ¿Por qué no les cuentas a todos lo que me dijiste a mí? Diles cómo se llama esa amiga a la que viste... Y también diles cómo es.

Chad y los demás la miraron con el ceño fruncido, esperando su respuesta.

–Tiene el cabello... púrpura y se llama Shadow...

Antes de que Raven pudiera terminar de responder, se oyeron decenas de murmullos.

–¡Oh! ¡Es la Bufona! –dijo una mujer llevándose las manos a la cabeza.

–¡Es una vavmordiana! –afirmó un anciano.

–¿Lo veis? –dijo Patrick con voz alta para llegar a la muchedumbre–. ¡Tiene que ser una trampa de los cazadores para llegar a nosotros y someternos como lo han hecho con tantas almas durante tantos siglos!

Raven apretó los dientes con fuerza. La sangre le hervía en las venas con una violencia que casi podía sentir fluyendo por sus venas, quemándole la piel. Chad se cruzó de brazos, pensativo, y se ajustó las gafas de nuevo. Los demás comenzaron a acercarse a Raven para empujarla y gritarle injurias. Uno de ellos la envió al suelo de un puntapié y, al no poder usar sus manos para cubrirse el rostro, su piel chocó contra la tierra húmeda.

–¡Basta! ¡Basta! No hay necesidad de comportarse como unos salvajes. ¿Quién puede decir con certeza que esta joven es una vavmordiana? El hecho de que conozca a la chica que quiso entregarnos a ellos no la convierte en una cómplice. ¡Sed razonables!

–No voy a sentirme ofendido por tu escepticismo, Chad –dijo Patrick con arrogancia mientras se tocaba el cuello, como si estuviera a punto de entrar en un ring de boxeo–. Sólo dámela una hora. En una hora puedo hacer que cante todo lo que sabe. Ya verás que muy pronto olvida el cuentito de la amiga perdida y empieza a decir la verdad. Puedo hacer que nos diga cuáles son los planes de Alistair para darnos caza.

–Yo creo que debemos deshacernos de ella ahora mismo –dijo una mujer dando un paso al frente. Era la rubia que había abrazado a Patrick a su llegada a la aldea–. No podemos dejar que se escape, como sucedió con la Bufona. Esta infeliz podría contarles a los cazadores dónde estamos. –Una cadena de murmullos se dejó oír en el claro–. Pensad en el peligro que representa tener a esta... chica entre nosotros. ¡Es una amenaza!

–Tendrá su castigo, Margherite, una vez que haya hablado –aclaró Patrick con voz cortante. Raven no deseaba imaginar en qué consistía aquel castigo. Ya estaba muerta; de hecho, todos lo estaban, así que, ¿qué podría pasarle?–. ¿Qué dices, Chad? Sólo necesito una hora.

El líder de los aldeanos se acarició la tupida barba blanca. Al cabo de un momento contestó:

–Está bien. Una hora.

## CAPÍTULO 4

# Ni siquiera la verdad te hará libre

La ataron a un grueso palisandro situado detrás de unas cabañas para que no pudiera escapar. Raven apretó la mandíbula y los párpados, apoyando la frente sobre el árbol que la tenía cautiva. Estaba rendida y resignada, a la espera de su destino.

El bosque sombrío en que había caído por seguir a Shadow se había convertido en una hermosa floresta, desde donde podía oírse el borboteo de un río a lo lejos. El cielo se había vuelto tan azul como el de Christchurch la última vez que lo vio. Le pareció que había transcurrido un siglo desde que había llegado allí.

De pronto, oyó crujir la hierba a sus espaldas. Unas pisadas se aproximaban desde la aldea. El corazón comenzó a latirle con una fuerza incontenible. Cerró los ojos, preguntándose si debía rezar, pero no tuvo tiempo de contestarse. Alguien se acuclillaba a sus espaldas, dejándole sentir en la nuca –semidescubierta por su corte de cabello– una respiración profunda y silenciosa. Apretó más los párpados y permaneció a la espera de que el desconocido hablara, pero durante unos segundos él se quedó detrás de ella, sin decir una palabra.

Patrick se movió al fin para colocarse frente a Raven, a un lado del palisandro. Le dirigió una mirada sobria. Ella abrió los ojos y por un segundo volvió a sentirse cegada por aquel apabullante azul, que a la luz del día poseía un brillo magnético, pero enseguida recordó todas las humillaciones a las que la había expuesto las últimas horas y sintió ganas de arañarle la cara.

–Alistair te escogió para venir por tus atributos físicos –le dijo mirando sus piernas descubiertas– y porque eres una buena mentirosa... Pero ¿habrá pensado él en el momento en que te atraparíamos? Dime, Raven, si es así como te llamas, ¿eres capaz de soportar la tortura? ¿Cuánto puedes aguantar antes de decirme todo lo que quiero saber? Te recomiendo que me lo digas, si quieres facilitarme las cosas.



Ella lo miró con rabia.

—No sé quién es Alistair y no sé dónde está Varm... —Se interrumpió para tratar de recordar el nombre del lugar que todos mencionaban, pero su memoria no le ofreció ningún dato—. ¡Ese maldito sitio! Así que, ¿por qué no haces conmigo lo que sea que tengas pensado hacer y así nos ahorramos tiempo?

Patrick soltó una risa amarga.

—Tiempo es lo que nos sobra, chiquilla. A ti y a mí. A todos en este pedazo de tierra en medio de la nada. Somos esclavos del tiempo, ¿no te has dado cuenta? —murmuró.

—Sólo me he dado cuenta de que esto es el infierno y que no merezco estar aquí. Lo único que quería era ayudar a Shadow, sacarla de ese bosque y llevarla a donde pertenecemos.

—¿A Vavmordia?

—¡No! No lo sé... A... adondequiera que nos lleve el camino...

—¿De dónde sacaste ese cuento del «camino de luz»? —le preguntó arrugando la nariz—. Fue muy impresionante, debo reconocerlo. Casi haces caer a Chad. Suerte que es un hombre muy sabio y racional. ¿Te lo dijo Alistair?

—¡Te he dicho que no conozco a nadie que se llame así! No sé qué más quieres que te diga. Morí el domingo por la mañana mientras iba con mi prima al supermercado y de pronto estaba en un espacio...

Sorpresivamente, Patrick volvió a situarse detrás de ella. Le rodeó el cuello con el brazo completo, haciendo fuerza para dominarla.

—Si me dices la verdad, prometo no hacerte daño —le dijo al oído—. Voy a castigarte sin infligirte dolor. Vas a pasar el resto de tus días en un lugar muy tranquilo... y silencioso. Podrás pensar en lo que hiciste.

—¿Vas a... matarme? —le preguntó haciendo un esfuerzo.

Patrick estalló en carcajadas, aún con la cabeza de ella oprimida contra el pecho.

—No seas estúpida. ¿Acaso no sabes que sólo puedes morir una vez? Estás condenada a pasar el resto de la eternidad aquí. —Le señaló con la palma de la mano libre el vasto paisaje, como si fuera el presentador de un programa de televisión—. Bueno, no aquí exactamente. Tenemos para ti un sitio mucho más... privado.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella, aterrorizada.

—Vamos a sepultarte viva —le susurró muy cerca del oído, tanto que Raven sintió los labios de él rozando su oreja. Una extraña sensación le recorrió el cuerpo. Parecía que no

hubiera oído su amenaza—. Aunque eso de viva es sólo un decir —aclaró él, burlón—. Estarás totalmente consciente. Lo haremos rápido, pero sólo si me dices la verdad sobre los planes de los vavmordianos; de lo contrario, primero te prenderemos fuego, y la verdad, es muy doloroso, aunque ya estés muerta; y después te meteremos en una caja que arrojaremos a un agujero muy profundo. Finalmente, lo taparemos con tierra y escombros para que nunca puedas salir. En resumidas cuentas, te quedarás ahí toda la eternidad. Espero que no seas claustrofóbica; de lo contrario, te volverás loca.

Raven escuchó aquello con una presión en las sienes. Comenzó a respirar de forma entrecortada mientras Patrick seguía estrujándola por el cuello sin compasión.

—¿Por qué? ¿Por qué me odias si no me conoces? —sollozó.

—Me importa un bledo conocerte. No me importas en absoluto. Y si hago esto es porque no quiero ser un maldito esclavo de los vavmordianos, como lo sois tú y la zorra de tu amiga. Todos aquí despreciamos el servilismo. Odiamos a esa gente que cree ser nuestros dueños sólo porque hicimos... lo que hicimos... que no nos deja ni un solo segundo de paz...

—¿Y qué fue lo que hiciste tú, Patrick?

—¡Todos hicimos lo mismo, tonta!

—¿Qué? ¿Qué hicimos? —insistió ella.

De pronto, sus poderosos brazos disminuyeron la fuerza con la que estrujaban su cuello y se apartó hasta liberarla por completo, no sin antes rozarle los hombros y los brazos con los dedos, como si por alguna razón no pudiera evitar tocarla. Se colocó frente a ella, dirigiéndole una mirada de hostil incredulidad.

—No intentes volver a jugar conmigo, Raven —le advirtió con aquella voz sombría que ella había aprendido a temer—. La paciencia no es una de mis virtudes.

Ella lo miró, asustada y confundida por su reacción.

—¡No lo entiendo! —gritó, hastiada de no comprender—. ¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué es lo que dices que hicimos?

—¡Matarnos! —gruñó exasperado—. Acabar con nuestra vida, ¡imbécil! Eso es lo que nos ha condenado... ¡Somos suicidas!

Raven se quedó lívida. Sus oídos se taparon espontáneamente, como si una fuerte ráfaga de viento hubiera pasado junto a ellos. ¿Suicidas? ¿Eso eran ellos? Todo cobró sentido de repente. Comprendió por qué Shadow había sido marginada del camino iluminado; era una suicida, al igual que la mujer que buscaba a su marido, Nigel, y todos

aquellos despreciables salvajes que habían querido agredirla en mitad del claro. Cada uno de ellos había acabado con su vida en la Tierra y había sido confinado a aquel lugar maldito, situado en medio de la nada. Y ella, aunque no había cometido semejante cobardía, también estaba atrapada allí, después de intentar en vano hallar a la Bufona, su compañera del Colegio Saint Augustine, quien ya poseía un currículum delincuencial en la otra vida.

—Estás equivocado —le dijo tragándose el llanto, pues había jurado que ni aquel salvaje ni los demás iban a verla derramar una lágrima—. ¡Yo no lo hice! ¡No me suicidé! Shadow lo hizo, pero yo morí atropellada por una camioneta.

—¡Cállate! ¿Por qué crees que voy a tragarme el cuento de que eres una víctima? Quiero que me digas en este momento cuándo y cómo piensan atacarnos Alistair y su ejército; si no, haré que te quemen hasta los huesos antes de echarte en el hueco donde vas a pasar el resto de tu existencia —bramó sosteniéndola por el cabello y empujándola contra el árbol que Raven abrazaba con fuerza—. Es una manera muy efectiva de prolongar el dolor.

—¡No sé nada! —volvió a rugir ella—. Y déjame en paz. ¡Sepúltame si así lo quieres, porque no puedo decirte lo que quieres oír, maldito troglodita!

Tras oír el escándalo, Chad y otros hombres llegaron corriendo desde la aldea.

—¿Qué ocurre? —preguntó el anciano.

—¡Estoy a punto de quemar a esta estúpida! —gritó Patrick.

—¿No dijiste que necesitabas una hora para hacerla cantar? —inquirió Dimas con insolencia—. ¿Han pasado sólo veinte minutos y ya te estás rindiendo, Patrick?

—¡No me estoy rindiendo! Todavía no he empezado.

—¿Qué es lo que ha dicho hasta ahora? —preguntó Chad.

—Nada... sólo... —se interrumpió de golpe—. Nada, ¡no ha dicho nada!

Raven no podía ver a los hombres, pero podía sentir las miradas curiosas en su espalda. Estaba tratando de imaginarse cómo era pasar el resto de su existencia, que al parecer iba a ser muy, muy larga, enclaustrada en una caja. Los aldeanos continuaban conversando cuando Raven llamó a Chad. El anciano avanzó hacia ella y se acuclilló a su lado, mirándola como si fuera una especie de jeroglífico que intentara descifrar.

—Usted parece ser un hombre inteligente —le dijo la chica con rostro inexpresivo—. Si realmente vais a hacerme lo que ese hombre dice que me haréis, entonces hacedlo de una vez porque no tengo nada qué deciros. No hagáis más esfuerzos conmigo.

—¿Por qué no me dejáis intentarlo a mí? —ofreció Dimas con sádico entusiasmo—. ¡Yo no necesito una hora para hacer que la zorrita suelte todo antes de irse a la tumba!

Chad se acomodó las gafas, que se le habían resbalado hasta la punta de la nariz, y miró a Patrick dubitativo.

—¿Tú qué opinas?

Patrick se quedó pensativo e inmóvil, sin levantar la mirada de la espalda de Raven. Ella no podía verlo desde su posición, pero sabía que estaba observándola antes de decidir qué hacer. No podía creer que su existencia estuviera en manos de semejante imbécil. ¡Lo odiaba! ¡Lo odiaba con todas sus fuerzas y odiaba el hecho de haberlo mirado en el bosque con ojos de enamorada! ¡Iba a pasar el resto de su existencia en una caja... maldiciendo a Patrick!

—Esto es inútil —dijo él con un dejo de aburrimiento—. No vamos a obtener nada de esta insignificante esclava. Tal vez la enviaron sin explicarle bien su misión o quizás fue demasiado estúpida para entender qué debía hacer.

—¿Y por qué no le perdonamos la vida, entonces? —sugirió Chad.

—¿Qué estás diciendo? —Patrick fue el primero en reaccionar.

—Me parece que es inofensiva. Podríamos hacer un referendo con los demás integrantes de la comunidad para decidir si se queda con nosotros o... le imponemos un castigo.

—Chad, ¡no! —protestó Dimas—. ¡Estoy seguro de que está fingiendo! No podemos dejarla libre y arriesgarnos a que salga corriendo a revelar nuestra ubicación a los vavmordianos. Los tendríamos aquí en cuestión de días.

—Es sólo una sugerencia. Después de todo, la chica fue capturada durante la misión de Patrick, así que él es quien debe decidir sobre ella. Vamos, muchacho —lo animó—, decídete, no puedes tenerla así más tiempo.

Raven se sentía más cansada de lo que había estado jamás. Sus brazos entumecidos por la posición le pesaban como si fueran las anclas de un barco. El hambre y la sed comenzaban a aturdira. Sentía la boca pegajosa y el estómago dolorido.

—No creo que una consulta popular pueda salvar a esta infeliz de su destino, pero, si crees que es una buena lección de democracia para nuestra gente, entonces haremos el referendo.

Una débil esperanza iluminó el rostro de Raven. Levantó la cabeza pensando que, si podía explicarles a los aldeanos lo que había tenido que vivir y ellos se compadecían de

ella, podría irse y volver al camino iluminado que la sacaría de aquella madriguera de suicidas. Ya no podía hacer nada por Shadow; ella estaba tan condenada como los demás, pero al menos podría salvar su propio pellejo. Tendría la oportunidad de volver a donde le correspondía, con gente como ella. Podría dejar atrás aquel horrible suceso y a aquellas horribles personas.

—Sabia decisión —dijo Chad dándole una palmada en el hombro a Patrick—. Haremos la consulta mañana por la mañana.

—¡Oh, maldición! ¡Debimos sepultarla en el bosque, como yo dije! —refunfuñó Dimas antes de marcharse de vuelta a la aldea con paso airado.

Los hombres la dejaron en mitad del bosque, atada al árbol como si fuera un perro, sin ni siquiera ofrecerle algo de comer o beber. ¿Realmente iban a dejarla allí hasta el día siguiente? ¿Y no pensaban darle un poco de agua al menos? Era extraño que uno pudiera manifestar necesidades humanas después de morir, pero ¿qué sabía Raven de la muerte? Sólo que los suicidas eran la gente más despreciable que había conocido jamás y que por fortuna ella no estaba destinada a compartir aquel mundo con ellos... si podía convencerlos de dejarla marchar.

Al cabo de unas horas oyó unas pisadas detrás de ella. Se puso en guardia, pero no tardó en descubrir que no se trataba de Patrick, sino de Edric, uno de los chicos que había visto en el bosque, quien la había maniatado antes de que la llevaran a la aldea.

—Me pidieron que te vigilara, así que... —dijo con desdén, antes de sentarse sobre una roca, a unos pocos pasos de ella—. Te vigilaré.

El muchacho se cruzó de brazos, visiblemente incómodo por cumplir aquella tarea. Evitando mirarla, suspiró mientras contemplaba el paisaje. Raven lo observó con cautela, sin decir una palabra. Era muy joven y atractivo, de cabello castaño, ojos color avellana y rostro amable.

—¡Oye, para que lo sepas, yo no estoy de acuerdo con que te den este trato! —exclamó al cabo de un momento, como si ya no soportara el silencio—. No es distinto de lo que hacéis vosotros, los de Vavmordia. Se supone que somos mejores, que reconocemos el derecho de las personas, aunque sean nuestros enemigos. Si me preguntaran a mí, lo cual es algo que nunca hacen, yo hubiera preferido sepultarte de una vez, sin todo este circo.

—Vaya, sí, eso es muy noble —masculló Raven con sarcasmo.

–Créeme. No te gustará lo que Patrick va a hacerte –le dijo en tono confidencial, inclinándose hacia ella–. Lo he visto muchas veces. Preferirás haber hablado...

–¡Estáis equivocados! –exclamó mirándolo intensamente–. Estoy aquí por... por error. Edric la observó con la cabeza ladeada.

–Bueno... Mirándolo bien –admitió con gesto pensativo–, no recuerdo haberte visto en Vavmordia cuando fui prisionero.

–¡Claro que no! Porque nunca he estado allí.

–¿Cómo conoces a la Bufona, entonces?

–¡Ya lo he explicado mil veces! –masculló–. Shadow fue mi compañera en el instituto. La vi en el bosque y traté de ayudarla. Creí que estaba perdida, pero es ahora cuando me doy cuenta de que estaba... donde debía estar.

–A ver, a ver... –dijo moviendo las palmas de las manos para pedirle una pausa–. ¿Estás diciendo que conocías a la Bufona de cuando ambas estabais vivas? –Raven asintió–. Vaya, eso es... raro... Jamás había oído que dos personas que se hubieran conocido en el primer mundo después hubieran coincidido aquí.

–No tengo ni idea de cómo funciona este mundo –dijo ella encogiéndose de hombros.

–Dime una cosa, Raven... ¿por qué lo hiciste?

–¿Por qué hice qué?

–¿Por qué te suicidaste?

–¡No soy una suicida! –gruñó esbozando una mueca de aberración.

Edric estalló en risas.

–¡Eso sí va a hacer que te condenen! –dijo apuntándola con el dedo y riendo, como si hubiera contado un chiste divertidísimo–. ¡Nadie va a creer tus mentiras! Lo siento mucho, preciosa. Espero que disfrutes de la fosa, porque vas a estar ahí para siempre –añadió poniéndose de pie.

–¡Es la verdad! Espera, ¿adónde vas?

–A buscar mis carboncillos. Quiero dibujarte. Eres la chica más bonita que he visto en todos mis quinientos cuarenta y nueve años, y ya que no voy a volver a verte nunca más, al menos me gustaría quedarme con un recuerdo de ti –le dijo antes de alejarse en dirección a la aldea.

–Quinientos cuarenta y nueve... –repitió Raven anonadada.

Al cabo de unos minutos, Edric regresó con un estuche de madera y un cuaderno bajo el brazo. No estaba bromeando, iba a dibujarla.

—¿Has... has dicho quinientos cuarenta y nueve años?

Él le dedicó una mueca divertida mientras se acomodaba cerca de ella para tener una mejor perspectiva de su rostro. Se recostó sobre el tronco de otro palisandro, flexionando una pierna para usarla de soporte y colocar el cuaderno.

—Unos días más, unos días menos... —musitó registrando el estuche donde guardaba sus instrumentos—. Si llevara la cuenta exacta, ya me habría vuelto loco.

—Pero ¿cómo puedes...? —Raven recordó que había muchas cosas que ignoraba sobre aquel mundo. Ahora comprendía que estaba rodeada de suicidas de distintos periodos de la humanidad, como las mujeres que llevaban largos vestidos del siglo XIX mientras cocinaban y los hombres que usaban trampas de animales para cazar a otros humanos. Y todos estaban condenados a coexistir durante toda la eternidad. Juntos—. ¿Cómo moriste, Edric? —le preguntó con timidez.

Él levantó la mirada del cuaderno entornando los ojos, como si estuviera recordando. Después la observó un instante. Comenzó a hacer trazos sobre el papel en blanco.

—Tenía una prometida a la que amaba mucho; se llamaba Matilde, toda una belleza. Pero se escapó con otro un día antes de la boda, un despreciable perro faldero del rey, así que me envenené con cicuta —respondió alegremente.

—¡Oh! —exclamó Raven haciendo una mueca de espanto.

—¿Qué? ¿Tu historia es más honrosa que la mía? Por lo que sé, el mal de amor sigue siendo bastante popular... —dijo apuntándola con una lámina de carboncillo.

—Tienes razón, pero terminar con tu vida por culpa de otra persona es bastante enfermizo. Mucho más si es por alguien que te traicionó, ¿no crees?

Él suspiró. Su rostro adoptó una seriedad que ella no le había visto hasta ese momento.

—Raven, nadie aquí está orgulloso de lo que hizo —confesó con voz profunda—. Todos estamos arrepentidos, más aún sabiendo que este es el castigo —añadió paseando la vista por el bosque—. ¿Tú por qué lo hiciste? Y por favor, no me vengas con que no eres una suicida.

Ella cerró los ojos, apoyando la frente en el palisandro.

—Podríamos decir que yo hice lo mismo que tú. Morí por otra persona —dijo con tristeza, recordando la decisión de la que ahora se arrepentía con todas sus fuerzas, la de intentar salvar a Shadow de las sombras, cuando ella se las había ganado a pulso.

–Si te sirve de consuelo, Raven, yo pasé por lo mismo que tú hace muchos años –le dijo mientras se afanaba con el carboncillo.

–¿Ah, sí? ¿También te acusaron injustamente de algo y te condenaron?

–No... Unos cazadores me atraparon. Me sepultaron en mitad del bosque, pero logré salir, obviamente.

–¿Cómo saliste?

–Bueno... no salí, para ser sincero. Más bien me sacaron. Dieron conmigo por casualidad, cuando intentaban cavar para enterrar a alguien más. La tierra está llena de pobres diablos sepultados. Por las noches, si pegas la oreja al suelo, puedes oírlos gritar pidiendo auxilio. –Raven se estremeció al escuchar aquello; ni en sus peores pesadillas hubiera imaginado un castigo similar.

–¿Quién te sacó?

–Patrick.

Recordó a aquel bruto desalmado y se le revolvieron las tripas de la rabia. De pronto, reparó en que estaba haciendo amistad sin darse cuenta con uno de sus cómplices.

–Creo que ya está bien –le dijo enfadada-. No quiero que sigas dibujándome.

–Pero... ¿qué ocurre, Raven? –inquirió con rostro inocente.

–¿Qué ocurre? –repitió-. Que me tenéis aquí atada, como a una bestia, cuando los bárbaros sois vosotros. Eso es lo que pasa. Preferiría estar bajo tierra que en esta maldita aldea, y si lo que queréis es que diga cosas sobre los vavmordianos, entonces mentiré con tal de que me pongáis bajo tierra lo más pronto posible. ¡Os diré todo lo que deseáis oír!

Edric se quedó mirándola sin reprocharle nada. Sus ojos avellanados la escrutaron como cuando estaba dibujándola, pero esta vez intentaban encontrar algo en ella.

–Raven, ¿estás... diciendo la verdad? –preguntó con los ojos entornados.

–¿Por qué os cuesta tanto creerme?

Edric dejó el cuaderno con el retrato a medias. Tras ponerse de pie, se llevó los nudillos al mentón en un gesto pensativo.

–¿Podrías traerme un poco de agua? –solicitó Raven con timidez, pero Edric la miró como si le hubiera pedido un pterodáctilo.

–¿Agua? ¿Vas a tomar un baño ahora?

–¿Un... baño? ¡Claro que no! Tengo mucha sed... –dijo a manera de súplica.



Edric apoyó las manos en las caderas y la observó detenidamente, con la cabeza ladeada. Después de dejar escapar un suspiro muy largo, se marchó en dirección a la aldea.

Un minuto después, volvió a verlo cargando un cántaro de barro lleno de agua. En cuanto Edric lo puso cerca de su boca, lo sorbió hasta el fondo. Le supo a gloria. No recordaba la última vez que había apreciado tanto un poco de agua.

—Debes perder esa mala costumbre, o te volverás loca cuando estés en la caja.

—¿Qué costumbre? —preguntó Raven, sin hacer caso de su cara empapada.

En ese instante, se oyeron pisadas. Edric levantó la vista y la sonrisa que se había dibujado en su rostro desapareció de golpe.

—Patrick ha cambiado de opinión —dijo Dimas con cierto tono de regocijo—. Vamos a sepultar a esta maldita vavmordiana ahora mismo.

—¡No podéis hacerlo! ¡Chad ni siquiera está aquí, y estoy seguro de que él no lo consentiría! Cuando sepa que pasamos por encima de su autoridad, se pondrá como un energúmeno —protestaba Edric mientras Dimas y dos más arrastraban a Raven hasta la aldea.

—¡Esto no tiene que ver con Chad! —rugió uno de ellos.

—¡Claro que tiene que ver con Chad! Fue él quien ordenó que se consultara a todos antes de tomar una decisión.

—Patrick es el único que puede decidir qué hacer con esta pequeña zorra —intervino otro—. Él la atrapó y ahora le pertenece.

—Es una pena que una cara tan bonita vaya a quedar convertida en un pedazo de carne —dijo Tristán en tono de broma, sosteniéndole el rostro.

—¡Deteneos! —insistió Edric cercándoles el paso al centro del claro—. ¡No vais a hacer esto hasta que llegue Chad!

—¿Por qué no? —La voz profunda de Patrick resonó desde el otro extremo del amplio terreno. Como pudo, Raven se volvió para mirarlo. Tenía una postura defensiva y la miraba con altiva serenidad. A su lado se encontraba la muchacha que lo había recibido con un eufórico abrazo a su llegada a la aldea. La joven le sostenía la mano mientras la miraba con desprecio.

–Patrick, nos dijeron que iba a realizarse un juicio –dijo Edric en un débil intento por defenderla, pero Raven sabía que no había nada que hacer.

–Un juicio no –corrigió él–. Un referendo.

Los aldeanos aparecieron rodeando una gran fogata que empezaba a arder en el centro del claro. Todos habían sido convocados previamente a aquella reunión. Un hombre mayor de aspecto bonachón y otro de cabello largo rizado avivaban el fuego arrojándole leña y trozos de paja seca, al tiempo que un muchacho muy joven reunía en el suelo algunos picos, palas y otros instrumentos de excavación. Raven sintió un escalofrío al verlos.

–¡Atención todos! –los llamó Patrick–. Estamos aquí para decidir si esta infeliz vavmordiana es digna de nuestra clemencia o si por el contrario merece arder como todos los que han pretendido entregarnos al ejército de Vavmordia.

Raven sentía el pulso desbocado; las manos comenzaron a sudarle.

–¿Qué estás diciendo? –preguntó una mujer con cara de pocos amigos–. ¿Por qué tendríamos que sentir clemencia por esta chica? ¿Acaso Alistair la ha tenido con nosotros?

Se oyeron exclamaciones severas, gritos furiosos e insultos contra ella, hasta que las voces de los aldeanos entonaron un solo clamor.

«¡Quemadla! ¡Quemadla! ¡Quemadla!»

–¡Silencio! –bramó Patrick, y todos cerraron la boca de golpe–. Si hay alguna persona presente que no esté de acuerdo con que impongamos el máximo castigo a la vavmordiana Raven Davis, que dé un paso al frente y exponga su argumento –dijo mientras avanzaba hacia ella con el desparpajo de un verdugo.

Raven miró a todos los aldeanos con el corazón en un puño. Nadie movió un músculo. Ni siquiera Edric estaba allí para defenderla. Se había ido, como si se negara a ver cómo iban a ajusticiarla. Ya no le quedaban dudas. Iban a quemarla como si fuera una bruja.

Pero, si iba a ser condenada sin remedio, al menos les gritaría la verdad en la cara a todas esas personas.

Dio un paso al frente. Todos emitieron respingos de estupefacción.

–Yo tengo algo que decir –gritó con los ojos fijos en su verdugo.

Patrick la miró con arrogancia y apretó la mandíbula tan fuerte que su rostro se endureció con el esfuerzo.

–No me refería a ti –dijo entre dientes.

–¡Me da igual! –repuso ella–. ¡Exijo que se me permita decir unas palabras!

–¿Cómo te atreves? –volvió a gritar él–. Todos escuchamos tu estúpida historia de las luces y la amiga perdida y nadie te cree. ¿O sí? –preguntó a la multitud.

–¡No! ¡Eres una sucia mentirosa! ¡No vas a engañarnos! –vociferaron los aldeanos levantando los puños, como si además de calcinarla y enterrarla quisieran darle puñetazos.

–¡No soy una vavmordiana! Tampoco debería estar aquí... ¡No soy una suicida!

Los salvajes que la injuriaban sin compasión se quedaron mirándola como si estuviera demente. De pronto, Dimas soltó una carcajada estridente que contagió al resto de los aldeanos. En un segundo todos estaban burlándose de ella de la manera más descarada.

–¿Y qué eres, entonces? ¿Un maldito ángel? –gritó Dimas.

–Enséñanos tus alas, sólo así te creeremos –se mofó la novia de Patrick.

–No... no soy un... ángel –dijo con timidez–. Me gustaría encontrar la manera de demostrar que estoy diciendo la verdad. Por favor...

–¡Ya basta! –le gritó Patrick agarrándola por el cabello.

Raven sintió que todas sus esperanzas de salir ilesa de aquel lugar se desvanecían. Sollozó por el dolor, pero se recordó a sí misma que ella no era de las que lloraban en público. No iba a darles el placer de verla sufrir antes de ser devorada por aquella pira.

–Es la hora –le dijo Patrick al oído, al tiempo que los aldeanos pedían su cabeza–. Quiero que recuerdes que te di la oportunidad de confesarlo todo, pero la desperdiciaste. Ahora nadie va a salvarte.

Después de dedicarle una última mirada de repulsa, Patrick dirigió una orden a los hombres que habían avivado la pira. Sus dos secuaces tomaron cada uno una antorcha, hecha con palos y trozos de tela amarrados a un extremo, y la acercaron a la hoguera para encenderla. Las llamaradas, que ardían con vehemencia, habían llegado tan alto que parecían ser capaces de incendiar el mismísimo cielo. Raven sintió una presión en el pecho al ver aquel tifón de fuego donde ella se consumiría, cual si fuera una campesina del siglo XVII acusada de hechicería.

Pero, cuando Patrick se dio la vuelta para volver al lado de su novia, Raven lo cogió por la camiseta, dispuesta a decirle lo que se merecía antes de que la calcinaran. Él se volvió, sosteniendo una mirada asesina en aquellos ojos diabólicos.

–Debiste de ser un asqueroso cobarde cuando aún vivías –le gruñó.

Sus palabras fueron como una llamada al demonio. Patrick se soltó, al tiempo que los rostros de los aldeanos se llenaron de asombro. Ninguno podía creer que se hubiera atrevido a desafiarlo. La mirada que Patrick le lanzó fue tan brutal... como el puñetazo que le soltó después, justo en la nariz.

Raven cayó al suelo, cubriéndose la cara con ambas manos. El dolor era tan intenso que las lágrimas que tanto se había esforzado en contener salieron finalmente de sus ojos. Un fluido caliente y denso brotó de su nariz rota y empapó sus manos y su boca mientras sollozaba. El sabor de la sangre le produjo náuseas. Y el castigo tan sólo acababa de empezar.

¡Cómo deseaba estar viva para dar ese paseo en el barco del tío Howard y ver el atardecer en el océano! ¡Cómo deseaba haberse dejado besar por Matt, el chico australiano, y cómo deseaba regresar a Londres para decirle a su madre cuánto la quería!

Lo que la chica no pudo advertir en medio de su delirio fueron los rostros despavoridos de los aldeanos cuando se retiró las manos de la cara. Soltaron respingos y gritos de conmoción. Abrumado y con los ojos fijos en ella, Patrick dio un paso atrás, tambaleándose, como si lo hubieran golpeado a él en vez de a ella. Sus ojos azules la miraron conmocionados, atemorizados... afligidos.

En ese instante, Chad apareció en el claro; venía corriendo con dificultad por un caminito trazado en el bosque. Delante de él estaba Edric, quien había ido a buscarlo.

—Pero ¿qué es lo que está pasando aquí? —preguntó alzando la voz.

Cuando llegó al lugar y vio a Raven, en el suelo y herida, el semblante del hombre adoptó la misma expresión agitada que el resto. Se quitó el sombrero y lo dejó a un lado.

—¡Dios bendito! —susurró frente a ella—. ¡Está sangrando!

## CAPÍTULO 5

# Ángel

La llevaron con cuidado hasta una de las viviendas de troncos. Estaba tan aturdida que no fue capaz de protestar. Respiraba por la boca mientras un hombre joven, que había aparecido entre la multitud, la sentaba en una hamaca y la atendía con soltura, como un médico experimentado que hubiera acudido a la llamada de urgencias.

El hombre le colocó trozos de tela húmeda sobre la nariz a modo de compresas y desalojó a los aldeanos curiosos que habían abarrotado la habitación. Chad terminó de echarlos a todos casi a patadas, cerrando la puerta de un golpe. Sólo permanecieron dos mujeres para asistir al que parecía ser el médico y Edric, quien salió al cabo de un momento para cumplir una orden.

Cuando la sangre dejó de manar, Raven se retiró la compresa y la dejó a un lado. Su nariz estaba empezando a hincharse.

—Calma, ya te daré algo para el dolor —la tranquilizó el médico.

Chad tomó con cuidado los trozos de tela empapados de sangre y lágrimas, como si se tratasen de una reliquia, y ajustándose las gafas se los acercó al rostro. Seguidamente, los olfateó frunciendo el ceño. Las mujeres le quitaron la compresa de las manos para hacer lo mismo y después se miraron conmovidas. Raven no entendía qué estaba pasando, pero algo le decía que estaba salvada.

—Oh, Dios mío, ¿cómo es que puedes sangrar, Raven? —preguntó el líder de los aldeanos mirándola con ojos de asombro.

—Chad, te ruego que no la obligues a hablar, al menos hasta que se le haya pasado el dolor —dijo el médico mientras la atendía, inclinándole la cabeza hacia delante para evitar que la sangre bajara por su garganta.

—Está bien. Disculpame, Henry —dijo el hombre, apenado—. Y también discúlpanos tú por no haber creído tu historia, Raven.

Ella entornó los ojos, todavía turbada por el dolor y por la forma como todos habían reaccionado al verla herida en el claro. ¿Era por la sangre? ¿Los vavmordianos no sangraban acaso? ¿Qué había en su sangre que de pronto los había vuelto tan considerados?

Edric reapareció con una taza humeante entre las manos. El médico, a quien Chad había llamado Henry, la agarró y se la acercó a Raven. Desconfiada, ella apartó el rostro. Olía espantoso y sabía que los brebajes apestosos siempre sabían peor.

–Esto va a disminuir el dolor. Por favor, tómatelo –le dijo él en tono amable.

Recibió la taza y sorbió el contenido caliente con cuidado. Sabía a agua de calcetines sucios, pero la promesa de aliviar su dolor la animó a acabárselo hasta el fondo, arrugando su nariz herida.

–No tienes ninguna rotura; ha sido sólo una contusión. Te pondrás bien muy pronto –le dijo el doctor con una sonrisa cargada de vergüenza, después de examinarla.

–Gracias –respondió ella, insegura.

–Creo que es mejor dejarla sola –dijo una de las mujeres mirándola con ternura.

–Sí, es una buena idea –convino el médico.

Los aldeanos se pusieron de pie, incluido el que la había curado. Edric le dirigió una sonrisa optimista y la chica que no había hablado bajó la vista con timidez cuando Raven la miró. Chad tomó de nuevo la compresa, la envolvió con la funda de una almohada con mucho cuidado y se la llevó con él.

–Nosotros también necesitamos asimilar esto –murmuró una vez cruzada la puerta.

Poco después, Raven se sentía mejor. Tenía la nariz hinchada, pero el dolor había disminuido en gran medida. En cualquier momento podría irse caminando y volver al Bosque de los Peregrinos, como había llamado Chad al lugar donde había visto a Shadow.

Se iría de allí tan pronto como se lo permitieran sus piernas, se alejaría para siempre de aquella madriguera de salvajes, que la habían amenazado con calcinarla y confinarla a una fosa. ¡Bárbaros! ¡Ruines! ¡Depravados! Estaba segura de que los vavmordianos no eran peores que ellos.

Pero la culpa no había sido del todo de los aldeanos, pensó después de un momento. Era de aquel miserable: de Patrick. Ese cobarde la había expuesto al escarnio de los

demás y después la había golpeado. ¡Bastardo! Nadie la había tratado con tanta rudeza en toda su vida. Tenía que marcharse lo más pronto posible; de lo contrario, Patrick encontraría la manera de volver a inculparla.

Decidida a largarse, bajó de la hamaca y caminó de puntillas hasta la puerta. Se asomó por una de las rendijas de la desgastada madera y vio que Chad se acercaba. El hombre llamó a la puerta tres veces. Indecisa, ella volvió a la hamaca antes de permitirle entrar.

—¿Cómo estás?

—Lista para irme.

—¿Bromeas? —arrugó el ceño—. Sería una crueldad que te fueras sin hablar conmigo —dijo en tono humilde mientras se sentaba en un taburete—. No dejes a este viejo curioso sin respuestas.

—¿Qué quiere que le diga? Ya se lo he explicado muchas veces.

—Por favor, hazlo de nuevo, Raven. Quiero oírte —musitó inclinándose hacia delante para prestarle toda su atención—. Y no omitas ningún detalle...

Raven ofreció todos los detalles de su deceso y de lo que había visto durante su corto tránsito por el umbral que separa la vida de la muerte. Le describió su confuso despertar, sus novedosas emociones cargadas de paz y su completa apatía del mundo terrestre. También le habló de cómo había visto a Shadow durante su avance por el camino de luces y cómo había saltado hacia el otro lado para tratar de rescatarla de las sombras. Finalmente le contó que, una vez cruzado el halo dorado, sintió que todas las emociones recién adquiridas se desvanecían, devolviéndola a su estado natural: temerosa y vulnerable.

Después de oír el relato completo, Chad se quedó alucinado.

—Esto es... —susurró mientras se quitaba las gafas con la mano temblorosa— sublime.

—No, no lo es —replicó Raven acordándose del lío en el que estaba metida—. Ahora sé que no debí haber saltado. Fue una estúpida equivocación.

—Raven, querías ayudar a una amiga; no sabías de la existencia del Bosque de los Peregrinos. No te culpes por haber querido ser solidaria.

—Debe de haber un modo de volver, ¿no? Tiene que haberle sucedido a alguien alguna vez —musitó con pocas esperanzas, dada la expresión de perplejidad que Chad le había mostrado.

—No, querida, es la primera vez que escucho tal cosa —respondió él con tristeza, entrelazando sus dedos frente a su mentón en un gesto pensativo—. No estoy diciendo

que no haya una manera de ponerte en el carril correcto de nuevo. Pero hasta ahora ni siquiera sabía que era posible venir aquí por error. Ni siquiera había oído hablar con tanta propiedad de ese... sendero iluminado.

—¿Cómo es el despertar de los suicidas, entonces?

—No hay luces, y paz... ¡ni una pizca! Sólo se está desamparado y aturdido en el bosque, en medio del frío. Al menos esa fue mi experiencia. —Raven tragó saliva—. Algunos tardan en asimilar lo que les ocurrió, por eso vagan perdidos hasta que los vavmordianos o cualquier otra civilización esclavista los interceptan. Otros tienen más suerte y logran unirse a una tribu nómada, como la nuestra.

—¿Quiénes son ellos, Chad? ¿Quiénes son los vavmordianos?

—Son suicidas, como nosotros, pero infinitamente más poderosos y organizados. Tienen un rey, Nicanor, y una reina, Morgana. Hace mucho tiempo que ejercen un dominio implacable sobre estas tierras. Por un lado, captan a los nuevos suicidas, los convierten en sus esclavos y se aprovechan de sus talentos y conocimientos tecnológicos del presente. Por otro, dan caza a gente como nosotros: la resistencia.

—Pero ¿qué ganan ellos? ¿Qué es lo que quieren?

—Lo mismo que alguien querría en vida: riqueza y poder perpetuos. Hay otras civilizaciones como ellos en otras tierras muy lejanas, pero los vavmordianos parecen ser los más ambiciosos. Buscan superarlas de todas las maneras posibles, reuniendo el mayor número de guerreros para su ejército, creando las defensas más impenetrables, eliminando a todos los que puedan frenarlos.

—Pero todos sois inmortales... es decir, no hay modo de que ninguno muera.

—Así es, aunque lanzarlos al mar o sepultarlos es una buena... —Chad se interrumpió al recordar lo que había estado a punto de hacerle—. Lo siento mucho, había olvidado... —dijo apenado.

—Entonces, ¿así es como se deshacen de sus enemigos?

—Sí. La tierra está llena de suicidas soterrados. La mayoría de ellos han desafiado a los vavmordianos... otros los hemos enterrado nosotros.

—¿Tan difícil es detener a los vavmordianos?

—Yo diría que es imposible. Son demasiados. Sus ejércitos de bárbaros y cazadores están en todas partes. —Se encogió de hombros—. Lo único que nos queda es huir.

—Y Shadow está con ellos...



—Sí. Hace unos meses llegó a la antigua aldea fingiendo ser una recién llegada. La acogimos, pero después descubrimos que era una infiltrada. Cuando fuimos a detenerla, ya iba a revelarles a los cazadores nuestra ubicación, así que los muchachos la persiguieron mientras nosotros nos movilizábamos. Así fue como atraparon a Randolph y a Dimas.

—Oh, ¡no puedo creer que Shadow sea tan mala! —exclamó ella, tapándose el rostro con ambas manos—. No era una chica ejemplar en vida, pero esto es... atroz.

—Puedo apostar a que la forzaron, pero, si yo hubiera sido ella, habría confesado todo al llegar aquí y pedido asilo. Nosotros la habríamos refugiado.

Raven torció el gesto.

—¿La habríais creído? ¡Conmigo no lo hicisteis!

—Lo siento, no te hemos creído hasta ver que eres distinta... Puedes sangrar... y llorar.

Raven recordó los rostros conmocionados de todos los aldeanos al verla herida.

—¿Los suicidas no lo hacen?

—No. —Suspiró—. Estamos secos. Hacía siglos que no había visto a alguien hacer lo que tú has hecho.

—¿Por qué? ¿Por qué yo puedo sangrar y llorar si también estoy muerta?

—No tengo ni idea —negó con la cabeza—, pero me gustaría averiguarlo.

—Y todo por culpa de... —balbució ella, pensando en aquel despreciable chico que le había dado un puñetazo delante de todos los aldeanos.

Chad volvió a suspirar.

—Lo siento tanto, Raven...

—Chad, no fuiste tú quien me golpeó, sino... él. —Había empezado a tutearlo sin darse cuenta.

—Patrick es uno de los nuestros. Hizo lo que creyó que era correcto, aunque al final cometió un terrible error. Todos estamos muy presionados; vivimos en una intranquilidad constante. Los vavmordianos no descansarán hasta vernos trabajando en sus canteras o excavando en sus minas.

Ella sacudió la cabeza, intentando no pensar en las razones de Patrick para agredirla. Después de todo, él no era nadie para Raven y tampoco lo eran todas aquellas personas que habían sido tan cobardes como para huir de sus propias vidas. Si ellos tenían que sufrir todas aquellas calamidades, debía de haber alguna razón. Tal vez Dios quería castigarlos. Fuera como fuese, no era su problema.

–Chad, quiero irme de aquí –dijo con un mohín de urgencia–. Déjame ir, por favor.

–Raven, eres libre de irte, pero no antes de que te hayas recuperado –sostuvo en tono razonable–. Por Dios, tienes la nariz hinchada y estás muy frágil. Deja que Henry te vea una vez más; luego te enviaré al bosque con algunos de los chicos.

–De acuerdo –asintió ella, esperanzada–. Un día más.

–Gracias por todo lo que me has contado –dijo poniéndose de pie y ofreciéndole una pequeña sonrisa–. Confío en que hallarás tu camino; eres una chica tan buena que mereces estar en un lugar donde en vez de vavmordianos y aldeanos anárquicos encuentres ángeles y... no sé... castillos hechos de galleta –bromeó, y Raven soltó una risita irónica en respuesta.

Antes de marcharse por la puerta, el hombre la miró por encima del hombro.

–Raven, no voy a justificar el comportamiento de Patrick –dijo en tono reflexivo–. Pero piénsalo mejor. Si él no te hubiera pegado, tal vez ahora mismo estarías metida en un agujero.

Después de que el entusiasta doctor Henry Mott examinara otra vez su nariz hinchada, Raven se quedó sola en la cabaña que los aldeanos habían dispuesto para ella. Se acostó en la hamaca y cerró los ojos, que le dolían un poco por la hinchazón. Estaba tan cansada que muy pronto se durmió. Durante toda la noche tuvo sueños extraños que involucraban a su madre, a Shadow y a la camioneta que la había atropellado. Pero lo más extraño vino después de hallarse tirada en el pavimento, cuando no podía abrir los ojos. Patrick estaba allí, en su sueño, y le acariciaba el cabello con devoción. Y en lugar de rechazarlo, ella se quedó muy quieta disfrutando de su tacto en silencio.

A la mañana siguiente, cuando despertó, notó que el dolor en el rostro había desaparecido casi por completo. Agradeció mentalmente su ayuda al doctor Mott y a su bebedizo mágico, que, aunque tenía un sabor espantoso, cumplía su trabajo a la perfección. Se levantó de la hamaca, estirándose para aliviar los ligeros dolores que le había producido la posición al dormir, y descubrió lo que había sobre la mesa: una bandeja con comida. El estómago le rugió en respuesta. Se acercó, dispuesta a devorar aquel desayuno, que consistía en un plato de fruta, una taza de sopa y varios bollitos redondos. Aunque no era ningún manjar, lo disfrutó con avidez. No había comido nada desde que murió.

Cuando terminó de devorar los alimentos, alguien llamó a la puerta.

–Raven, ¿puedo entrar? Soy yo, Edric.

–¡Edric, pasa! –respondió ella.

El chico se introdujo en la cabaña. Al verla, su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

–Veo que estás mejor.

–Sí, gracias al doctor Mott, aunque mi nariz debe de parecer una remolacha triturada.

–¡Tonterías! Estás tan bonita como cuando te hallamos en el bosque –dijo entregándole una hoja de papel–. Tan bonita como aquí. –Raven lo cogió dejando escapar un respingo de admiración. Era un retrato hecho al carboncillo, con trazos delicados y magistrales que sólo un artista largamente ejercitado podría lograr; era el mismo retrato que Edric había dejado a medio terminar junto al palisandro.

–Muchísimas gracias. ¡Es perfecto! –susurró–. Tienes mucho talento.

–En mis tiempos solía ganarme la vida dibujando mujeres bonitas –dijo con una mueca burlona y petulante–. Y mi técnica ha mejorado con los siglos. –Raven lo miró con asombro–. Ahora ven, ya está bien de quedarte aquí como un pájaro enjaulado. Voy a mostrarte la aldea.

–¿Qué? –Sus ojos se abrieron como platos–. Pero... la gente de la aldea me odia.

–Ellos no te odian. Todos sabemos que no vienes de Vavmordia. Chad nos convocó anoche a una reunión y nos explicó lo que ocurrió contigo. –Su rostro dibujó una pequeña mueca de pesar.

–Edric, no estoy segura de poder salir ahora.

–Anda, vamos a dar un paseo. Si no quieres ir a la aldea, iremos al río o... –Edric se interrumpió al ver los platos vacíos sobre la mesa–. Oh, así que también comes.

–Sí... Estaba muy hambrienta. –Suspiró–. Gracias por el detalle.

–¿Qué detalle?

–¿No me has traído tú el desayuno?

–¡Claro que no! Te dije que comer y beber son malos hábitos.

–¿Cómo van a ser malos hábitos?

–Cosas de suicidas... –musitó tomándola de la mano para arrastrarla fuera de la cabaña.

En el exterior, los aldeanos estaban sumidos en distintas tareas. Un hombre tocaba la armónica desde la rama de un árbol mientras otros tres llegaban del bosque cargados de

leña. Estaban construyendo más cabañas. Raven se dio cuenta de que se hallaba en una pequeña villa en potencia. Más allá, un grupo de ancianas trabajaba con esmero en la confección de una manta mientras las mujeres más jóvenes preparaban legumbres a lo largo de una gran mesa rústica.

—Creo que no soy la única con malos hábitos —le dijo a Edric con sarcasmo.

—Hay gente que no puede distanciarse de la costumbre de comer —dijo él con seriedad—. Creen que lo necesitan, pero no es así. No es más que una pérdida de tiempo y esfuerzo.

Cuando la vieron pasearse por la aldea, los hombres y mujeres que antes habían pedido a viva voz que la quemaran en la hoguera la observaron con cautela. Dimas no le quitaba los ojos de encima; mientras, la chica que, según creía, era la novia de Patrick la apuñalaba con la mirada.

Raven centró la mirada en esta última aldeana, una joven rubia, hermosa y refinada, como las actrices que interpretan los papeles principales en las adaptaciones cinematográficas de las obras de Jane Austen. Y también vestía igual que ellas. Su rostro dibujaba una mueca de malicia que hacía juego con la mirada repulsiva que lanzaban sus ojos azules, de largas y rizadas pestañas.

—No le hagas caso a Margherite —dijo Edric con desdén—. Dos siglos en esta pocilga y aún aspira a que la tratemos como si todavía fuera de la realeza.

—¿Era de la realeza? —preguntó sorprendida.

—Hija del conde de Kirketon. Su padre perdió el título en 1814, después de saberse que era espía de los franceses. Su familia fue desterrada de Inglaterra y todas sus posesiones, incautadas. Margherite se lanzó por un acantilado al enterarse de que se habían arruinado —dijo Edric con desfachatez, como si en lugar de la muerte de alguien estuviera contando el final de una mala película.

Edric guio a Raven por cada rincón de la aldea con la formalidad de un empleado de la oficina local de turismo. En voz muy baja le contaba las historias de suicidio de todo aquel que se les aparecía por el camino. Aunque el chico relataba cada antecedente con tono relajado, Raven escuchaba con desazón. Más tarde llegaron a la cocina, que no era más que un fogón con calderos pendiendo de un armazón de metal, un horno de piedras y una mesa rústica. Una mujer regordeta y de mejillas rosadas la recibió con una sonrisa. Edric le había dicho que se llamaba Agatha y que era la pareja de Chad.

—Oh, Raven. ¡Buenos días, querida! —exclamó la mujer poniéndose de pie. Agatha examinó brevemente su nariz. Después de hacer una mueca de dolor, volvió a sonreírle—. ¿Cómo estás hoy?

—Me duele un poco menos... Gracias —murmuró con timidez.

—Oh, me alegro mucho. Estamos muy apenados por el malentendido. Espero que no nos guardes rencor —dijo retorciendo los extremos del delantal en señal de arrepentimiento.

Raven dejó crecer una sonrisa forzada en sus labios. No había olvidado el suceso y no se creía capaz de hacerlo alguna vez, pero aquella señora se veía tan buena gente que le pareció inapropiado hacerle algún reproche. La mujer la guió a la mesa, donde todavía desayunaba el doctor Mott, en compañía de un anciano y otras dos muchachas. Raven les dio los buenos días y le dirigió al médico una sonrisa de agradecimiento. Cuando se sentó a la mesa por petición de la anfitriona, una de las chicas se puso de pie, aunque el contenido de su plato estaba intacto, y se fue de allí con paso airoso. Raven se quedó mirándola al tiempo que Agatha buscaba distraer su atención.

—Debes de estar hambrienta. Los primeros días son fatales —decía mientras le servía sopa en un tazón—. Sé que estarás pensando: «Ey, estamos muertos, ¿para qué la comida?», pero nada se compara a la felicidad de tener la barriga llena con un buen plato. ¿O me equivoco, Henry?

—¡Ya lo has dicho todo, Agatha! No hay mejor manera de alegrarnos la muerte —bromeó el doctor Mott antes de darle un mordisco a un bollito.

—¡Aquí tienes, ya has escuchado al médico! —La mujer colocó la taza de sopa frente a ella.

—Señora, le agradezco mucho que me haya invitado, pero resulta que ya he comido.

—¿En serio? —dijo la mujer con el ceño fruncido—. Pero si no te he visto hasta ahora...

—Esta mañana alguien me llevó una bandeja con comida a la cabaña donde dormí.

—¡Qué extraño! —exclamó Agatha, pero enseguida una amplia sonrisa borró la incertidumbre de su rostro—. Bueno, quizás lo hizo Chad antes de irse.

Raven se sentía satisfecha de que los demás aldeanos ya no quisieran prenderle fuego. Después de desayunar, se quedó charlando con Agatha, Henry, Edric y Lucy, una chica pelirroja de más o menos su edad que vestía ropas hippies y que, por su amplio

conocimiento de los tiempos modernos y su modo de hablar, tenía que haber vivido durante los años setenta.

Por enésima vez, contó la historia del camino de luces y el imprudente salto que la llevó al Bosque de los Peregrinos. Al cabo de un momento, otros oyentes se sumaron al grupo para conocer su historia de primera mano. Incluso el hombre que tocaba la armónica paró para escucharla. Los aldeanos la interrogaron sobre los hechos del futuro. Casi todos ellos eran de épocas anteriores al siglo XX y deseaban conocer qué había ocurrido en el mundo en su ausencia, desde quiénes gobernaban hasta qué aparatos se habían inventado para mejorar la calidad de vida de las personas.

De pronto, todos giraron la cabeza para ver a Chad, que llegaba a la aldea en compañía de sus colaboradores. El hombre se quitó el sombrero y comenzó a ventilarse con él mientras se quejaba de sus viejas articulaciones.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó Agatha con una mueca de preocupación.

—Sí, sí —dijo acercándose—. Ya no podéis hacer nada por mí. Estoy muerto... Oh, ¿qué tenemos aquí? —preguntó al ver a Raven a la cabecera de la mesa y, después, a los aldeanos en torno a ella—. ¿Esto es un mitin político? ¿Estáis planeando derrocar a alguien?

—¡Ni te imaginas todas las cosas tan estupendas que nos ha contado Raven sobre el presente! —exclamó Lucy—. ¿Sabías que existe un aparato que..?

Raven perdió todo contacto con la realidad cuando su mirada se cruzó con la de Patrick, que había llegado junto con Chad. Un temblor repentino le recorrió la columna vertebral al notar que sus ojos azules ya no destellaban odio. Los vestigios del sueño de la noche anterior le invadieron la mente. ¡Qué estupidez! ¿Por qué tenía que aparecerse en su sueño? Patrick no era nadie para ella.

—¡Raven! —Lucy la hizo espabilar tocándole un hombro.

—¡Oh!, ¿qué has dicho? —exclamó al volver del trance.

—No importa, querida —dijo Chad con indulgencia—. Podrás contarme todo sobre el futuro cuando partamos al Bosque de los Peregrinos esta noche.

—¿En serio? ¿Nos iremos esta noche, Chad? —inquirió, feliz y esperanzada.

—Claro que sí —le dijo con una sonrisa un tanto tensa—. Bueno, no nos queda más que reunir al grupo. —El líder recorrió los rostros de los aldeanos con la mirada—. ¿Quién viene con nosotros?

—Cuenta conmigo —soltó Edric.

–Yo también voy, no me perdería el espectáculo de fuegos artificiales en el bosque por nada del mundo –bromeó Randolph dando un paso adelante.

–¿Tú qué dices? –le preguntó a Patrick, que mantenía una postura relajada. Raven estuvo a punto de contestar, pero, antes de que pudiera abrir la boca, él respondió tajante:

–No. Tengo cosas más importantes que hacer.

Y después se largó de allí.

–¡Imbécil! ¿Quién se ha creído que es? –Raven discutía consigo misma mientras regresaba a la cabaña donde Henry iba a examinarla–. «Tengo cosas más importantes que hacer...» Como darle puñetazos en la nariz a alguien, ¿verdad? ¡Bruto arrogante!

Nunca se había sentido más ofendida, ni más rechazada. Lo peor era que ya no podía fingir que no le importaban los desplantes de Patrick. Por alguna razón que no llegaba a comprender, le dolía que la tratara con tan poca cortesía, pero era algo que jamás admitiría en voz alta. ¿Por qué la odiaba? Tal vez era el hecho de que lo hubiera dejado en ridículo en mitad del claro, cuando todos comprobaron que ella no era una vavmordiana. Raven debía de ser un recordatorio de su incompetencia.

Cuando el médico llegó a la cabaña, procedió a examinarla con cuidado.

–¡Ay! –gimió Raven al percibir casi en el cerebro el instrumento que el médico usaba como espéculo para descartar la presencia de coágulos.

–Tranquila, te he dicho que no te muevas –respondió Henry–. Lo sé... todos nos dimos cuenta de lo que te hizo Patrick.

–¡Es un monstruo!

–Es cierto que a veces puede ser un poco irritable.

–¿Un poco? –replicó con las cejas levantadas.

–No hables –le advirtió–. Raven, estoy seguro de que Patrick lo siente. Lo que ocurre es que es muy orgulloso, pero también es un chico extraordinario... y muy valiente. De no haber sido por él, los vavmordianos nos habrían capturado hace mucho tiempo. Ya verás que muy pronto te ofrece una disculpa. Hasta los militares se disculpan alguna vez, aunque sea para resguardar su honor. Te lo digo con conocimiento de causa –apuntó el médico, que había servido durante la Primera Guerra Mundial.

–¿Patrick era un militar?

—Yo creo que sigue siéndolo —dijo Henry con orgullo—. Peleó en las Guerras Napoleónicas; en la Batalla de Leipzig, en la de Waterloo... Gracias a hombres como él logramos frenar a los franceses... y ahora nos defiende del ejército de Vavmordia. Creo que somos muy afortunados de tenerlo de nuestro lado —dijo mientras la atendía con pericia—. Raven, realmente voy a echarte de menos. Hace muchos años que no tenía un paciente de verdad... Es decir, uno que realmente sangrara.

Raven se quedó pensativa. Había estado tan ocupada odiando a Patrick que no había tenido tiempo de pensar en un hecho bastante obvio: él también había tenido una vida turbulenta, como todos en aquella aldea; una vida que había terminado de la peor manera. Pero ¿en realidad había sido un héroe? Era capaz de imaginarse a ese gruñón repartiendo órdenes. Seguro que había sido uno de esos oficiales soberbios. Ya había escuchado ese tono autoritario en el bosque y visto cómo los demás bajaban la cabeza ante sus órdenes...

Pero... si realmente era un héroe, como decía Henry, ¿por qué se había suicidado?



## CAPÍTULO 6

# El Bosque de los Peregrinos

Esa tarde, Edric y Lucy la llevaron a un espléndido río que fluía en mitad del bosque. Era una especie de paseo para despedirla.

Raven se quedó maravillada al ver el río que bajaba de las montañas y corría a unos pocos minutos a pie de la aldea. Todo el paisaje era una explosión luminosa de verdes, desde los sinuosos tallos de bambú sobre el agua, que caía en dos espumosas cascadas, hasta las enormes murallas cubiertas de kudzu que bordeaban el arroyo. Detrás de las piedras musgosas, se abría una plácida laguna donde las ramas de los árboles acariciaban la superficie del agua. Una pequeña cueva, oscura y enigmática, como el escondite de dos amantes, permanecía semioculta detrás de una de las cataratas.

Por primera vez, Raven vio su nariz hinchada reflejada en un pequeño charco. En efecto, parecía una remolacha triturada, pero Lucy le aseguró que antes estaba peor y que no había de qué preocuparse. Se sentaron sobre una piedra para contemplar las cascadas.

—Es lo que más me gusta de la nueva aldea —dijo Lucy quitándose las maltrechas sandalias artesanales de dos patadas—. En la anterior ni siquiera teníamos agua.

—Es una pena que haya sido precisamente Shadow quien os haya hecho movilizaros —dijo Raven con tristeza.

Las dos chicas metieron los pies en el agua, que estaba muy fría. De pronto, Raven tuvo un poderoso *déjà vu*. Escudriñó entre sus recuerdos y halló una escena muy similar a la que estaba viviendo, pero junto a su prima Cynthia en su casa-muelle de Christchurch frente al río Avon. Había sido la última conversación seria que habían tenido antes del suceso de la camioneta y, curiosamente, también tenía como protagonista a Shadow.

—Sí... A mí nunca me dio buena espina esa bruja pretenciosa. —Lucy imitó el modo en que Shadow solía soplar su flequillo púrpura—. ¿Sabías que yo le puse el apodo de la

Bufona? No es que me pareciera muy graciosa; era por su aspecto. –Raven arrugó la nariz al recordar la pinta *emo* de Shadow–. ¿La gente del siglo XXI tiene ese aspecto? Porque, si es así, me alegra no estar ahí.

Raven rió.

–No. Es una especie de moda pasajera. Ya sabes, la mayoría lo supera a los veinte. Te parecerá increíble, pero es un concepto donde la moda es no seguir ninguna moda.

–¡Oh, por favor! –Lucy movió la cabeza con exasperación–. ¡Espero que esos no vengan muy a menudo o te aseguro que la tierra no nos bastará para enterrarlos a todos!

Raven volvió a reír. Disfrutaba de la compañía de Edric y Lucy. Eran el tipo de gente de la que siempre deseó estar rodeada en secundaria, pero, por desgracia, en Saint Augustine sólo había conocido a esnobs y a alumnos que se tomaban demasiado en serio sus reputaciones de intelectuales. Era bastante vergonzoso admitir que la persona más cercana a una amiga que había tenido era una chica que se había cortado las venas en la bañera el último día de instituto.

–Admítelo, te mueres de la curiosidad –dijo Lucy lanzándole una mirada inescrutable.

–¿Qué? –respondió Raven con el ceño fruncido.

–No te hagas la tonta –dijo con diversión y reproche–. ¿Acaso Edric ya te lo ha dicho...? Porque dudo que ese bobo medieval entienda una palabra de lo que le conté cuando llegué aquí.

Raven lo captó. Se refería a cómo había muerto, algo que en realidad no deseaba saber.

–Te juro que no me ha contado nada y yo tampoco le he preguntado; no es asunto mío.

–¿Bromeas? Pero ¡si es lo primero que la gente quiere saber! –exclamó con los ojos muy abiertos–. Es una forma de hacer terapia, como cuando llegas a Alcohólicos Anónimos y dices: «Hola, soy Lucy» y todos responden «Hola, Lucy». Y después cuentas tu historia y admites que eres una suicida y todos te aplauden por tu valor y te dan ánimo, ¡etcétera! –Hizo un gesto brusco con las manos, como si estuviera expulsando algo de su pecho.

–Tal vez, pero tú no pareces necesitar terapia –le dijo Raven sonriendo–. Y yo ya estoy cansada de escuchar historias de suicidios. Es... perturbador.

–¡Oh, vamos!, ¿de verdad no sientes un poquito de curiosidad? Es una buena historia... que involucra a los Beatles –canturreó Lucy con una sonrisa perversa.

Raven puso los ojos en blanco.

—¡No! Me parece que quieres escandalizarme más que desahogarte. No vas a lograrlo.

—Bueno, ¡que conste que lo he intentado! —dijo rendida—. He tratado de sincerarme contigo.

—No necesito oír la historia de tu muerte para aceptarte. Me gustas y también Edric, y prefiero que las cosas sigan así hasta que me vaya. ¿Me lo prometes?

Lucy suspiró.

—De acuerdo, ¡es un trato! —dijo con solemnidad.

Raven se quedó pensando en lo que acababa de decir la chica hippie.

—¿En serio es lo primero que te preguntan al llegar aquí? ¡Qué falta de respeto!

—Claro, ¡y no sólo por terapia! También hay que descartar a los psicópatas. ¡De esos hay que cuidarse! —murmuró haciendo un gesto de repulsa—. El único del que no se sabe una palabra es de tu buen amigo Patrick, pero, claro, nadie dudaría de él ni en un millón de años.

Raven estaba contemplando los tallos de bambú que se inclinaban a lo lejos formando un arco, pero al oír el comentario se giró para mirar a Lucy.

—Oh, lo siento, Raven. ¿He dicho algo malo?

—No, no... ¿Has dicho que... Patrick no... os ha dicho cómo murió? —balbució.

—Nadie lo sabe... Sólo que era capitán del regimiento número nueve de Dragones y que mató a muchos franceses en la guerra... Siempre que le preguntan, dice que no es asunto de nadie. —Hizo un gesto reflexivo—. ¿Sabes? Siempre he creído que, antes de la Bufona, Patrick era nuestro chico raro.

Raven sacudió la cabeza para tratar de restarle importancia al tema, intentando fingir que no era de su interés, aunque muy, muy en el fondo, y aunque detestara reconocerlo, sí le interesaba saber más cosas sobre Patrick. Incluyendo eso.

—Y tiene razón. Me parece muy... sensato.

Justo en ese momento un violento chapoteo la salpicó. Era Edric, quien se había lanzado de cabeza desde una de las murallas verdes de piedra que rodeaban el río.

—Señoritas, ¿me concederían el honor de acompañarme? ¡El agua está extraordinaria y clama por ustedes! —dijo con su particular estilo de caballero medieval.

Lucy hizo el gesto de la paz con los dedos y se echó al agua sin quitarse el blusón hippie.

—Lo que sea que signifique eso, lo serás tú —replicó Edric al tiempo que Raven se reía.

Ansiosa por darse un buen chapuzón, se quitó el jersey lila, que estaba mugriento. Se metió en el agua con cuidado. Estaba fría, pero ejercía un poder refrescante en ella. No supo cuánto necesitaba un baño hasta que lo tomó en aquel espléndido río de distintos tonos de verde.

—Oh, Dios mío, voy a zambullirme con dos espléndidas jovencitas casaderas. En mi época, vuestros padres habrían mandado colgarme sólo por esto. Me siento tan bendecido...

—Cállate, Edric —le espetó Lucy.

Raven no nadó hasta donde estaban sus nuevos amigos, cuyas voces se habían perdido en la lejanía. Se quedó flotando en aquel apacible lugar, con los ojos cerrados, los brazos y piernas extendidos, tratando de descansar como no lo había hecho en mucho tiempo. Esa misma noche se iría al cielo o a cualquier lugar destinado para ella al final del sendero luminoso. Tal vez entonces alcanzaría la paz a la que no había podido acceder desde la muerte de Shadow. Ahora tenía la certeza de que cada persona estaba en el lugar que le correspondía, ya fuera por decisión de Dios o porque simplemente así tenía que ser. Por otro lado, la entristecía el hecho de saber que ya no vería a Lucy, a Edric, a Henry y a todas las personas que habían sido amables con ella. No quería pensar que había cometido un error entablando amistad con aquellos gentiles suicidas que la hacían reír, pero tal vez así fuera. ¡Qué injusto! ¿De verdad no podía ir a visitarlos de vez en cuando? ¿Por qué en vida no había conocido a gente como ellos? La vida y la muerte a veces eran muy fastidiosas, se dijo para sus adentros.

Entonces, una sensación instintiva le advirtió que estaba siendo observada. Abrió los ojos, pero no necesitó mirar alrededor para encontrar a un posible espía. Él estaba allí, sentado sobre una piedra cercana, enorme pero no muy alta, y estaba contemplándola en silencio. Su cabello, negro y lacio, le caía a ambos lados de la cara con exquisita naturalidad. Sus ojos parecían agua de mar bajo el tenue rayo de sol que descendía de entre los árboles.

Raven dio un respingo. Volvió a ponerse en posición vertical.

—¿Qué...? ¿Cómo... cómo te atreves a mirarme? —le gritó hecha una furia.

—No sabía que no podía mirarte —respondió Patrick con total calma.

—¡Pues no! ¡No puedes! —Raven estaba tiritando, pero no estaba segura de si era de frío.

—Entonces no te bañes en público con tus... atuendos breves. —Ella se cubrió el pecho con los brazos, sintiendo una absurda sensación de vergüenza, porque no estaba desnuda.

—¿Qué haces aquí? Creía que habías dicho que tenías cosas importantes que hacer —le reclamó con la barbilla alzada.

—Dije que tenía cosas más importantes que hacer que verte caminando por un estúpido sendero de luces; cosas como... verte bañándote, por ejemplo —se burló, inclinándose hacia delante con total descaro—. Anda, continúa. Haz como si no estuviera aquí.

¡Qué insolente! Había ido hasta allí para molestarla. Pero no estaba dispuesta a dejarse intimidar por él. Ya que estaba allí, prefirió ir directa al punto que le interesaba. Tenía que decirle unas cuantas cosas a aquel bárbaro.

—Tú no me crees, ¿verdad?

—En realidad no me he planteado el dilema de si te creo o no.

—Pero ¡si ya he demostrado que no soy una vavmordiana! ¿Por qué me odias tanto? ¿Qué te he hecho? —Él entornó los ojos lentamente, hasta que parecieron dos rendijas oscuras—. ¿Es porque quedaste en evidencia delante de todos al traerme aquí sin ninguna justificación, maniatada y con los ojos vendados como si fuera un animal peligroso? No quieres admitir que estabas equivocado, ¿verdad?

—¡Ya basta, Raven! —Se mofó haciendo una mueca teatral de sufrimiento—. Qué fantásica eres, por el amor de Dios. ¿Todas las chicas en tu mundo son como tú?

—¿Como yo? ¿Qué quieres decir?

—Tan novelescas.

—¿Novelescas? —repitió apretando los puños bajo el agua.

—Sí —insistió—. Dios... Las mujeres jamás evolucionarán, ¿no es cierto?

Raven se quedó muda de la indignación. En vida ningún chico la había hecho enfadar tanto. Entonces, un segundo antes de que pudiera sacar la artillería pesada y arremeter contra él, Patrick se inclinó de nuevo hacia delante y le dirigió la sonrisa más cautivadora que había visto jamás, una que ningún actor de cine habría podido igualar... para su desgracia.

—Te propongo que hagamos las paces —le dijo.

Todo el furor homicida de Raven se enfrió bajo aquellas palabras. Sintió la necesidad de sacudir la cabeza, pero no quería que él se diera cuenta de que la había sacado de combate. ¿Era una trampa? ¿Por qué ahora quería ser amable con ella? No confiaría en él tan fácilmente.

–¿P... por qué? –tartamudeó.

–¿Por qué? –repitió él ladeando la cabeza–. Pues porque... no soy rencoroso.

Ella volvió a apretar los dientes.

–Estoy bromeando. Olvídalo, bonita, ¿quieres? ¿Los ángeles no perdonan?

–No soy ningún ángel... y tú aún no me has pedido perdón –le recordó.

Patrick apartó el rostro exhalando un largo suspiro y tomó un objeto ovalado que traía consigo y que Raven no había visto hasta ese momento. Era un mango, grande, brillante y de un color naranja perfectamente uniforme. Extendió la mano hacia ella para ofrecérselo mientras la miraba como lo había hecho en el bosque, de esa manera tan cálida y cargada de indulgencia que le hacía encoger el corazón. La chica le sostuvo la mirada con el pulso martilleándole en los oídos, casi al borde del desmayo. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo podía producirle ese efecto tan devastador si ella lo odiaba?

–¿No está envenenado?

–¿Tengo cara de bruja? –respondió él secamente.

Raven se imaginaba a Patrick como una astuta serpiente tratando de tentarla y no como una bruja, por supuesto. Con su mano derecha, tomó la fruta que él le tendía y la lanzó con todas sus fuerzas estrellándosela en el cuello, justo en su pequeña y perfecta manzana de Adán. El mango terminó hundido en el río con un chapoteo.

–¡Es una pena que no puedas sangrar!

Patrick no se inmutó, pero cerró los ojos, como si hubiera estado esperando aquella reacción. De súbito se puso de pie. Raven supuso que era para marcharse, pero no fue así.

–Está bien... intentémoslo de otra manera –musitó calmado.

Se despojó de la chaqueta de cuero, de las botas negras de soldado y de la camiseta blanca, hasta que un perfecto torso, blanco y musculoso, hizo que Raven se olvidara de respirar. Patrick era tan hermoso que mirarlo le causaba dolor, el dolor de saber que era alguien que la había tratado tan mal que hacía prácticamente imposible empezar de nuevo. Se quedó allí, inerte, trémula, contemplándolo mientras se disponía a entrar en el agua.

Patrick se tiró de cabeza, sin levantar chaparrones de agua como había hecho Edric, y se quedó en el fondo mientras ella intentaba imaginar, con el corazón desbocado, por dónde saldría. Unos pocos segundos después emergió detrás de ella, arrancándole un

respingo de terror que le hizo volverse para mirarlo. Con una mano se acomodó el cabello mojado hacia atrás, antes de avanzar nadando hacia ella.

En un instante ya la había arrinconado contra un muro de piedra. Le dirigió una mirada enigmática, obligándola a morderse el labio inferior. Las gotitas de agua resbalaban por aquel rostro precioso, traslúcido, simétrico. Patrick intentó tocar su nariz con las yemas de los dedos, pero Raven, temerosa, apartó el rostro.

–¡Me hiciste daño! –le reclamó, pero su voz más bien sonaba como un sollozo.

–Lo sé... –dijo él con aquella voz profunda que le erizaba la piel–. Lo siento.

Y ahí estaba. Lo que tanto había esperado sucedió. ¿Y ahora qué? Raven no sabía cómo reaccionar. ¿Lo perdonaría ella? Estaba en su derecho a tener reservas.

–Necesito estar segura de que estás arrepentido –le dijo con el ceño fruncido.

Él levantó una ceja y se encogió de hombros, apoyando una mano en la piedra.

–No veo qué más puedo hacer...

–Acompáñanos esta noche –propuso ella antes de que su orgullo pudiera frenarla–. Es decir... sé que conoces muy bien el bosque y tú estabas allí esa noche... podrías ayudarnos a encontrar el sendero mucho más rápido...

Patrick miró hacia otra parte con cierto estupor.

–No puedo... quedé con Margherite para... algo.

Raven recordó a la magnífica rubia a la que había relacionado con él, al parecer muy acertadamente. Un doloroso pinchazo en el pecho la desinfló por completo.

–Oh –musitó bajando la cabeza–. Entiendo...

Las voces de Edric y Lucy aparecieron por detrás de las piedras. Estaban enfrascados en una conversación acerca de pirañas, pero en cuanto vieron a Raven y a Patrick juntos, arrinconados en la muralla de musgo, se callaron de golpe.

–Patrick –balbució Lucy–, ¿qué haces aquí?

–Estaba de paso –contestó él con su tono de voz seco y cortante, apartándose de Raven.

–Íbamos a llevar a Raven a la cima de la montaña para mostrarle el mar. Acompáñanos.

–Tal vez otro día –murmuró él antes de alejarse dando brazadas.

Después de verlo salir del agua, Edric y Lucy se encogieron de hombros, como si ya estuvieran acostumbrados a sus desplantes. Raven no pudo evitar sentirse un poco

ofendida, pues él sabía que ella no regresaría nunca más a la aldea y que nunca más volverían a verse. No habría otro día para ver el océano juntos, ni para nada más.

—No vino a amenazarte, ¿o sí? —dijo Edric con seriedad, todavía viéndolo alejarse del río con sus ropas en la mano.

—No. Vino a disculparse.

Los dos la miraron con incredulidad. Nadaron un rato más antes de encaminarse a la cima de la montaña, que estaba a pocos minutos de distancia del río. Desde allí, como había apuntado Lucy, podía verse el mar en todo su esplendor, de un azul deslumbrante, tan azul como los ojos de Patrick... en quien Raven no había dejado de pensar un solo minuto.

El cielo estaba a punto de teñirse con los colores del crepúsculo. Era hora de partir.

Raven se despidió de los habitantes de la aldea, con especial cariño de Agatha, Lucy y Henry, pero, mientras escuchaba sus buenos deseos, sus ojos buscaban incesantemente un solo rostro en medio del grupo. Quería verlo por última vez, pero, por desgracia, no estaba por allí. No podía creer que una parte de ella quisiera quedarse un rato más en aquella madriguera de suicidas que tanto había odiado hasta hacía un día, pero más difícil de asimilar era el hecho de que deseaba quedarse para volver a ver a Patrick. Sacudió la cabeza para apartar aquellos pensamientos. Dentro de poco, si todo iba bien, aquello dejaría de tener importancia.

—¿Lista? —le preguntó Chad mientras se echaba al hombro un bolso de piel.

Ella asintió. Con sus esperanzas renovadas, partió rumbo al Bosque de los Peregrinos junto a Chad, Randolph y Edric, mientras los demás aldeanos agitaban las palmas de las manos en señal de despedida.

Caminaron lo que le pareció una eternidad a través de un bosque húmedo, que se intrincaba más y más a medida que se adentraban en él. Chad y Randolph encabezaban la comitiva, retirando con cuidado las zarzas y ramajes con las manos para abrirse camino. El líder de los aldeanos le había contado que evitaban usar machetes, así como prender antorchas y fogatas en el bosque, para no advertir a los vavmordianos de su presencia por aquellos parajes. Debían guiarse tan sólo por el reflejo de la luna y las estrellas. Por fortuna, ese atardecer había suficiente claridad.



Los árboles de haya, abedules y caobas estaban cubiertos por una gruesa capa de musgo, al igual que sus sinuosas raíces. Una ligera lluvia hacía que sus hojas brillaran bajo el cielo violáceo oscuro, a punto de cederle espacio a la noche. Las lechuzas ululaban desde sus nidos y los grillos chillaban mientras Raven rogaba porque fueran los únicos animales residentes en aquella espesura.

Atravesaron después un extenso bosque de bambú, de tallos tan prominentes que se perdían en la oscuridad del cielo. Avanzaron por una arboleda cubierta de niebla donde escucharon unos extraños gruñidos y resuellos que les pusieron la piel de gallina. Edric le dijo que eran jabalíes salvajes; todo el terreno estaba atestado de aquellas bestias que dormían en cuevas.

Más adelante, una cortina de hiedra devoraba un robledal hasta las copas, junto a unos pequeños matojos de cáñamos que crecían amparados por un arroyo. Los que bebían saciaron allí su sed y llenaron las cantimploras para el resto de la travesía. Atravesaron el afluente hasta un romeral y después descendieron por la falda de la montaña. La nueva aldea había sido establecida en un espacio privilegiado, muy cerca de la cima de la montaña, adonde sólo se podía acceder atravesando aquel bosque denso, que a simple vista parecía impenetrable, según le contaba Chad satisfecho, después de haber dejado atrás el tupido laberinto. Los vavmordianos difícilmente podrían acceder a un lugar tan recóndito.

Tras varias horas avanzando, la textura florida y verdosa del bosque fue poco a poco dando paso a un paraje tenebroso, como el que Raven había visto a su llegada, donde los árboles se bifurcaban en forma de dedos huesudos envueltos en una cortina de bruma. Las voces de los grillos y el ulular de los búhos se habían quedado atrás hacía un buen rato. El lugar estaba desierto, como si todos los seres vivos de la naturaleza fueran conscientes de que aquel no era un buen lugar para habitar.

Se instalaron en una zona despejada y más tarde iniciaron la búsqueda. Edric trepó a un inmenso roble desprovisto de hojas y echó un vistazo a todo el lugar, sin ver rastro del sendero. No había ni siquiera un rayo de luz en la lejanía.

Se dividieron la zona. Edric y Raven fueron por un lado y Chad y Randolph por otro, pero el lugar que buscaban con tanto ahínco no apareció. Lo mismo sucedió hasta la tercera noche. Escudriñaron cada rincón hasta encontrarse con la mujer que vagaba por el bosque. Randolph le había dicho que se llamaba Shanna. Al ver a Raven, la suicida de

aspecto desamparado corrió hacia ella y la abrazó largamente, como si la conociera muy bien.

–¡Ángel! –le dijo embargada de alegría–. ¡Has vuelto para ayudarme a encontrar a Nigel!

–Lo siento, Shanna. No puedo ayudarte con eso –dijo Raven con tristeza–. Pero tú sí puedes ayudarme a mí. Debes decirme dónde está el camino de luces.

–¿Camino? –la mujer entornó los ojos.

–Shanna, querida, trata de recordar, por favor –le suplicó Chad–. Tienes que haber visto luces por aquí, ¡muchas luces!

La mujer fijó la vista en el cielo, que estaba surcado por algunas nubes grises que cubrían las estrellas. Aguzó la vista mientras repetía para sí la palabra «luces», una y otra vez. Raven y los demás aldeanos también miraban mientras esperaban una respuesta más o menos coherente.

–No, no hay luces –dijo al final.

Decepcionada, Raven dejó caer los hombros. Tal vez Shanna pensaba que las luces eran cometas, estrellas o relámpagos. Por un momento se hizo un silencio insondable en el que Raven podía percibir que todos se preguntaban si debían creer su historia o no.

–Tal vez nosotros no podamos ver el camino luminoso –le dijo Chad.

–¡Claro que sí! ¡Shadow me vio! –gruñó la chica antes de sentarse sobre una raíz negra.

Shanna la siguió y le tomó la mano con delicadeza.

–Ángel, no llores –le dijo con el rostro compungido.

–¡No lo entiendo! Tal vez no hemos buscado lo suficiente.

–Es posible que el sendero sólo aparezca durante breves periodos de tiempo, como las puestas de sol o los cometas. De lo contrario, toda persona que pasara por aquí podría verlo claramente –la consoló Chad mientras se sentaba a su lado.

–¿Los cometas no pasan cada mil años o algo así? –preguntó Edric.

Chad lo taladró con la mirada.

–No le hagas caso. Si sucedió hace dos noches, podría suceder hoy o mañana.

–Sí, pero ¿dónde? Ya hemos pasado por aquí docenas de veces –dijo Randolph exasperado–. ¡Esto es una locura!

Al día siguiente sucedió lo mismo... y al siguiente. Transcurrió una semana completa antes de que el líder tomara la decisión de volver a la aldea.

Raven lloró como nunca lo había hecho. Lloró a cántaros mientras le preguntaba a Dios por qué la había dejado alejarse del sendero. Tenía miedo de quedarse en el Bosque de los Peregrinos para siempre. Agradeció que Lucy y Edric la hubieran dejado sola, como les había pedido, y subió por la última cuesta de la montaña, donde había estado hacía siete días para contemplar el océano. Allí se quedó más horas de las que pudo contar.

¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaba su camino de luces, su umbral de regreso al mundo que había estado a punto de conocer de no ser por su estúpido afán de salvar a Shadow? ¿Qué sería de ella en aquel lugar al que no podía pertenecer aunque quisiera?

Estaba tan dolida que no se percató de la belleza del mar que se extendía más allá de la montaña, inmenso y bañado por el vivo dorado del atardecer. Algunas aves sobrevolaban aquel pequeño refugio, otras picoteaban frutas que pendían de las ramas. Al final del día se sintió tan cansada que decidió regresar a la aldea. Bajó por la pendiente con cuidado, pues el suelo estaba cubierto de musgo resbaladizo.

Entonces, al pie del empinado repecho, lo vio sentado sobre una de las rocas. Raven se paralizó. Sus sollozos se apagaron al mirar de nuevo aquel rostro... después de siete largos días.

Patrick se puso de pie cuando la vio descender. Algo en sus ojos, un brillo intenso, le hizo saber que había estado esperándola allí, sin invadir su espacio, aguardando a que su llanto se apaciguara.

—Hola —dijo con su voz tersa y profunda.

—Hola —respondió ella.

La ayudó a dar los últimos pasos, sujetándola por la cintura para hacerla descender por la pendiente. Con el corazón desbocado, Raven sintió aquellas manos que hasta hacía unos pocos días habían intentado estrangularla. Por insólito que pudiera parecerle, esa vez no sintió miedo. Una poderosa sensación de seguridad sustituyó cualquier temor que hubiera albergado antes.

—Te estamos esperando en el foro —le dijo con suavidad—. Bueno, eso fue hace algunas horas. No sé si estarán todavía allí, pero... Chad quiere hablar contigo.

—¿Quiere que volvamos al bosque? —preguntó esperanzada—. ¿Es eso?

—Creo que es mejor que tú se lo preguntes; ¿por qué no vienes conmigo?

Raven frunció el ceño. Tenía un mal presentimiento. Trató de buscar alguna respuesta en el rostro de Patrick, pero él tenía un semblante indescifrable. ¿Y si habían dejado de

creerla?

–No vais a acompañarme otra vez, ¿verdad?

Él vaciló y apartó el rostro, como hacía cada vez que no sabía qué contestar.

–Raven, Chad sabe lo que hace. Decidirá lo que sea mejor para ti. Créeme.

–Pero yo... No debería estar aquí –sollozó.

–Lo sé –susurró Patrick.

Volvió a mirarla intensamente, parpadeando con curiosidad. Sus dedos pálidos subieron hasta su cara y tocaron su rostro. Para su sorpresa, Raven no se resistió y dejó que la palpara. Una marea eléctrica la envolvió, tan poderosa y sublime que rogó para que el momento se prolongara. Cerró los ojos mientras Patrick deshacía con sus pulgares dos lágrimas que aún rodaban por sus mejillas.

–Raven, tu rostro está... –dijo con suavidad.

–¿Horrible? –dijo, preguntándose qué aspecto tendría después de llorar un día entero.

–Bronceado... –murmuró impresionado, casi maravillado.

–¿Y qué? –preguntó ella encogiéndose de hombros.

–Nosotros no nos bronceamos –aseguró con una ceja alzada, apartando las manos.

–¿Ahora sí me crees? ¿Estás convencido de que no soy de este mundo?

Un gesto de decepción afloró en el bello rostro de Patrick.

–Vas a recordar el resto de la eternidad lo mal que me porté contigo, ¿verdad?

Raven se mordió los labios.

–No... Lo siento.

–No lo sientas... lo merezco, de verdad –dijo sacudiendo la cabeza, como si quisiera desechar alguna emoción–. Sólo quiero saber a qué debo atenerme.

Le dio la espalda y regresó al río. Raven se quedó petrificada. ¿Qué había dicho? ¿Cómo podía ser ella tan torpe? ¡Lo había echado todo a perder con aquella estúpida pregunta! Claro que él no creía que fuera una vavmordiana; de lo contrario, no la habría mirado con aquella ternura.

–¡Patrick! –lo llamó mientras corría tras él–. ¡Patrick!

–Será mejor que hables con Chad –dijo con tono casual, dando el tema por culminado cuando Raven llegó a su lado. Había empezado a emplear con ella un tono de voz frío–. Por favor, confía en él; es un hombre muy sabio y sabrá cómo...

–¡Patrick, espera! –Se detuvo delante de él poniéndole una mano en el pecho–. Por favor, ya he olvidado lo que pasó... te lo juro.

Cuando lo dijo en voz alta, Raven se dio cuenta de que era verdad, por muy difícil de creer que fuera. Lo había perdonado. Ya no lo odiaba... tal vez no lo había odiado nunca.

—Muchas gracias —le dijo mirándola fijamente, pero su expresión se había tornado distante, ni remotamente parecida a la de hacía tan sólo un momento, tan emotiva, tan irresistible... tan intensa—. Te juro por mi honor que nunca volveré a hacerte daño, Raven.

Y después de dirigirle una mueca que pretendía ser una sonrisa, siguió avanzando. Ella sintió que algo se rompía en su interior; tal vez alguna absurda fantasía romántica que había estado tejiendo o su torpe ilusión de cambiar las cosas, pero ya veía que era imposible revertir la forma tan sórdida en que se habían conocido.

Cuando llegaron al río, Raven abrió los ojos como platos al ver quién estaba a punto de subir por la pendiente para ir a buscarlos, probablemente irritada por el hecho de que estuvieran tardando tanto. La visión de aquella rubia que se parecía demasiado a Jane Bennett, de *Orgullo y prejuicio*, hizo que se sintiera mucho peor. Era una razón más para entender que era imposible cambiar las cosas. Margherite tenía el ceño fruncido y los miraba a ambos con suspicacia.

—Ah, aquí estáis... —dijo casi escupiendo las palabras—. Ya pensábamos que habías ido a entregarla al cielo. —Se dirigía a Patrick, pero era a Raven a quien miraba o más bien taladraba con los ojos—. Chad te está esperando, querida, desde hace horas.

Patrick se marchó de allí, sin hacer caso de las palabras de su novia. Ella lo siguió muy de cerca. Se fueron juntos, como dos caballos emparejados, de la raza más fina. Hechos el uno para el otro. Ella, la perfecta hija de un conde, y él, un valiente capitán que había vencido a Napoleón. Ni en uno de los libros de Jane Austen podían encajar tan bien. Raven contuvo las lágrimas que estuvieron a punto de brotar y avanzó con pasos lánguidos, detrás de ellos.

En el incipiente foro de los aldeanos se encontraba Chad y, junto a él, otros integrantes de la comunidad de suicidas. Raven vio a Edric y a Lucy, quienes le enviaron miradas de ánimo. También estaban Agatha, Henry, Randolph, Eloise, Tristán, Teresa, Liona y un chico de cabeza rapada a quien Raven no había visto nunca. Después de fruncir el ceño y examinarlo muy bien, descubrió con asombro que se trataba de Dimas, quien lucía una piel uniforme, libre de la horrenda cicatriz que le habían provocado los

vavmordianos. Se dio cuenta de que era joven, de la edad de Patrick, además de bastante guapo. Al notar su observación, Dimas le hizo una pequeña reverencia.

—Raven —le habló Chad con un tono de voz cauteloso—. Ante todo, quiero que sepas que nos entristece que no hayas podido volver a tu lugar. Todos estamos aquí para ayudarte y nos sentimos en la obligación de hacerlo. También deseamos que seas feliz en el lugar que el Creador ha destinado para ti, pero haber ido al Bosque de los Peregrinos sin ninguna certeza de dónde está el camino iluminado o de si al menos existe...

Raven escuchó aquel discurso con el corazón constreñido. ¿Es que ya no la creían?

—¡Claro que existe! —exclamó—. ¿De dónde crees que salí yo?

—Lo que quiero decir es que no podemos volver hasta saber cuándo va a manifestarse...

—O si va a hacerlo alguna vez —apuntó Agatha con una mirada de tristeza.

—Claro que va a manifestarse de nuevo, ¿por qué no debería hacerlo?

—No puedes saberlo, Raven —soltó Chad.

Un largo silencio se hizo en aquel recodo del bosque.

—El Bosque de los Peregrinos es peligroso —intervino Tristán—. Mientras estuvisteis fuera, Dimas y yo avistamos a un grupo de cazadores acercándose demasiado a la falda de nuestra montaña. —Raven se quedó lívida—. Se desviaron, pero la próxima vez podrían subir.

—Tuvimos suerte de no habernos topado con alguno estos días —añadió Randolph—, pero debemos mantenernos lejos del bosque para no tentar la suerte.

—¿No vamos a volver? —preguntó Raven elevando la voz—. ¿Y qué voy a hacer yo entonces? ¿Voy a quedarme aquí en la aldea? ¿Con vosotros?

—¡Qué desagradecida! —masculló Margherite—. Entonces, vete a vagabundear por el bosque.

—¡Sí, eso haré, gracias! —soltó Raven con sarcasmo—. ¡Me iré yo sola! Ya conozco el camino.

—¡Por supuesto que no! ¡No es prudente! —le espetó el líder.

—¡Ya lo sé, ya lo sé, por los vavmordianos! No dejaré que me atrapen, Chad.

—¡No irás y esa es mi última palabra! —La poderosa voz resonó en medio del foro—. Soy responsable de cada una de las almas que habitan esta aldea. No voy a dejar que te expongas a los peligros del bosque y a que te capturen los de Vavmordia. Nos pondrías en riesgo a todos nosotros.

–Si eso es lo único que te preocupa, entonces... –dijo refrenando los sollozos que venían a su garganta– voy a jurarte que no diré nada sobre la aldea si me capturan.

–Raven, nos importa nuestra seguridad, pero también nos importas tú. Por favor, sé un poco sensata. Aún no has escuchado nuestra propuesta.

–¿Propuesta? –preguntó tratando de aferrarse a la más mínima esperanza–. ¿Qué propuesta?

–No podemos volver allí haciendo adivinaciones irresponsables, por ello creemos que lo mejor es buscar a alguien que pueda iluminarnos en este asunto... es decir, un científico. Alguien que haya estudiado estos fenómenos o al menos tenga alguna noción sobre cómo actúa este umbral de la vida y la muerte, porque nosotros no tenemos ni idea.

–¿Y crees que un científico puede ayudarme? –preguntó Raven, dudosa.

–No lo sé, querida, pero debemos intentarlo –dijo con cautela–. Tengo un buen amigo, su nombre es Charles Merion. Era un físico muy respetado en el periodo victoriano hasta que empezó a estudiar el fenómeno de la vida después de la muerte desde una perspectiva científica. Aquello le acarreó un gran rechazo de la Iglesia. El arzobispo de Canterbury pensaba que era un hereje y lo persiguió hasta que el Parlamento decidió suspenderle el apoyo económico para todas sus investigaciones. Prácticamente tuvo que abandonar su carrera. –Chad hizo una tensa pausa. Raven sabía lo que quería omitir: Merion se había suicidado por esta razón–. Tal vez él pueda explicarnos qué ocurrió contigo y cómo podemos enviarte de nuevo a donde perteneces.

Raven no creía que un físico de antaño pudiera ayudarla a volver pronto al camino de luces, pero tampoco estaba dispuesta a continuar desafiando a Chad.

–Está bien, Chad –dijo con un asentimiento de cabeza.

–Merion vive aislado en una montaña que está a cinco días de camino desde aquí. Voy a reunir a un par de hombres para que vayan a buscarlo mañana mismo. Estarán de nuevo en la aldea en doce días, si Merion acepta venir a verte de inmediato.

Raven volvió a asentir, aunque la perspectiva de estar allí doce días más le causaba una incómoda punzada en el pecho. ¿Y si él no podía hacer nada por ella? ¿Y cuál sería el precio de quedarse tanto tiempo en la aldea?

## CAPÍTULO 7

# La aldea

Raven despertó en la pequeña cabaña donde había dormido a su llegada a la aldea. Un rayo de luz, que se colaba a través de un estrecho agujero de la ventana, acariciaba su rostro, triste y demacrado. Se había mantenido despierta casi toda la noche, sopesando los riesgos de quedarse en la aldea, pero de madrugada había caído rendida.

Aún no estaba segura de poder soportar más tiempo allí, esperando como un alma en pena la hora de ascender al cielo; o como Alicia, que se había quedado atrapada en el extraño mundo dentro de la madriguera del conejo blanco. Raven también deseaba que todo fuera un sueño del que pudiera despertar en cualquier momento.

Cuando levantó la cabeza de la almohada, vio una bandeja de comida sobre la mesita. Alguien había vuelto a dejarle el desayuno, que ahora consistía en una patata rellena de vegetales, zumo de naranja y una fuente con frutas. Tenía muy buena pinta. Se sentó a la mesa para devorarlo con entusiasmo.

Esa mañana, intentó dejar su tristeza a un lado y se propuso ayudar a los aldeanos en sus tareas cotidianas. Era consciente de que no estaba en un hotel de lujo; todos allí debían trabajar por igual. Como era su primer día oficial como habitante de la aldea, Agatha le asignó una tarea sencilla en la cocina, la de pelar patatas y zanahorias junto a Lucy... Bueno, al menos a Agatha le parecía una asignación sencilla. De cualquier manera, era bueno mantener sus manos y su mente ocupadas.

—Aprendes rápido, chica de Regent's Street. Si sigues así, Agatha no va a soltarte —dijo Lucy al notar que había aprendido a utilizar el cuchillo.

—Al menos estoy ocupando mi tiempo.

—Eso es lo más importante aquí —dijo con tono reflexivo mientras avivaba la llama del fogón, sobre el cual se asaba el jabalí despellejado que Randolph había cazado—. Demasiado tiempo libre puede enloquecerte.



Raven encontraba mucho sentido en aquellas palabras. Había notado que todos los aldeanos estaban ocupados en alguna actividad desde muy temprano. Chad cosechaba verduras junto a otros hombres en el pequeño huerto; Randolph, que era herrero, fundía viejos utensilios para construir otros en su taller con la ayuda de Edric; Tristán, Henry y el señor Leeroy talaban árboles para almacenar la madera que usarían para construir cabañas, y Pierce, que era el alma de la aldea, tocaba la armónica desde la rama de un árbol. Hasta Margherite trabajaba tejiendo mantas.

En ese instante, Patrick llegó a la aldea. Raven sintió una punzada en el pecho al verlo. Sabía que había estado coordinando la misión para la búsqueda del doctor Merion en las montañas del norte, como siempre hacía con las misiones peligrosas, y que acudía para despedir a los dos aldeanos que finalmente partirían en busca del científico.

Entonces, el sueño que había tenido la madrugada anterior, y que no había recordado hasta ese momento, la asaltó de golpe. Raven se hallaba inconsciente en el pavimento después de haber sido embestida por la camioneta, incapaz de moverse o siquiera de abrir los ojos, pero Patrick estaba allí, consolándola y acariciándola en silencio. En esta ocasión le susurró algo al oído: «No voy a dejarte sola». Después de oír aquellas palabras se había quedado plácidamente dormida.

Se puso de pie como en un trance y dio dos pasos irreflexivos hacia Patrick, antes de percatarse de que él caminaba hasta donde se encontraba Margherite. Al verlo, la chica le plantó un largo beso en la mejilla. Raven se detuvo en seco, sintiendo aquella nueva punzada en el pecho, dolorosa y ardiente, que la escaldaba por dentro, mientras los veía marcharse juntos.

Raven se dio la vuelta, molesta por haber tenido aquel absurdo sueño con un chico con novia, pero más aún cuando fue consciente de que aquel chico –que le había dado un puñetazo en la nariz y había amenazado con quemarla y sepultarla– le gustaba más de lo que podía admitir. Volvió cabizbaja junto a Lucy, que la miraba boquiabierta.

–Ay, Raven –susurró con gesto de pesar–. No me digas que... ¿Patrick?

–Debes de pensar que soy patética –dijo sin mirarla a los ojos.

–No, es sólo que... –musitó moviendo la cabeza con asombro–. Vaya, eso se llama tener verdadera capacidad de perdón.

–Pero es absurdo. Él está con Margherite.

–Hum... Yo no estaría tan segura –murmuró Lucy con una mueca reflexiva.

–¿Por qué dices eso?

–Bueno, por lo que sé, estuvieron juntos hace muchos años, cuando yo aún no había llegado aquí, pero Edric me dijo que Patrick se apartó de ella después de que Margherite le fuera infiel. Desde entonces creo que son sólo amigos o... ¿yo qué sé? ¿O te parece que Patrick está enamorado?

Raven se hizo la misma pregunta en silencio. Decididamente, él no parecía muy feliz.

–Raven, si todo sale bien, regresarás al Bosque de los Peregrinos dentro de poco, ¿por qué estás tan pendiente de Patrick si ya no vas a volver a verlo? –continuó Lucy.

–Tienes razón –dijo al cabo de un momento.

La comida estuvo estupenda. Aunque Raven nunca había probado el jabalí silvestre, aquel le pareció un banquete excepcional. Era una lástima que Patrick no lo hubiera probado. Se preguntó si él ayunaba, al igual que Edric, Randolph y Tristán. No lo había visto por allí el resto del día.

Cuando cayó la noche, se unió a los demás aldeanos en sus variados rituales para divertirse. Algunos hombres jugaban a las cartas y tomaban una extraña bebida preparada con cáñamo, otros cantaban canciones que ella nunca había escuchado, mientras Pierce, que había sido juglar y trovador en el siglo XII, tocaba la armónica. Después llegó la hora del baile. Algunos habitantes de la aldea sacaron extraños instrumentos de percusión. Vio además flautas de pan, cuernos que se usaban como trompetas y hasta una cítara de bambú. Juntos producían un sonido atrapante y cadencioso. Aquello tenía que ser un nuevo género, pensó divertida.

Edric la sacó a bailar. Raven trató de imitar los pasos de las demás parejas de baile, que eran muy similares a los que alguna vez había visto en películas de época, llenos de saltos, palmadas y vueltas, como un juego de niños. Muy pronto todos estaban danzando alrededor de la enorme fogata. Los aldeanos parecían tan alegres que nadie hubiera podido imaginar que alguna vez fueron tan infelices como para acabar con sus vidas... incluso él: Patrick. Raven lo vio a través del fuego y de inmediato perdió el ritmo del minué. Estaba solo y la miraba fijamente, con la llama de la fogata ardiendo en el espejo de sus ojos azules.

Por fortuna, la música culminó allí. Pierce comenzó a tocar la cítara al tiempo que Raven se acercaba al chico con las manos temblorosas. Se sentó a su lado, sobre uno de

los troncos que se usaban como banquetas, saludándolo con una pequeña sonrisa. Él hizo lo mismo.

—No tenía ni idea de que la gente de la aldea hiciera fiestas tan tremendas.

—Deja que se emborrachen de verdad; aún no has visto nada —dijo con un bufido—. ¿Quieres? —Le ofreció una bebida. Ella cogió el vaso de metal y probó el líquido mientras él la miraba, atento a su reacción. Un licor caliente y burbujeante bajó por su garganta. Tenía un sabor amargo que le hizo arrugar la cara, pero, en cuanto llegó a su estómago, empezó a ejercer un efecto relajante. Él dejó escapar una risa leve al notar su aprobación. Raven le devolvió el vaso. Aquella risa le causaba un delicioso cosquilleo. Después, le tocó a él dar un sorbo.

—Bebes... y también comes seguramente —dijo ella con los ojos brillantes.

—No siempre. Digamos que sólo cuando me hace falta alguna clase de... estimulación.

—¿Qué es? —preguntó volviendo a mirar el vaso. Patrick se lo ofreció de nuevo.

—Cerveza casera. La prepara Dimas. Me parece que a alguien le ha gustado.

—Sí —confesó con timidez—. La última vez que tomé cerveza estaba en Christchurch, con mi prima Cynthia. Eso fue hace sólo diez días, ¿por qué me parece que sucedió hace una eternidad?

—Una eternidad, no. Sucedió hace una vida —susurró Patrick.

—¿Tú recuerdas igual tu vida anterior? Es decir, ¿te parece tan lejana?

—Por supuesto. Supongo que más que la tuya, ya que viví hace casi dos siglos.

—¿Y cómo era tu vida? —preguntó Raven acomodándose en la banqueta para escucharlo—. ¿Es cierto que tu regimiento venció a Napoleón?

Patrick soltó una risita amarga y le dio un nuevo sorbo al vaso de cerveza.

—Fue sólo una batalla —dijo con desdén—. Hizo falta más que eso para vencerlo.

—¿Bromeas? Recuerdo que estudié en la escuela que la batalla de Leipzig fue una gran lucha y la derrota más grande que Napoleón sufrió —apuntó ella, recordando los textos de historia.

—Vaya, ¿en serio? —preguntó Patrick con escaso interés. La miró con aire divertido y le entregó otra vez el vaso—. ¿Nadie le dio tan duro como nosotros? —Raven negó con la cabeza—. Pues me alegra haber estado ahí entonces.

Raven soltó una risita como las que emitía Cynthia cada vez que Bryant le contaba alguna anécdota de sus viajes por el mundo, fuera graciosa o no. Aquello la llevó a hacer la próxima pregunta:

—¿Había alguna... chica? —Patrick la miró, elevando una de sus perfectas cejas negras. Raven sintió que se ruborizaba y trató de enmendar la cuestión con balbuceos—. Es decir, eres un soldado. Y sobreviviste a tus batallas... Dicen que los que lo hacen tienen una especie de... motivo especial...

—Está bien, lo entiendo —dijo él riendo suavemente—. Pero no es del todo cierto. Vi morir a muchos hombres enamorados, casados, con hijos —dijo en tono más serio—. También sobrevivieron muchos vagos a quienes no los quería ni su madre. La muerte no distinguió las esperanzas de unos u otros. Es bastante injusto, pero es la verdad... Y no, no había ninguna chica, por lo menos ninguna lo bastante importante. Ningún «motivo especial».

Raven le ofreció de nuevo la cerveza. Hablar con Patrick le producía una sensación de bienestar; no importaba si el tema central era la muerte. Después de charlar un rato más, él le dejó tomar el último sorbo del vaso.

—Creo que alguien va a tener que buscar más cerveza —murmuró Raven mostrándole el vaso vacío.

—No tardo.

Patrick tomó el recipiente y se alejó en dirección al fogón.

Raven lo vio embelesada mientras se marchaba. No sabía si era por el efecto de la cerveza o por la magnífica melodía que Pierce tocaba con la cítara o por el hecho de que estaba teniendo la primera conversación real con Patrick, pero la noche le resultaba mucho más que agradable. Las estrellas brillaban con un fulgor tan intenso que parecía que se encontraban a unos pocos metros de distancia, al alcance de sus manos. Hacía frío, pero la hoguera les ofrecía un calor íntimo. Deseaba que aquella noche no terminara nunca.

Patrick volvió con el vaso lleno. Había traído una sola cerveza para los dos, lo que demostraba lo cómodo que se encontraba con ella. Existía algo íntimo en ese hecho que hacía que Raven se sintiera muy cerca de él, más cerca de lo que había estado jamás de ningún otro chico. Él le ofreció de nuevo la bebida.

—Oye, deja para más tarde —le dijo él volviendo a reír de esa manera tan dulce.

Patrick parecía muy feliz esa noche. ¿Habría olvidado el suceso del río? Raven lo vio dar un buen trago a la cerveza, con los hermosos párpados cerrados y los labios ligeramente separados, y no pudo evitar imaginar sus besos. ¿Cómo sería ser besada... por Patrick? La sola imagen de aquella boca sobre la suya le hizo sentir calor. Si con una

sola mirada podía desarmarla, no lograba siquiera imaginar qué le deparaba una caricia de aquellos labios.

—Raven, ¿estás aquí? —le preguntó de pronto. Se había perdido al menos tres minutos de su conversación mientras cavilaba.

—Oh, sí... ¿qué decías?

—Estás mareada, ¿verdad? —La miró con un atisbo de preocupación.

—¡No, no! ¡Claro que no! —exclamó volviéndole a pedir el vaso, pero Patrick no lo soltó.

—Dime, Raven, ¿alguna vez te has emborrachado?

—Sí... esa noche en Christchurch, con mi prima —respondió tímidamente—. Fue un desastre. Fuimos con su novio y un amigo de él a la playa. El amigo intentó besarme, pero lo golpeé.

—Ya veo, eres del tipo de bebedora problemática. Deberíamos poner esto lejos de ti —dijo en broma, colocando la cerveza a un lado. A Raven no le importó, siempre y cuando él estuviera cerca.

Todo a su alrededor desapareció, hasta la música dejó de sonar para Raven, que sólo podía escuchar la voz aterciopelada de él y los latidos descontrolados en su propio pecho. Patrick le gustaba... mucho. No podía dejar de sentir aquello, aunque era consciente de que enamorarse de él era una equivocación. Con un poco de suerte, se iría de allí muy pronto.

Pero ¿y si el camino de luces nunca volvía a aparecer por el bosque? ¿Qué pasaría si ella se viera obligada a quedarse en la aldea para siempre? ¿Podría Patrick quererla? ¿Sería capaz de olvidar las sórdidas circunstancias en las que se habían conocido y darle una oportunidad? ¿Qué pasaría con Margherite? Tal vez, si Patrick quería a Raven, ella podría olvidarse del camino de luces y quedarse allí para siempre. Pero sólo si él la quería como ella estaba empezando a quererlo a él. De cualquier otra manera, aquello podría ser un verdadero infierno.

—Patrick, yo... —murmuró Raven, interrumpiendo su pequeño discurso sobre cómo lograba Dimas que la cerveza de raíz tuviera aquel sabor tan inigualable. Era incapaz de seguir posponiendo aquella pregunta—. Tú y yo estamos... bien, ¿verdad? —murmuró con timidez.

—¿A qué te refieres? —preguntó con la cabeza ladeada.

–Lo que pasó... Todo ha quedado atrás para ti, ¿no es cierto? Porque yo lo he dejado todo atrás. Ya ni siquiera me duele la nariz –aseguró tocándosela.

Patrick bufó con tristeza y apartó la mirada. Ella deseaba que no lo hiciera. Quería que la mirara cuando respondiera. Quería estar completamente segura de su respuesta.

–Raven, no puedo dejar de culparme por lo que te hice. Dios lo sabe. Cada vez que te miro y veo tu rostro herido... –Negó con la cabeza con pesar–. Pienso que me he ganado el infierno a pulso. Lastimar a un ángel como tú es... es... –dijo con un gesto de exasperación.

–No soy ningún ángel –dijo ella con un mohín–. Soy sólo una chica muerta. Ya no quiero que pienses más en lo que pasó porque...

–¿Por qué?

–Porque... ¡Porque no quiero que nos odiamos! –confesó con las mejillas encendidas.

–Tú eres la única que tiene derecho a odiarme.

–Pero yo no te odio.

Él no dijo nada. Se limitó a mirarla con ternura, con el fuego casi extinto bailando en sus ojos. Cuando miraron alrededor se percataron de que la fiesta había acabado. Hasta Pierce había dejado de tocar la cítara y se había ido a dormir. Sólo se veían unos pocos aldeanos tambaleantes, aparentemente demasiado borrachos para volver por sí solos a sus cabañas.

–Ven, te acompaño a tu puerta –dijo poniéndose de pie.

Raven lo siguió, un poco decepcionada porque la noche hubiera terminado, pero por otro lado feliz ante la idea de que las cosas hubieran cambiado entre ellos. Podía sentirlo. Estaba segura de que habían dado un paso importante. Cuando llegaron a la puerta de la cabaña, se miraron fijamente.

–¿Qué? –preguntó él con la cabeza ladeada.

–Nada... –Ella apartó la vista–. Esta noche ha sido... muy bonita.

–Ya lo creo –le dijo con extrema suavidad–. Esto... que duermas bien.

–¿Dónde está tu cabaña? –preguntó. Patrick vaciló un momento. Se frotó el cabello con una mano y después miró la puerta de la cabaña que ocupaba Raven. Ella lo comprendió de inmediato. Un jadeo de asombro brotó de sus labios–. ¿Es esta?

–Sí... No tenemos mucho espacio aún; así que le pedí a Chad que te trajera aquí mientras te recuperabas de la lesión. Era lo menos que podía hacer por ti.

–Pero... ¿y tú? ¿Dónde estás quedándote?

—Por ahí. No importa —respondió con un gesto desdenoso.

Él le había cedido su cabaña, no por una noche sino por todas las que hicieran falta hasta que volviera al camino de luces. De pronto, todo cobró sentido delante de sus ojos.

—Entonces, ¿los desayunos...? —inquirió con la voz desvanecida.

Patrick asintió, sin dejar de mirarla con aquella ternura exquisita, que aun en la oscuridad podía sentir.

—Ven, Raven, acompáñame —le dijo cogiéndola de la mano.

Ella lo siguió, invadida por una euforia incontrolable. No podía dejar de sentir su corazón golpeándole las costillas, aturdiéndola con la confirmación de un sentimiento que, ahora lo sabía, era compartido. La noche seguía pareciéndole hermosa, pero no por el efecto del alcohol, sino por Patrick, por su cercanía y porque sabía que, si el camino de luces nunca más regresaba para llevarla a su destino, lo tendría a él.

Llegaron hasta el palisandro donde ella había estado atada, lo cual también le parecía cosa de otra vida. Él se limitó a estudiar el lugar, con las manos aferradas a las caderas y una expresión que Raven no conseguía interpretar. Pensó en hacer una broma, pero de inmediato refrenó la lengua.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hacemos aquí?

Él cogió su mano y la apretó con fuerza, transmitiéndole su calor, y la miró de nuevo.

—Raven, ¿realmente me has perdonado? —soltó de pronto. Ella no podía creer que estuviera preguntándole eso. ¿No había sido suficientemente clara?

—¡Desde luego que sí! —exclamó, esforzándose para que la creyera de una vez—. Te juro que no siento ningún rencor hacia ti o hacia ninguna otra persona de la aldea. Mucho menos cuando sé que me has cuidado; porque eso es lo que has hecho, Patrick. Me has cedido tu cabaña y me has alimentado estos días. Dios, estoy tan agradecida de haberme topado contigo... Esto me hace desear... ¡aunque parezca estúpido y completamente fuera de lugar! —exclamó con una risa tonta, pero que de verdad revelaba lo que estaba sintiendo aquella noche—. Me hace desear...

—¿Qué? —preguntó él expectante, como si su sola respuesta pudiera aliviar una dolencia interna, demasiado insoportable—. ¿Qué te hace desear?

—Me hace desear no ver ningún camino de luces y quedarme aquí, contigo... —confesó.

Patrick dejó escapar un suspiro entrecortado de placer y se acercó a Raven, como preso de un poderoso trance. Cogió su rostro entre las manos, antes de acorralarla en el

tronco del palisandro con todo su cuerpo. La miró un segundo, mientras ella temblaba de emoción. Antes se había preguntado cómo besarían aquellos labios, ahora estaba a punto de descubrirlo.

Envuelto por la oscuridad del bosque, Patrick se apoderó de su boca, la acarició con la suya en medio de un maravilloso ritual desconocido para Raven hasta entonces. Se movía sobre sus labios muy lentamente, mientras le acariciaba el cabello con sus dedos suaves. Ella permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, rezando para que aquello no fuera sólo un sueño.

De pronto, estaba besándola con mucho más ímpetu. Sus manos comenzaron a subir y bajar por los costados y después se ciñeron a su cintura con fuerza, fundiéndose en ella. Su lengua empezó a empujar con urgencia en su boca, obligándola a abrirla mucho más. Ella lo hizo y percibió el sabor ligeramente amargo de la cerveza casera. El tiempo se detuvo, haciéndole poner en duda todo cuanto sabía. Raven pensó, en medio de aquel beso turbulento, que nunca se había sentido tan viva como en ese momento, aunque ella no fuera más que un alma perdida, y que no podía estar en otro sitio que no fuera allí... porque allí era a donde ella pertenecía, igual que le pertenecía a Patrick. Ningún cielo podría igualar la felicidad de tenerlo tan cerca como ahora. Tan cerca que podía percibir su respiración agitada mientras comenzaba a morderle el lóbulo de la oreja con suavidad.

Patrick empezó a dejar un caminito de besos que comenzaba en sus mejillas, pasaba por su mandíbula y terminaba en su garganta. Raven estaba en llamas y le ofrecía su cuello mientras le acariciaba el cabello sedoso, revolviéndoselo con los dedos.

Las caricias de Patrick fueron disminuyendo la intensidad hasta que se detuvo por completo. Apoyó la frente en la de Raven y ambos se quedaron allí, entrelazados bajo el palisandro. Sus jadeos se mezclaron mientras intentaban recuperar el control. Ambos sabían que si continuaban sería prácticamente imposible detenerse.

–Debes descansar –susurró él, apenas recuperado.

Ella asintió, feliz de que estuviera muy oscuro para que él no pudiera notar el intenso rubor que ardía en su rostro. Los grillos comenzaron a chillar; una lechuza ululaba muy cerca de allí. Cogidos de la mano, volvieron a la aldea, donde todo estaba en perfecto silencio, como si sólo ellos habitaran aquel magnífico cielo que acababan de descubrir.



Raven daba vueltas en la hamaca sin poder apartar de su mente aquel magnífico beso. Todavía podía sentir el ligero sabor de la cerveza en su lengua, al que se aferraba con todas sus fuerzas, como una prueba de que aquel no había sido un sueño ni un desvarío de su mente. Él compartía aquel mismo sentimiento, aquella fuerza que le inflaba el pecho y le hacía olvidar el camino de luces.

Recordó que él le había cedido su cabaña y se sintió culpable por ello, aunque fuera un gesto adorable. ¿Dónde estaría durmiendo si no era allí? Había dejado claro que no había suficientes cabañas para todos los aldeanos.

Motivada por aquella pregunta, se puso de pie, antes de volver a adentrarse en la noche. No iba a dejar que Patrick durmiera a la intemperie mientras ella ocupaba su lecho. Había suficiente espacio para los dos en aquella cabaña, pensó mientras caminaba sin rumbo por la aldea, moviendo la cabeza en todas direcciones para tratar de dar con él.

Raven siguió avanzando entre las pequeñas cabañas, sin ninguna luz que la guiara más que una media luna. Entonces, a lo lejos, distinguió el tenue fulgor que brotaba desde una de las cabañas al fondo de la aldea. Caminó en medio de las sombras, ocultándose tras los robles. Allí logró percibir dos voces susurrantes que parecían mantener una discusión. Era una pareja.

Aguzó el oído y, aunque no logró entender ninguna palabra en concreto, supo que se trataba de Patrick... y de Margherite. El corazón de Raven dio un vuelco. Se acercó más y más, ayudada por la oscuridad, hasta que estuvo lo suficientemente cerca para distinguir sus rostros. En efecto, eran ellos, y estaban discutiendo a las puertas de la cabaña de ella. Margherite tenía los brazos cruzados a la altura del pecho y el mentón alzado y mostraba un gesto de profundo pesar. Patrick movía las manos, como si estuviera disculpándose. Su semblante era el de un hombre abatido, arrepentido. Raven no pudo escuchar una sola palabra de su discurso, pero algo le decía que era mejor no hacerlo.

Patrick dejó caer los brazos, rendido. Margherite se acercó a él y le rodeó el cuello con las manos, esbozando una pequeña sonrisa. Le dio un beso en el mentón y le tomó la mano para llevarlo con ella al interior de su cabaña en lo que parecía un gesto de perdón.

Raven observaba la escena con el corazón constreñido. Aquella dolorosa punzada regresó y comenzó a acribillarla por dentro. No podía ser. Acababa de besarla, pero había entrado en la cabaña de Margherite. Estaba disculpándose por haber pasado todo ese tiempo fuera... con ella. ¿Era allí donde pensaba pasar la noche? Raven no podía o

no quería creer que aquello estuviera sucediendo, pero lo cierto era que todo había sido un cruel engaño. No había otra explicación.

El pecho le dolió con sólo pensar que Patrick pudo haberla besado por lástima, para compensar el daño que le había causado al arrastrarla a la aldea y someterla a todas aquellas torturas. Era su forma de disculparse. ¿Por qué entonces la habría llevado al palisandro? ¿Por qué le había preguntado si realmente lo había perdonado? Todo apuntaba a que se sentía responsable de su comportamiento y que sólo quería compensarla. Debía de haber notado lo atontada que estaba por él.

Raven se puso de pie y se secó un par de lágrimas con manos temblorosas. Nunca en su vida la habían humillado tanto. Ni siquiera sus maltratos anteriores igualaban lo que acababa de vivir. De inmediato supo que no podía seguir allí. Le había quedado claro que ella no pertenecía a aquel lugar.

Echó a correr. No había nadie en las cercanías, por lo que parecía un buen momento para escapar hacia el Bosque de los Peregrinos, donde sí podía hallar su verdadero camino; el camino iluminado que la llevaría a otra dimensión, muy lejos de él y de su comunidad de suicidas, traidores y míseros.

Se adentró en la espesura del bosque sin mirar atrás. Desechó el temor que sintió al ver la noche, sumiendo el camino en la más profunda negrura. Desde el bosque no podía vislumbrar las estrellas que la guiarían, pues los árboles las cubrían con sus altísimas ramas. Los sonidos nocturnos le ponían la piel de gallina –los grillos cantaban y los murciélagos batían sus alas–, pero de ningún modo lograron detenerla, mucho menos hacerla recular.

Durante muchas horas, Raven, que creía recordar muy bien el camino hacia el Bosque de los Peregrinos, se abrió paso con las manos a través de la frondosa vegetación, como lo habían hecho Chad y Randolph. El frío era helador, pero apenas podía sentirlo. Sólo se repetía que debía llegar al único lugar donde podría descansar de verdad, al lugar situado al final del camino de luces. De otro modo, tendría que vivir en aquel mundo, el mundo de Patrick, donde lo vería junto a Margherite.

Atravesó el arroyuelo plateado y se regaló unos minutos de descanso. Después siguió avanzando. Caminó por una selva tupida, llena de piedras enormes, como pequeñas montañas negras, y atravesó una arboleda de pinos silvestres. Pronto se dio cuenta de

que estaba perdida en mitad de la noche. Miró a todas partes, intentando reconocer algún lugar por donde hubiera pasado anteriormente, pero era un caso perdido; estaba muy oscuro. Sólo podía confiar en que, al amanecer, la luz del sol aclararía el panorama para ella. También estaba demasiado exhausta para dar un paso más. Las piernas le dolían después de andar toda la noche y la madrugada, y ya no había lugar en su cuerpo que no tuviera arañazos de espinos o moratones producto de sus constantes caídas.

Se hizo un lugar junto a una piedra y se quedó dormida.

«No voy a dejarte sola.» «No voy a dejarte sola.»

Raven odió aquellas palabras que su mente había construido. Deseó poder estar muy lejos de Patrick para siempre; tanto que pudiera olvidar hasta el sonido de su voz y aquella mirada teatral tan hiriente, pero en lugar de ello seguía soñando con él.

Despertó algunas horas después, cegada por el resplandor del sol. El canto de los pájaros le pareció infernal. Cuando pudo abrir los ojos, se vio en una sección del bosque que no recordaba haber recorrido. Los árboles, las grandes piedras negras y todo cuanto había alrededor yacían debajo de una especie de hiedra parasitaria. Del suelo brotaba un tipo de flor muy hermosa, de color amarillo ocre y pétalos del tamaño de platos. Raven quiso olfatear una, pero al hacerlo sintió que el polen le saltaba al rostro, congestionándole las fosas nasales.

Siguió avanzando. Miraba a todas partes, con los ojos muy abiertos para tratar de divisar algún árbol familiar, pero hasta ese momento sólo podía ver piedras negras cubiertas con aquel chocante arbusto y sus flores tóxicas que ya no le parecían tan hermosas. A medida que caminaba en busca de una salida, podía ver otros animales repugnantes pululando por allí: hormigas del tamaño de ratas, arañas de mil patas que trepaban los árboles en segundos y otros bichos que no había visto ni en películas de fantasía.

Subió por colinas de un verde cegador, plagadas de árboles altísimos, esquivó decenas de troncos caídos y devorados por la hiedra, hasta que se vio perdida y hambrienta, sin ninguna idea sobre cómo hallar el camino al Bosque de los Peregrinos. Raven se sentó sobre una piedra, completamente rendida. Tenía que haber llegado hacía horas.

Sollozando, se llevó las manos al rostro, como si fuera una niña pequeña que se hubiera extraviado de camino a la escuela. Sólo que en aquel lugar no había policías que

la ayudaran. Para empezar, ella estaba muerta y en aquel bosque parecía ser la única humana... ¿o tal vez no?

Horrorizada, oyó unas pisadas sobre las hojas secas. ¿Tenía compañía?

Chad le había dicho que en las profundidades del bosque moraban muchas otras tribus con las que los aldeanos hacían trueques para obtener distintos bienes necesarios. Era posible que alguna de ellas habitara en aquel paraje. De ser así, ella podría explicarles que conocía a Chad y que necesitaba ayuda para volver al Bosque de los Peregrinos.

Se ocultó detrás de un árbol cubierto de hiedras para atisbar al posible desconocido. Volvió a oír las pisadas más de cerca. Esperó mientras un chico delgado, de ojeras violetas y barba desaliñada aparecía entre los arbustos. Tenía una expresión de aturdimiento, mientras lo veía todo con ambigua curiosidad, con aquellos ojos pequeños y carentes de brillo. Vestía unos pantalones azules holgados que le llegaban a las caderas, un cinturón lleno de tachuelas de metal y una camiseta negra con el símbolo de una banda de rock. No era un vavmordiano, se dijo. Aunque nunca había visto a uno, algo le decía que tampoco era un miembro de otra aldea. Era un recién llegado.

Lo contempló con el corazón acelerado. ¿Qué podía pasarle si se le acercaba? Tal vez él pudiera ayudarla a hallar el bosque nublado, pues, si acababa de despertar, sin duda tenía que haber estado ahí. Tomó aire y salió de su escondite con cautela. El chico se tambaleó espantado al verla. Sus ojos se abrieron de par en par, volviendo a la vida.

—Hola —dijo Raven con una sonrisa que pretendía ser amable.

El muchacho no le contestó. Se quedó mirándola pasmado.

—No te asustes —musitó ella, sin moverse de donde estaba—. Acabas de llegar, ¿verdad?

El chico bajó la guardia. Miró a Raven con reserva mientras trataba de recomponerse. Era triste saber que todos los suicidas tenían que pasar por eso, pensó ella.

—¿Qué es este lugar? —tartamudeó—. Yo estaba... estaba en el aparcamiento del bar.

Raven tragó saliva. No podía creer que fuera ella quien tuviera que decirle la verdad.

—Te... has suicidado. Por eso estás aquí.

—¿Lo he hecho? ¿Lo he logrado? —preguntó pasmado. Raven asintió con tristeza—. ¿Quién eres tú?

—Me llamo Raven. También morí... ¿Cuál es tu nombre?

—Mateusz —respondió él, todavía aturdido.

—Mateusz, acabas de estar en el Bosque de los Peregrinos. Debes decirme hacia dónde está.

El chico parecía haberse relajado un poco, pero su semblante seguía denotando temor.

—No... no lo sé —balbució mirando atrás—. Llevo horas caminando. —Después volvió a mirarla con curiosidad—. Oye, ¿eres mi ángel guardián? —Raven apartó la vista, compungida.

—No —susurró—. Me temo que no tienes ningún ángel guardián.

—¿Esto es el cielo? —La joven negó con la cabeza.

—Es un mundo destinado a los... suicidas, como tú —dijo intentando terminar con aquella incómoda conversación—. Debo irme. — Y tomó el camino por donde él había llegado.

—¡Espera! —gritó angustiado, caminando detrás de ella—. Por favor, no me dejes solo.

Raven permitió que el chico la acompañara. Le causaba remordimiento dejarlo allí, solo y desorientado en el medio de la nada. Alguien debía explicarle algunas cosas sobre el mundo suicida y los vavmordianos. Aunque odiaba la idea, esa tenía que ser ella.

Durante varias horas, Mateusz la guió mientras le hablaba de su vida humana y cómo era antes de decidirse a acabar con ella. El chico era polaco, a pesar de lo cual se entendían a la perfección, lo que le hizo pensar a Raven que en el mundo suicida todos podían hablar una única lengua. Mateusz era uno de esos adolescentes melancólicos e incomprensidos que no lograban encontrar ningún sentido a su vida, por lo que, en un momento de extrema debilidad, había dado lo que él denominaba «el gran paso». Antes de despertar en el bosque, había insertado una manguera en el tubo de escape de su coche e introducido el otro extremo en el interior a través de la ventanilla. Después de asegurarse de que el vehículo estaba bien cerrado, encendió el motor para asfixiarse con el monóxido de carbono del tubo de escape. Al poco rato había abierto los ojos en un paraje neblinoso.

A Raven le provocaba pavor escucharlo, aunque se suponía que debía haberse acostumbrado a esa clase de relatos macabros. Tenía ganas de decirle que aquella angustia que sentía no iba a desaparecer jamás, pero no se atrevía a soltarle un discurso. Por fortuna, al poco tiempo se toparon con un manzanal. Corrieron a él y devoraron las frutas con desesperación. Después de darse un banquete, se sentaron un rato.

—¿Hay más como nosotros? —preguntó el chico.

—Sí, claro que sí.

—¿Y cómo son? —Mateusz volvió a morder una manzana.

—Depende —dijo ella, mirando el cielo que de pronto se había manchado de gris—. Están los vavmordianos... tienes que tener cuidado con ellos. Jamás he visto uno, pero sé que son gente muy mala. Te convertirán en esclavo si te ven vagando por el bosque. Pero, por otro lado, hay gente buena que vive en la cima de la montaña. —Con una sonrisa triste, Raven recordó a los aldeanos y se dio cuenta de que los echaba de menos—. Espero que algún día tengas la suerte de encontrarlos.

Mateusz se quedó dormido. Debía de estar exhausto, al igual que ella. ¿Cuántas cosas más habían tenido que pasar él, Shadow, los demás aldeanos antes de encontrar un lugar en el mundo de los suicidas? A decir verdad, ella también había compartido los desafueros de la muerte, pese a que no era una suicida, y podía decir con propiedad que era un proceso traumático... pero para Raven había una esperanza. Para ellos no.

Al cabo de unos minutos, también se quedó dormida bajo la sombra de un árbol.

## CAPÍTULO 8

# En terrenos peligrosos

Raven despertó sobresaltada, escuchando cómo la tierra retumbaba bajo sus pies. Miró a Mateusz, que aún estaba hecho un ovillo, como si no pudiera oír el estruendo. Percibió a lo lejos unas pisadas poderosas, rápidas... que se oían cada vez más cerca. Eran caballos.

Su instinto de supervivencia se activó y de inmediato se puso en movimiento para despertar a su compañero de travesía. Juntos corrieron a una arboleda ubicada más allá de los manzanales y se escondieron detrás de unos arbustos de diminutas flores blancas. El chico preguntó alterado qué estaba pasando, pero ella lo calló con un siseo. En ese instante, aparecieron tres jinetes en el manzanal. Eran muy jóvenes y se movían sobre sus animales con total desenvoltura. Los tres cabalgaban con la mirada alzada, como si fueran terratenientes, los dueños y señores de la zona e incluso de toda la montaña. Raven los miró con los ojos crispados. Mateusz tragaba saliva ruidosamente, como si pudiera oler el peligro.

Uno de ellos, de cabello oscuro, largo y ensortijado, escudriñaba cada rincón con una mirada obstinada, como si buscara algo... o a alguien. Tenía el aspecto de un mosquetero: nariz aguileña, mentón alargado y cejas rectas. Llevaba un sombrero de pico y un gabán oscuro que se movía con el viento. Otro jinete, de piel pálida y cabello blanco alborotado, tenía una expresión mucho más adusta, casi hostil. Vestía un traje marrón con botones de latón plateado y un pañuelo blanco anudado al cuello. El tercero, que parecía más relajado que los otros, lucía una casaca negra y unos pantalones de montar con botas altas. Era muy atractivo; su cabello rubio y lacio le caía a la espalda con un brillo cegador, como si sus hebras estuvieran hechas de oro puro.

—¿Qué te parece, Angus? —preguntó este último con tono socarrón—. Hacía años que no teníamos tan mala pesca, ¿eh? Casi un mes y el diablo no nos manda ni saludos. Deben de estar pasándoselo muy bien en el primer mundo.

–Eso es muy improbable –espetó el de cabello blanco–. No hemos buscado lo suficiente.

–¿Regresamos al lago entonces?

El hombre dudó por un instante. Raven miró a aquel trío con el corazón en un puño. Mateusz le preguntó con un gesto quiénes eran aquellos tipos. Ella le respondió con un delicado susurro que eran vavmordianos y que buscaban recién llegados.

–¡No! Volveremos a Vavmordia esta misma tarde.

–¿Estás loco? –soltó el de cabello ensortijado, que aún no había hablado, ensimismado como estaba en su observación del bosque–. ¡No podemos llegar a Vavmordia con las manos vacías!

–Estoy de acuerdo con Barto. Si no volvemos con algo, Alistair practicará de nuevo el tiro al blanco con nosotros. Y sinceramente, no quisiera tener que volver a sacar una flecha de mi trasero –dijo el rubio haciendo una mueca de irritación.

–Le diremos que nos encontramos a uno de esos locos agresivos y que tuvimos que sepultarlo en el bosque. Nos creará, como siempre –musitó el de cabello blanco, que respondía al nombre de Angus–. No quiero tener que volver a cabalgar toda la tarde hasta este apestoso lugar. Si el demonio nos envía más despojos humanos, los encontraremos en nuestra próxima visita. Después de todo, no tienen adónde ir. ¡Vámonos ya a casa!

El rubio chasqueó la lengua. El de cabello rizado le lanzó a Angus una mirada insidiosa.

–Alistair me tiene sin cuidado, al igual que los recién llegados –murmuró volviendo a peinar el bosque con los ojos, intentando dar con algo imperceptible–. Ya sabéis que la única razón por la que me quedaría en este apestoso bosque es para hallar a esos malditos montañeses.

–Déjalos en paz, Barto –dijo el rubio con aire despreocupado–. No valen la pena. Alistair nos pidió a los recién llegados; son más fáciles de manejar que los montañeses.

–¿Resentido aún? –inquirió Angus levantando una ceja con insolencia. Después soltó una risita burlona que su interlocutor ignoró–. Olvídate de ellos. ¡Vámonos a Vavmordia!

El chico negó con la cabeza con obstinación, frunciendo los labios.

–Si queréis iros, hacedlo. Yo me quedo –les dijo sin mirarlos.



–Barto, ¡no hagas esto! –intervino el rubio–. No puedes quedarte solo en el bosque. Si te encuentras con los montañeses, te vencerán. Siempre andan en grupos.

–No van a vencerme esta vez. Estoy preparado. ¡Me quedaré! –insistió.

Raven sintió que una corriente le subía por la columna vertebral cuando vio que Barto avanzaba hacia los árboles. El vavmordiano pasó junto a las frutas que habían dejado en el pastizal y, mirándolas fijamente, frunció el ceño con curiosidad. De un salto se bajó de la montura. Examinó los frutos mordidos.

–¡Zweig! ¡Angus! –llamó a gritos a sus secuaces mientras sostenía una manzana devorada hasta el corazón en cada mano. Los hombres cabalgaron hasta donde estaba el chico y él les mostró su hallazgo con rostro de satisfacción. Era la evidencia de que había humanos merodeando por ahí–. Tienen que estar cerca. Las mordidas parecen recientes.

–¿Estás seguro de que son mordidas humanas? Por estas tierras hay muchos jabalíes –apuntó el rubio, que ahora sabía Raven que se llamaba Zweig.

–Los jabalíes habrían acabado con todo –dijo Barto señalando el pastizal cubierto de manzanas intactas–. Son humanos y no me iré de aquí hasta que los encuentre.

–¿Cuántos crees que son?

–Dos o tres.

Angus soltó una risita maliciosa.

–Pues parece que después de todo no llegaremos con las manos vacías a Vavmordia.

Raven tragó saliva y compartió una mirada de espanto con Mateusz.

Angus siguió el camino de los manzanales y Zweig se adentró en una zona pantanosa detrás de unos sauces. El de cabello rizado avanzaba en dirección opuesta al arbusto donde Raven y Mateusz se hallaban agazapados, lo que les daba una oportunidad de huir. Después de mirar a todas partes en busca de un escondite más seguro, Raven divisó un enorme tronco hueco que yacía bajo los brazos de la hiedra. Debían llegar allí antes de que los vavmordianos los vieran y quedarse hasta que se marcharan. Le lanzó una mirada especulativa a Mateusz y él asintió nervioso.

–No hagas ruido, te lo ruego –le susurró ella antes de salir gateando del arbusto.

Se arrastraron hasta el tronco con las cabezas gachas, rogando para que los cazadores estuvieran mirando hacia otro lugar en ese momento. Raven no respiró hasta que alcanzó el hoyo del árbol. Se introdujo en él con cuidado, apartando la cortina de hierba que serviría de tapadera. Después ayudó a Mateusz, que tuvo que hacer un esfuerzo para

encajar dentro del reducido espacio, pero lo logró colocándose de espaldas a ella y de frente a las molestas espinas que brotaban de la hierba.

Raven se asomó por un resquicio entre los tallos para observar a los hombres, pero sólo Barto aparecía en su campo visual. El chico estaba desenrollando una cuerda que pendía de la silla de montar para enrollársela en el brazo. Se preguntó para qué pensaría usarla y una extraña sensación la estrujó por dentro. Mateusz permaneció inmóvil, sin decir una palabra hasta que Raven le habló.

—Cuando se cansen de buscarnos, se irán.

—¿Esto es así siempre? —preguntó el muchacho con voz temblorosa.

—No lo sé... —Raven se calló al notar las pisadas de uno de los hombres muy cerca de ellos. Se sentía como un conejo perseguido por un foxhound.

—¡Barto! —gritó el rubio muy cerca de allí. Raven soltó un respingo de pavor. Oyó los cascos de uno de los caballos aproximándose al escondite. ¿Los habían descubierto?—. ¡No están por aquí! Busquémoslos detrás de los sauces. Seguro que se asustaron al oír los caballos.

El chico melenudo vaciló por un momento, a juzgar por su prolongado silencio.

—Está bien. Yo iré. Quédate tú aquí, por si vuelven. —Se marchó al galope por el camino señalado. Entretanto, su compañero se hizo un lugar bajo la sombra de un nogal.

Cada segundo que transcurría era una agonía. Raven hizo caso omiso de las espinas que tenía clavadas en el cuello y en los brazos, tratando de mantenerse quieta. Al cabo de un momento, volvió a asomarse por un hueco entre las ramas. Vio a Zweig cortando una manzana con una navaja. No parecía muy dispuesto a hallar a un recién llegado.

—Raven —susurró Mateusz con voz sufrida.

Estaban pegados espalda con espalda en el interior del tronco. Ella siseó para hacerlo callar, pero después de percibir un ligero ahogo se volvió para mirar sobre su hombro. Se percató de que él tenía en el rostro una de aquellas horrendas flores tóxicas y estaba conteniendo un estornudo.

—Mateusz, no, por favor —susurró retirándole los pétalos—. Resiste o nos oirán.

Mateusz jadeó. Se frotó el rostro con el hombro, pero no parecía aliviado.

—Mateusz, no respire —dijo Raven.

—¿Hum? —musitó el chico.

—Confía en mí. No respire hasta que salgamos de aquí, por favor. —No había manera de que Mateusz se asfixiase, pues ya estaba muerto. Los suicidas podían contener la

respiración, el hambre e incluso ser atravesados por una lanza sin morir. El chico obedeció.

Estuvieron así durante largos minutos. Angus y Barto volvieron al bosque; este último soltaba maldiciones a diestro y siniestro mientras el otro sugería retomar la búsqueda al día siguiente, pues ya comenzaba a oscurecer. Zweig, que se había atiborrado de manzanas, apoyó la propuesta de Angus.

—No pueden estar lejos —masculló Barto—. Ni siquiera conocen el bosque.

—Quedémonos a pasar la noche aquí y mañana continuamos dándoles caza —apuntó el rubio.

—Sí, es un buen lugar para acampar —convino Angus.

Raven no podía creerlo. ¿Debían esperar hasta mañana para salir del escondite? Se asomó por los espacios entre las ramas. Notó que el cielo gris estaba cediendo el paso a la noche. Una llovizna parecía a punto de caer y el aire se había vuelto húmedo. Se volvió para mirar a Mateusz, que estaba casi inconsciente tras contener la respiración durante tanto tiempo. Ella volvió a susurrarle palabras de ánimo, antes de hacer lo propio consigo misma.

La noche inundó el bosque de un color negro azulado. Raven y Mateusz llevaban varias horas apretujados en el interior del tronco. Raven tenía todos los miembros entumecidos y no podía sentir las piernas ni los brazos ni siquiera sabía cómo iba a moverse una vez que salieran de aquel encierro.

Durante varias horas escucharon las conversaciones de los vavmordianos que acampaban a escasos pasos del árbol y después oyeron sus ásperos ronquidos, incluso más ensordecedores que los resuellos de los jabalíes salvajes. Raven decidió que era el momento de escapar. Le dio una palmadita a Mateusz para avisarle de que debían ponerse en movimiento.

Abandonaron el escondite. Miraron a uno y otro lado del bosque y, tras decidirse por el camino por donde habían llegado los tres hombres, echaron a correr sin mirar atrás. Raven oyó sus jadeos entrecortados y los de Mateusz —que había vuelto a respirar— mientras atravesaban una densa arboleda. La chica la cruzó sin problemas hasta que los abundantes ramajes de hiedra comenzaron a bloquearle el paso.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —preguntó con un susurro.

—No lo sé; ya te dije que no había visto ese manzanal. No sé dónde estamos.

El follaje se hizo más impenetrable, por lo que Raven tuvo que empujar los ramajes con ambas manos, sin la posibilidad de ver lo que se encontraba al final del camino.

—Mateusz, no podemos seguir perdiéndonos —sollozó—. Trata de recordar por d...

Fue entonces cuando el suelo que pisaban llegó a su fin. Raven sintió que resbalaba por una empinada pendiente y, aunque trataba de agarrarse a los extensos bejucos, estos se venían abajo con ella, envolviéndola con sus tallos espinosos. No fue capaz de reprimir un grito de pavor al verse rodando colina abajo junto a Mateusz, rozando con las piedras y arbustos a medida que descendía hacia un destino desconocido. Cuando llegó a la falda de la loma, su cuerpo se estrelló contra el tronco de un árbol. El dolor del impacto la desconcertó. Abrió los ojos con dificultad, vislumbrando una media luna doble, opaca, detrás de las nubes grises que anunciaban un aguacero.

—Raven, ¿estás bien? —preguntó él, alterado—. Estás sangrando. —Ella se palpó la frente y notó una humedad caliente y espesa.

Mateusz la ayudó a levantarse. La espalda le dolía, como si le hubieran propinado un puntapié con una bota militar. Una punzada tremenda en el lugar donde sangraba le hacía vibrar la cabeza, como si la hubiera metido dentro de las campanas de la Abadía de Westminster a las doce en punto.

—¡Daos prisa! ¡Los he oído por aquí!

La voz afilada de Barto le heló la sangre. Ambos levantaron la cabeza horrorizados y observaron el trayecto que habían recorrido dando tumbos. Era una erguida colina llena de brezo y pedruscos afilados, en cuya cima atisbaron la silueta del vavmordiano. Él les devolvió una mirada malévola.

—¡Aquí están! —gritó el vavmordiano con voz triunfal.

Raven sacó fuerzas de su debilidad. Tiró a Mateusz por la camiseta para retomar la huida. Aunque estaba muy dolorida, se obligó a correr sin mirar atrás. Si aquellos hombres los atrapaban, los llevarían a Vavmordia y ella nunca más tendría la oportunidad de volver al Bosque de los Peregrinos. Sus pies —descalzos tras haber soltado las zapatillas— sentían las piedritas del camino clavándose mientras trataba de avanzar más rápido de lo que lo había hecho jamás.

Muy pronto oyeron el sonido de los caballos a sus espaldas. Sus esperanzas comenzaron a desmoronarse.

—Por aquí —susurró Mateusz cogiéndola por un brazo.

El chico la condujo a través de un boquete que se formaba entre dos enormes piedras. Raven lo siguió por un camino muy oscuro, donde era casi imposible orientarse, pues las ramas de los árboles bloqueaban el resplandor de la luna. En cuanto oyeron a los caballos pasando muy cerca de su escondite, se agazaparon detrás de las rocas, cuidando de no hacer ningún ruido.

—¡Separémonos! —gruñó el vavmordiano con cierta excitación en la voz. Estaba claro que la persecución de recién llegados era una especie de deporte competitivo para él—. Seguid por el río.

Los hombres se pusieron en movimiento mientras Raven y Mateusz permanecían tras las rocas. Cuando Barto, Zweig y Angus se dispersaron, Mateusz sacudió a Raven por los hombros.

—Tenemos que seguir. Esta parte del camino sí la recuerdo.

—¿En serio? —preguntó Raven con los ojos como platos.

—Sí, el bosque cubierto de niebla no está muy lejos.

Se pusieron de pie y avanzaron de puntillas por la tierra cubierta de hojas secas. El corazón de Raven se hinchó al pensar que, una vez que llegara al Bosque de los Peregrinos, tal vez podría hallar su puerta de salida. Sin embargo, la certeza de que Mateusz se quedaría sumido en las sombras de aquel bosque, a merced de los vavmordianos, le produjo una insoportable presión en el pecho. Él no podría salvarse.

—Perdóname —le dijo en medio de sollozos; no podía evitarlo. Se tapó la boca con las manos para evitar que sus gimoteos fueran escuchados por los vavmordianos.

—¿Qué ocurre, Raven?

—Es que no puedes ir conmigo al camino de luces. No podrás entrar. Tú... tú eres un suicida y este es tu lugar. Tendrás que arreglártelas sin mí si consigo marcharme. —Mateusz se quedó sin habla—. Lo siento.

—Lo sé, Raven —susurró él—. Sé lo que hice. Sé que yo debo quedarme aquí, pero, si puedo hacer algo para que tú salgas de este maldito infierno, no te fallaré, ¿entiendes? —Raven se quedó mirándolo, sorprendida por su nobleza—. Sigamos, el bosque no está lejos.

Durante varios minutos no percibieron ninguna señal de los cazadores, pero podían sentir su presencia acechando el bosque. Raven continuaba rezando mentalmente para que los jinetes hubieran tomado una dirección distinta y que Mateusz pudiera huir de ellos si conseguía marcharse. Él merecía encontrar un lugar en una tribu. Tal vez pudiera

hablarle de Chad y de los aldeanos, y ellos pudieran aceptarlo como un miembro de su comunidad, pero no estaba segura de si era una buena idea. No podía revelarle la ubicación de la aldea, no sólo porque sería una traición, sino porque ni siquiera recordaba el camino que debía tomar para llegar allí.

Al cabo de un momento, Raven comenzó a notar cómo la tupida vegetación empezaba a quedarse atrás junto con los sonidos de la noche, dejando espacio a una arboleda de ramas negras y ondulantes donde no crecían hojas ni anidaban pájaros. El suelo estaba cubierto de raíces serpentinadas, y una bruma mucho más pesada de lo que recordaba enturbiaba el aire: el Bosque de los Peregrinos.

La lluvia que había amenazado durante toda la noche comenzó a bañarlos. Raven se protegió el cuerpo del frío con las manos sin dejar de caminar en línea recta, aunque no podía ver nada delante debido a la niebla. Se giró para mirar a Mateusz, pero ya no caminaba detrás de ella. Miró a todas partes sin atisbar el más mínimo detalle en medio de la blancura del bosque. Él ya no estaba allí.

Raven estaba a punto de sufrir un colapso nervioso. Pensó en llamar a Mateusz en voz alta, pero de inmediato se arrepintió; si los jinetes la oían, los tendría ahí en cuestión de segundos. Retrocedió algunos pasos para tratar de buscarlo, pero tropezó con una enorme raíz, golpeándose justo en el dedo gordo del pie. El dolor le arrancó un brusco gemido que quebrantó la quietud de la noche, donde sólo podía oírse el susurro de la lluvia.

—¿Raven? —gritó Mateusz de pronto.

Su voz aterrorizada se oír muy lejos. Ella dio un respingo de alivio.

—¡Mateusz! ¿Dónde estás?

Él no contestó. Raven se tensó al escuchar los cascos de un caballo chapoteando en el suelo. Su pulso enloqueció y un dolor en el pecho la aturdió por completo. Estaban allí. Se agazapó tras un árbol enorme, cuyas raíces eran tan prominentes que podían hacerle un escondite. Tal vez si se quedaba allí podría pasar desapercibida.

Los quejidos de Mateusz retumbaron al otro lado del bosque. Chillaba como si estuviera librando una lucha a muerte. Desconsolada, Raven comprendió que los jinetes lo habían atrapado. Se debatió entre ir en su ayuda o quedarse escondida, pero ¿qué podía hacer ella? No tenía armas para luchar contra los cazadores.

—¡Raven, corre! —gritó Mateusz, pero ella permanecía inmóvil, demasiado alterada para obedecer—. ¡Soltadme, malditos demonios! —sollozaba mientras Barto le ordenaba

que se quedara quieto.

No había esperanzas, se dijo Raven. Si lo habían atrapado a él, harían lo mismo con ella en cualquier momento. Adiós camino iluminado y adiós para siempre a la vida a la que había querido aferrarse. A partir de aquel momento serían prisioneros y esclavos en los dominios de Vavmordia.

De pronto, un grito ininteligible resonó en las entrañas del bosque. Raven se sobresaltó, encogiéndose más entre las raíces del árbol. ¿Qué diablos era eso? Los vavmordianos callaron para escucharlo. De inmediato, le pareció oír que Barto soltaba una palabrota.

—¡Son los montañeses!

Raven dejó escapar un sollozo de horror. ¿Qué hacían ellos en el Bosque de los Peregrinos? ¡No! ¡Los cazadores los atraparían a ellos también!

—¡Maldición! —se quejó Zweig—. ¡Ya te dije que esto pasaría!

—¡Cállate! —le espetó Barto—. Debemos encontrar a la chica y largarnos de aquí.

Raven se agazapó aún más entre las raíces, reducida por el pánico.

—¿La chica? ¿Estás loco? ¡Deberíamos dejar a este bastardo y largarnos de aquí ahora!

—No puedo ver nada con esta maldita niebla... —murmuró Barto—. ¿Dónde se ha metido Ang...?

Entonces, un sonido seco hizo callar bruscamente al vavmordiano. Raven percibió un golpe, luego otro y otro. De pronto, una ringlera de gritos, jadeos y palabrotas se apoderó del bosque. Todo era tan confuso...

No podía ver lo que sucedía. Sólo podía escuchar lo que parecía ser un ataque sorpresa y un brutal enfrentamiento. No lograba reconocer ninguna voz en medio del barullo. Todo eran quejas, gritos, golpes e intercambios de obscenidades bajo el rugir de la lluvia.

La bruma se fue desvaneciendo poco a poco mientras la lucha continuaba. Cuando Raven levantó la cabeza, notó que la cortina blanquecina se había disipado parcialmente. Pudo percibir el momento en el que Barto forcejeaba con alguien en el suelo. Por un momento creyó que podía tratarse de Patrick, pero la idea la abandonó de inmediato. No era posible. Se trataba de alguien más.

¿Edric? ¿Edric había ido por ella? El horror le congeló las venas. ¡No! Él no era un luchador curtido como los demás. No podría solo con Barto y Zweig... pero luego vio

que otro aldeano lo ayudaba dándole puñetazos a Zweig... ¿Dimas? ¡Imposible! Dimas la detestaba.

Raven estaba confundida y asustada. Si los vavmordianos los atrapaban, jamás se lo perdonaría. Oh, Dios, ¿por qué lo hacían? ¿Por qué estaban allí exponiéndose? ¿Por qué no la dejaban marchar simplemente?

Volvió a observar la lucha con el corazón galopando en el pecho. Comprobó con espanto que Barto había logrado derribar a Edric. De pronto, oyó que alguien se acercaba corriendo para participar en la riña... ¿Patrick? ¿Angus? Raven jadeó de ansiedad. Muy en el fondo deseaba que fuera Patrick, pero sabía que no tenía sentido.

El otro luchador era Tristán. Raven se tapó la boca con una mano. Tres. Eran tres los aldeanos que habían ido a por ella. El chico se lanzó sobre Zweig con un extraño objeto en las manos y Raven cerró los ojos. El grito del cazador fue atronador.

Estaban dándole una buena paliza, pensó orgullosa.

Al verse superados por los montañeses, los vavmordianos comenzaron a emprender la retirada. Barto se subió a su caballo, con Mateusz maniatado a la silla para marcharse del bosque, y se alejó llevándolo consigo. Las lágrimas se agolparon en los ojos de Raven al ver la expresión abatida del chico, que debía correr muy deprisa para no ser arrastrado por el caballo.

Pero aún no había logrado ver a Angus, el vavmordiano de cabello blanco. ¿Habría huido?

Antes de que pudiera mover la cabeza, Raven sintió que una mano grande le tapaba la boca. Seguidamente, alguien a sus espaldas la envolvía con brazos poderosos para inmovilizarla. La chica cerró los ojos con fuerza, sabiéndose vencida y a merced del otro cazador.

—Te tengo —le susurró al oído.

El vavmordiano la arrastró fuera del Bosque de los Peregrinos, cubriendo su rostro con aquella mano helada mientras la lluvia los azotaba.

Cuando penetraron de nuevo en el follaje del bosque, la bruma cegadora quedó a sus espaldas. Su captor la hizo volverse con un movimiento brusco, sin retirarle la mano de la boca para amortiguar sus gritos. Raven quiso emitir un respingo de asombro, pero sólo pudo abrir los ojos como platos. Cuando él le destapó la boca, exhaló un jadeo violento,



que mezclaba sollozos contenidos y la más absoluta fascinación. No, no era Angus... sino Patrick.

–Patrick... –murmuró ella, entre contenta y desdichada–. ¿Qué haces aquí?

Él le dirigió una mirada fiera.

–¿Qué crees que hago? Evitar que te metas en más problemas –le espetó–. ¿Cómo has podido hacer esto, Raven? Eres una tonta irresponsable. ¡Nos has puesto en peligro a todos!

–Yo no quería... –Patrick la interrumpió tirándola de un brazo para que avanzara.

–¡Vámonos! No hay tiempo para discutir.

–Pero... Mateusz.

Él le dirigió una mirada enardecida. Raven se encogió al ver aquellos ojos lanzando llamaradas.

–No, Raven. –Negó con la cabeza–. Ya hemos arriesgado demasiado por tu culpa.

Caminaron a través del bosque sin hablar. Raven lo siguió sumida en un trance. ¿Otra vez volverían a la aldea? ¿Después de sacrificar tanto se iría con las manos vacías?

La lluvia no había disminuido, pero al menos contaban con un poco de claridad. Una media luna brillaba en el cielo, flanqueada por un montón de estrellas empañadas por un velo de nubes grises. Súbitamente, Patrick se detuvo y se volvió para atravesarla con la mirada. Su rostro estaba bañado por el agua helada y sus facciones, perfiladas por el tenue resplandor de la luna. Sus ojos reflejaban una rabia para la que Raven no estaba preparada.

–¿Y ahora por qué lloras?

–No tenías que haber venido. Ninguno de vosotros tenía que...

Él exhaló un suspiro furioso.

–Lo sé, pero aun así lo hemos hecho –soltó–. ¿Pensabas que íbamos a dejar que los vavmordianos te capturaran y que arriesgaras la seguridad de nuestra aldea con tus caprichos?

–¿Arriesgar la aldea...? –preguntó Raven con los ojos muy abiertos.

–¡Sí! ¿Te das cuenta de todo lo que has causado con tu afán de hacer las cosas a tu manera?

Raven no podía creer que su escapada hubiera generado tantos desastres. La atormentaba pensar que sus amigos estuvieran en peligro de ser capturados como

Mateusz. Patrick tenía razón: había arriesgado la seguridad de la aldea, aunque aquella había sido la última cosa que hubiera querido en la vida. Y ahora él la odiaba por eso.

—Oh, Patrick, lo siento tanto. Yo... —trató de disculparse, pero él la interrumpió.

—¡Ahorra tus excusas para Chad! —le gritó antes de volver a tirarla de una mano para hacerla avanzar—. Ahora sé que no puedo confiar en ti.

Aquellas palabras terminaron por derrumbarla. Una ola de pensamientos la golpeó de lleno: la captura de Mateusz, el suceso con los vavmordianos, el rechazo que recibiría de los aldeanos al saber que los había puesto en peligro, el hecho de saber que ya nunca más vería el sendero iluminado que la llevaría a su destino y la dolorosa idea de volver a ver a Patrick junto a Margherite. Además de todo eso, él no confiaría jamás en ella; tal vez hasta empezara a odiarla de verdad. Tenía el infierno ganado.

Raven cayó desvanecida.

## CAPÍTULO 9

# Estado de culpa

Era de día. Lo sabía porque la luz solar teñía de rojo la cara interna de sus párpados y porque un suave calor acariciaba su rostro. Sin embargo, Raven no podía abrir los ojos.

Al igual que cuando la camioneta la arrolló, estaba clavada en el suelo, incapaz de moverse. No podía siquiera recordar dónde estaba o cómo había llegado allí. Estaba en un estado confuso, incluso más que su muerte. Y lo peor de todo era que ya no podía oír las palabras de Patrick consolándola.

Estaba sumida en una pesadilla muy extraña, distinta a las que había tenido desde su llegada al mundo suicida, y mucho más inquietante. Los vavmordianos la habían capturado y llevado a una ciudad que se parecía demasiado a su idea del infierno. Era un lugar sórdido, sumido en las tinieblas, donde todas las almas a su alrededor sufrían castigos atroces. Oía llantos, sollozos y gritos de desesperación, además de las voces sádicas de cuatro únicos verdugos: Barto, Angus, Zweig y Shadow, quienes se regodeaban en la agonía de los suicidas.

Los cuatro malvados la arrastraron por la orilla de un gigantesco volcán. Ella miró hacia abajo y vio cientos de suicidas flotando en un pozo de lava líquida, despellejados hasta los huesos por el fuego. Una viscosa humareda brotaba de sus cuerpos, impregnando el lugar de un poderoso hedor a azufre. Entre ellos se hallaba Mateusz, que agonizaba mientras su cuerpo se carbonizaba.

De pronto, Shadow la tomó por los hombros. Le dedicó una sonrisa benévola y después pronunció unas últimas palabras:

—Ay, Blancanieves, sé que no te lo mereces, pero alguien debe quemarse en el infierno por mí. ¿No querías ayudarme? ¡Pues hazlo!

Y la arrojó sin piedad al fondo del volcán. Raven se vio descendiendo en picado. Gritó con todas sus fuerzas hasta que el calor de la lava la invadió por completo. Sintió como

si un millón de agujas se hubieran clavado en todo su cuerpo, moviéndose implacablemente entre sus órganos.

—¡Quema! ¡Quema mucho! —gritó, enloquecida por el dolor. De inmediato, varios pares de manos la sostuvieron de los hombros y piernas para aplacar las violentas sacudidas que le sobrevinieron. Una ola de espasmos la atravesó mientras el dolor continuaba devorándola—. ¡No! ¡Dejadme! ¡Dejadme morir!

—¿Qué es lo que le pasa? —preguntó una voz masculina.

—Está delirando —explicó otra voz con un dejo de angustia.

—Ya sé que está delirando —soltó la primera voz—, pero cómo es que... ¡Está muerta, maldición! ¿Cómo puede tener fiebre? ¡Esto no tiene sentido!

—Yo tampoco lo entiendo, pero sólo nos queda intentar curarla del modo natural, como si estuviera viva. No se me ocurre nada más.

Raven percibió un frío bálsamo en su frente y las llamas que la devoraban retrocedieron un poco. Emitió un gemido de alivio, pero aún no podía abrir los ojos.

Deseaba que Patrick fuera a por ella, que la rescatara de aquellos demonios y de aquellas llamas infernales, pero de pronto lo vio en la cima del volcán, cogido de la mano de Margherite. Ella la miraba con satisfacción mientras él lo hacía con arrogancia. Ya estaba condenada. Nadie podía salvarla.

—No, Patrick, ¿por qué? —susurró en su sueño.

—Cariño, ¿quieres que llame a Patrick? —preguntó una voz femenina. Ella no contestó.

—Patrick no está aquí, ¿recuerdas? —le susurró alguien a la mujer que había hablado, para que Raven no la oyera.

Raven comenzó a balbucir cosas que ni ella misma entendía.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó alguien más.

—¿No lo entiendes, tontuelo? Está enamorada de Patrick.

Raven sintió una punzada de vergüenza. No era cierto. Ella no estaba enamorada.

—¿Enamorada de P...? Pero ¡esto es una calamidad!

—¡Claro que no! Estoy segura de que Patrick... —La voz femenina se apagó de pronto. Raven no entendía por qué, pero deseaba seguir oyéndola. Otra voz masculina, que le resultaba familiar, apareció entre ellos.

—¿Cómo está?

—Pues mírala —dijo uno de los presentes con un dejo de preocupación—. No para de sudar y la fiebre no le ha bajado. ¿Has traído las hojas y las raíces?

–Sí, aquí está todo.

–Déjame hacerlo a mí. Yo preparé la fórmula –dijo la mujer.

Raven entendió que aquellas voces pretendían curarla. Se dio cuenta de que no eran otros que los aldeanos de la montaña; sus buenos amigos, Chad, Henry, Agatha y Edric. Todos estaban allí, con ella. Pero, a decir verdad, Raven no deseaba ser curada. No, sabiendo que después debería quedarse allí de por vida. Además, ella no merecía tantas consideraciones después de haberlos puesto en peligro con su huida.

Abrió los ojos en medio de murmullos de conmoción y notó que estaba de nuevo en la cabaña de Patrick. Los aldeanos comenzaron a hablarle al mismo tiempo, por lo que ella no entendió nada, pero tampoco lo necesitaba. Solamente quería comunicarles una decisión que había tomado. Una decisión determinante.

–Chad –llamó al líder con voz enfermiza.

–¿Sí, querida?

–Chad, por favor. Te lo suplico... sepúltame.

Tal como se lo había temido, la tomaron por loca. Creían que su petición era un desvarío. Después de haber pasado casi cuarenta horas con fiebre, agonizando y viendo las llamas del infierno en sus sueños, los aldeanos sólo podían pensar que su cerebro había sufrido alguna clase de afección.

Después de asegurarse de que había bebido todo el repugnante brebaje para bajar la fiebre, Chad insistió en hablar con ella a solas.

–Chad, por favor. Respeta mi voluntad.

–No hables como una moribunda. –Raven levantó la vista para verlo con los ojos casi en blanco. Era un comentario bastante irónico viniendo de él.

–Siento mucho haberos causado problemas con mi huida. –Volvió a bajar la cabeza, que todavía le ardía de fiebre–. Te juro que nunca pensé que esto podía pasar, pero tenía que intentarlo, Chad. Es ahora cuando me doy cuenta de que todo lo que hice no sirvió sino para atraer a los vavmordianos. –Se enjugó un par de lágrimas.

–Ahora comprendes lo peligroso que es el bosque, ¿verdad? –Raven asintió y dejó salir un sollozo–. Ya, ya, pequeña –la consoló él–. Los vavmordianos siempre han estado allí; ellos ya nos daban caza desde antes de que tú nacieras, no te mortifiques por eso.

–Pero Patrick me dijo que...

—Patrick está molesto porque te expusiste demasiado. Todos estábamos muy preocupados por ti. Pero ya estás bien y eso es lo que cuenta... Lo que quisiera discutir contigo es esa locura que mencionaste sobre sepultarte. Dime, ¿ha sido una secuela de la fiebre? No vamos a hacer eso. Mantendremos el plan que habíamos trazado antes de que te fueras. Esperaremos a Charles y luego él nos dirá qué hacer.

—¿Y si no sucede nada? ¿Qué pasa si el doctor Merion no puede ayudarnos? Si vuelvo a llenarme de esperanzas y después no sucede nada...

—Las esperanzas nunca están de más, ni siquiera cuando has muerto. Así que olvida esa majadería de que te sepultemos y prométeme que nunca más volverás sola al bosque.

—Te lo juro.

—Bien —asintió—. Siguiendo punto: ¿lograste ver a vavmordianos que te perseguían?

—Sí. Incluso sé sus nombres; eran Barto, Angus y Zweig. —Chad esbozó una mueca de asombro—. ¿Los conoces?

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Bueno, sólo a los dos primeros. Barto ha hecho lo imposible por capturarnos desde hace décadas. Por si fuera poco, se la tiene jurada a Patrick. Una vez Barto lo sepultó en el bosque. Patrick estuvo como dieciocho años soterrado por su culpa.

—¿En serio? —preguntó Raven con asombro.

—Así es. Han sido enemigos desde la primera vez que escapó de Vavmordia.

Raven no podía creer que Patrick hubiera pasado sepultado la edad que ella tenía y que hubiera sido justamente Barto quien le hubiera impuesto ese horrible castigo.

—Chad, hay alguna posibilidad de que... ¿lleguen hasta aquí? —preguntó Raven inquieta.

—No lo creo. —Negó con la cabeza—. Los muchachos optaron por retroceder en cuanto Patrick te encontró. No nos convenía iniciar una lucha de grandes proporciones contigo allí. Además, Patrick fue a limpiar toda evidencia de nuestro paso por el bosque. —Se produjo un silencio tenso—. Aun así, creo que lo mejor es no volver en un largo tiempo.

Raven sintió un nudo en el estómago. Con el dorso de la mano se enjugó un par de lágrimas.

—Por favor, no te mortifiques. Piensa que Merion estará aquí en unos pocos días para ayudarnos a hallar una solución. Mientras tanto, trata de adaptarte.

—No veo cómo puedo servirlos; soy torpe y débil —murmuró mirándose los cientos de arañazos que tenía en las piernas y brazos, y que Henry le había curado mientras estaba

inconsciente.

—Ya encontrarás algo qué hacer —dijo mirándola por encima de las gafas—. Eres muy lista.

En ese instante, alguien llamó a la puerta. Era Lucy, que traía una bandeja de comida. Raven recordó con nostalgia que había sido Patrick quien la había alimentado durante sus últimos días en la aldea. Ahora comprendía que la única razón por la que había tenido todos aquellos detalles con ella era porque se sentía culpable de haberle dado un puñetazo.

Cuando Chad se despidió de las chicas, Lucy le dio un largo abrazo de bienvenida. En lugar de condenarla, la consoló y se preocupó por ella. Raven le contó la verdad de por qué había huido. Lucy hizo un gesto de pesar, pero, para desgracia de Raven, no parecía sorprendida de que Patrick hubiera acudido a la cabaña de Margherite.

Después de comer, fueron al río. Era día de lavandería en la aldea. Raven había pasado demasiado tiempo con la misma camiseta blanca, los pantalones cortos color marrón y el suetercito lila, por lo que Lucy le prestó una de sus amplias blusas hippies mientras limpiaba su atuendo.

En las orillas del río, las mujeres de la aldea charlaban mientras limpiaban sus ropas, mantas y cortinas... Todas menos Margherite, que holgazaneaba sobre una de las piedras, contemplando su reflejo en un pequeño espejo. Levantó la vista al percatarse de la presencia de Raven, al igual que las demás mujeres, que la rodeaban como si fueran sus cortesanas.

—¡Muchachita descarada! ¿Cómo te atreves a presentarte entre nosotros después de lo que hiciste? —le gruñó—. Por tu culpa, los vavmordianos casi se llevan a Patrick y a los demás.

Todo lo que pudo hacer ante aquellas furiosas palabras fue bajar la mirada, avergonzada.

—Margherite, ¡déjala en paz! —intervino Lucy—. ¿No sabes que ha estado enferma?

—¡No me digas! —dijo soltando una risita burlona—. ¿Y tú la crees? Seguro que está haciéndose la víctima para que olvidemos lo que ha causado —le gruñó a la pelirroja, pero era a Raven a quien atravesaba con la mirada—. ¿Desde cuándo los muertos nos ponemos enfermos?

—Sabes que ella es... diferente de nosotros —continuó Lucy.

—Sí, por supuesto. Ya sabemos que es un ángel —soltó con brutal sarcasmo.

Algunas mujeres detrás de Margherite rieron con sorna. Raven tragó saliva.

–No he dicho que lo sea; y tampoco estoy aquí porque quiera –respondió.

–Entonces, ¿por qué no te largas de una maldita vez? –le espetó–. No has hecho más que darnos problemas desde que llegaste.

–Si estoy en esta aldea es porque Patrick me trajo contra mi voluntad.

–Y por ello se lamenta a cada momento –musitó, como si pudiera adivinar que aquello la destrozaba–. Eres una maldición. Nos llevarás a la ruina si no nos deshacemos pronto de ti...

Fue entonces cuando una sensación de energía apabullante comenzó a golpear los ojos y la cabeza de Raven. Era como si los insultos de Margherite vinieran cargados con alguna clase de campo magnético crepitante que le ponía los pelos de punta. Retrocedió un paso, pero la fuerza que Margherite arrojaba no dejó de envolverla. Los oídos comenzaron a rechinarle, por lo que se los tapó con los dedos. Ofendida, Margherite le gritó más fuerte, haciendo que la descarga eléctrica arreciara.

De pronto y de manera insólita, la vida de aquella suicida apareció delante de los ojos de Raven, como si hubieran colocado frente a sus narices unas cincuenta mil diapositivas cargadas de imágenes, sonidos, emociones y pensamientos íntimos.

Vio a una doncella perturbada, confinada a la sombra de su hermana menor, Elizabeth, casada a los diecisiete años con el flamante duque de Sutherland, el hombre que Margherite había querido para sí. Acostumbrada a los máximos lujos de la vida, la única hija soltera del conde de Kirketon vio su vida desmoronarse cuando este fue desterrado de Inglaterra en la más absoluta indigencia. El temor... no, el pánico a la pobreza y su completa falta de prospectos que la librasen de su destino la empujaron a subir a esa torre de ladrillos y a dejar que el viento la guiara hasta el acantilado. La muerte era mejor que verse mendigando en las calles de París. El último pensamiento que vino a la mente de la bella Margie antes de chocar con las rocas del despeñadero de su antiguo castillo solariego oprimió a Raven: «¡Maldita Liz!».

Sí... Ella no era tan bella ni tan complaciente con el sexo masculino, sólo era más virtuosa y sumisa. Por ello, Ian la había escogido, no porque fuera mejor. Aquella insípida mojigata merecía ser quien se rompiera la cabeza contra las rocas... y no Margie.

Raven comprendió que aquella hermosa muchacha de cabellos dorados estaba llena de resentimiento, llena de una rabia perenne dirigida a su propia hermana y que con el



tiempo había aprendido a proyectar contra el mundo entero.

Seguidamente, vio todas las situaciones en las que Patrick la había rechazado desde que Raven llegó a la aldea. Vio con claridad la noche de su huida, cuando el chico intentaba dejarla de buena manera. Había salido de aquella cabaña cinco minutos después de haber tratado de explicarle, sin éxito, que la relación que por décadas habían mantenido había sido un fracaso. También vislumbró que la única razón de Margherite para permanecer en la aldea era la de conservar a Patrick a su lado, porque de lo contrario ya se habría unido a los cortesanos de Vavmordia. Gracias a su increíble belleza y origen noble, muy pronto se habría convertido en una de las damas más codiciadas del reino.

Oh, Dios... Raven sentía como si la conociera de toda la vida, y aquello le causaba pavor. Sacudió la cabeza para huir de todas aquellas revelaciones.

—¡Basta! ¡Cállate! —le gritó con los dedos aún encajados en los oídos y los párpados apretados. ¿Qué diablos le había pasado?

Margherite se calló abruptamente y la miró con su ya habitual atisbo de aborrecimiento, el mismo que usaba para mirar a Liz.

—Más vale que te mantengas alejada de Patrick o yo misma voy a mandarte a donde perteneces —le susurró al oído antes de marcharse con paso airado.

Raven parpadeó varias veces seguidas. No hacía falta que le explicaran por qué la había amedrentado. Margherite se sentía intimidada por ella; temía que Patrick se enamorara... de Raven.

De hecho, ya estaba plenamente segura de que así era.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Lucy, inquieta.

Ella negó con la cabeza, pero sabía que no estaba del todo bien.

\* \* \*

¿Qué le había sucedido esa mañana en el río? Raven no dejaba de preguntárselo.

Casi no había abierto la boca, sumida como estaba en los pensamientos sobre su extraña reacción. Lucy había asumido que las palabras de Margherite la habían afectado. Era cierto, aquella rubia ponzoñosa había logrado alterarla, pero de una forma mucho más aterradora de lo que Lucy podía imaginar.

Durante la tarde picaron verduras y ayudaron a Agatha a preparar un estofado de conejo para la cena. Raven tampoco podía dejar de pensar en Patrick. Ya debía de haber regresado de su misión, pensaba mientras miraba el camino que conducía al temible Bosque de los Peregrinos. Aún no podía creer que lo hubiera visto de esa manera a través de los ojos de Margherite. Según ella, él sentía una atracción genuina por Raven y por ello había terminado su relación.

¿Era cierto aquello? No se atrevía a confiar en las deducciones de una chica tan perturbada. El único que podría responder a esa pregunta era él.

Poco antes de que oscureciera, Patrick llegó a la aldea con las ropas mugrientas y una clara expresión de disgusto. Con el corazón acelerado, Raven se puso de pie para ir a su encuentro. Había esperado ese momento durante todo el día. Pero él siguió caminando, ignorándola por completo. Sólo se limitó a hacer un movimiento de cabeza para indicar a Chad que todo estaba bajo control. Luego se dirigió al río con paso airado.

Todavía estaba molesto con ella. Y ella merecía aquel trato, sin duda.

Raven avanzó por el pastizal y subió la pequeña elevación hasta llegar al magnífico río rodeado de piedras verdosas. Vio a Patrick justo en el momento en que se quitaba la camiseta, los pantalones... y todo lo demás para meterse en el agua. Su reacción automática fue apartar la vista, pero se armó de valor para mirarlo de nuevo, un segundo antes de zambullirse. Tenía un cuerpo tan espléndido que era casi imposible no ser un poco descarada.

Se quedó sumergido un largo rato y ella se sentó sobre una piedra, a la espera de que Patrick emergiera. Por un momento, olvidó que él era un suicida, que no necesitaba el oxígeno y que podía estar eternamente bajo el agua. Contó el tiempo que estuvo sumergido con el corazón encogido: mil ochenta y seis segundos.

Cuando finalmente salió del agua, le lanzó una mirada desdeñosa.

—¿Qué quieres?

—Patrick, tenemos que hablar sobre lo que pasó.

—Querrás decir lo que «hiciste» —corrigió él con sequedad.

—Sí... sobre lo que hice —admitió bajando la mirada.

—No tienes que darme explicaciones. Si has convencido a Chad, eso tiene que bastarnos a todos.

—No, Patrick, debo disculparme contigo porque fue una estupidez. Os puse en peligro a ti y a los demás. Lo siento muchísimo. Estoy arrepentida. Te juro que jamás volveré al

bosque sola.

Patrick siguió sin mirarla, pero había dejado de dar brazadas. Se quedó pensativo.

—Mirándolo bien, no fue algo tan estúpido —musitó con una sonrisa sarcástica—. Querías escapar de este inmundo bosque, ¿no? ¿Quién puede culparte por tener instinto de supervivencia? ¿Quiénes somos para detenerte? Si yo fuera tú, habría hecho lo mismo sin pensarlo. Este bosque es el peor castigo imaginable para cualquier alma, un castigo reservado para los cobardes como nosotros, para los que no toleramos nuestras vidas. Tú no te suicidaste. Lo que te trajo aquí fue un acto de piedad con una amiga.

—No, Patrick...

—Es así, Raven. Debes salir de aquí, y cuanto antes, mejor. Esto es mucho peor de lo que puedes siquiera imaginar. Saber que tu destino es huir de esos malditos coleccionistas de almas hasta que se te acaben las fuerzas, no tener ni un solo día de paz y saber que ni la muerte podrá consolarte es... el infierno. Tomaste la decisión más inteligente. ¡Bien por ti! —dijo con amargura.

—¡No! —exclamó—. Yo... casi hago que los vavmordianos nos capturen a todos.

—¿Y qué importa eso? —preguntó con un tono mordaz, con la ceja alzada—. De todos modos, lo harán en cualquier momento. ¿Crees que podremos huir eternamente? Los de Vavmordia se hacen más poderosos con los siglos. Los recién llegados les revelan más y más cosas sobre el futuro, les dan ideas para expandirse. En cualquier momento encontrarán el modo de atrapar a toda la resistencia y, si tú no te vas por donde viniste lo antes posible, lo harán contigo también.

—No puedo creer que digas eso —murmuró Raven con una mueca de disgusto—. ¿Tú eres el encargado de proteger a los aldeanos y estás convencido de que de un momento a otro os capturarán? Si todos vosotros hacéis estos esfuerzos es porque deseáis ser libres. ¡Tú mismo me lo dijiste!

—Nadie es libre aquí. Ni siquiera tú —replicó sin mirarla—. Nunca debí traerte.

—De cualquier manera, yo ya no tengo esperanzas. Mi puerta de salida desapareció, así que tendrás que tolerarme, te guste o no. Voy a pasar la eternidad junto a vosotros —respondió con firmeza.

—Estoy seguro de que Merion nos dará una solución para que todos estemos felices. —Pronunció la última palabra con amargura—. Ten paciencia, en unos días arreglaremos este asunto.

—¿Tan impaciente estás por deshacerte de mí? —Raven se armó de valor—: ¿Y qué hay de aquel beso?

Patrick echó la cabeza hacia atrás para sumergirla en el agua. Se quedó callado un momento.

—Lo olvidarás aunque no quieras. Si realmente te produce tanta paz recorrer ese camino, cuando llegues a él te olvidarás de mí y de todo lo que has vivido en este bosque.

Raven se quitó las sandalias de cuero que le había tejido Lucy y se lanzó al agua, junto a él. La frialdad del río la envolvió.

—No te olvidaré, y sé que tú tampoco me olvidarás —dijo cuando estuvo empapada frente a él.

—¿Tú qué sabes de mí? —Reaccionó mirándola con hostilidad—. No me conoces. No tienes idea de lo que significa ver morir los días y las noches y saber que no tienes esperanza de hacer lo mismo. No te imaginas cuántas cosas he debido olvidar mientras sigo cayendo por este abismo sin fondo.

Su expresión atormentada hizo que Raven sintiera ganas de llorar. A pesar de su carácter, era un chico atormentado y triste. Deseaba consolarlo y quedarse a su lado.

—Tienes razón; no entiendo lo que te sucede, pero... yo llegué aquí por alguna razón, Patrick. —Cogió su rostro perlado entre sus manos y él no quiso mirarla a los ojos—. Y si debo quedarme, lo haré; me quedaré contigo... y te querré. No me importa si tenemos que huir de los vavm...

—¡No vas a quedarte! —rugió, apartando sus manos con rudeza—. Tú cruzarás ese camino. Haré hasta lo imposible para que vuelvas —dijo con un brillo glacial en los ojos—. Lo juro.

Se separó de ella y salió del agua, dejándola desolada.

## CAPÍTULO 10

# Empatía

Siete días más tarde, el científico llegó a la aldea.

El doctor Charles Merion era un hombre ceñudo y enjuto, de unos setenta años, muy similar a los personajes de las fotografías en sepia de los libros de biología de la biblioteca del Saint Augustine. Los cabellos canosos y erizados le daban a su cabeza el aspecto de una nube, y sus patillas abultadas, que le rozaban la mandíbula, redondeaban ligeramente su rostro afilado. Vestía un maltrecho traje color ocre, y bajo el brazo sostenía un cuaderno de anotaciones con cubiertas de tela carcomidas por el tiempo.

Después de las presentaciones de rigor, Merion miró a Raven con una curiosidad intelectual, como si ella fuera una alienígena. Al notar que eso la incomodaba, el científico le dedicó una sonrisa afable. Se reunieron en torno a la mesa de teca de la cabaña de Chad. Estaban Agatha, Henry, Edric, Lucy y, cómo no, Patrick, el primer interesado en que todo acabara pronto.

—Es un placer académico, y desde luego un gusto personal, conocer tu historia —aseguró Merion. Raven intentó esbozar una sonrisa, pero estaba segura de que no había tenido éxito.

—Charles, como te comenté en mi carta, Raven llegó a nosotros hace poco menos de un mes —relató el líder de los aldeanos—. Hemos visto en ella ciertas... particularidades impropias de los de nuestra condición. Ella es capaz de manifestar reacciones de una persona viva.

—¿Qué tipo de reacciones? —preguntó el médico, despegando la espalda de la silla.

No podía creer que sus debilidades fueran a ser material de estudio para un erudito del siglo XIX. Si había gente rara alrededor de esa mesa, con toda seguridad eran ellos, los suicidas, no una chica a la que le duelen los puñetazos en la nariz.

—Impresionante —murmuró Merion—. ¿Y dices que no es una suicida?

—No. Fue arrollada por uno de esos... coches modernos. Pero quisiera que fuera ella misma quien te relatara su historia. —Miró a Raven—. Anda, querida, cuéntaselo a Charles.

Por enésima vez contó su historia.

—¡Santo cielo! No tenía ni idea de que los mundos de la muerte estuvieran conectados a tal punto que se pudiera pasar de uno a otro con tanta facilidad —exclamó Merion. Después apuntó algo en su cuaderno—. Dime, Raven, ¿sentiste algo al atravesarlos?

—Bueno... tal vez una...

Cuando volvió a mirar a Merion, a aquellos ojos negros, percibió en ellos algo más...

Un potente efecto de energía sobrecargó la habitación. Un sonoro crepitar le hizo cosquillas en los oídos y un ligero bamboleo la obligó a aferrarse con todas sus fuerzas a la mesa. Novedosas imágenes comenzaban a saturar de nuevo su cabeza. Sabía que sólo ella podía notar aquel extraño fenómeno. Cerró los ojos para tratar de sobrellevarlo.

Charles Merion habría hecho cualquier cosa para dilucidar el secreto mejor guardado de la ciencia. Había comprado cadáveres de la morgue para diseccionarlos en su laboratorio secreto y efectuado interminables interrogatorios a los pacientes del hospital St. James que habían sobrevivido a accidentes y enfermedades que los llevaron al borde de la muerte. La «vida en el más allá» era una obsesión, más que un mero objeto de estudio.

Raven vio delante de sus ojos los esfuerzos científicos de Charles, que comenzaron el día en que la pequeña Linney falleció ahogada en un balneario público cuando tenía apenas seis años de edad. Desde entonces, Charles se afanó en la búsqueda del alma de Linney, comenzando por la religión, hasta que estuvo tan inmerso en el tema que decidió estudiar física y filosofía.

Un año antes de su muerte, Merion publicó un ensayo en el que revelaba los resultados preliminares de su investigación. Algunas personas que sufrían experiencias cercanas a la muerte —sin importar su tendencia religiosa— se veían a sí mismas atravesando un túnel o despertando en un claro nebuloso donde unas siluetas avanzaban en dirección a ellos, y en cuyas espaldas brillaba una luz profusa y cegadora. Otros, en cambio, despertaban en un terreno árido donde el fuego parecía devorarlo todo. Aquellas temerarias afirmaciones le valieron el más rotundo rechazo por parte de las autoridades del Parlamento, así como la condena de la Iglesia, que consideraba una osadía intolerable que se hablara de la vida después de la muerte como un hecho demostrable a

través de un estudio científico. Sus colegas de la Universidad de Cambridge también le dieron la espalda. Los recursos para sus investigaciones en el campo de la biología molecular fueron suspendidos de forma definitiva.

Una fría mañana de enero, viéndose arruinado, desprestigiado y perdido, Charles subió hasta su habitación en el diminuto apartamento de Deverelle Street en Newington, donde había nacido. Apeló a la última carta que aún guardaba bajo el brazo, su boleto de ida al último viaje de su vida. Ya no podía compartir lo que vería, pero al menos su alma encontraría una respuesta a las preguntas que durante tantos años se había formulado. Sacó una botella de arsénico de su armario y se la bebió hasta la última gota, antes de recostarse sobre su cama, cerrar los ojos y dirigirle unas breves palabras a la chiquilla: «Linney: encontraré tu alma».

Aquella última frase trajo hasta Raven un hervidero de emociones tan angustiosas que le fue imposible disimularlas delante de todos. Agachó la cabeza y apretó los párpados, como lo había hecho Charles antes de despertar en el Bosque de los Peregrinos, y lloró por Linney. Su pecho subía y bajaba con los recuerdos de una niña a la que amaba inexplicablemente sin haberla visto nunca.

—Raven, ¿qué tienes? —preguntó Edric poniéndole una mano en el hombro.

Todos se levantaron de sus asientos. Patrick se inclinó a su lado, tomándole el rostro entre las manos. Era tan extraño... De pronto sentía que Linney era el motivo de toda su existencia.

—Raven, ¿qué pasa, cariño? —Patrick la miró con preocupación, al igual que todos los demás, a excepción de Charles, que lo hacía con fascinación—. ¿Por qué lloras?

No tenía sentido seguir ocultando sus dolorosas visiones. Miró al doctor Merion de nuevo, haciendo un esfuerzo para mantenerse en calma. El científico esperaba atento a su respuesta, igual que los demás.

—Por Linney.

Merion abrió los ojos hasta que casi se desorbitaron. Se quedó petrificado, mientras sostenía la mirada de Raven, como si fuera la única persona que hubiera alrededor.

—¿Linney? —inquirió Agatha con preocupación maternal—. ¿Quién es Linney?

—La hermana del doctor Merion.

Los aldeanos se miraron, presas de la confusión.

—Raven, ¿cómo es que sabes que tuve una hermana llamada Linney? —preguntó el hombre con cautela, sin quitarle los ojos de lince de encima—. ¿La has visto?

–No –respondió ella con voz trémula–. La he sentido... a través de usted.

–¿Qué es lo que has sentido?

–Su dolor, su vida... su muerte –respondió encogiéndose de hombros–. Todo.

–¿Cómo puedes haber sentido mi vida si es la primera vez que nos vemos? ¿Por qué yo? –preguntó mientras daba la vuelta a la mesa y se acucillaba junto a ella.

Raven negó con la cabeza e hizo un gesto de impotencia. No tenía ni idea.

–¿Es la primera vez que esto te ocurre? –continuó el científico.

–No.

–¿A quién más has... leído?

«Leído.» Aquella palabra le pareció disparatada, pero, pensándolo bien, era lo que había hecho, aunque ni ella misma pudiera creérselo. Podía «leer» a otras personas.

–A Margherite.

–¿A Margherite? –preguntó Patrick con la cabeza ladeada.

–Raven, cariño, ¿por qué no nos habías dicho nada de esto? –intervino Chad.

–Porque intuí que me miraríais como lo estáis haciendo ahora.

El líder de la aldea bajó la cabeza, igual que los otros, pero Patrick cogió su mano y la apretó con suavidad. Raven se volvió para mirarlo. Sus ojos azules habían adoptado una suave tonalidad celeste; la miraban con aquella ternura que la hacía derretirse y olvidar cualquier situación dolorosa que hubieran vivido en el pasado.

Él estaba brindándole todo su apoyo, pero también estaba recriminándole que no hubiera acudido a él para contarle las cosas que había visto. Pero ¿cómo iba a contárselo si la había ignorado toda la semana?

–Doctor Merion, ¿quiere que traigamos a Margherite? –preguntó Lucy.

–¡No! –intervino Raven con una mueca de pavor.

–No es necesario –convino Merion–. Cuantas menos personas sepan esto, mejor. Este hecho podría tener un efecto incalculable entre los demás habitantes de la aldea. ¿Desde cuándo te sucede?

–La semana pasada estaba discutiendo con Margherite. Estaba muy enfadada y de pronto ella... Pensé que estaba lanzándome alguna clase de radiación que me provocaba dolor en los oídos. Después empecé a ver su vida. Presencié el momento de su muerte y me sentí como ella.

–¿Y has sentido lo mismo conmigo? –preguntó Merion, aunque la pregunta parecía una afirmación.



La chica asintió. El hombre se quedó pensativo.

–Raven, ¿puedes leer a quien sea? ¿Sólo tienes que proponértelo y ya está? –intervino Henry.

–No. Es lo más curioso. Viene cuando menos me lo espero. Al menos así me ha pasado estas dos veces. No puedo saber con quién va a ocurrirme ni cuándo.

–¿Qué opinas de esto, Charles? –preguntó Chad.

El científico tardó demasiado en responder. Comenzó a caminar por la habitación, sumido en una especie de trance.

–Cuando llevaba a cabo mis investigaciones en los hospitales de Londres, recuerdo haber escuchado el testimonio de una muchacha muy joven, Evelyn Bethany. Esta chica sufría de esquizofrenia. –Se detuvo al ver los rostros perplejos de los presentes; la mayoría de ellos ignoraba el término–. La esquizofrenia es un trastorno de la personalidad. Demencia precoz, suelen llamarlo. Mucha gente tiende a confundirlo con posesión demoníaca.

–Oh, ¡Dios bendito! –exclamó Agatha.

–¿Cuál es la relación con Raven? –preguntó Patrick poniéndose de pie, pero sin soltar su mano.

–El caso es que Evelyn estaba médicamente loca y sus padres tuvieron que internarla en un hospital psiquiátrico. Un día, cuando la enfermera de guardia se quedó dormida, la chica se tiró por la ventana para tratar de atrapar a un gorrión. Cayó cuatro pisos abajo. –Raven dio un respingo–. Por supuesto, se le rompieron muchos huesos; la columna vertebral estaba muy lesionada. Era casi imposible que sobreviviera a una caída tan descomunal. Yo la visité cuando aún estaba consciente. Pese a que sus huesos estaban casi pulverizados, su mente aún estaba lúcida, increíblemente. Evelyn me relató que había estado en un camino de luces junto a otras almas, lo mismo que tú me has explicado. Pero además me reveló otra cosa que pudo sentir mientras caminaba, lo cual me obligó a desechar su testimonio de inmediato, pues no coincidía con lo dicho por otros testigos.

–¿Qué fue lo que sintió Evelyn, doctor Merion? –preguntó Raven.

–Evelyn pudo leer la historia de vida de algunas almas que caminaban junto a ella. Me habló de los demás espíritus como si los conociera. Describió sus muertes con detalle, me habló de sus pasados y de cómo llegaron allí. –Suspiró con decepción–. Siempre pensé que lo había imaginado todo.

–¿Eso quiere decir que Raven es incluso diferente de las almas del camino de luces? ¿Es especial? –preguntó Edric con los ojos como platos.

–No, yo no sentí nada de eso mientras caminaba por allí. Esto me pasó aquí –dijo Raven.

–Tal vez no habías llegado lo suficientemente lejos. Tu descripción es idéntica a la de Evelyn –murmuró Merion–. Esto da pie a una nueva teoría.

–¿Teorías? ¡Por favor! –exclamó Patrick impaciente–. Lo que queremos es devolverla a ese camino de luces. Es allí donde le corresponde estar y no en este mundo lleno de almas impenitentes.

–¡Patrick, compórtate! –le espetó Chad–. Charles está haciendo un esfuerzo para explicar de dónde vienen los poderes de Raven. Eso puede ayudarla.

–¿Poderes? ¡Esto es más bien una maldición! –exclamó la aludida.

–No digas eso, Raven. Si las almas nobles como tú tienen ese don, entonces debe de ser algo muy bueno –dijo Lucy para animarla.

–Es empatía –afirmó Merion.

–¿Qué ha dicho, doctor? –preguntó Agatha.

–Empatía azarosa, en su caso. Es algo extraordinario.

–¿Qué es extraordinario? –protestó ella–. ¿El hecho de que estoy aquí atrapada y que por si fuera poco también puedo ver vuestras vidas y sufrir como cada uno de vosotros cada vez que esa energía extraña aparece y me golpea la cabeza?

–Raven, no puede ser tan malo. Imagina qué pasaría si pudieras controlar ese poder y leer las vidas y motivaciones de todos a tu alrededor. Podrías distinguir a un amigo de un enemigo. Pero, mejor aún, imagina lo que podría pasar si pudieras... revertirlo.

–¿A qué se refiere, Merion? –preguntó Henry.

–Hacer que los demás puedan leerla a ella –murmuró con una pequeña sonrisa fantasiosa–. Si desarrollas bien ese don, Raven, podrías utilizarlo a tu favor. Podrías persuadir a los demás con facilidad. Imagina todas las posibilidades.

Se hizo un silencio devastador en la habitación. Raven no entendía nada.

–Probablemente podrá hacer muchas cosas con sus poderes cuando llegue a su destino –dijo Patrick con sequedad–. Lo que realmente nos importa en este momento es encaminarla.

¿Tanta prisa tenía Patrick por deshacerse de ella?

–¿Encaminarla para qué? Raven es extremadamente valiosa.

—No lo dudamos, pero no pertenece aquí, Charles.

—Chad, no lo entiendo —murmuró el científico—. Con ella aquí, tu comunidad se fortalece enormemente, ¿acaso no lo ves? Es un miembro invaluable.

—La decisión de quedarse o regresar sólo depende de Raven —puntualizó Chad.

Dicho esto, todos se volvieron para mirarla con curiosidad.

—Yo... —balbució ella. Lo cierto era que en aquel momento no estaba segura de lo que deseaba. Por un lado, anhelaba estar cerca de Patrick, pero, por otro, él había dejado claro que no sentía lo mismo. Además, estaba empezando a tener miedo de lo que había al final del camino de luces. ¿Y si no le gustaba? ¿Y si extrañaba a sus amigos y deseaba regresar?—. No lo sé.

—Raven, ¿realmente quieres abandonar este lugar? —preguntó Merion con una mirada inquisitiva—. Piénsalo. En este momento eres la persona más poderosa de nuestro mundo.

¿La persona más poderosa del mundo de los suicidas? Sabía que aquella visita no iba a aportar nada bueno. ¿Para qué tomarse tantas molestias trayendo a la aldea a un hombre que parecía más interesado en saber cosas sobre ella que en aportar respuestas? Todo era una monumental pérdida de tiempo.

Soltó un bufido dándose la vuelta en la cama. No podía dormir después de escuchar todas aquellas especulaciones sobre su «empatía azarosa». Los últimos días, Raven había compartido la cabaña de Lucy. Estaba decidida a hacerle las cosas más fáciles a Patrick. Si él no deseaba verla, ella no iba a imponerle su presencia.

Cuando se volvió por enésima vez sobre la esterilla acolchada que le había servido de lecho los últimos días, Raven se dio cuenta de que Lucy tampoco podía dormir.

—Oye, Luce —susurró—. Siento no haberte dicho nada.

—No lo sientas; no sé si te habría creído —dijo con una risita—. Es tan extraño... Entiendo que los berrinches de Margherite puedan sacar de quicio a cualquiera, pero no puedo ni imaginarme qué cosas sórdidas hay en la vida de esa bruja hedonista.

—Nada de lo que quieras estar enterada. Sólo te digo que es peor de lo que aparenta.

Las dos soltaron risitas cómplices que resonaron en la oscuridad.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Lucy al cabo de un momento.

—No lo sé —susurró—. Ni siquiera sé si aún tengo alguna oportunidad de irme. No creo que Merion sepa cómo ayudarme. Algo dentro de mí me dice que estaré en esta aldea

para siempre –dijo con los ojos cerrados mientras contemplaba la imagen maravillosa de Patrick en su cabeza. Si él la aceptara de nuevo, si pudiera dejar de lado su orgullo, si pudiera hacer un esfuerzo para quererla... Entonces todo sería perfecto.

–¿Y eso tiene que ver con cierto capitán? –preguntó Lucy con tono socarrón, como si le hubiera leído el pensamiento–. ¿Quieres oír algo bueno? ¡Ayer escuché a Liona decirle a Eloise que Patrick había terminado con Margherite!

–Lo sé. Lo vi cuando leí a Margherite –dijo con escaso interés.

–¿En serio? ¿Eso también puedes verlo? Vaya... Entonces, tienes el camino libre. Si te quedas, podrás estar con él.

–Ojalá fuera tan sencillo, Luce. Patrick sólo quiere arreglar su error conmigo, ¿no te das cuenta? Él no me quiere. –Pronunciar aquellas palabras le dolió más de lo que esperaba–. Hasta que yo deje la aldea, no va a estar tranquilo.

–¿Te ha dicho que no te quiere?

–No, pero me ha dicho que quiere que me vaya y eso no constituye ninguna declaración de amor –dijo con brusquedad–. Además, ha estado evitándome.

–Sí, así es Patrick –musitó Lucy.

Raven volvió a cerrar los ojos. Recordó aquellas ásperas palabras que le dirigió en el río, cuando le juró que haría hasta lo imposible para devolverla al sendero de luces... pero también había estado a su lado cuando tuvo esa crisis frente al doctor Merion y había cogido su mano. ¡Dios, era tan difícil estar segura de algo cuando se trataba de Patrick!

–Si pudieras leerlo a él –dijo Lucy interrumpiendo el hilo de sus pensamientos–, comprobarías lo que siente por ti.

–Ya sabes que no funciona de esa manera. No puedo decidir a quién leer.

–Pero Merion dice que tu don podría desarrollarse con el tiempo. ¿No quieres intentarlo? –Lucy se levantó de la cama y se puso de rodillas frente a Raven.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó con el ceño fruncido.

–Vamos. Practica conmigo; intenta leerme a mí –le dijo sin abrir los ojos.

–Luce, yo no...

–Inténtalo, Raven, por favor. ¡Es la única forma de que indagues en Patrick!

Raven se levantó de mala gana e imitó la posición de Lucy. No estaba muy segura de qué debía hacer. Se quedó allí, mirando el rostro de su amiga, y se dio cuenta de que realmente deseaba poder leer a Patrick.

Al cabo de un momento, Lucy abrió un ojo.

—¿Y bien? —inquirió, expectante.

Raven se encogió de hombros.

—Lo siento. No he visto ninguna historia sórdida que involucre a los Beatles.

Las dos estallaron en carcajadas.

Esa mañana, Raven despertó con una sola idea en la cabeza: la de aprender a controlar su empatía y leer la vida de Patrick. Sólo la de Patrick.

Después de desayunar, Chad llevó al doctor Charles Merion a un recorrido por la aldea, y al mediodía comenzaron las sesiones con Raven. Dedicaron una tarde entera a conversar sobre su insólita incursión en el mundo suicida, sus reacciones ante ciertos factores naturales como el clima y su incapacidad para realizar cualquier acción que en vida resultara letal, como contener la respiración demasiado tiempo.

Raven no se había percatado hasta ese momento de que los suicidas no eran capaces de sudar, no se sonrojaban al experimentar emociones como la ira y la vergüenza, y sus uñas y cabello nunca crecían. Esas cosas, en cambio, sí se manifestaban en ella. Por si fuera poco, las cicatrices que le habían ocasionado las ramas y zarzas del camino del bosque tardaban demasiado en sanar, aunque fueran simples rasguños, mientras que la horrible desfiguración facial de Dimas desapareció por completo a los pocos días.

Cuando terminó de escuchar sus respuestas y examinarla a fondo, Merion le reveló que su estado era el de una mujer saludable. Su naturaleza, como bien lo había apuntado Chad, era la de una persona viva. Era como si Raven nunca hubiera muerto.

Aquella afirmación hizo que una idea aterradora tomara forma en su mente.

—¿Eso quiere decir que puedo... morir de nuevo? —preguntó con inquietud.

—Es lo que quiero descubrir, milady. Pero todo indica que es muy posible. Eres una humana viva, común y corriente, salvo por tu empatía.

—Pero, si muriera, ¿adónde iría mi alma? ¿Dónde despertaría?

—En tu caso, es muy difícil determinarlo —dijo—. Pero, si fuera del modo habitual debería, depender de tus acciones, como cuando dejas el primer mundo. Si te dedicas a tener una existencia llena de maldad, irás a la tierra de llamas; si haces lo contrario, volverás al camino de luces, pero si...

–Si me suicido volveré aquí –completó Raven con la voz trémula. Su visión se había nublado con la incertidumbre–. Y me quedaré para siempre.

–No, no es tan sencillo –se apresuró a aclarar Merion–. Podrías aparecer en un bosque distinto... o quién sabe. Nadie puede saber con certeza si este será tu destino final.

–Pero ¿no es el Bosque de los Peregrinos donde despiertan todos los suicidas?

–El mundo suicida es una ilusión. En realidad, no existe en el plano corpóreo. No es un lugar que puedas hallar en un mapa de Inglaterra –le dijo con mucha seriedad–. Podría haber un millón de bosques ultraterrenales como este para acoger a los suicidas. ¿No has pensado que si todos los suicidas de la Tierra despertaran aquí estaríamos congestionados?

Raven asintió, pero en realidad no comprendía nada. Sólo podía pensar en sus estúpidas debilidades, que muy probablemente la llevarían a la muerte. A otra muerte.

–Si mi cuerpo evoluciona igual que el de una persona viva... –murmuró– y si enfermo, entonces eso también significa que puedo envejecer, ¿no cree?

–Tiene mucho sentido.

Raven emitió un bufido.

–Lo cual hace que mi muerte sea inminente –susurró.

–Raven, yo sigo creyendo que esto no es más que una transición. Si estuvieras viva habrías despertado en un hospital... –Merion se calló de pronto. Raven lo miró con curiosidad; su rostro había adoptado un gesto meditabundo, pero luego sacudió la cabeza para desecharlo.

–¿Qué ocurre, doctor?

–Prefiero creer que tu condición se debe a un desorden inesperado creado por tu paso a través de los dos mundos. Sólo intenta no hacerte daño por ahora, ¿de acuerdo? –añadió con cautela.

La chica estaba aturdida ante la aparición de tan horrendas posibilidades. ¿Morir de nuevo? Era tan vulnerable como para que aquello fuera una posibilidad. Aunque fuera prudente, el tiempo se encargaría de envejecerla de forma natural. Después se iría sin remedio. Aquella muerte no sólo la alejaría de Patrick, sino que la llevaría a un destino incierto.

–No voy a mentirte, Raven –dijo Merion, cortando el hilo de sus pensamientos–. Si hay alguien que puede decirte si es posible volver al camino de luces, ese no soy yo. Soy sólo un científico del otro mundo. Pero, si me das la oportunidad, pensaré en algo.

–Por favor, doctor Merion, debe prometerme que no le hablará a nadie de esto... de la posibilidad de que muera otra vez.

El hombre arrugó su frente cuarteada.

–Pero...

–Prométamelo –suplicó ella–. Usted lo ha dicho. Tal vez sea sólo una posibilidad, un peligro al que me enfrento mientras no se haya completado mi transición. Pero, mientras tanto, no quiero que nadie lo sepa. Prométamelo.

Después de unos segundos, Merion asintió.

–Está bien. Nadie lo sabrá. Te lo prometo.

## CAPÍTULO 11

# Mantener una promesa

Después de su primer encuentro en privado con el científico, Raven estaba agotada física y emocionalmente. Demasiados pensamientos negativos la acechaban. No era posible que la muerte pudiera regresar por ella.

Pero ¿y si Merion tenía razón? ¿Y si su vulnerabilidad no era más que una transición? ¿Cuánto tiempo más duraría ese periodo hasta que pudiera ser indestructible como los demás?

Salió de la cabaña de Chad poco antes del atardecer. Vio a los aldeanos abstraídos en sus habituales labores de preparar comida que nadie necesitaba para vivir y tejer mantas sin las cuales nadie podría morir de frío. Decidió dar un paseo por los alrededores de la aldea para despejarse. Subió por la ondulada colina, donde se sembraban patatas y orégano hasta la cima. Desde allí podía apreciarse toda la zona, incluyendo una parte del océano, que centelleaba con los incipientes colores del crepúsculo.

De un lado podía ver el claro, donde los chicos corrían tras un pedazo de cuero que usaban a modo de pelota, y por otro, divisaba a las muchachas recogiendo la ropa seca. Miró el panorama con cierta nostalgia. Poco tiempo atrás, había deseado con todas sus fuerzas escapar de esa tierra de suicidas, pero ahora una parte de ella quería quedarse allí para siempre. Quería que esos chicos y chicas la aceptaran, que le dieran la oportunidad de mostrarles que ella podía ser tan útil como cualquiera, a pesar de sus debilidades.

Cuando estaba a punto de volver a la aldea, vio un grupo de almendros en flor que serpenteaban colina abajo. Avanzó hacia los árboles, que despedían florecillas cuando les daba el viento. En medio de ellos, tumbado en el suelo cubierto de hierba y pétalos blancos, estaba Patrick, embebido en la lectura de un pequeño libro. Ella se detuvo en seco. No podía dejar de mirarlo. Era tan guapo... El corazón comenzó a latirle con una extraña mezcla de temor y deseo.



Sus ojos azules entreabiertos, fijos en la página, poseían un brillo tenue que se colaba detrás de sus tupidas pestañas, y su boca se curvaba con una ligera mueca de reflexión. Raven dejó escapar un suspiro silencioso. Mirarlo en un momento que parecía tan íntimo le generó un ligero hormigueo en las entrañas.

Decidió seguir avanzando hacia él. ¿Qué podría pasarle? Habían estado muy alejados los últimos días –y ahora comprendía que ese había sido su refugio secreto–, pero Raven se había prometido leer sus intenciones. Aquella era la oportunidad perfecta para practicar su rara empatía, indagar en el pasado de Patrick y conocer sus sentimientos.

Cuando las pisadas de Raven hicieron crujir las hojas del suelo, él levantó la vista, un tanto aprehensivo, pero en cuanto la vio se relajó de inmediato. Al llegar a su lado, se acuclilló sin decir una palabra. Patrick cerró el pequeño libro con un sonido seco, observándola con la cabeza ladeada.

–¿Y? ¿Cómo ha ido tu primer día oficial como fenómeno? –preguntó con suavidad.

Raven se encogió de hombros.

–¿Sabes? Si supieras quiénes son Alf, ET y Chewbacca, te diría que me siento tan descolocada como ellos y estaríamos partiéndonos de la risa.

–Por sus nombres no parecen gente normal –comentó alzando una ceja y esbozando lo que parecía ser una sonrisa. Ella negó con la cabeza–. ¿Tan mal te ha tratado ese doctor Merion?

–El doctor Merion hace lo que puede.

–Eso no es suficiente; debe hacer lo necesario para ayudarte.

–Él no es quien puede ayudarme –le dijo poniendo un intenso énfasis en la última palabra. Patrick la miró con los ojos entornados, queriendo advertirle: «Por favor, no empecemos». Raven apartó la mirada, decepcionada.

Al cabo de un momento volvió a mirarlo y le arrebató el libro que tenía entre las manos con un movimiento veloz. Tenía celos de que acaparara toda su atención. ¿Qué podía interesarle tanto? Lo observó con detenimiento. Era un poemario antiguo con páginas color ocre.

–Oh –musitó al leer el título: *Morir en abril*, de Bill Donovan–. No pensé que leyeras poesía. Es decir, no pareces...

Patrick hizo una mueca burlona.

–Por lo visto te sorprende que los miembros del ejército también leamos –murmuró.

Ella no hizo nada para disculparse, tan sólo sonrió.

—¿Y quién es este... Donovan? —preguntó distraídamente, con la vista puesta en la cubierta.

—Es un poeta de Vavmordia. Lee la contracubierta.

Raven dio la vuelta al libro y vio una inscripción al pie: «Ediciones Vavmordia».

—No sabía que en Vavmordia estuvieran tan bien organizados —masculló antes de ponerse a husmear entre las páginas. Leyó las primeras líneas de un poema bastante deprimente, que hacía honor al título del libro. Enseguida se dio cuenta de que aquel poeta tenía una extraña fijación con la luna llena y las flores de Bach. Horrorizada, Raven cerró el texto de golpe—. Oh. No necesito «leer» a Donovan para saber por qué se suicidó —bromeó. Patrick le dirigió una mirada sarcástica y volvió a apoderarse del poemario—. Entonces, ¿es aquí donde te ocultas de mí? —preguntó mirando alrededor.

—¿Qué quieres decir? —inquirió él, con los ojos entrecerrados, volviendo a abrir el libro por una página al azar—. Yo no me escondo.

—Has estado evitándome desde que hablamos en el río. Niégalo —lo retó.

Patrick apretó la mandíbula.

—Raven, no quiero ser duro contigo, pero es mejor que dejemos las cosas donde se quedaron —dijo con delicadeza—. Por tu bien.

—¿Por mi bien? ¿Qué quieres decir? —preguntó. Él no le contestó; se limitó a fijar la vista en su estúpido poemario suicida—. ¿Por qué de pronto te portas de una forma tan cruel conmigo? ¿Qué es lo que he hecho?

—No has hecho nada... —murmuró, pero Raven sabía que había algo más. Volvió a arrebatarle el libro, escondiéndolo detrás de su espalda, donde él no pudiera cogerlo—. Dame eso, ¿quieres? —exigió mirándola con calma.

—¡No! Ya me has ignorado lo suficiente, ¿no te parece? ¡Ahora vamos a hablar!

—No hay nada de que hablar. Te irás de aquí y todo habrá terminado. Dame el libro.

—No me iré porque tú lo digas. ¡Es mi decisión! Aunque el doctor Merion encontrara la manera de enviarme de nuevo al camino de luces, cosa que dudo, depende de mí marcharme o no.

Patrick dejó escapar un gruñido.

—¡No vas a quedarte! —soltó—. ¿Es que no lo entiendes? El mundo suicida no es un lugar para pasar las vacaciones, Raven Davis. Esto es muy serio. Estás en un hueco putrefacto diseñado para que las almas paguen por los errores cometidos en el primer mundo, pecados que no tienen que ver contigo.

—No vas a convencerme con tus discursos. Si estoy aquí es por una razón...

—¡Sí! Estoy de acuerdo contigo... estás aquí porque yo te traje y me arrepiento de ello.

—Raven sintió como si le hubiera dado otro puñetazo—. Dame el libro —repitió.

—¡No! —gritó—. ¿Para qué quieres leer esta basura? ¿Para seguir sintiendo compasión de ti mismo? ¿No ves que te haces daño y me lo haces a mí? —Él la miró resentido—. ¿Sabes qué creo? Creo que tienes miedo de que alguien te quiera. ¡Estás aterrado de darte cuenta de que existe alguien que puede aceptarte con tus pecados, porque sólo entonces tendrías que dejar de actuar como un bárbaro al que nada le importa y empezar a portarte como un hombre de verdad!

Patrick se enfureció. Se le tiró encima para quitarle el poemario. Forcejearon un rato. Él la rodeó con los brazos para cogerlo, mientras ella se esforzaba en alejarlo todo lo que fuera posible. No deseaba soltar aquel estúpido libro; odiaba que continuara torturándose. Sólo le pedía un poco de sensatez... y de amor. ¿Era tan difícil obtener esas dos cosas?

Sin saber cómo, Raven terminó tumbada boca arriba en la hierba y él sobre ella. Sus rostros estaban a escasos centímetros de distancia. Sus respiraciones se habían convertido en resuellos, tal vez por el esfuerzo realizado en la disputa por el poemario, que ahora yacía en el suelo, olvidado tras una roca, como el objeto más insignificante del universo. Se miraron confundidos. Ninguno de los dos entendía muy bien lo que estaba pasando. ¿O sí?

El corazón de Raven empezó a martillearle en el pecho al sentir la maravillosa cercanía de él. Sus ojos, que la miraban vacilantes; su pelo negro y despeinado, sus labios entreabiertos y sus brazos, que la inmovilizaban contra la hierba aterciopelada... Su peso era maravilloso; nada incómodo, pero sí inquietante. Raven no supo cuánto lo necesitaba hasta que lo tuvo así, tan cerca de ella.

Poco a poco, la mirada de él se volvió azul turbulento, como una tempestad en el mar. Por un momento, sus ojos sedientos le recordaron a Matt, el chico australiano que había querido aprovecharse de ella en la playa, pero enseguida se dio cuenta de que no se trataba de él sino de Patrick, el chico por quien habría elegido el infierno en lugar del cielo con la única condición de estar a su lado. Por quien habría elegido cualquier lugar. Entonces lo supo con certeza: quería quedarse.

Patrick cerró los ojos y se acercó más a ella hasta que sus labios se encontraron... Y todos sus pensamientos se desvanecieron ante el contacto de él: cálido, mágico, íntimo...

Aquel sabor familiar volvió a asaltar todos sus sentidos, como una marea incontrolable que lo arrastraba todo a su paso. Esta vez no fue delicado al comienzo, sino impetuosamente seductor, y tal vez un poco brusco, pero a Raven no le importaba. Estaba deseando que aquello sucediera. Su boca la envolvió posesivamente, moviéndose sobre ella con exigencia.

Las manos de Raven pujaban por liberarse. Querían acariciar su rostro y su cabello mientras la besaba, pero Patrick se lo impedía, redoblando sus esfuerzos para mantenerla cautiva sobre la hierba. Ella sonrió encantada bajo su boca. Intentó con todas sus fuerzas concentrarse en él para leerlo, pero apenas podía pensar.

Poco a poco, la actitud defensiva de Patrick se desmoronó sobre ella. Su resistencia se volvió de humo; su corazón comenzó a latir tan apresuradamente como el de Raven; sus manos se apartaron para dejar que ella lo tocara: la confirmación que tanto había esperado. El orgulloso capitán estaba deponiendo las armas ante ella; por fin empezaba a dejarse querer. Las manos de Raven tocaron su mandíbula tensa, su cabello sedoso, su espalda ancha y musculosa bajo la camiseta. Nunca había sentido un placer similar.

De pronto, Patrick se separó un poco de ella. Dio un giro violento hasta que Raven quedó sobre él. Sus ojos se habían convertido en dos lagos profundos. Su pecho subía y bajaba con la respiración agitada. Ella lo miró, todavía atontada por la intensidad de su beso. Sus manos estaban aferradas a su cintura y su cabeza descansaba en la hierba. Aquel era, sin duda alguna, el momento más conmovedor de toda su existencia, pensó Raven.

—No siempre habrá arroyos con cascadas y paisajes enternecedores. Sé que el futuro está lleno de pruebas y dificultades —susurró mientras le enjugaba un par de lágrimas que habían rodado por sus mejillas sin que ella lo notara.

—Correré el riesgo.

Él suspiró.

—No se trata sólo de ti —afirmó con una mirada de angustia y tal vez de temor—. Yo no me sentiría bien si supiera que estás aquí teniendo mejores opciones. Este lugar es horrible, Raven. No tienes idea del peligro al que te enfrentas, y si te arrepintieras de estar en el mundo suicida, si quisieras marcharte después de un tiempo, me darías un golpe despiadado —dijo cerrando los ojos.

—No voy a arrepentirme, Patrick. ¡No te fallaré! —insistió.

—¿Cómo puedes saberlo? Llevas poco tiempo con nosotros, no sabes cómo pueden cambiar las cosas. Si los vavmordianos nos atrapan, nos llevarán a ese maldito lugar... y si te hacen daño, yo... —Una mueca de desesperación afloró a su rostro.

—No puedes echarme de tu vida sólo porque tienes miedo de lo que pueda pasarme. La vida está llena de riesgos... y la muerte también, por lo que veo —dijo ella con un bufido—. Pero también sé que no hay un lugar donde pueda ser más feliz que a tu lado, pase lo que pase, Patrick. Por favor, pídemelo que me quede. Pídemelo —suplicó al borde del llanto.

Él se enterneció ante su ruego. Raven creyó ver en sus ojos una leve vacilación.

—No, no... no puedo permitirme ser tan ambicioso —dijo negando con la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con el ceño fruncido, aunque sabía que aquello tenía que ver con su primera vida, el eterno sufrimiento al que nadie tenía acceso.

—¡Raven, no puedo someterte a esto!

—Pero ¡yo quiero quedarme! —insistió incorporándose para quedar sentada a horcajadas sobre sus caderas—. ¿No te das cuenta de que si estamos juntos las cosas serán más fáciles para los dos? ¡Para todos! —Patrick la miró con un dejo de intriga—. Si Merion tiene razón y consigo desarrollar mi empatía, podré ser útil —continuó—. Usaré mi don para reconocer las intenciones de todos los que se nos acerquen. Nadie más podrá venir como Shadow para engañarnos y llevarnos a Vavmordia.

Patrick se quedó pensativo. Raven sonrió. ¿Cómo no lo había pensado antes? Era una idea fabulosa. Ese sería su trabajo en la aldea. Tal vez no pudiera tejer con la facilidad con la que lo hacía Margherite, ni pelar zanahorias con la velocidad de Lucy, pero sí podría ayudar a resguardar a su comunidad, como lo hacía Patrick. Trabajarían codo a codo para mantener a raya a los vavmordianos.

—¡No, Raven! No creo que... —balbució él—. No puedo usarte. Es muy peligroso.

La sonrisa se le borró de golpe.

Él se irguió lentamente, apoyando los brazos a uno y otro lado de su cuerpo hasta incorporarse. Su nariz rozó la de Raven. Ella lo rodeó con las piernas y los brazos. No quería rendirse, no podía cuando su felicidad estaba tan cerca. Intentó leerlo para demostrarle que era capaz de dominar su incipiente poder, pero no vio nada de su pasado, sólo sus párpados blancos cerrados, sus pestañas negras en forma de abanicos. Se sintió frustrada.

–¿Y qué pasará si el doctor Merion no puede ayudarme? ¿Qué vas a hacer al respecto?  
–preguntó ella mientras sus dedos jugueteaban en su nuca.

–Agotaremos todas las instancias.

–Pero existe una gran posibilidad de que ya no logre volver, Patrick. No podemos gastar energías en algo que tal vez no tenga solución. Es enfermizo.

–Ningún esfuerzo es poco si se trata de encontrar tu felicidad.

–Mi felicidad eres tú, tonto testarudo –gruñó ella.

–Eso dices ahora, pero hace unos días huiste de mí, ¿recuerdas? –le dijo con una mirada temeraria–. ¿De verdad creíste que no iba a salir a buscarte?

Raven apartó la mirada. No deseaba recordar lo que le había sucedido en el bosque y todo lo que había causado con su imprudencia, pero Patrick merecía saber la verdad.

–No hui porque quisiera irme de verdad.

–Entonces, ¿por qué lo hiciste? –inquirió él, frunciendo el entrecejo.

–Es que te vi... con ella, con Margherite –confesó con amargura–. Fui a buscarte esa noche. Vi cuando te abrazó y, después, cuando entraste en su cabaña.

El rostro de Patrick se ensombreció.

–¡No, Raven! Yo no... no me quedé con ella. Estaba diciéndole que ya no podíamos seguir juntos.

–Ya lo sé. Eso también lo vi cuando la leí –dijo con timidez–. Lo siento tanto...

Él se apartó un poco. La miró atónito, con la cabeza ladeada.

–¿De verdad huiste de la aldea por eso? –Raven cerró los ojos y se mordió los labios–. ¿Te das cuenta de que los cazadores casi nos atrapan a todos por un malentendido? Raven, cariño, debiste haber acudido a mí.

–¡Lo sé!

Él la miró con adoración y después la abrazó muy, muy fuerte. Ella apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos. Dios, cómo deseaba poder quedarse así para siempre.

–Raven, cuando te vi tan cerca de Barto y del otro cazador... enloquecí –susurró al cabo de un momento, sin dejar de abrazarla–. Fue allí cuando me di cuenta de que prefería verte partir a un lugar seguro antes que tenerte a mi lado y someterte a los peligros del mundo suicida. Por eso me enfadé tanto contigo.

Ella le dio un beso en su suave mejilla. Él suspiró con sus atenciones.

–Patrick, ¿es cierto lo que me dijo Chad? –preguntó con cautela–. ¿Barto te sepultó?

—Sí... por suerte, un viejo leñador me encontró y pude salir de ahí en menos de dos décadas. Fue tan desesperante que preferiría no entrar en detalles, si no te importa.

Ella le llenó las mejillas y la frente de besos. ¿Cómo podía alguien atreverse a hacerle daño?

—¡Estúpido vavmordiano! —refunfuñó—. ¡Lo odio! ¡Ojalá le hagan lo mismo!

—Algún día lo pagará.

Patrick cogió su rostro entre sus manos. Ella intentó leerlo otra vez, pero entrar en sus pensamientos era más difícil que leer el periódico en medio de una tormenta. No tenía ni idea de lo que debía hacer.

—Escúchame, Raven —le susurró—. Debes prometerme algo.

Ella lo miró con cautela.

—¿Qué?

Él se tomó su tiempo para responder. La acarició muy despacio con los pulgares; su rostro, su cuello, sus clavículas descubiertas por la blusa que Lucy le había regalado, sus hombros... Raven cerró los ojos y dejó que sus manos viajaran por su cuerpo. Era una sensación espléndida. No quería que acabara nunca.

—Debes prometerme que haremos todo lo posible por encontrar ese camino de luces. — Raven hizo una mueca de amargura—. ¡Déjame terminar, por favor! Prométemelo y yo te prometeré algo a cambio.

—Te escucho.

—Sólo después de intentarlo un tiempo determinado y agotar todas las alternativas, te quedarás en la al... —Raven lo interrumpió con un grito de alegría. Dio un brinco y volvió a abrazarlo con fuerza—. ¡Ey! Déjame terminar... Te quedarás en la aldea conmigo y los demás. Pero sólo después de intentarlo lo suficiente.

—¡Está bien! ¡Me basta! —exclamó ella, loca de alegría—. Por lo menos tengo una esperanza de quedarme aquí.

Se le tiró encima y lo llenó de besos hasta que volvieron a tumbarse sobre la hierba. Ya había oscurecido y los primeros luceros de la noche podían verse en el cielo color añil. Raven notó que los ojos de Patrick brillaban sobre la incipiente penumbra. Se sentía feliz. No deseaba hallar ningún camino. Se quedaría allí para siempre, si Dios la ayudaba. Iba a mantener su promesa de esperar un tiempo e intentarlo todo, pero rezaría en silencio para que ninguna fuerza del universo la separara de Patrick.

—Todavía no me lo has prometido — le recordó él con una mirada maliciosa.

–Primero tú –exigió.

Patrick suspiró.

–Muy bien... Prometo que no te molestaré más si después de... un año, y después de buscar incansablemente, no hallamos tu catapulta al cielo, mi hermoso ángel caído –dijo con solemnidad pero con un dejo de tristeza en la voz–. Tu turno.

Raven tragó saliva. Cerró los ojos antes de hablar.

–Prometo que buscaremos incansablemente durante todo un año mi compuerta a un mundo horrible, un mundo sin Patrick, y mientras tanto no me quejaré... demasiado –murmuró.

–Y... –la presionó él alzando una ceja.

–Y... –soltó un suspiro. Era un trato justo. Tenía que hacerlo para que Patrick estuviera tranquilo, para que confiara en ella. En el fondo, Raven sabía que la suerte estaba a su favor. Sabía que Merion no sería de ayuda, como se lo había confesado esa tarde. Y si él no podía devolverla al camino de luces, ¿quién más lo haría? Un año podría pasar muy rápido: tendría tiempo suficiente para superar la transición y su empatía podría desarrollarse en gran medida–. Si llegamos a ver el camino de luces, lo traspasaré... y me iré de este mundo... y no volverás a verme nunca más.

Al día siguiente, Raven intentó trabajar su empatía con la ayuda del doctor Merion y Edric. Se suponía que debía concentrarse, tratar de hallar la manera de penetrar en la mente de su amigo para extraer imágenes de su pasado, pero, por desgracia, no conseguía ver nada. No estaba dando resultado. Mucho menos cuando su cabeza estaba atestada de imágenes de Patrick. Maravillosas imágenes.

Después de hacerse aquella promesa, los dos se quedaron bajo el almendro durante algunas horas. Patrick arrojó su estúpido poemario suicida al vacío y ella lo aplaudió y premió con un largo beso. Después se besaron hasta que empezaron a sentir mucho calor, pese a que la fría brisa de las montañas les llegaba de frente. Patrick se quitó la camiseta y Raven acarició en silencio su magnífico pecho, su abdomen esculpido, sus hombros redondos. Estaba fascinada; jamás había visto a alguien tan bello. Él permitió que lo explorara en la oscuridad mientras la miraba de forma enigmática. Al cabo de un rato, ella se atrevió a besar su obliquo. Él gimió... Fue entonces cuando decidieron dejar las cosas allí. Regresaron a la aldea cogidos de la mano.



Patrick la acompañó hasta la puerta de la cabaña de Lucy, pero, antes de marcharse, puso en sus labios otro maravilloso beso. Sabía que lo había hecho con la intención de que pensara en él toda la noche, y así había ocurrido. No había podido dormir, ni tampoco había logrado alejar de su mente la promesa que se habían hecho.

Un año. Ese era el tiempo que debía transcurrir antes de que Patrick olvidara la idea de enviarla al camino de luces. Estaba convencida de que había sido un buen trato.

–Raven, concéntrate, por favor. –El doctor Merion la sacó de sus cavilaciones–. Intenta establecer conexión con Edric. Piensa en él.

–Sí, sí... lo siento –se disculpó ella, moviéndose incómoda en la butaca.

Pensó en el pasado de su amigo, o al menos en las pocas cosas que sabía sobre él. Nada. No resultaba.

–Oh –musitó decepcionada al cabo de un momento–. No puedo hacerlo, doctor.

–Sigue intentándolo, vamos. No te rindas –la animó Edric.

Merion se golpeó los labios con el lápiz mientras los chicos se miraban confundidos.

–Raven, ¿recuerdas lo que sentías cuando Margherite te gritaba? –preguntó el científico–. ¿Estabas enfadada como ella?

La chica lo pensó por un momento.

–No. Estaba... me sentía dolida, ofendida.

Merion asintió y tomó nota.

–¿Y antes de leerme a mí qué sentiste?

–Me sentí... como un fenómeno.

–¿Acobardada? ¿Atemorizada tal vez?

Ella asintió. El científico entornó los ojos con un dejo reflexivo.

–Son emociones lánguidas, decadentes... –concluyó mientras tomaba el lápiz y apuntaba algo en su cuaderno que Raven no alcanzó a mirar–. Debilitadoras.

–Supongo –dijo encogiéndose de hombros.

–Tengo una idea mejor. Edric, una vez estuviste soterrado, ¿no es verdad?

–Sí, doctor, pero no fue una vez, sino tres –afirmó él con orgullo.

–¿Tres? ¿En serio? –preguntó Raven con los ojos como platos.

–¿Serías tan amable de contarle a Raven con detalle lo que sentiste al estar allí? –solicitó Merion mientras una mueca de espanto iba creciendo en el rostro de ella–. Sin ninguna censura... –Edric lo miró confundido–. Hazlo, por favor.

El chico se tomó su tiempo mientras una extraña aprensión crecía en el pecho de Raven. Ella lo quería. Edric había sido la primera persona de la aldea que la había cuidado y defendido de los demás. Sabía que conocer su sufrimiento iba a ser insostenible para ella.

—La primera vez fue la peor de todas. Estaba peleándome con Cruz, un cazador del sur de Vavmordia. Logré clavarle una flecha en el oído que casi le sale por el otro. Creí que lo había vencido, pero después llegaron sus compañeros y me atraparon. Cruz se vengó de mí. Me clavó dos flechas en la cabeza antes de arrojarme a un hueco. —Raven sintió un dolor mareante que la obligó a apartar la mirada—. El dolor me enloqueció. Era... —gimió negando con la cabeza—. Cuando terminaron de tapar el agujero conmigo dentro, dejé de escuchar. Tampoco podía gritar, pues tenía la garganta llena de tierra. No estaba acostumbrado a estar sin respirar, así que cuando el aire de mis pulmones se agotó, sentí que el diablo me tragaba...

Raven empezó a sentir que se sofocaba, como si de pronto la hubieran encerrado en un armario muy pequeño y sin ventilación. Miró alrededor; las ventanas estaban entrecerradas. Las manos le temblaban y no podía moverlas con agilidad. Una sensación de encierro apabullante la invadió. Un pequeño ataque de tos le sobrevino. De pronto tenía la garganta seca y la vista nublada. Aunque lo intentaba, no podía respirar.

—Raven, ¿estás bien? —le preguntó Edric sacudiéndole los hombros.

—No, sacadme de aquí —rogó con un hilo de voz—. ¡Necesito aire!

Merion, que había salido de detrás de ellos, la miró fascinado.

—Bravo, Raven —susurró.

Esa noche volvieron a reunirse en torno a la gran mesa de teca de la cabaña de Chad.

Tras aquella inquietante experiencia, Raven se hallaba muy debilitada. No sabía si sentirse feliz o desdichada porque su empatía estuviera desarrollándose. Por un lado, podía convertirse en un arma poderosa, pero, por el otro, el dolor ajeno la mataba.

Chad, Agatha, Henry y Patrick estaban ansiosos por oír los resultados preliminares del estudio de Merion. Edric y Lucy habían tenido que cumplir con una tarea de último minuto en el foro, por lo que no estaban presentes. Raven sintió la mano de Patrick sobre la suya. Saber que él estaba allí lo hacía todo mucho más fácil.

El doctor Merion abrió su cuaderno de notas sobre la mesa. Antes de hablar, repasó algunas páginas bajo el débil reflejo de las velas mientras todos los presentes lo observaban con impaciencia.

—Mi teoría es que Raven experimentó una especie de transmutación al atravesar el umbral entre los dos mundos. Es por ello que sus emociones registraron un cambio tan violento, de la paz absoluta al miedo y a la desesperación, sensaciones naturales de los humanos vivos y de los suicidas al llegar por primera vez al Bosque de los Peregrinos —afirmó gesticulando con las manos—. Su salto a este mundo la ha cambiado radicalmente.

—¿Eso también explica que sangre y que sus heridas tarden en sanar? —intervino Henry.

Merion miró fugazmente a Raven. Ella esperaba que el científico no hubiera olvidado la promesa que le había hecho de no hablar sobre su vulnerabilidad extrema y de la temible posibilidad de que pudiera volver a morir.

—Eso es lo que creo —dijo—. Estoy convencido de que sus características bioquímicas, sólo comparables a las de una mujer viva y saludable, obedecen a una transición, a una confusión de su organismo, que no sabe cómo reaccionar ante un ambiente ajeno.

—Pero ¿cómo puede ocurrir esto? No lo entiendo. Todos estamos muertos —murmuró Chad.

—Tal vez las almas como Raven conserven esas cualidades —presumió Agatha.

—No lo creo. —Merion negó con la cabeza—. En mis entrevistas con las personas que llegaron a atravesar ese camino, incluyendo a Raven, todas coincidían en que sus cuerpos habían experimentado cambios sobrehumanos. Todas tenían la sensación de ser más fuertes.

—¿Y qué me dices de sus poderes, Charles? —preguntó Chad, expectante.

—Esta tarde hemos trabajado en el perfeccionamiento de su empatía. Los resultados han sido positivos, pero Raven necesita más práctica.

—¿Realmente cree que Raven puede usar su poder a conciencia? —inquirió Agatha.

—Sí —se apresuró ella a contestar—. Quiero hacerlo y voy a conseguirlo. Así podré ayudarlos a preservar la seguridad de la aldea. Podré leer las motivaciones de todo aquel que quiera acercársenos. Si consigo revertir mi empatía, haré que los demás me lean y puedan confiar en nosotros.

—Oh, Raven, eso es muy noble. ¿De verdad? —musitó Chad con satisfacción.

—¡No! ¡Es una locura! —soltó Patrick—. Ya hemos hablado de esto.

–Lo sé, pero... –intentó defenderse ella, pero él no la dejó.

–Agradecemos sus esfuerzos por ayudar a Raven a controlar su poder. –Patrick lanzó al médico una mirada matadora–. Pero la razón por la cual lo hemos traído aquí es otra. Dígame, ¿ha logrado determinar cuál es la frecuencia de aparición del camino de luces que ella debe cruzar para marcharse de aquí?

Merion se quedó callado unos instantes.

–Lo lamento mucho, señores –dijo con serenidad–. Raven es un caso excepcional para mis conocimientos como estudioso del mundo de la muerte y me temo que su encaminamiento es una tarea que no podré completar, al menos no en poco tiempo.

Patrick se puso de pie con brusquedad, haciendo que la silla de madera cayera a sus espaldas. De inmediato, todos se levantaron.

–Pero... no es posible... –balbució, entre incrédulo y decepcionado.

–La información de la que dispongo sigue siendo muy escasa –añadió Merion sin inmutarse–. Y Raven también ha permanecido muy poco tiempo en este mundo como para evaluar su evolución. Tal vez si me quedo unos meses más...

Patrick se acercó a él.

–¿Es que acaso no lo entiende? –rugió–. Lo único que importa es sacar a Raven de este maldito bosque y ponerla de nuevo en el camino correcto, no que usted haga sus experimentos inútiles con ella o que la convirtamos en un arma contra los de Vavmordia.

–Patrick, ¿qué te pasa? –intervino Chad.

Finalmente se apartó, pero sin quitarle de encima aquella mirada demencial.

–No puede ser que no haya una manera de ayudar a Raven –se lamentó Agatha.

–Podríamos volver al Bosque de los Peregrinos –propuso Henry.

–No. No creo que sea conveniente después de que los vavmordianos nos vieran en el bosque. Seguramente andan en nuestra búsqueda –intervino Chad con tono razonable.

Raven vio que Patrick empezaba a caminar por la habitación mientras se pasaba una mano por el pelo. La desesperación empezaba a consumirlo.

–Bueno, ¿no es el fin del fin del mundo! –exclamó ella cruzándose de brazos–. Si no hay forma de hacerme volver, entonces me quedaré. ¿O existe alguna objeción para que lo haga?

–Claro que no, querida. La aldea es tu casa. Sabes que puedes quedarte, aunque espero que sepas el riesgo que corres –respondió el líder en tono humilde.

Patrick le lanzó una mirada furiosa.

–¡Denos al menos una solución! –insistió con brusquedad–. ¡No puede ser que lo hayamos traído para nada!

–Caballero –dijo Merion con aspereza–, si se calma podremos seguir hablando.

–Ya lo has escuchado, Patrick –rugió Chad.

–Tal vez yo no pueda encontrar el camino, pero conozco a alguien lo suficientemente listo para decirnos cómo hacerlo. –Raven sintió que el alma se le caía a los pies.

–¿Quién? –preguntaron varias voces al unísono.

–Sebastianos Drivas. Es el hombre más sabio del mundo suicida; casi tan antiguo como estas tierras. Ha estudiado todas las ciencias conocidas por el hombre. Si él no sabe nada sobre el camino de luces, entonces nadie lo sabe –aseguró el científico.

–¡Pues entonces iremos a ver a ese Drivas! –dijo Patrick.

–Sólo que hay un... pequeño inconveniente, joven –le alertó Merion.

–¿Cuál es, Charles? –inquirió Chad.

–Sebastianos Drivas vive en Vavmordia.

## CAPÍTULO 12

# Misión suicida

—¿En Vavmordia? —repitió Raven con voz lánguida, rompiendo el tenso silencio que había inundado la habitación.

—Así es. Drivas es uno de los consejeros del rey Nicanor —explicó Merion—. Uno de sus más leales colaboradores. Goza del respeto y la admiración de toda la corte.

—Espera —dijo Chad con el ceño fruncido—. He oído hablar de él. Si mal no recuerdo, fue astrónomo antes de despertar en el Bosque de los Peregrinos hace una eternidad. De hecho, hay una escultura suya en Pierrepont Circus, cerca del castillo de Morden.

Merion asintió.

—Es allí donde vive, junto con los demás consejeros del rey. Debéis tener en cuenta que es una zona muy protegida, ya que está cerca del Edificio de Seguridad.

—¡Un momento! —exigió Raven—. ¿Cómo va un vavmordiano a ayudarnos?

—¡Lo obligaremos! —bramó Patrick con los ojos desorbitados.

—No creo que sea necesario; conozco bien a Drivas. Fue mi maestro durante mi paso por Vavmordia. Es un hombre cuya pasión por el conocimiento científico es tan o más poderosa que su lealtad por Nicanor y Alistair —aseguró Merion—. Si sabe algo con respecto a los caminantes y el sendero de luces de donde proviene Raven, estoy seguro de que nos lo dirá.

—¡Pues ya está! —soltó Patrick—. Mañana partiré a Vavmordia y buscaré a ese hombre.

—¡No vas a ir! —protestó Raven, que apenas podía creer que Merion hubiera enviado a Patrick a una misión suicida, aunque aquello sonara de lo más estúpido en aquel mundo—. No quiero que te pongas en peligro por mí. ¡Ya he causado suficientes problemas!

—No voy a discutir eso contigo —dijo él, dándose la vuelta para salir por la puerta, pero Chad lo cogió por un brazo para impedirselo.

–Patrick, ¿qué vas a hacer?

–¿No lo has escuchado, Chad? Si Drivas es tan sabio, nos ayudará a encaminar a Raven.

–Escucha, sé que quieres lo mejor para ella, pero ya conoces los riesgos... –le dijo con una seria mirada de advertencia–. Se entra, pero nunca se sabe si se puede salir.

–He entrado y salido de Vavmordia decenas de veces. –Sonrió con amarga arrogancia–. Nunca me han atrapado. Dudo que alguien sepa mejor que yo cómo hacerlo.

–No lo pongo en duda. Pero podríamos esperar...

–¡No vamos a esperar, Chad! No sabemos cómo le afecta el tiempo que pasa aquí –dijo mirando a Raven fugazmente–. Cuanto antes terminemos con esto, mejor.

Patrick salió de la habitación con la cabeza alta y la espalda recta, la apostura de un militar a punto de marcharse a la batalla.

–¿Te has vuelto loco, Patrick Kerr? –le espetó Raven cuando estuvieron a solas en la cabaña–. ¡No puedes exponerte para hablar con un hombre que ni siquiera sabes si puede ayudarnos!

–¡Tú no me hables! –la acusó furioso, apuntándola con un dedo–. ¿Pensabas que iba a pasar por alto eso que le dijiste a Chad? ¿Qué es lo que pretendías? ¿Convencerlos a todos de que puedes ser un buen instrumento para la aldea? ¿De verdad quieres convertirte en eso?

–Sólo quería que todos supieran lo que realmente deseo: ¡quedarme! –exclamó alzando la barbilla de modo desafiante–. No puedes prohibirme que se lo diga.

Patrick comenzó a hurgar en su baúl, de donde extrajo un catalejo, una ballesta, una caja que contenía cientos de saetas de metal y un cinturón con tres cuchillos envainados. Raven tragó saliva al ver su equipo armamentístico personal. El solo hecho de pensar en las armas con las que contarían los vavmordianos le producía escalofríos. Era consciente de que, aunque los suicidas no podían eliminarse entre sí, podían causarse un dolor atroz con instrumentos como aquellos.

–Patrick, ¡no vas a ir a Vavmordia! –le ordenó, pero más bien sonó como una súplica.

–No veo cómo vas a impedírmelo –dijo mientras desempolvaba sus objetos bélicos.

–¿Y si Barto y los demás te atrapan?

–Lo que menos me preocupa son los cazadores. ¡No me atraparán!

–Pero, si te vas, ¿quién va a cuidar de la aldea? ¿Nos dejarás?

Él hizo una mueca desdeñosa.

–Dimas y Randolph son perfectamente capaces de hacer mi trabajo.

–¡Sabes que es peligroso! –gritó impaciente–. No lo hagas, por favor...

–Nos hicimos una promesa, ¿recuerdas? –le espetó mirándola con fría determinación. Raven sintió un dolor incontenible al ver sus ojos llenos de furia, que reflejaban el destello de las velas. Realmente no iba a rendirse hasta verla en aquel camino de luces que ella estaba empezando a odiar con todas sus fuerzas–. Lo prometiste, Raven. Incansablemente.

Ella se quedó sin palabras. Era verdad; había dicho «incansablemente».

–Entonces, ¡yo iré contigo! –soltó de pronto, mirándolo con arrojo.

Patrick se volvió para atravesarla con la mirada.

–¿Qué estás diciendo?

–Drivas querrá verme para comprobar que soy distinta de las demás almas. Querrá ver mi sangre y mis lágrimas. No creo que le baste con que le envíen a un mensajero.

–No voy a exponerte –dijo tajante.

–Acabas de decirme que no dejarás que te atrapen –le recordó cruzándose de brazos–. Haré todo lo que me digas. No voy a cometer ninguna estupidez –añadió con suavidad.

–¡No!

Patrick apretó la mandíbula y la miró de forma intransigente, aunque ella podía ver un leve atisbo de temor y vacilación. Él sabía que Raven tenía razón, pero su férreo orgullo le impedía aceptar la idea de que los dos debían hacer ese viaje; de lo contrario, no tendría ningún sentido.

–¡Debes llevarme! –insistió ella, desafiante–. Drivas tiene que verme o no te creerá; no confiará en ti y enviará a los guardias para que te detengan. ¿No lo ves? Es bastante lógico, ¿o es que piensas secuestrarlo y traerlo hasta aquí para que me vea?

Patrick tragó saliva e hizo una mueca de furiosa resignación. Se volvió para propinarle una brutal patada a su baúl, que se movió de su sitio con un sonido estridente. Le lanzó una última mirada irritada a ella y después salió de la cabaña dando un portazo que hizo que las velas se apagarán de golpe y que la habitación quedara sumida en la penumbra.

Dios, lo había logrado... Los dos irían juntos a Vavmordia.



Partieron al amanecer, dos días después de aquella discusión en la cabaña.

Vavmordia estaba a cinco días de camino de la aldea, pero, con Raven como compañera, Patrick debió añadir uno más a su trayecto. En seis días, entonces, si las condiciones lo permitían, llegarían a aquella temible ciudad de la que todos hablaban como si se tratase de la capital del infierno.

El día anterior, Raven se había visto obligada a enfrentarse a la reprobación de los miembros de la aldea. Chad, Agatha y Henry habían definido como una imprudencia su intención de acompañar a Patrick, mientras que los demás consideraban la misión estúpida e innecesaria. Entre aquellas mareas de protestas había leído a Dimas y a Randolph, percibiendo sus motivaciones como dos poderosas olas cargadas de recelo. Leerlos a ellos no fue tan difícil como hacerlo con Edric, pero igual de perturbador. Merion, en cambio, opinó que era una decisión razonable. Con toda seguridad, Sebastianos Drivas, como hombre de ciencia, exigiría una prueba de que Raven era un alma particular antes de acceder a ayudarlos. La joven también debió sufrir los feroces reclamos de Margherite, que la acusó a viva voz no sólo de haberle «robado a su novio», sino de enviarlo directo a la tumba que los vavmordianos tendrían lista para él. Como si aquella lluvia de protestas no hubiera sido suficiente, Patrick se había dedicado a ignorarla. Y realmente era eso lo que más le dolía.

Esa madrugada, se despidieron de sus amigos y se adentraron en el follaje denso e interminable. Patrick solo le dirigía la palabra para guiarla por el intrincado bosque y repasar el plan de incursión en Vavmordia. Aquella frialdad estaba empezando a roerle el corazón; su silencio era muchísimo más doloroso que sus reproches.

Al anochecer acamparon en una tranquila sección del bosque, bajo un nutrido grupo de hayas. Raven desplegó su saco de dormir hecho con pieles de animales y lo relleno con pasto seco. Se arropó como pudo para tratar de sobrellevar el frío que arreciaba durante las primeras horas de la madrugada. Patrick hizo lo mismo a una distancia de cinco pasos de ella. Antes de cerrar los ojos, la joven balbució un «buenas noches» y él le respondió de la misma forma.

Aunque estuviera a punto de congelarse, Raven sabía que debían respetar la prohibición de encender fogatas y usar antorchas en el bosque para evitar que los vavmordianos les siguieran la pista.

–Raven... –El corazón le ardió de pronto. Por primera vez en todo el día, oyó aquel suave matiz de voz que tanto había echado de menos. Se volvió con cautela para mirar a Patrick, que estaba recostado sobre su saco. Le hacía un ademán con el brazo para que se tumbara junto a él, quizás conmovido por sus esfuerzos para tolerar el frío.

Raven se puso de pie y caminó hasta él, que la esperaba con sus fuertes brazos abiertos. Se introdujo en el saco, dejando que su calor la envolviera. Él la abrazó, frotando sus hombros y espalda. Ella recibió sus atenciones con gratitud, hasta que poco a poco el frío abandonó sus articulaciones.

Después de un rato, apoyó la cabeza en su hombro, cruzándole el pecho con el brazo. Sus piernas se entrelazaron bajo la suave manta hecha de estambre de ovejas.

–¿Ya te has cansado de ignorarme? –preguntó.

Él tardó en responder. Se removió un poco.

–No ha sido mi intención ignorarte –dijo con voz mecánica.

–Pues es lo que me has hecho pensar.

–Este viaje en tu compañía es... tentar la suerte.

–¿Y qué más da? Ya estamos aquí.

–Sabes que todavía puedo cambiar de opinión y llevarte a la aldea por la mañana.

–¡No te atreverías! –exclamó Raven levantando la cabeza para mirarlo. Él no contestó.

Patrick tenía los ojos cerrados. Sus pestañas formaban dos abanicos negros bajo los párpados. El débil reflejo de la luna bañaba sus mejillas pálidas; era una visión muy bella, pero que también le causaba desolación. Raven intentó leerlo una vez más, pero fue inútil.

–¿Sabes? Te sacrificas demasiado –lo acusó con un mohín–. ¿Por qué siempre quieres echarte el mundo entero sobre los hombros? La aldea, a todos y cada uno de los aldeanos... a mí. Es demasiado para una sola persona.

–Es mi misión, Raven –respondió él sin despegar los párpados–. Es lo que mejor se me da, la tarea que he venido a cumplir en este mundo...

–¿La de ser un obstinado?

Patrick abrió los ojos y la miró de forma glacial.

–No, pequeña insolente –la reprendió con suavidad–. Ser protector.

–Pero también tienes derecho a ser feliz –le dijo ella acariciando su pecho bajo el saco de dormir. La sensación era magnífica y mareante–. También mereces que cuiden de ti.

Él se quedó callado demasiado tiempo, y Raven hubiera creído que se había quedado dormido de no ser porque sus ojos estaban abiertos de par en par.

—No... no lo merezco —sentenció al cabo de un momento, volviendo a cerrar los ojos. La mano de Raven se detuvo—. Duérmete, ¿quieres? Mañana hay que madrugar.

Raven frunció el ceño mientras una sensación punzante, una mezcla de temor y curiosidad, crecía poco a poco en su pecho. Otra vez su interés por conocer la primera vida de Patrick, la razón de su eterno dolor, la asaltaba. No había sido capaz de leerlo, tal vez no lo haría nunca, pero de alguna manera debía conocer su temible secreto y evitar que continuara llevando aquel sufrimiento a cuestas.

—No voy a dormirme —protestó—. Hablemos.

Él volvió a mirarla con recelo, pero después preguntó con tono despreocupado.

—¿De qué quieres hablar?

Se armó de valor antes de abrir la boca. Su pregunta podía alejarlos en lugar de acercarlos si no la formulaba de la forma adecuada.

—De ti. A veces me pregunto cómo moriste. Y... por qué lo... hiciste.

Los ojos de Patrick se ensombrecieron. De pronto le pareció que dejaba de respirar.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó con un tono de voz que pretendía ser natural.

Raven se mordió los labios. Se esforzó por hablarle de la misma manera.

—Porque... es algo que todo el mundo cuenta en el mundo suicida. Es... la norma.

—Creía que esas historias te espeluznaban —dijo él alzando una ceja.

—Bueno, un poco. Pero... —gruñó— no quiero que haya secretos entre nosotros.

Él guardó silencio un momento. Raven no pudo evitar pensar en lo sórdido de la situación: una chica muerta le pedía a su novio muerto que le revelara la historia de su suicidio. Su segunda vida parecía una película de Tim Burton.

—¿Qué importa cómo lo haya hecho o por qué? —dijo él con desdén—. Mi historia no es distinta a la de los demás. No deseaba vivir. —Se encogió de hombros con rudeza.

—Yo quiero conocer tu historia; la tuya, no la de los demás —insistió suplicante—. Puedo ver que hay algo que te atormenta, aun cuando han pasado doscientos años. Y eso está muy mal. Es como si aún te culparas por algo que hiciste en vida y quisieras compensarlo de alguna manera... protegiendo a los demás. Siempre poniéndote frente a las balas para salvar a todo el mundo.

—¿Crees que estoy buscando el sendero de luces para ti porque me siento culpable de algo que hice? —preguntó él con gesto de incredulidad.

—¡No! —exclamó ella—. No, pero... —Vaciló—. No puedes vivir toda la eternidad con esta condena. Ya has hecho bastante por proteger a los aldeanos.

—¿Por qué sigues insistiendo con eso? —preguntó con frialdad.

—Porque siento que te conozco...

—¿Me has leído? —preguntó horrorizado.

—¿He acertado? —Él se removió bajo las mantas, irritado—. No necesito leerte para comprender lo que sientes. Sin embargo, quisiera oír de tus labios esa historia que tanto daño te hace.

Él apartó el rostro para que Raven no viera su expresión, cualquiera que fuera.

—No puedes. La verdadera condena está en la mente y en el corazón. De allí nunca puede irse.

—Patrick...

—Basta —la interrumpió con suavidad—. No quiero hablar de eso, ¿entiendes? No estoy listo.

—¿Y cuándo vas a estarlo? —preguntó ella con aspereza.

—No sé si algún día lo estaré —soltó, y le dio la espalda—. Buenas noches.

La madrugada siguiente, retomaron el camino a Vavmordia. Hasta ese día, el bosque se había portado bien con ellos. No había llovido y tampoco había rastros de los cazadores.

Durante horas y horas, que muy pronto se convirtieron en días, Raven contempló las imponentes montañas verdes, respiró el fresco aire y recorrió el extenso bosque, tratando de imaginar cuánto tiempo transcurría antes de acostumbrarse a aquella vida primitiva. Durante el día, Patrick cazaba algún armadillo o conejo mientras Raven recolectaba frutas, orquídeas amarillas y begonias carnosas para el almuerzo; y por las noches, las horas transcurrían entre largas conversaciones. Ella le habló de su vida en el instituto, de sus vacaciones en Christchurch y del divorcio de sus padres. Aunque al principio sólo se había limitado a escucharla y hacerle preguntas mientras descansaba la cabeza sobre sus piernas, él terminó hablándole de su incursión en el ejército, de su padre, quien también había sido oficial antes de ser expulsado por su afición a la bebida, y de su sueño de tener un castillo en Cornualles, cerca del mar, para cuando se retirara.

Transcurrieron los seis días con asombrosa rapidez. La noche de la incursión en la ciudad, avanzaron en silencio por el último tramo del camino, una colina enmarañada de

rododendros y espinos.

Patrick soltó un suspiro de aprensión antes de apartar la última enredadera de su camino y mostrarle una panorámica de la ciudad en la que estaban a punto de entrar a escondidas.

—Y esto es Vavmordia.

## CAPÍTULO 13

# Ciudad Luz

Vavmordia no era exactamente lo que había imaginado. Al menos, no a primera vista. Había estado esperando algo mucho más dramático y tal vez inquietante. Algo más parecido a *La Divina Comedia* de Dante. Decididamente, eso no era ninguna franquicia del infierno, como le habían contado.

Con los ojos muy abiertos, divisó un extenso valle al otro lado de la colina sobre el cual se erigía una ciudad deslumbrante. Las estructuras que componían Vavmordia parecían sacadas de una stampa medieval: chapiteles fortificados de piedra, casas antiguas de colores pastel con altos techos en forma de V invertida, callejuelas adoquinadas, estrechas y sinuosas, y una imponente torre puntiaguda con un reloj que marcaba las diez menos cuarto de la noche.

El cielo estaba iluminado por las luces de un proyector de cristales múltiples, que se movía con lentitud, acariciando las nubes desde la tierra. Sus colores variaban de rosa a rojo, después a violeta y finalmente a azul, para a continuación empezar de nuevo con el rosa. Las suaves líneas de colores brotaban del pináculo de un magnífico obelisco de cristal, situado en mitad del valle, que confería un insólito aire de modernidad a las antiguas estructuras que la rodeaban.

A la derecha, en la cúspide de una empinada colina, se levantaba un castillo colosal con una altísima torre, muy similar a las descritas en los clásicos cuentos de hadas que Raven recordaba de su niñez. En la cima se distinguía una tenue luz que desató su imaginación. En su interior podría habitar una princesa atrapada, deseosa de salir a contemplar el mundo más allá de sus ostentosos muros; una aburrida e infeliz princesa vavmordiana.

Raven lo contempló todo con grato asombro. Después miró a Patrick. Su bello rostro resplandecía con los destellos coloridos de Vavmordia, pero su mirada seguía siendo

cautelosa.

—No es tan aterradora —observó ella.

—Esta es la mejor parte —explicó él con una media sonrisa forzada—. Aquí viven los cortesanos, los funcionarios del gobierno, los colaboradores del rey... En fin, todos los aduladores y tontos útiles de Vavmordia. No querías ver las canteras y las minas de hierro que están al otro lado de la montaña. Eso sí te deprimiría.

Ella arrugó la nariz. Se preguntó cuánta energía necesitaban producir los vavmordianos para alimentar un imperio de tal magnitud. ¿Cómo lo hacían? A orillas de la colina regida por el castillo, corría un apacible río. Más adelante se alzaba un puente de arenisca, que estaba siendo cruzado por una muchedumbre ruidosa, con ánimo festivo.

—¿Qué es lo que celebran? —preguntó con un susurro.

—El aniversario de la Batalla de Veer. Es la conmemoración de la caída del antiguo régimen de Vavmordia, hace casi quinientos años. Nicanor y su ejército los arrojaron a todos a una fosa en un lugar desconocido y se apoderaron de la ciudad.

—Oh, no sabía que Vavmordia había tenido otras autoridades.

—Sí, y hacían exactamente lo mismo que las actuales, sólo que eran menos ambiciosas y no tan listas como estas —dijo con un resoplido—. Debemos seguir avanzando.

Patrick rebuscó en su mochila. Sacó unas piezas de ropa.

—¿Para qué es eso? —preguntó con el ceño fruncido.

—Si vamos a entrar de incógnito en Vavmordia, debemos parecer vavmordianos —le dijo ofreciéndole un largo aunque insinuante vestido rojo. Raven lo miró con cierto recelo, pero después lo cogió. Él se hizo con un pantalón negro y un suéter con cuello alto del mismo color.

—El vestido es de Margherite, ¿verdad?

—Digamos que se lo robé. —Ella suspiró; aquello no iba a gustarle nada—. Anda, vístete detrás de esos árboles, pero no tardes. Prometo no mirar —le dijo con una sonrisa que pretendía ser natural. Aunque ella aún no había visto el peligro, los ojos de él le advertían que pronto lo sentiría muy de cerca.

Bajaron por la empinada colina mientras repasaban el plan por enésima vez, el cual consistía en colarse en el interior del Castillo de Morden, residencia del viejo

Sebastianos Drivas, y sacarle toda la información posible sobre cómo devolver a Raven al camino de luces. Si todo salía como esperaban, después de entrevistarse con el sabio, podrían huir por un túnel secreto cuya existencia les había revelado Charles Merion. No parecía un plan demasiado complicado, pero sí arriesgado, ya que ninguno de los dos podía asegurar que Drivas fuera a ayudarlos. Además, Raven no imaginaba qué otros peligros los aguardaban en el castillo y en las calles de Vavmordia.

Llegaron hasta una calle estrecha, totalmente ajena al esplendor que habían visto desde la cima. Allí, Raven divisó una hilera de casas destartadas de altos balcones y ventanas selladas, donde no se veía un alma. Patrick miró a todas partes antes de atravesar un oscuro callejón. Después la cogió de la mano para hacerla avanzar con extrema cautela, como si fueran un par de ladrones. Ella lo siguió con el corazón desbocado. Era devastador pensar que Patrick estaba corriendo ese riesgo sólo para enviarla a un sitio que los separaría para siempre.

Más adelante hallaron un laberinto de callejuelas empedradas y mejor iluminadas, donde Raven comenzó a percibir una poderosa vibración, el retumbo de una melodía estridente que le resultaba un tanto insólita en aquel lugar. Cuando estaba a punto de preguntarle a Patrick de dónde provenía ese estruendo, una puerta de acero se abrió muy cerca de ellos, dejando que el sonido que brotaba del interior del edificio de piedra inundara el pequeño callejón. Era música electrónica.

Dos chicos y una chica salieron abrazados de la bulliciosa fiesta. Iban vestidos como estrellas del pop de los ochentas. Ella, de piel muy oscura y brillante, lucía un cabello negro esponjoso. Los dos hombres eran rubios. Uno de ellos llevaba atuendo de motero y gafas de sol, pese a que era de noche, mientras que el otro vestía una camisa plateada, pantalones holgados y un ridículo sombrero con una pluma gris en la punta. Los hombres le regaban besos a la muchacha, pero ella los apartaba soltando risotadas estridentes. Cuando el trío pasó junto a ellos, Raven se puso tensa.

—Actúa con normalidad —le susurró Patrick mientras le rodeaba los hombros con un brazo.

El motorista se levantó las gafas para comerse a Patrick con los ojos y los otros dos miraron a Raven. Gracias a Dios, los tres siguieron callejón arriba cuando ellos los ignoraron.

Se cruzaron con más personas que bajaban por el callejón. Eran gente muy rara, que le ponían los pelos de punta, mucho más que el trío depravado. Raven evitó mirarlos en



todo el trayecto. Patrick, que había notado su tensión, la abrazó más fuerte para calmarla.

Cuando llegaron a una avenida iluminada, él la cogió por los hombros.

–Muy bien, Raven; aquí empieza lo bueno –murmuró mirando a todos lados–. El castillo de Morden está a cuatro calles. Por favor, no te despegues de mí y trata de no llamar la atención. Si los guardias sospechan de nosotros, nos someterán a un lector óptico y sabrán que yo soy un fugitivo y que tú no estás en los registros de la ciudad. Actúa con total naturalidad.

–¿Un lector óptico? –preguntó.

–Es la clase de artilugios que compran en ciudades más avanzadas.

Ella asintió y él la abrazó un instante.

–Patrick, sabes que esto no es necesario –sollozó ella.

–Sí lo es, lo prometiste –le recordó antes de soltarla–. No llores; sabes que no puedes llorar o nos descubrirán. –Le enjugó una lágrima de forma un tanto brusca.

Raven se tragó su llanto incipiente. Patrick la cogió de la mano.

Siguieron avanzando hasta entrar en una calle adoquinada. Allí, cada árbol y arbusto estaba decorado con mallas de pequeñas luces, como las que se colocan en los jardines en Navidad. Las fachadas de las viviendas eran de alegres colores y los edificios, de pocas plantas, tenían techos rojos y puntiagudos. Detrás de uno de ellos, logró ver la magnífica torre de cristal a lo lejos, pero Patrick le tiró de la mano para instarla a avanzar.

Al llegar al Castillo de Morden, una intimidante y cerrada estructura de estilo normando, Patrick soltó una maldición entre dientes. El lugar estaba rodeado por ocho hombres uniformados que conversaban muy cerca de las compuertas.

–¡No puede ser! –susurró Patrick irritado, mientras retrocedían–. Siempre había visto sólo a un par de guardias allí. Debe de ser por las fiestas.

–Podríamos entrar por el túnel.

Él negó con la cabeza.

–Merion dijo que la puerta sólo se abre desde dentro. Pero supongo que podemos intentarlo.

Caminaron sin prisa por otra amplia avenida, bañada de luces por altas farolas. Por allí transitaba un par de carruajes de dos caballos, cuyos ocupantes vitoreaban al rey Nicanor con consignas ininteligibles debido a la bebida. Al poco rato, dieron la vuelta en una sinuosa callecita, y finalmente encontraron un sombrío callejón. Al fondo se hallaba un

contenedor de basura y un par de ruidosos gatos que se peleaban por lo que parecían ser los restos de una rata. Patrick se detuvo y sin perder tiempo comenzó a tantear los muros con las manos y las puntas de las botas.

–El túnel está por aquí –murmuraba para sí–. Tiene que estarlo.

Raven miró al cielo con el corazón encogido. Visualizó las líneas de luz que emanaban del proyector de cristales múltiples. Se habían vuelto de un azul eléctrico y ya no variaban de color con el paso de los segundos.

–¡Aquí está! –exclamó Patrick acucillándose junto al contenedor de basura. Removió la tierra y las hojas secas hasta dar con una plancha redonda de metal, la cubierta de una vieja alcantarilla. Intentó abrirla de distintas maneras, haciendo un esfuerzo gigantesco, pero no se movía–. ¡Tenemos que pensar en algo más! –masculló vencido.

–Yo podría distraer a los guardias mientras tú te cueles en el castillo.

–¿Estás loca?

–Patrick, no puedes enfrentarte a ocho guardias tú solo en plena calle. Debemos entrar desviando su atención de alguna manera.

–Eso estaba pensando, pero ¡no los distraerás tú! –protestó.

–¿Eso crees? –le preguntó alzando una ceja–. Entonces no debiste conseguirme este vestido. –Raven señaló el pronunciado escote con los dos pulgares. Él no dijo nada–. ¿Por qué no confías en mí por una vez? Déjame hacerlo. Nadie sospechará de mí. Seré tan coqueta y descarada como la vavmordiana que salió de la fiesta.

Patrick ladeó la cabeza.

–¿Serías capaz? –inquirió mirándola con recelo.

–Sí, te juro que no les daré tiempo de desconfiar. Sólo tenemos que pensar en algo convincente... Si no lo hacemos, no podremos entrar –dijo en tono razonable.

Él lo meditó en silencio durante un largo rato, con una marcada mueca de indecisión tallándole el rostro. Al cabo de un momento volvió a ponerse de pie. Tras un largo suspiro dijo:

–De acuerdo; esto es lo que vas a hacer.

–¡Auxilio! –gritó Raven agitando los brazos desde el otro lado de la calle.

Los guardias del Castillo de Morden reaccionaron de inmediato. La muchacha se levantó el vestido hasta las pantorrillas y cruzó los adoquines corriendo, haciendo que la

falda del vestido rojo revoloteara alrededor de sus muslos. Los hombres la miraron embelesados y dos de ellos fueron a su encuentro.

—¿Sucedo algo, señorita? —preguntó uno de ellos, ataviado con un uniforme.

—Oh, sí —dijo Raven jadeante después de la carrera—. Mejor dicho, espero que nada grave... mayor Williams —musitó con una sonrisita después de leer la inscripción en su pecho—. Me ha parecido oír que una carreta se caía por la pendiente.

—¿Dónde?

—Allí —apuntó la chica con el dedo, señalando la rampa al final de una pequeña calle. Rápidamente, los demás guardias se acercaron para mirar—. He oído el traqueteo de unas ruedas, el relincho de un caballo y después unos gritos. ¡Me he asustado mucho! —dijo con un mohín mientras se acomodaba el cabello tras las orejas, un par de trucos que había aprendido de su prima Cynthia.

Los guardias le lanzaron una mirada de sutil interés que viajó de la falda del vestido a su boca curvada, pasando por su escote. Raven sintió un escalofrío de timidez. Nunca había tratado de seducir a un hombre, al menos no a conciencia, pero se prohibió dar muestras de debilidad... o de inexperiencia. El éxito de su misión dependía de su frialdad.

—Qué extraño, yo no he oído nada —dijo el guardia con el ceño fruncido—. ¿Y vosotros? —preguntó mirando a los demás uniformados. Todos balbucieron una negativa.

—Está algo lejos de aquí. Seguro que ustedes estaban muy concentrados en su trabajo —dijo ella con fingida dulzura—. Sería una pena que alguien estuviera allá abajo lastim... —se mordió la lengua. Había olvidado que los suicidas no se herían con facilidad. El militar ladeó la cabeza; luego la miró inquisitivamente—, es decir, aislado y sin saber cómo ascender de nuevo. ¡Una vez me pasó y fue horrible! —gimió.

El ceñudo guardia se cruzó de brazos. El corazón de Raven comenzó a retumbar.

—Vosotros tres. —Señaló a los que parecían ser sus subordinados—. Id a ver.

Los tres hombres se pusieron en movimiento. Los demás se despegaron de la puerta para aproximarse más a Raven, como moscas a un tarro de miel. Ella les sonrió, aunque estaba cohibida.

—Oh, muchas gracias, mayor —dijo ella haciendo un repaso por las caras de los demás uniformados—. Ya sabe cómo se ponen algunas personas en esta época; se embriagan de una manera tan grotesca que parecen olvidar hasta por dónde van o quiénes son.

El mayor Williams volvió a estudiar a la joven con seriedad.

—Sí, sí, por supuesto —convino—. Dígame, señorita, ¿cuál es su nombre?

Raven parpadeó varias veces. No había pensado en un nombre.

—Soy... la señorita Elizabeth Bennet; mayor, oficiales...

Justo cuando hacía una reverencia, alcanzó a atisbar a Patrick, que se deslizaba por el jardín hasta la compuerta de madera entreabierta. ¡Lo había logrado! Raven sonrió para sus adentros.

—Señorita Bennet, estos son los miembros de mi unidad —dijo refiriéndose a los uniformados.

—Muchas gracias por su eficiencia. —Su voz nunca había tenido una entonación tan dócil—. Estoy segura de que quien haya sufrido el percance estará muy feliz al saber que ustedes lo ayudarán.

Raven volvió a inclinarse y luego hizo amago de marcharse, pero el militar la detuvo colocando su enorme mano sobre su brazo. Sintió que el alma se le caía a los pies. Levantó los ojos con horror para mirar al alto vavmordiano, preguntándose qué haría su prima Cynthia en una situación similar. Trató de preguntarle qué ocurría, pero las palabras no lograron salir de su garganta.

—¿No va a quedarse a averiguar qué ha pasado en la rampa, señorita Bennet?

—¡Sí, por supuesto! —exclamó ella con una risita temerosa y aliviada—. Es que tenía algo de prisa. Mis amigas están esperándome en la torre Carlton para una fiesta.

Williams entornó los ojos, que brillaban con perspicacia.

—Esas fiestas son un tanto alocadas para una chica tan joven, ¿no cree? Tenga cuidado, milady, o terminará como el pobre infortunado de la carreta.

—No se preocupe por mí, mayor —dijo negando con la cabeza—. Soy muy cuidadosa, por lo general. No me ocurrirá nada.

Unos segundos más tarde, los soldados que habían ido a corroborar su historia regresaron a la entrada de Morden. La joven soltó un suspiro silencioso.

—Mayor, no hay nadie en el fondo del precipicio —informó uno de ellos.

El hombre asintió, como si aquello no le sorprendiera. Después volvió a mirar a Raven.

—¿Está seguro? ¿Ha buscado bien? ¿Ha usado una linterna? —preguntó ella, ansiosa.

—Sí, señorita. No hay rastros de un caballo o de una carreta... o de una persona.

—Oh. —Raven exhaló un falso suspiro de alivio llevándose una mano al pecho—. Es una excelente noticia... Lo siento mucho, oficiales. Lamento haberlos importunado con mis

alucinaciones.

–¿Quiere que la llevemos a la torre Carlton? Está lejos de aquí.

–Lo sé, pero me gusta caminar. Gracias, mayor. Que tengan una feliz noche –dijo con una sonrisa que pretendía ser afectuosa.

–Señorita Bennet. –El vavmordiano la llamó con voz grave. Raven sintió que aquella maldita conversación no iba a acabarse nunca. No estaba segura de poder seguir fingiendo ser una coqueta jueguista–. Diviértase –murmuró el hombre al fin.

Raven avanzó a trompicones por la avenida de altas farolas. El corazón le martilleaba en el pecho, sobresaltado tras su pequeña interpretación. ¿Quién lo hubiera creído? Había resultado ser una grandiosa actriz.

Mareada por la sensación de adrenalina y la urgencia por llegar al callejón, apretó el paso. La avenida estaba desierta, por fortuna. Según sus cálculos, Patrick llegaría a la compuerta del túnel en diez o quince minutos. Ella debía esperarlo para que luego pudieran llegar juntos a los aposentos del sabio.

Cuando estaba a pocos metros de la esquina que conducía a la callejuela, miró por encima de su hombro para cerciorarse de que nadie estuviera observándola. Con alivio comprobó que a sus espaldas la calle seguía vacía. Pero no pudo notar que, frente a ella, alguien más doblaba la esquina al mismo tiempo. Se estrelló contra otro cuerpo, con tal fuerza que ambos fueron a dar al suelo, debido a la velocidad de la carrera.

Raven se frotó en el lugar en que se había dado el porrazo. Rogó para que los vavmordianos no fueran gente malhumorada e intolerante con la torpeza.

–¡Maldita sea! –bramó la voz afilada de una chica–. ¿No tienes ojos?

Nerviosa y jadeante, Raven intentó pronunciar una disculpa, pero, cuando se incorporó para mirar a quien la había arrojado al suelo con su imprudencia, las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Una aprensión familiar, un temor progresivo, le aguijoneó el pecho.

La chica frenó su sarta de insultos y miró a Raven con los ojos como platos, tras aquel flequillo púrpura incandescente.

–Blancanieves, ¿qué diablos haces en Vavmordia? –masculló Shadow.

## CAPÍTULO 14

# En la boca del lobo

Shadow se puso de pie con cautela. La miró de arriba abajo, como si estuviera tratando de convencerse de que ella era real; incluso dio una vuelta a su alrededor para estudiar sus facciones con el ceño fruncido. Una sensación de pavor comenzaba a devorar a Raven.

No era posible.

—¿No vas a contestarme, Blancanieves? —la instigó sin dejar de mirarla con curiosidad.

—Yo... —balbució llevándose las manos a la espalda—. ¿No lo ves? Estoy muerta... como tú.

Shadow soltó un soplando que le revolvió el flequillo púrpura.

—Eso parece, te vi flotando en esa... pecera o lo que sea que haya sido —dijo con una risita—. ¿Qué era aquello? —preguntó antes de darle una calada a un cigarrillo.

Raven apartó la mirada y tragó saliva mientras su antigua compañera de habitación le soltaba una bocanada de humo en el rostro para hacerla espabilar. Ella siempre había disfrutado escandalizándola. Por lo visto, nada había cambiado.

—No lo sé. Después aparecí en el bosque.

Shadow volvió a reír.

—Bonito, ¿no? —soltó, y frunció de nuevo el entrecejo—. ¿Y qué es lo que haces?

—¿Yo?

—Sí, ¿qué es lo que haces, tarada? —preguntó en su tono característico—. Para vivir en Vavmordia tienes que serles de alguna utilidad a los reyes, a Alistair o alguno de los miembros de la corte... —Shadow inspeccionó su vestido rojo y alzó una ceja, divertida.

—¡No! —soltó Raven—. No es lo que piensas.

—Entonces, ¿qué es lo que haces? —insistió en tono suspicaz—. ¿Y quién te trajo a Vavmordia? No recuerdo haber visto tu nombre en los registros.

–¿Registros? –preguntó haciéndose la tonta.

–Sí, soy funcionaria de la Oficina de Seguridad de Vavmordia. Para entrar aquí tienes que ser evaluada y clasificada por uno de los nuestros. ¿Es que no lo sabes? –Se cruzó de brazos y la miró con un atisbo acusador–. Contéstame, ¿quién te trajo a Vavmordia?

Raven sintió un escalofrío. De pronto estaba paralizada. Miró fugazmente la calle que conducía al callejón y después bajó la vista. Patrick debía de estar esperándola. Si no iba pronto a su encuentro, se preocuparía. ¿Por qué tenía que aparecer Shadow en ese momento para arruinarlo todo?

–Barto –murmuró.

–¿Barto? –preguntó con asombro, inclinándose hacia delante–. ¿Mi Barto?

–¿Qué quieres decir?

–Él y yo estamos juntos, ¿sabes? –Shadow esbozó una sonrisa socarrona. Su expresión varió de maliciosa a soñadora en un parpadeo–. Oh, Blancanieves, Vavmordia es lo máximo, ¿no lo crees? Es un poco anticuada a primera vista, pero es tan divertida por la noche... Además, Barto es un tipo increíble; me ha llevado a conocer un montón de sitios *cool* y es tan poderoso y temido por todos... –Raven estuvo a punto de hacerla callar, pero se recordó que debía cerrar la boca y hallar la manera de alejarse de allí–. No sabes cuánto me alegro de haberlo hecho.

Los ojos de Raven se abrieron como platos al oír el repulsivo comentario.

–¿Cómo puedes decir eso? –le espetó, incapaz de contenerse.

Shadow la miró de manera sombría tras el flequillo.

–Ahórrate los sermones –musitó con una mueca de arrogancia–. Si hubiera sabido que este mundo existía y lo bien que se lo pasan los vavmordianos, lo habría hecho hace mucho tiempo. Aquí soy alguien, ¿sabes? Alguien importante. ¡No como en la escuela, donde todos esos malditos niños ricos me trataban como si tuviera la peste!

–¿Así que por eso lo hiciste? –la acusó Raven con los ojos entreabiertos, incrédula–. ¿Porque no soportabas la reprobación de esos «malditos niños ricos?»

–No, estúpida... Lo hice porque estaba embarazada de mi puto hermanastro... A él le gustaba jugar sucio conmigo. –Raven sintió un estremecimiento de pena y dolor. Esa era la razón de su decisión. Dios mío... Ahora podía recordar que Shadow odiaba a Danny, el detestable hijo del marido de su madre. Un suceso que antes le había parecido aislado acudió a su memoria. Un domingo por la noche, había vuelto a la escuela con moretones por todo el cuerpo. Raven no se había atrevido a preguntarle a qué se debían, pero ahora

lo comprendía todo: Danny había abusado de ella—. Me habría encantado que lo conocieras; era un bastardo que te habría disciplinado... como a mí —masculló con agrio humor, pero Raven podía ver la rabia ahogada en sus ojos azules.

—Oh, Shadow... es horrible, pero no debiste...

—No me vengas con esa mierda, Raven —murmuró sombríamente, dándole otra calada a su cigarrillo—. Seguro que le causé un buen disgusto al pervertido disfrazado de puritano del reverendo Roggen. Me habría gustado ver su fea cara ofreciendo el sermón del domingo. Anda, cuéntame, Blancanieves —la animó con una mirada sórdida—, ¿qué pasó después de mi muerte?

—Yo te encontré —masculló ella.

—Tal como esperaba —se burló—. Muy dramático, incluso para mí, ¿no lo crees? Me habría gustado tener tiempo para inventarme algo más original, pero eso fue todo lo que pude hacer. —Se encogió de hombros—. Supongo que les arruiné el baile de fin de curso a todos... ¡Qué pena! —Raven hubiera querido decirle que había arruinado mucho más que eso, pero aún estaba atónita con su revelación—. ¿Qué más pasó? ¿Salí en los periódicos? ¿Me hicieron una gran despedida como a la princesa Diana?

En ese instante, el corazón de Raven dio un brinco hasta el cielo. Una sensación confusa, entre el alivio y el horror, la atravesó. A espaldas de Shadow, por los adoquines de la avenida, Patrick se aproximaba con sigilo. Él se llevó el dedo índice a los labios para advertirle que disimulara mientras avanzaba. Ella apartó la vista centrándola en los ojos sórdidos de Shadow Richter. En la calle sólo se oía el sonido de los grillos que cantaban en los jardines cercanos.

—No, en realidad tu funeral fue un asco. Ni siquiera tus padres fueron.

Shadow borró su sonrisa socarrona y volvió a inhalar de su cigarrillo.

—No es ninguna novedad —dijo encogiéndose de hombros, pero Raven sabía que le había dado una estocada—. Y dime, Blancanieves, ¿por qué lo hiciste tú? Parecías tan santa... Me cuesta creerlo.

—¿Sabes qué, Shadow Richter? ¡Yo no soy una suicida! —soltó con satisfacción.

—¿Qué?

—Ya la has escuchado, Bufona —bramó Patrick, cubriéndole la boca con una mano. La atenazó con fuerza, rodeándole los hombros con los brazos. Los ojos de Shadow se crisparon de sorpresa, pero, aunque intentó liberarse, la fuerza de él era muy superior—.



Ahora te recomiendo que no hagas ruido o te retorceré el pescuezo tan fuerte que vas a pasar semanas mirando tu propio trasero.

La amenaza amortiguó los intentos de Shadow de escapar. Patrick la arrastró por la avenida, que seguía convenientemente desierta, mientras Raven trataba de asimilar aquellas espantosas palabras. Había olvidado lo intimidante que podía ser él. De inmediato, los siguió hasta la callejuela y después a la boca del callejón hasta encontrar la alcantarilla que conducía al túnel del castillo.

Patrick soltó a Shadow, que se crispó como una gata acorralada.

—¡Lo sabía! ¡Estás con los malditos montañeses! —Miraba a Raven con una expresión acusadora. Después se volvió hacia Patrick—. ¿Ya le contaste lo que les hacemos a los rebeldes en el reino de Vavmordia, capitán Obvio?

—Lo sé —soltó Raven—. Y es asqueroso que aun así quieras ser parte de ellos.

—¡No te atrevas a juzgarme, Blancanieves!

—¡No me llames así!

—Basta, no hay tiempo para discutir —bramó Patrick retirando una navaja que había utilizado a modo de palanca para dejar abierta la puerta del túnel—. Ya que hemos tenido la mala suerte de tropezarnos contigo, tendrás que acompañarnos a una pequeña misión, Bufona. ¡Entra! —le ordenó el chico.

El rostro de Shadow se tensó. Dio un paso atrás.

—¿Qué clase de misión?

—¡Ya lo sabrás! —dijo Patrick con voz metálica—. Hazlo o te juro que no me importará que Raven esté aquí y cumpliré mi amenaza. Desde aquí nadie va oír tus gritos de dolor.

Shadow tragó saliva y sin más dilación se introdujo en el agujero bajando por una escalerilla. Raven la siguió mientras Patrick detenía la puerta con un brazo y la ayudaba a entrar con el otro. Descendió por el túnel sujeta a los fríos tubos de metal, con cuidado de no resbalar, hasta que un poderoso sonido le llenó los oídos. Patrick había cerrado la pesada compuerta sobre sus cabezas. Un temor implacable la invadió. Aunque ya estaba habituada a moverse con destreza en la oscuridad y a dejarse guiar por su instinto, se sintió atrapada por la negrura del túnel.

—¡Ay! Esto es una porquería —berreó Shadow al llegar al suelo.

Raven puso los pies en tierra firme, sobre un montón de escombros blandos. Detrás de ella, Patrick aterrizó con un salto que resonó a lo largo del túnel. Al cabo de un segundo, la luz de su linterna bañó un estrecho corredor de muros de piedra. Telarañas de varios

cientos de años pendían del techo curvado, que apenas estaba a unos centímetros sobre sus cabezas. Ella bajó la vista y advirtió con espanto que los escombros que pisaba eran ratas muertas.

—Adelante —indicó Patrick.

—¿Adónde vamos? ¿Qué habéis venido a hacer al castillo de los vejestorios? ¿Pensáis secuestrar a uno de los sabios? Me gustaría verlo —masculló Shadow mientras caminaban por el corredor, apartando las molestas telarañas con las manos—. Hablando de vejestorios, ¿cómo está Chad? ¿Sigue siendo tan incauto y bonachón? —Dejó escapar una risa chillona—. ¿Y qué hay de vosotros? ¿Sois pareja? Blancanieves, ¿lo haces con él?

—¡Cierra la boca! —le ordenó Patrick.

Llegaron a un portón de madera rústica que Patrick abrió sin problemas. Detrás se hallaba una pequeña bodega atestada de cajas de madera y barriles de vino, por cuyo suelo las ratas correteaban. Traspasaron la decadente habitación hasta una puerta que no encajaba para nada con el resto del mobiliario. Antes de cruzarla, Patrick se volvió hacia Shadow, a quien llevaba cogida del brazo. Le iluminó el rostro con la linterna, haciéndola parpadear desconcertada.

—No quiero que nos des problemas, ¿entiendes? —le dijo con seriedad—. Si te comportas, te dejaremos en paz cuando hayamos terminado aquí; pero, si me das una sola razón, voy a hacerte pedazos, Shadow o como te llames. ¿Quieres saber algo? Venimos a resolver un asunto que tú empezaste. —Ella lo miró con expresión interrogativa—. Así es. Vas a quedarte aquí y no intentarás escapar. Sostén la linterna —le dijo a Raven, quien la tomó mientras Patrick maniataba a su ex compañera del instituto.

—¿Crees que puedes entrar y salir de Vavmordia como si nada? ¡No tardarán en darse cuenta de que estáis aquí! ¡Hay guardias custodiando el edificio, tarado! ¡Cuando Barto te atrap...!

Los bramidos de Shadow se apagaron después de que Patrick le introdujera en la boca un pedazo de tela que había sacado de la mochila. Luego, la maniató a una vieja silla hasta que pareció no ser capaz de mover un solo músculo.

—¡Vámonos!

Salieron por la elegante puerta, que conducía a otro largo pasillo, mucho menos rústico que el anterior. Había un montón de óleos sombríos repartidos a lo largo de la galería e iluminados por el fulgor de las velas de varios candelabros. Patrick avanzaba con prisa y sigilo mientras miraba a todos lados, tratando de atisbar a algún guardia antes

de que estos los vieran a ellos. Raven aún trataba de sobreponerse al incómodo encuentro con la chica a la que había visto sumergida hasta el fondo de la bañera, ahora sabía por qué. Ni en sus peores pesadillas había imaginado que eso sucedería.

–Lo siento –susurró–. No puedo creer que me haya cruzado con Shadow. Si nos delata...

–Chist. No creo que pueda escaparse. He asegurado muy bien los amarres. –Rió con malicia–. Se quedará allí durante semanas, si tiene suerte.

–Por cierto, está con Barto.

–No me sorprende. Están hechos de la misma basura –musitó mientras recorrían la galería–. Escucha, los aposentos de Sebastianos Drivas están en el último piso, este es el sótano. En alguna...

Patrick se calló de golpe cuando unas pisadas se oyeron muy cerca de allí. Cogió a Raven por los hombros y la introdujo en una pequeña cavidad que se abría entre dos grandes columnas. Ella se abrazó a él con el corazón enloquecido y apretó los párpados con fuerza, rogando para que el extraño desapareciera, pero las pisadas se escuchaban cada vez más cerca.

Un chico desgarrado, que vestía un uniforme al menos dos tallas más grandes que la suya, pasó muy cerca de ellos. Raven no pudo distinguir el rostro con claridad. Lo vieron alejarse con pasos perezosos por un pasillo secundario, como si todo su cuerpo le pesara. Patrick giró la ballesta y la tomó por el tablero para apuntarle desde las sombras.

–¡Señor! –exclamó el chico con una voz cansada que a Raven le resultó familiar.

–¿Qué quieres? –contestó un hombre de forma áspera, desde el otro extremo del pasillo.

–¿Puedo apagar las luces ya?

–¡No! No he terminado con la inspección. Vuelve a tu sitio y espera a que te dé la orden.

–Pero el señor Decker...

–¡Haz lo que te digo, maldito recién llegado! –gruñó el otro–. Tienes suerte de estar aquí y no en las minas. No me hagas llamar a un clasificador. ¡Vuelve a tu lugar ahora!

¿Recién llegado? Raven frunció el ceño.

–Sí, señor –respondió el chico, tan bajo que su voz era apenas un susurro.

Esperaron un rato más, hasta que los pasos se perdieron en el fondo del pasillo. Patrick se asomó cauteloso y miró a ambos lados para asegurarse de que nadie más

estaba por allí. Por suerte, no había rastro de ningún vavmordiano. Aliviados, abandonaron el escondite.

Pero entonces el chico lánguido que acababa de perderse por el pasillo regresó con pasos imperceptibles. Sus miradas se encontraron, y en menos de un latido de corazón Patrick lo apuntó con la ballesta. Raven sintió que los vellos de todo su cuerpo se erizaban cuando advirtió que el chico no era otro que su compañero de travesía en el Bosque de los Peregrinos. Él le devolvió la mirada de asombro mientras retrocedía con las manos en alto, mudo de horror y tal vez demasiado confundido para entender lo que sucedía.

—¿Mateusz? —susurró Raven, sorprendida y aliviada de que no estuviera herido—. Mateusz, ¿qué haces aquí? Deja de apuntarlo —le dijo a Patrick—. Este es el chico que conocí en el bosque.

—Es uno de ellos —musitó mirándolo con recelo. Después se dirigió al asustado Mateusz—. Si abres la boca, voy a dispararte, ¿entendido? Te aseguro que nunca conocerás un dolor peor.

Mateusz abrió los ojos como platos.

—¿Eso es cierto? ¿Te convencieron de unirse a ellos? —preguntó Raven con tristeza.

El chico tragó saliva ruidosamente.

—No, sólo me trajeron aquí —susurró aprensivo, con la vista puesta en la punta de acero de la ballesta—. No voy a decir nada. Por favor, no me matéis —suplicó con las manos alzadas.

Patrick emitió un bufido irónico, sin dejar de apuntarle con la ballesta. Él y Raven intercambiaron una mirada especulativa. Ambos sabían que no había tiempo para ponerse a discutir.

—No queremos hacerte daño. Venimos a hablar con Sebastianos Drivas —dijo Raven.

—Con el anciano de arriba; ¿por qué?

—Es una larga historia. Ayúdanos a encontrarlo, por favor. Te llevaremos a nuestra aldea cuando terminemos aquí. —Mateusz vaciló, aún con las manos alzadas—. Por favor, sé que tienes miedo, pero sabes de lo que son capaces los vavmordianos. Tenemos que irnos. Te protegeremos.

Patrick movió la ballesta hacia otro lado, apoyando las palabras de Raven.

—Así es, te sacaremos de aquí si nos ayudas, chico.

Después de meditarlo un momento que pareció eterno y echar un vistazo por encima de su hombro, el recién llegado asintió con la cabeza.

—Seguidme.

Recorrieron el largo pasillo decorado con óleos enmarcados, esta vez guiados por Mateusz. Raven apenas podía creer que se hubiera encontrado con Shadow y ahora con Mateusz; Vavmordia era una ciudad pequeña. Por un instante se preguntó si realmente podía confiar en él, pero enseguida entendió que era tarde para cambiar de opinión. Sólo podía rogar para que aquel chico lánguido y asustadizo no estuviera guiándolos hacia una trampa. Echó un vistazo a Patrick, que tenía una expresión indescifrable en el rostro. Quizás estaba preguntándose lo mismo que ella.

Al fondo de un oscuro corredor encontraron una estrecha escalera de caracol que se elevaba hasta el techo abovedado. Subieron por ella provocando leves crujidos sobre la madera. Con cada peldaño que ascendían, Raven sentía que se quedaba sin oxígeno. Llegaron al tercer nivel, donde se hallaba una pesada puerta de madera. Mateusz la cruzó con cautela, desvelando al otro lado un pasaje oscuro, pero en cuyo fondo se colaba una ráfaga de luz. Vislumbraron otro pasillo, más ancho y elegante que los anteriores, decorado con cabezas de alces disecadas en las paredes y una lámpara de araña encendida. Era un atajo. Sin la ayuda de Mateusz, habría sido imposible ascender.

—Aquí es —jadeó el suicida frente a una enorme puerta doble de cedro, sin poder ocultar su inquietud—. Esta es la habitación del sabio. Es un hombre malhumorado, así que tened cuidado.

—Gracias... Mateusz. Lo tendremos. —Patrick estrechó su mano con gentileza. Raven suspiró de alivio—. Cuando terminemos con Drivas nos marcharemos. Dime dónde estarás para ir por ti.

—Estaré donde me encontrasteis. Ahora debo irme o los guardias notarán mi ausencia.

Raven le dedicó una sonrisa de agradecimiento. Era consciente de que estaba arriesgando su cuello para ayudarlos a moverse por el castillo, desafiando a los vavmordianos que lo habían reclamado como esclavo, pero confiaba en que todo saldría bien y que pronto los tres estarían de camino a la aldea... si Drivas no hallaba la manera de devolverla al camino de luces. La sola idea le provocó escalofríos. Mateusz les dedicó una mirada temerosa, antes de perderse por donde habían venido.

—¿Estás lista? —preguntó Patrick.

Raven tragó saliva.

¿Lista para que la enviaran a un lugar desconocido, lejos de él? Definitivamente no. Cerró los ojos con tristeza, pero asintió. Ella cumpliría su promesa aunque aquello la destrozara por dentro.

—Sí.

Entonces, Patrick giró el pomo de la puerta.

## CAPÍTULO 15

# Astros

Era una habitación de enormes dimensiones, donde el techo cupular estaba a unos doce o trece metros del suelo y las estanterías llenas de libros llegaban hasta la cúspide. Había al menos unos diez mil volúmenes repartidos en varios niveles, a los que podía accederse a través de escaleras de caracol y pasarelas de metal. Los aposentos del sabio eran en realidad una biblioteca monumental.

Raven estaba maravillada. Sus ojos daban un lento paseo por la gran habitación. Una sección con vistas al techo descubierto estaba acondicionada como pequeño observatorio. Allí reposaba un telescopio dorado del tamaño de un cañón. Ella siempre había sentido una gran curiosidad por la astronomía, pero su padre la había disuadido de volcar su interés en una ciencia tan «bohemia». Para él, la abogacía era la mejor manera de llevar una buena vida.

En el centro de la estancia, entre las altísimas estanterías de libros, había un escritorio enorme, presidido por un sillón de cuero giratorio situado de cara a la pared. Raven y Patrick avanzaron hasta él en silencio. Allí dormitaba un anciano de unos ochenta años, de larga y ondulada barba blanca, igual que el cabello, que le llegaba más abajo de los hombros. Sus párpados, gruesos y colgantes, como dos lonchas de jamón de pavo, se agitaban con leves espasmos mientras cabeceaba, dejando escapar silbidos de sus labios entreabiertos. Una mano reposaba en el regazo; la otra sostenía temblorosa un bastón. Vestía una bata negra de descanso y unas pantuflas de piel de oveja.

Raven miró a Patrick con una expresión interrogativa. Entonces él carraspeó.

Drivas parpadeó muchas veces seguidas hasta que sus ojos grises y mórbidos se fijaron en los dos intrusos. El hombre los contempló con perplejidad.

—Oh, por D... ¿Quiénes sois vosotros? —preguntó poniéndose de pie con rapidez, más de la que Raven hubiera creído posible, dada su apariencia. Se colocó tras el sillón y

levantó el bastón amenazante—. ¿Qué queréis?

Raven intentó hablar, pero Patrick se le adelantó.

—¿Es usted Sebastianos Drivas?

El anciano vaciló.

—Qué queréis os he preguntado, ¡críos maleducados! —rugió—. ¿Cómo os atrevéis a irrumpir en mis aposentos a esta hora de la noche?

—Señor Drivas, sentimos mucho esta intromisión —se disculpó ella—. No queremos molestarlo, pero necesitamos su ayuda. Es algo bastante... complicado de explicar.

—¿Eh? —masculló el anciano con el bastón alzado.

—Verá... —Intentó explicar su situación, pero de pronto se sintió incapaz de articular palabra. La sola idea de que Drivas supiera cómo enviarla de vuelta al camino de luces desharía su existencia para siempre. Miró a Patrick, que captó el mensaje.

—Esta chica se llama Raven Davis. Llegó al mundo suicida en condiciones muy especiales. Ella no es una suicida; no pertenece a este lugar. —Suspiró—. Por favor, señor, ayúdenos a encontrar la manera de enviarla al lugar al que pertenece. Es una barbaridad que siga existiendo entre nosotros, sometida a los peligros de un infierno creado para pecadores... como nosotros. No es más que un ángel que cayó en estas tierras mientras volaba al cielo.

Raven volvió a sentir una punzada en el pecho al escuchar sus palabras. Drivas frunció el ceño, arrugando aún más su piel de por sí agrietada y seca.

—¡Borrachos infelices! —bramó el hombre mientras se dirigía a uno de los rincones de la habitación, donde una enorme campana dorada pendía del techo. Patrick se movió ágilmente y se interpuso entre él y el objeto que atraería a los vavmordianos en un santiamén—. Apártate de mi camino, jovencito. Te sorprenderá lo que un viejo que te lleva al menos mil años de ventaja puede hacer con un insignificante trozo de madera como este. —Lo amenazó sacudiendo el bastón, pero Patrick no se movió.

—Señor Drivas, se lo suplico —sollozó ella—, no llame a los guardias. No es una broma. Tenemos una carta del doctor Charles Merion. ¡Muéstrasela, Patrick!

—¿Merion? —La expresión del anciano se suavizó—. ¿De qué conocéis a...?

Patrick rebuscó en la mochila de cuero. Hurgó nerviosamente, sacando las saetas y cuchillos y dejando caer la ballesta a sus pies, lo que hizo que Drivas retrocediera horrorizado. Los segundos pasaban mientras vaciaba el contenido de la mochila sin éxito.



La carta de Merion no estaba.

–¡Maldita sea! ¡La he perdido! –gritó–. Debí de caérseme en el túnel.

Drivas alzó el lánguido mentón y les dedicó una mirada penetrante.

–Señor Drivas, es cierto, no soy una suicida... Yo... yo morí atropellada por una camioneta y... cuando desperté estaba en un claro lleno de luz; me encontraba caminando...

Raven se calló cuando vio que el anciano se movía con determinación. Alzó el bastón y golpeó la campana. El sonido fue seco y atronador. La piel se le erizó ante la cercanía del verdadero peligro.

Patrick estuvo a punto de tirársele encima para frenarlo, pero Raven le suplicó con un grito que no lo hiciera. Ella cogió el abrecartas que había sobre la mesa y lo elevó para llamar la atención del consejero del rey. Drivas frunció su flácido ceño, mirándola de forma interrogativa. Raven respiró hondo, levantó la otra mano y se hizo una hendidura en la palma con el filo del objeto, e inmediatamente la sangre empezó a salir. El líquido, de un rojo incandescente bajo la luz de la lámpara del escritorio, se derramó hasta la alfombra mientras Raven cerraba los ojos para contrarrestar el dolor.

Patrick corrió hasta ella y la abrazó mientras Drivas, estupefacto, observaba la escena. Raven sollozó mientras él le cogía la mano para inspeccionar la herida. Ella cerró los ojos y de inmediato supo que estaban perdidos. ¿Por qué habían llegado hasta allí? ¿Por qué el honor y el sentido de lo correcto eran más importantes para Patrick que cualquier otra cosa? Todo había sido un horrible y desastroso error, pensó mientras el sonido de la campana aún le aporreaba los oídos, como una sentencia de muerte.

Se oyeron pasos. Patrick retrocedió con ella, sin perder de vista la enorme puerta de cedro.

Cuando llamaron a la puerta, Drivas descendió los dos escalones con dificultad mientras murmuraba algo ininteligible.

–Maestro Drivas, ¿ocurre algo? –preguntó una voz inquieta desde el pasillo.

Raven apretó los párpados cuando el anciano giró el pomo de la puerta. Patrick retrocedió aún más, con ella ceñida a su cuerpo; juntos se agazaparon tras una cortina roja. Él echó un vistazo a su ballesta, que aún permanecía en el suelo junto a las saetas, y después miró al hombre que estaba de espaldas. Sus ojos azules se habían convertido en dos rendijas negras en la oscuridad.

—¡Oh, no! —exclamó Drivas con una risa de Santa Claus—. Majaderías de viejo; sólo he tocado la campana porque había perdido mis pergaminos, pero ya los he encontrado. ¡Falsa alarma, muchachos! Volved a vuestros puestos.

Los músculos contraídos de Raven se destensaron. Patrick la abrazó más fuerte y dejó escapar un suspiro sordo que chocó con su cuello.

—¿Está seguro? —preguntó otra voz, esta vez con tono receloso.

—Completamente —contestó el anciano en tono arrogante—. Me aseguré de beber toda esa botella de cicuta antes de quedar senil. ¡Id a trabajar!

Uno de los hombres balbució una disculpa, pero para entonces Drivas ya le había dado un portazo en las narices. Raven y Patrick se miraron sin poder creer lo que acababa de suceder.

Cuando los guardias se marcharon, el anciano se volvió hacia el escritorio con expresión triunfal. Sus ojos grises se habían iluminado con un velo de curiosidad. Los chicos salieron de su escondite.

—Tú —le dijo a Raven apuntándola con un dedo— tienes que explicarme unas cuantas cosas.

Tras comprobar que la sangre era auténtica, Drivas le desinfectó la herida con un poco de coñac y después le envolvió la mano con un trozo de gasa. Raven y Patrick le explicaban lo que recordaban de la carta del científico, en la que describía los resultados de su breve estudio. Ella relató una vez más la historia de su muerte, su paso por el camino de luces y su salto al mundo suicida, pero prefirió omitir los detalles de su empatía, ya que nadie sabía cómo podrían reaccionar los vavmordianos ante un poder como ese. Cuando el relato llegó a su fin, presintió que una marea de preguntas estaba a punto de brotar de los labios del anciano.

—Hemos venido desde la montaña, exponiéndonos a que los guardias de la ciudad nos capturen, sólo para hablar con usted —afirmó Patrick, que había estado sosteniendo su mano todo el tiempo—. Dígame que puede ayudarnos, señor Drivas.

El hombre no contestó. Caminó lentamente, como sumido en un trance, hasta las cortinas rojas situadas tras su escritorio y las abrió. Raven vio tras ellas un enorme pergamino abierto adherido a la pared. Al principio no comprendió de qué se trataba. Allí, esbozado en el centro, se hallaba un círculo repleto de pequeñas figuras que le

hicieron ladear la cabeza. Dentro de la gran esfera destacaba una llamativa imagen a la cual todo lo demás parecía subordinarse: un bosquejo del sol, dorado y con ondas escalonadas que representaban sus rayos. Alrededor había números trazados sin ningún orden específico, flanqueados por doce lunas, situadas a una misma distancia del astro rey, formando un anillo plateado. El próximo círculo era mucho más preciso, representado por puntos negros, y más allá vio finas rayas situadas muy cerca unas de otras. El último anillo estaba formado por números romanos e inscripciones que Raven no podía leer desde su posición. Al menos sabía que se trataba de un calendario lunar.

Drivas miró el boceto un buen rato mientras se daba golpecitos en los labios con los dedos. Patrick y Raven se miraron expectantes, pero no se atrevieron a abrir la boca. Habían esperado que Drivas la interrogara con el mismo entusiasmo que Chad y el doctor Merion, pero no había sido así.

—Raven Davis —la llamó finalmente mientras le dirigía una mirada calculadora—. ¿Eres consciente de que has roto las leyes del universo con tu incursión en este mundo?

Ella se encogió de hombros. No lo había visto de ese modo. A decir verdad, nunca había sospechado que el hecho de intentar salvar a una amiga a la que creía en problemas la llevaría a «romper las leyes del universo», pero ahora le importaba muy poco lo que su ciega solidaridad pudiera causar. Sólo deseaba que ese hombre no supiera cómo enviarla al camino de luces.

—¿Eso es grave? —preguntó Patrick con cautela.

—¿Cómo saberlo? ¿Quién puede calibrar la ira de Dios? —dijo llevándose las manos tras la espalda—. Ni un astrónomo milenario, ni un par de críos como vosotros.

—¿Quiere decir que no sabe cómo ocurrió todo?

—Lo sé —asintió—. Es un tema que estudié hace muchísimo tiempo, pero que después abandoné, convencido de que a veces la ignorancia es más saludable para el hombre.

—Eso es absurdo... viniendo de usted —insistió Patrick.

El anciano suspiró y elevó la vista hacia el calendario lunar.

—Eso diría la mayoría, pero confío en que con el paso del tiempo todos lleguen a comprenderme. —Drivas guardó silencio un momento, hasta que volvió a mirarlos con gesto solemne—. Estamos aquí porque la naturaleza, o el Creador, como queráis llamarlo, nos consideraron unos pecadores temerarios, demasiado nocivos para el cielo y muy cobardes para el infierno. Nos trajo hasta aquí para enseñarnos a tolerar la vida a la que renunciamos; no reencarnados —eso hubiera sido una bendición—, sino en el cuerpo y la

mente de la que intentamos escapar sin la posibilidad de olvidar. ¿Un castigo? Es posible. ¿Una oportunidad? ¿Por qué no? Cada quien debe asumir su «segunda vida» como mejor le parezca, teniendo en cuenta que será eterna. Por desgracia, la mayoría ha elegido seguir pecando aquí y por ello este siempre será un territorio de guerras, mis muchachos. Siempre habrá una pugna porque aquí seguimos sacando sin reservas lo peor de nosotros. Pero esas pruebas están reservadas para almas suicidas. Aquí no puede haber almas que no hayan cometido la misma infracción que nosotros.

–Si así fuera, no habría conexión entre los dos mundos –replicó ella–. Lo cierto es que estoy aquí, por alguna razón.

–Sí, lo estás... y veo en tus ojos que quieres seguir estando, jovencita –la acusó.

Ella se quedó lívida y miró a Patrick fugazmente. Él apretó más fuerte su mano.

–¿Qué pasaría si lo hago?

–No lo sé; eres la primera alma lo suficientemente curiosa para notar las sombras del mundo suicida desde la ascensión a las alturas.

–¿Cómo fue posible que eso ocurriera? –preguntó Patrick.

Drivas volvió a mirar el calendario lunar.

–Interlunio –susurró–. O la fase de luna nueva, como queráis llamarlo. La luna se encuentra justamente entre la Tierra y el Sol, formando un ángulo de ciento ochenta grados, tan exacto que esa pequeña moneda brillante en el cielo queda totalmente fuera de nuestro campo visual, oculta por el poder del sol –explicó señalando una luna negra en el gráfico–. Y cuando esto sucede, también se alinean los mundos de la muerte; Laros, es decir, el infierno; Vertes, el cielo, y Miaros, mejor conocido como el mundo suicida. Desde aquí es posible ver, por un periodo muy breve, las luces que conducen a las almas a Vertes y las llamas de Laros consumiendo a todo el que se lo haya ganado en la Tierra. Por supuesto, muy poca gente las ha visto, ya que sólo aparecen en el Bosque de los Peregrinos, donde no vive nadie.

Raven estaba atónita. Así que así era como había sucedido todo.

–¿Eso quiere decir que las luces aparecerán en la próxima luna nueva?

Patrick hizo la pregunta más pronto de lo que Raven hubiera deseado. Su urgencia por acabar con todo la hería, pero ella había prometido luchar «incansablemente» hasta encontrar su compuerta a un mundo llamado Vertes. No podía fallarle. Debía hacerlo, aunque doliera.

El anciano apoyó las manos en el escritorio y los miró de un modo indescifrable.

—No es tan sencillo —afirmó con una ligera mueca de impotencia. Raven abandonó la postura de abatimiento que había adoptado y se irguió cuando un rastro de esperanza iluminó su panorama—. No todos los interlunios son tan precisos como el que trajo a Raven a Miaros. Para que esto sucediera, la alineación entre los astros debió ser perfecta... debió ser un eclipse solar. De hecho —se volvió hacia el calendario lunar—, de acuerdo con las fechas que me habéis aportado, su aparición fue simultánea a un eclipse total que se produjo en alguna parte del planeta. Las luces duraron mientras la cara de la luna bloqueaba los rayos del sol.

—¿Y cuándo será el próximo eclipse? —preguntó Raven con la boca seca.

Drivas caminó hasta una de las altas estanterías y extrajo un pesado libro que abrió sobre el escritorio. Mientras rebuscaba en él, humedeciéndose los dedos antes de pasar las páginas, el corazón de Raven se constreñía. El anciano halló una página que ella no alcanzó a ver y se la acercó tanto a la cara que parecía que iba a comérsela.

Después de unos segundos, Drivas pasó de nuevo la página. Raven miró a Patrick temerosa; él sostenía una expresión lánguida. Antes de que pudiera preguntarle qué ocurría, Drivas volvió a poner el libro sobre la mesa.

—Pues, según mi calendario, será en... —murmuró mientras repasaba una larga lista con el dedo índice. Se detuvo en una línea que recorrió en toda su longitud hasta el final. Raven pensó que iba a volver a morir si el anciano no hablaba pronto—. En diecinueve años —pronunció entonces con dificultad, como si no le gustara nada lo que el libro había revelado.

Raven, en cambio, se puso de pie de un salto. ¿Diecinueve años? No era toda la eternidad, pero le bastaba por el momento. ¡Dios... sí, sí que le bastaba! En diecinueve años las cosas podían cambiar.

—¿Está usted seguro, señor Drivas? —balbució Patrick con una expresión indescifrable, tal vez una mezcla entre estupefacción y decepción. Raven se obligó a dejar de mirarlo.

—Claro que estoy seguro, hijo. Yo mismo escribí este libro —afirmó.

Después de recomponerse, el hombre arrancó la página, que apuntaba el día exacto y la hora del fenómeno, y se la entregó a Patrick de mala gana.

—Eso es todo lo que buscábamos, señor Drivas. Le agradezco mucho que... —dijo Raven dando unos pasos irreflexivos hacia la puerta, pero el anciano la interrumpió.

—No... hay algo más. —Raven percibió que aquella voz vehemente no prometía nada bueno—. ¿Acaso no quieres saber por qué sangras, Raven Davis?

Patrick y Raven lo miraron confundidos.

–¿Es porque... las almas de Vertes pueden hacerlo? –sugirió ella.

Drivas negó con la cabeza.

–No, es porque aún estás viva.

Raven creyó que iba a vomitar cuando Patrick la condujo a tropicónes escaleras abajo. Los pasillos del sótano del castillo, por fortuna, estaban sumidos en la penumbra. Su mente era una maraña de pensamientos incoherentes, de sentimientos encontrados. Sus labios pujaban por sacar cientos de sollozos contenidos; los brazos y las piernas le temblaban como palitos de gelatina.

¿Viva? ¿Cómo podía estar viva y al mismo tiempo morar en el mundo de Miaros con todos aquellos suicidas? No podía ser. ¡Era una estupidez! Se negaba a aceptar que aún pudiera despertar y regresar a la vida que había abandonado aquella mañana, cuando la camioneta la arrolló frente al supermercado.

Las últimas palabras de Drivas antes de que abandonaran la habitación eran recuerdos borrosos en su cabeza. «La sangre es la esencia de la vida», había dicho el sabio. En el mundo de Miaros y en cualquier otro, aquello significaba la continuidad de la existencia en el primer mundo, con el que aún no se habían roto todos los lazos. El hombre aseguró haber visto sangrar a algunos suicidas durante sus primeros minutos en Miaros, cuando sus corazones y cerebros continuaban palpitando en el otro mundo y su agonía se extendía a los dos estadios del universo. No obstante, esta condición desaparecía poco después, cuando sus ataduras con la vida se cortaban irreparablemente... o cuando el alma quedaba adherida a la vida y era el cuerpo el que se desvanecía del bosque.

La realidad de Raven, sin embargo, no tenía ningún precedente para Drivas. Una joven viva estancada no entre dos dimensiones sino entre tres: Vertes, Miaros y el primer mundo. Era más de lo que él se había propuesto saber jamás: una ofensa a las leyes del universo. Una abominación.

Su insólita existencia, tan insólita como vulnerable, era un enigma demasiado complejo. Podía ser borrada tanto del mundo de los vivos como del mundo suicida si algo llegaba a sucederle: una parada cardíaca, un accidente, una enfermedad... un suicidio. Cualquier daño podría inducir su ruptura definitiva con la vida... y con su existencia transitoria en Miaros. En pocas palabras, Raven podría morir de nuevo, como

lo había intuido junto al doctor Merion, y de ser así su destino era incierto. ¿Adónde iría a parar un alma de Vertes muerta en Miaros? ¿Qué parajes del universo le corresponderían?

Pero también podía despertar y volver al mundo de los vivos, donde su corazón debía de seguir latiendo, alejado de su conciencia, en algún hospital de Inglaterra.

Nadie era lo suficientemente sabio para determinar su futuro, ni siquiera el gran Sebastianos Drivas.

Patrick no había dicho una palabra. Raven lo miraba mientras continuaban descendiendo por las escaleras de caracol para buscar a Mateusz. Su expresión era tensa y neutral. Debía de estar muy enfadado por la revelación de Sebastianos Drivas. Al menos, le sostenía la mano con fuerza mientras avanzaban por los pasillos oscuros y vacíos de Morden. Era todo lo que necesitaba por el momento.

Llegaron al oscuro pasillo donde habían visto a Mateusz, pero él no estaba por ninguna parte.

—¡Maldita sea! —gruñó Patrick con los dientes apretados—. ¿Dónde se ha metido ese chico?

Se miraron con horror, conscientes de lo que aquello podía significar. Raven sujetó con fuerza la mano de Patrick, sintiendo que se derrumbaba. Un horrible presentimiento la oprimía por dentro.

Un instante después, unas luces poderosas se encendieron con un rugido. Patrick no tuvo tiempo de volver la ballesta. Un guardia les apuntó con una extraña arma, mucho más intimidante. Ambos levantaron las manos en actitud indefensa.

—¿Se os ha perdido algo en Vavmordia, montañeses? —soltó una voz áspera.

## CAPÍTULO 16

# Prisioneros

El Edificio de Seguridad de Vavmordia se hallaba a una calle del Castillo de Morden y Pierrepont Circus, la plaza donde Drivas era homenajeado con un espectacular monumento. Raven lo vio con una sensación de aprensión mientras era conducida junto a Patrick por la calle adoquinada.

Los guardias habían atrapado a Mateusz y después habían hecho lo mismo con ellos. Ahora, los tres iban esposados, caminando a empujones al lugar a donde eran llevados todos los rebeldes y recién llegados. Raven hizo un esfuerzo monumental para ocultar sus lágrimas; no dejaría que los vavmordianos se dieran cuenta de su condición. Ya era suficiente saber que todo se había ido al demonio, que Patrick y Mateusz serían enviados a las canteras o a las minas, donde todos los hombres eran tratados como bestias, y que ella... En realidad, no tenía ni idea de lo que harían con ella, pero estaba segura de que no la esperaba nada bueno. Levantó la vista del suelo, fijándola en Patrick, que mostraba su habitual expresión de orgullo y arrogancia, pese a las esposas que le inmovilizaban las manos tras la espalda.

Los guiaron por la entrada principal del edificio, una estructura monótona de ladrillos pintados de blanco y grandes ventanas de vidrio. En el interior, algunas personas trabajaban tras amplios escritorios mientras otras caminaban con prisa por los pasillos, sin prestar atención a la llegada de los nuevos prisioneros.

Los dos vavmordianos los introdujeron en un ascensor con mecanismos de grúa y los trasladaron hasta el primer piso. Allí encontraron un amplio recinto de paredes blancas, pero pobremente iluminado, donde Shadow y Barto los esperaban. Oh... así que esa bruja suicida había escapado y avisado a los guardias de su presencia, gruñó en su interior.



El chico de cabellos largos ensortijados observó a Patrick con una sonrisa triunfal y el frenesí de un obsesivo coleccionista que finalmente hubiera completado su repertorio con la pieza más deseada.

–Y esto es lo que yo llamo una buena pesca –celebró–. Felicidades, Sha.

–No ha sido nada –respondió Shadow con la barbilla alta.

Raven apretó los puños. Sintió ganas de abofetear a aquella estúpida adúladora a la que una vez había querido ayudar. Cuánto se arrepentía de ello ahora.

–Qué ironía, Kerr –alardeó Barto, inflándose como un pavo real–. He peinado todo el maldito bosque para hallaros a ti y a tus compañeros, y te atrapamos precisamente a una calle de nuestro centro de operaciones. Vaya, sí que eres considerado, ¿nos lo has puesto todo muy fácil!

–Ya veo. Alistair debería reemplazar algunos de sus cazadores con chicas –escupió Patrick.

Barto apretó la mandíbula y su mirada se enturbió.

–Mi chica –enfaticó, tratando de no mostrarse ofendido. Atrajo a Shadow para darle un beso en los labios. Ella cerró los ojos y recibió sus atenciones con un gesto de placer. Raven contuvo las náuseas. Era cierto, los dos estaban hechos de la misma basura, por más cosas que ella hubiera tenido que sufrir–. Tú y yo hablaremos más tarde, Kerr.

Seguidamente, el melenudo le echó un vistazo a Raven.

–Oh, pequeña escurridiza, ¿eres tú! Nos vimos en el bosque, ¿recuerdas? –exclamó con un tono jovial que sus ojos no compartían. Se volvió y miró a Mateusz–. Estabas con este infeliz... Ahora entiendo por qué él estaba en un piso que no debía. Él os guió por el castillo, ¿verdad? –Los tres presos permanecieron callados–. Al menos, él no huyó de mí en el bosque como tú. Eso estuvo muy mal. Sólo quería invitarte a conocer nuestra humilde ciudad. Fuiste muy descortés –dijo llevándose la palma de la mano al pecho–. Espero que los montañeses no te hayan comido la cabeza.

Raven fue incapaz de pronunciar palabra.

Los ojos del vavmordiano se convirtieron en dos rendijas oscuras mientras la estudiaba con un extraño aire ceremonial, como si se esforzara por ver en ella algo que no era evidente a primera vista.

–Dime, querida, ¿qué te ha parecido Vavmordia? Bonita, ¿no crees? Imagino que la has encontrado mucho más aceptable que el bosque, con todas sus incomodidades. Déjame decirte algo: es un lugar muy especial, para gente especial. –Pronunció aquella

última palabra con malicia—. También deberías ver nuestras canteras y nuestras minas; no creo que te gusten mucho, pero son lugares muy inspiradores. ¿No es así, Kerr?

—¿Qué quieres? —rugió Patrick—. ¿Por qué nos has recibido tú y no un clasificador? ¿Tantas ganas tenías de verme como prisionero, Barto?

—No te sobrestimes, Kerr —le dijo con gesto desdeñoso—. Quería verla a ella. —Raven tragó saliva—. Tú sabes por qué, pequeña —dijo extrayendo un sobre del bolsillo de su chaqueta.

Raven dio un respingo y Patrick soltó una maldición. Era el sobre que contenía la carta escrita por Charles Merion dirigida a Sebastianos Drivas, donde todo el caso de Raven estaba detalladamente explicado. Ahora estaba en poder de los vavmordianos.

—Lo siento, Patrick —dijo Shadow encogiéndose de hombros—. No debiste guardarla en el bolsillo posterior de tu pantalón. No es buen sitio para un papel tan importante.

—Así que... una no suicida —soltó Barto con una risita mordaz—. ¿En qué estabas pensando para lanzarte así a nuestro mundo, Raven?

Ella tomó aire con dificultad.

—Quería salvar a Shadow —afirmó.

—¿A mí? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

—Sí, nos vimos, ¿recuerdas? —Su voz se quebraba por el miedo—. Creí que estabas perdida y fui detrás de ti. Quería ayudarte.

Shadow fingió un bostezo. ¿A aquella trastornada cruel y egoísta era a quien quería salvar?

—No debiste molestarte, Blancanieves. Tú no eres nadie para mí y yo no soy nadie para ti.

Barto sonrió divertido.

—Bien, basta de charlas. —Echó un vistazo furioso a Mateusz, que dio un paso atrás, con el rostro descompuesto de pavor—. Tú, bastardo ingrato, pareces muy escuálido para el trabajo rudo, por eso te enviamos como criado en el castillo... ¿y así es como nos pagas? —El pobre chico negaba con la cabeza, encogiéndose como un cachorro. Barto lo cogió por la cabeza con ambas manos, dirigiéndole una falsa mirada compasiva. Mateusz se alteró ante el contacto del cazador—. Tranquilízate, chico —le dijo en voz baja—, los vavmordianos no somos tan desalmados como seguramente te han hecho creer. Creo que dejaré pasar esta pequeña falta.

Raven, que había estado conteniendo la respiración, abrió los ojos como platos. ¿Qué se traía Barto entre manos? Miró a Patrick, que parecía comprender mejor lo que estaba sucediendo.

–Pero no antes de que recibas tu castigo.

Entonces, con una fuerza demoledora, apretó la temblorosa cabeza con sus manos. Un gorjeo y después un grito delirante escaparon de los labios de Mateusz, cuya cabeza crujió como una nuez bajo el poder de Barto. Sus miembros se sacudieron compulsivamente, pero después todo movimiento cesó.

–¡No! –aulló Raven mientras el cuerpo del chico caía inerte al suelo–. ¡Mateusz!

–¡Quítale las esposas a la chica! –ordenó Barto a uno de los guardias.

El hombre lo hizo, mientras otro cogía los pies de Mateusz para sacarlo a rastras de la habitación, como si fuera un saco de desperdicios. Ella lo miraba embargada por una ola de tristeza... y culpa. Era la segunda vez que las cosas terminaban mal para él por intentar ayudarla.

Estaba tan aturdida por la visión de aquel cruel castigo que no se había percatado de que Barto le había cogido la mano libre, envuelta en la gasa. De repente, le arrancó la venda sin ninguna delicadeza.

–¡Déjala en paz! –rugió Patrick haciendo un esfuerzo por soltarse del agarre del guardia.

–Tranquilo; es sólo curiosidad –dijo el melenudo sin mirarlo.

Cuando la mano de Raven estuvo desnuda frente a sus ojos, Barto pestañeó y dejó escapar un suspiro de admiración. La herida aún estaba fresca y la sangre comenzó a manar de nuevo. El vavmordiano la detuvo con un lametazo. Ella arrugó la nariz e intentó apartarse, pero él la agarró con más fuerza. ¿Qué clase de enfermo era?

Los ojos de Barto viajaron de la sangre al rostro de Raven con pasmosa lentitud. Su labio inferior estaba manchado de rojo. Se lo secó con la manga de la camisa. Ella le devolvió la mirada con nerviosismo y de pronto sintió que una gota de sudor le resbalaba por la nuca hasta la espalda. Aquella era la mirada de un asesino curtido. Entonces, las inquietantes vibraciones volvieron a abrumarla. La habitación se tambaleó, las luces parpadearon. Sus ojos y oídos volvieron a congestionarse con un torrente de imágenes y sonidos indeseables.

Barto, apodado «el Demonio de Northampton», a finales del siglo XVIII, no era la clase de enemigo que un hombre cuerdo quisiera ganarse. Temido duelista, ladrón de bancos,

apostador compulsivo e implacable asesino a sueldo, se había ganado a pulso el temeroso respeto de todos los habitantes de su pueblo. Nadie se atrevía a denunciarlo ante las autoridades, ni siquiera aquellos que habían sufrido en carne propia sus abusos. Barto sabía que tenía que tener cuidado con la policía, pero también era consciente de que los cobardes campesinos de Abington eran incapaces de hacer algo que desencadenara su ira.

Como todo hombre que vive al margen de la ley, Barto podía contar con los dedos de su mano aquellas personas en las que sabía que podía confiar: sus hombres, su venerada madre y Saddle, su adorable esposa. Lo único que Barto no perdonaba era la deslealtad... ¡jamás! Maldito fuera todo el que osara traicionarlo. Pero un día, ella, su hermosa y buena Saddle, decidió darle el golpe más brutal de todos. Llevó a los policías hasta su guarida. Lo traicionó.

Barto enloqueció tras los barrotes de la prisión. Un par de días más tarde, cuando su odio había fermentado lo suficiente, logró matar a los guardias y escapar. Al llegar a casa de nuevo, encontró a esa maldita traidora en la cocina. Sin mediar palabra, le pegó dos tiros en el pecho. Saddle no merecía vivir; nadie que hubiera traicionado su confianza lo merecía. Sin embargo, una punzada de arrepentimiento lo estrujó por dentro un minuto después de cometer el crimen. La imagen de Saddle bañada en sangre le hizo despertar de su delirio. El Demonio de Northampton gimoteó y le pidió perdón a gritos, aun cuando ella ya no respiraba. Presa de la culpa, se llevó el cañón de la pistola a la boca... y apretó el gatillo.

Por un instante, Raven sintió que una ola de fuego le quemaba la garganta.

Patrick, que había captado todo lo que sucedía, intentó acercarse, pero aún tenía las manos esposadas. El guardia lo detuvo por los hombros para evitar que se moviera.

—Oh, no, no. Tranquila —dijo Barto cuando vio que el rostro de Raven se descomponía—. No voy a hacerte daño. No tienes por qué temerme, pequeña.

Raven había visto el cuerpo ensangrentado de Saddle en el suelo de la vivienda, con dos agujeros rebosantes de sangre a la altura del pecho. Aquella imagen le recordó la visión de Shadow en el baño del dormitorio del Saint Augustine el día en que acabó con su vida. Tenía esa misma expresión sombría y laxa que había poblado sus sueños durante meses.

Trató de recomponerse. Levantó la vista hacia su ex compañera del instituto, comprobando que ella estaba observándola con el ceño fruncido. Entonces comprendió

que Shadow debía tener cuidado de no cometer el mismo error que Saddie, o Barto también la castigaría.

—¿Qué te pasa, Blancanieves?

—Nada —balbució ella haciendo un esfuerzo por permanecer firme—. Sólo que no puedo creer que me hayas hecho esto, Shadow. ¡Éramos amigas!

La chica abrió los ojos como platos.

—¿Amigas? ¿Qué estás di...?

—¿Has olvidado que siempre te defendía de los alumnos del instituto y de los profesores que te criticaban por tu aspecto? —la acusó—. Quise estar de tu lado cuando todos los demás te rechazaban. Era tu única amiga. No tenías a nadie más... Y tú me has traicionado. ¡Eres una sucia traidora y siempre lo serás!

Barto entornó los ojos ante la severa acusación. Soltó la mano de Raven.

—¡Deja de decir estupideces! —rugió Shadow—. Sabes muy bien que nunca fuimos amigas. En el fondo siempre me despreciaste, como todos los demás. ¡Admítelo! Me considerabas un bicho raro. ¡Admite que querías cambiarte de dormitorio porque me considerabas muy poca cosa para compartir el mismo espacio!

Raven mostró un gesto de indignación.

—Sólo intentas justificarte porque no te conviene que Barto sepa que eres una traidora, como Mateusz. También lo traicionarás si tienes la ocasión, ¿no es así? —musitó.

El melenudo dejó escapar un leve gruñido y le dirigió a Shadow una mirada hostil. Esta se puso tan nerviosa que los sonidos que se formaron en su garganta no lograron convertirse en palabras. Su vista se paseó aprensiva entre Raven y el temible vavmordiano. Raven sonrió para sus adentros. Confiaba en que Barto lograra lo que ella no podía.

Patrick observó la escena con atención. Probablemente presentía que aquello no había sido una acusación casual. Raven también deseaba demostrarle a él que sus poderes podían ser útiles en situaciones difíciles.

—Ten cuidado con esta —dijo mirando al vavmordiano—. No es de fiar.

—¡Cállate! —bramó Shadow—. No le hagas caso, Barto, sólo quiere vengarse de mí.

—¡Basta ya! ¡No tengo tiempo para discusiones de mujeres! —gruñó él—. ¡Encerradlos! —gritó a los guardias. Inmediatamente después, salió de la habitación con paso airado.

Shadow le dirigió a Raven una mirada lacerante.

—Te vas a arrepentir de esto, Raven. Me aseguraré de que te conviertan en doncella de los obreros. ¡A ver si te gusta que te manoseen los suicidas depravados de las canteras!

Raven y Patrick fueron introducidos en una celda al final de uno de los pasillos. Cuando se vio a solas con él en aquel reducido espacio, lo abrazó con fuerza. Los recuerdos del horrendo castigo de Mateusz retornaron a su mente.

—Tranquila —susurró Patrick, adivinando sus pensamientos—. Sé que ha sido espeluznante, pero se despertará pronto.

Raven había olvidado por un instante que los suicidas de Miaros eran inmortales. Cuando vio el pobre cuerpo de Mateusz en el suelo, con la cabeza estrujada, sólo pudo pensar en que Barto lo había matado. Patrick tenía razón. El chico despertaría pronto, pero, una vez que lo hiciera, ¿qué ocurriría con él?

—¿Qué les hacen a los suicidas traidores? —Patrick no respondió; tampoco fue necesario. Dedujo que lo sepultarían y las lágrimas le llenaron los ojos.

—Encontraré la manera de salir de aquí.

—Pero, Patrick, ellos saben que yo... Nos harán lo mismo que a él.

—¡No lo permitiré! —Su rostro se ensombreció—. ¡Soy un completo imbécil por no haber guardado mejor esa carta! Soy el responsable de todo lo que ha ocurrido —dijo con amargura.

—No, no es culpa tuya, ¡fue Shadow!

—No, ¡hablo en serio! —la interrumpió bruscamente—. ¡Yo fui quien insistió en venir a esta cueva de lobos aun sabiendo que era peligroso! Aún no puedo creer que haya sido un capricho mío el que nos trajo hasta Vavmordia.

—¡Escúchame! —dijo Raven mirándolo con seriedad—. Querías que conociera mis opciones. Eso fue lo que dijiste. Está bien, ahora las conocemos... y créeme que estoy... —dejó de hablar cuando se dio cuenta de que Patrick no le prestaba atención. Estaba absorto en sus propios pensamientos, con la vista fija en el pasillo.

¿Por qué aún no decía nada respecto a lo que les había revelado Sebastianos Drivas? Sabía que tal vez no era el momento adecuado, pero aun así...

—Escaparemos de este maldito agujero. ¡Te lo juro! —susurró—. Debemos pensar en algo antes de que nos separen. Probablemente te lleven con un clasificador y a mí me envíen de nuevo a las canteras, al otro lado de la montaña. —La miró con angustia—. No sé qué están pensando hacer contigo, pero no voy a dejarlos.

—Lo sé —musitó ella, mirándolo con adoración.

Patrick comenzó a ir y venir a lo largo de la estrecha celda. Durante unos largos minutos, lo único que Raven oyó fueron sus zancadas por el suelo gris de losas y las voces graves de los guardias al otro lado del pasillo. El corazón le latía con rapidez y se sentía como si estuviese clavada en el suelo, sin fuerzas para mover un solo músculo. Se dejó caer sobre un pequeño taburete, no supo siquiera cómo, y así permaneció un buen rato.

De pronto, Patrick se detuvo y se acucilló frente a ella.

—Raven, escúchame —le dijo con los ojos ardiendo, como dos llamas azules—; tienes que ayudarnos. Tienes que usar tu poder.

Ella se miró las manos con nerviosismo. Estaba temblando.

—Pero, yo... no puedo. No sé cómo.

—Sí sabes; sí puedes. Sólo tienes que concentrarte. —Patrick le tocó la frente con la nariz.

—He leído a Barto. He visto cómo mató a su mujer cuando lo traicionó —dijo con voz trémula mientras recordaba a Saddle tirada en el suelo—. Por eso le he dicho todas esas cosas a Shadow.

—Sí, me he dado cuenta... —Sonrió con tristeza—. Muy bien.

—Pero es todo lo que puedo hacer. Esto no sirve sino para hacerme daño, Patrick... Es... —Sollozó—. Ni siquiera sé cómo controlarlo.

—Trata de leer más. Trata de ver adónde te llevarán. Averigua qué piensan hacer contigo. Hurga en sus debilidades, como lo hiciste con Barto. No deseo presionarte, cariño, pero debo ser realista —reconoció con los ojos cerrados—. Si nos separan, será mucho más difícil escapar... y eso es probablemente lo que van a hacer. Temo que te aislen hasta que sepan qué hacer contigo.

Era cierto. Ambos dependían de lo que ella pudiera hacer antes de que los separaran. Ella no estaba dispuesta a dejar que los vavmordianos le hicieran a Patrick lo mismo que a Mateusz. La sola posibilidad le nubló la mente. Debía hacer algo. Debía hacerlo ya.

—En unos minutos vendrá un clasificador y te hará muchas preguntas para determinar cómo puedes ayudar a Vavmordia —continuó Patrick—. Al menos es lo que hacen con todos los recién llegados. Debes decirles que eres buena en... asuntos relacionados con...

En ese instante, se oyeron pasos aproximándose a la celda. Patrick frunció el ceño justo en el momento en que uno de los guardias se acercaba para volver a abrir la reja.

Los dos se miraron horrorizados. ¿Venían a por ellos tan pronto?

El hombre tomó a Patrick por los hombros y lo condujo a la fuerza por el corredor hasta la amplia habitación donde habían visto a Barto y Shadow, hacía poco menos de veinte minutos. Lo mismo hizo con Raven un segundo después. Aquellos dos seres despreciables habían regresado, pero ahora no estaban solos. Junto a ellos se hallaban Angus y Zweig, los otros dos vavmordianos que Raven había visto en el bosque y que ahora los miraban con un malicioso regodeo.

Todos estaban acomodados en torno a la figura de una cuarta persona, que a su vez los eclipsaba con su imponente presencia y su aura de poder. Era un hombre alto, fornido, de unos bien llevados cuarenta y ocho o cuarenta y nueve años, y parecía recién salido de una película medieval. El cabello castaño dorado le caía en cascada hasta los anchos hombros. Llevaba barba y un tupido bigote que ocultaba parcialmente el mohín de su boca, un gesto de expectación. Sus puños estaban aferrados con fuerza a las caderas.

Raven no necesitaba que le dijeran que aquel vavmordiano era Alistair.

El hombre contempló a Patrick con un atisbo de decepción y después relajó la postura.

—Oh, Patrick, ¿era necesario que llegáramos a esto? —le preguntó casi con afecto paternal—. Capturarte en estas condiciones, como si fueras un vulgar delincuente...

Raven conocía bien a Patrick y sabía que se había sorprendido al ver a aquel hombre que parecía demasiado importante para molestarse en hablar con prisioneros, aunque su rostro mostraba la más absoluta frialdad. Era un buen actor cuando se trataba de ocultar sus emociones.

—Eso es lo que soy para todos vosotros, ¿no? —respondió él con amargura.

—No digas eso, muchacho. —El rostro de Alistair mostraba un dejo de tristeza—. Eres tú quien ha escogido vivir al margen de las leyes de Vavmordia y desperdiciar todo ese talento que tienes. Has hecho desaparecer a la mitad de los hombres que he enviado por ti al bosque. Por eso Nicanor y yo sabemos que tú podrías dirigir este ejército tan bien como yo, aun con los brazos atados a la espalda.

Raven captó el momento en el que Barto hacía una mueca de indignación. Ella también estaba pasmada; nunca hubiera imaginado que los vavmordianos estuvieran interesados en reclutarlo. Ahora entendía por qué el melenudo se la tenía jurada.

—Te ofrecimos todo, Patrick: un lugar en la corte, un castillo, una de nuestras diosas o más de una si así lo deseabas. Y mira adónde te ha empujado tu obstinación de seguir a esos montañeses insurrectos. Dime, ¿de qué ha servido todo este esfuerzo? ¿Qué has



ganado? –preguntó extendiendo los brazos a uno y otro lado de su cuerpo en una pose de impotencia.

Raven miró a Patrick, que mantenía su postura erguida y arrogante. Sus ojos azules estaban entrecerrados.

–¿Redención? –soltó con aire burlón. Su voz sonó como un golpe de hielo.

Alistair sonrió con indulgencia. Los vavmordianos que estaban a sus espaldas dejaron escapar risitas burlonas.

–No seas ingenuo, Patrick. Ya estamos condenados, ¿aún no lo has captado? No hay redención que valga –le dijo con ternura y compasión, como si estuviera revelándole a un niño que el Ratoncito Pérez no existe–. Lo único que nos queda es hallar la manera de subsistir en este miserable hueco donde nos han arrojado como residuos del primer mundo. Y mejor hacerlo garantizando la mayor felicidad posible, ¿no lo crees?

–¿Cumpliendo el deseo de Nicanor de extenderse cada vez más y seguir sometiendo y aprovechándose de todas las almas que caen en este maldito agujero? ¿Abusando de las mujeres? ¿Sepultando ancianos y niños porque no son fuertes para el trabajo rudo? ¿Esa es tu idea de la «felicidad», Alistair? –preguntó Patrick con tono áspero.

El vavmordiano permaneció unos segundos en silencio. Raven sintió un escalofrío. Captó el instante en el que Shadow tragaba saliva y parpadeaba repetidamente.

–Patrick, cuando desperté en el Bosque de los Peregrinos, los cazadores de Agretha me tomaron prisionero y me forzaron a ser obrero y leñador durante más de un siglo. No llegué aquí siendo jefe del ejército de Vavmordia; fue un lugar que me gané a pulso. Miaros está hecho para los más fuertes, como tú y como yo, para quienes luchan por llegar a lo más alto. Quien aspire a ser alguien en Vavmordia, en Agretha o en cualquiera de las ciudades debe ganárselo. ¡No te sirve de nada hacerte el héroe! Dios dejó de ver tus buenas acciones hace tiempo.

–¡Sólo me importa lo que yo veo! –rugió–. No pierdas tu tiempo conmigo, Alistair. Prefiero estar en una fosa toda la eternidad antes que seguir las órdenes de un depravado como Nicanor. Y definitivamente lo prefiero antes que seguir las órdenes de un perro de cacería como tú.

Los demás vavmordianos, Shadow incluida, se quedaron fríos ante esas palabras fieras. Raven temía que aquel reclamo desatara la ira del gigante de cabellos largos, que hasta ahora se mostraba raramente ecuánime y compasivo.

–Siempre has tenido agallas, Patrick –murmuró Alistair, aún sin una pizca de enfado–. Esa siempre ha sido una de tus mejores virtudes. Pero de nada te servirá seguir actuando así. Eres igual que nosotros; cometiste el mismo pecado que todos los que estamos en esta habitación. –Se volvió para mirar a Raven con un brillo demoníaco en sus ojos oscuros–. Por supuesto, todos menos esta señorita. ¿Cómo te llamas, cariño?

Ella se humedeció los labios con la lengua.

–Raven –murmuró–. Raven Davis.

–Raven –repitió–. ¿Sabes una cosa, Raven? Me muero por saber cómo podemos usarte en Vavmordia –le dijo cogiéndole la mano temblorosa.

Alistair examinó su mano herida con una sonrisa embelesada.

–¡No te atrevas a hacerle daño! –protestó Patrick.

–¡Oh, no! –dijo Alistair con un rastro de burla–. ¡Haría cualquier cosa antes que dañar a este pequeño ángel! Y saber que es tan importante para ti la hace mucho más valiosa para mí. –El rostro de Patrick se descompuso–. No soy tan malo como crees, muchacho. Aun así, me pregunto qué le ocurriría a una no suicida, capaz de sangrar, si le cortamos una arteria y dejamos que todo el líquido se derrame a nuestros pies hasta la última gota –dijo mientras se sacaba una daga del cinturón y se la acercaba a Raven a la garganta.

–Maldito, ¡déjala en paz! –gritó Patrick intentando deshacerse del agarre del guardia, pero este lo retuvo con más fuerza. Fue necesario que otros uniformados intervinieran. Un segundo después, tres hombres lo sometían contra el suelo.

–Sólo es una pregunta que me viene a la cabeza; no es que vaya a hacerlo realmente. ¿Qué pasaría si lo hiciera? Es todo lo que quiero saber –insistió el vavmordiano.

Raven tembló bajo el filo del cuchillo.

–¿Qué pasaría? –exigió Alistair mirando a Raven con los ojos casi salidos de sus cuencas–. Merion tuvo que haberlo descifrado. ¿Qué pasaría si lo hiciera? ¡Responde!

–Moriría... de nuevo –confesó ella.

Los vavmordianos se miraron los rostros, confundidos y llenos de asombro. Alistair, en cambio, no parecía estar sorprendido. Su semblante era glacial.

–Eso sería una pena, ¿no crees? –preguntó mirando a Patrick, que yacía en el suelo–. Te lo preguntaré sin rodeos: ¿qué estarías dispuesto a hacer para conservar su... vida?

–¡No le hagas caso, Patrick! –intervino Raven.

A pesar del pánico, se concentró para tratar de leer a Alistair, pero su empatía azarosa no le funcionó en aquel momento. Era extraño. Aunque estaba muerta de miedo, no era

capaz de ver a través de la vida de aquel gigante que, ahora sabía, era más peligroso que Barto, Angus, Zweig y Shadow juntos. Por algo era el jefe del ejército de Vavmordia. Un bárbaro capaz de degollarla allí mismo, frente a las miradas ávidas de sus subordinados.

Raven parpadeó, con el cuchillo aún lamiendo su garganta. Miró a Patrick con el rabillo del ojo. Había dejado de luchar; sus ojos estaban empañados de rabia e impotencia.

–Se acabó el Alistair amable, Patrick. Si tengo que usar a esta pequeña estúpida para obligarte a obedecerme, lo haré sin vacilar –le dijo con voz colérica–. Ahora dime, ¿qué estarías dispuesto a hacer para evitar que mate a tu querida Raven Davis?

–Haré todo lo que tú me ordenes, Alistair –respondió con voz mecánica.

Una espesa lágrima rodó por la mejilla de Raven al tiempo que un murmullo de complacencia se elevaba en la habitación blanca.

–Oh... Tus palabras son música para mis oídos –dijo el líder de las Fuerzas Armadas de Vavmordia–. Vuelve a decirlas, ¿quieres? Más alto, por favor.

–Haré lo que tú me ordenes, ¡maldita sea! –repitió Patrick desde el suelo–. ¡Lo haré!

Los cazadores murmuraron a espaldas de Alistair.

–Bien –dijo él satisfecho, devolviendo la daga a su cinturón–. Empezaremos con algo sencillo: traerás a los demás montañeses hasta mí. Después comandarás las fuerzas de asalto a Agretha y a Orpheas. Es una misión que tenemos prevista para principios de verano.

–Alistair, ¿qué dices? ¡Esa es mi misión! –protestó Barto dando un paso al frente.

–Lo era. Ahora estás bajo las órdenes del capitán Kerr –soltó con frialdad, sin siquiera mirarlo. El melenudo le lanzó al prisionero una mirada colérica–. Mientras tanto, Raven se quedará en Vavmordia con nosotros. Cuando el control de las dos ciudades esté en nuestras manos, te la devolveré con todos sus signos vitales, como ahora –dijo tocando el pequeño espacio de su piel donde la daga había presionado. Su pulso latía incontrolable.

Patrick asintió, derrotado, mientras los guardias lo ponían de pie. Su mirada azul se había ensombrecido al punto que sus ojos eran dos lunas de color añil.

Raven se sentía destrozada; su intención de protegerla había ido demasiado lejos esta vez. No sólo lo convertiría en un traidor delante de los aldeanos que tanto se esforzaba en proteger, sino que lo condenaría para siempre: «La verdadera condena está en la mente... y en el corazón», le había dicho. Hacer daño a gente inocente era la forma más

sencilla de ganarse el infierno. Patrick estaría muy cerca de ser devorado por la culpa, si ella lo permitía.

–Raven, sé buena y ven conmigo a la torre de cristal –dijo Alistair.

Invasada por un repentino acceso de ira, Raven apretó los puños sin notar que las uñas se le clavaban en la palma herida. El dolor fue intenso, pero también lo último que percibió.

Fue entonces cuando un sentimiento oscuro la abrasó; una viva mezcla de violencia y coraje apabullantes, mucho más poderosos que todo lo que hubiera sentido jamás. Más poderosos que ella misma... y tan perturbadores como la sensación de electricidad que le golpeaba la cabeza y los oídos. Raven se sintió igual que cuando estaba a punto de leer a Margherite, al doctor Merion, a Randolph, a Dimas y a Barto, aunque aquellas emociones parecían dotarla de poder en lugar de reducirla.

La habitación se movió a uno y otro lado. Su cabeza parecía estar a punto de explotar. Tembló con sólo pensar en que la vida de Alistair estaba a punto de aparecer ante sus ojos. Presumió que sería lo suficientemente abrumadora como para causarle todos aquellos sobresaltos. Cerró los ojos con resignación, esperando ver toda una cadena de suciedad que resumiría lo que había sido su vida en el primer mundo.

En un instante, la vida de Alistair le inundó los ojos y le llenó los sentidos, pero, en lugar de verse arrastrada por la desesperación que lo había llevado a la horca, Raven tomó fuerza de sus debilidades, casi sin proponérselo, y todo fluyó con asombrosa naturalidad. De pronto se sintió fuerte, imponente, poderosa y confiada... como él. La dueña absoluta de Miaros.

Sus articulaciones se tensaron como cuerdas de piano y su mandíbula se endureció. De pronto se sintió capaz de ganarle en una lucha cuerpo a cuerpo, de triturarlo con sus propias manos. Aquella fuerza instintiva la llevó a apartar de un manotazo los tentáculos de Alistair de su cuello. El vavmordiano la miró con los ojos entreabiertos, visiblemente insultado.

–Yo no obedezco las órdenes de un cobarde –dijo ella con firmeza.

–¿Qué has dicho? –preguntó con un gesto sombrío.

–¡Raven, no! –intervino Patrick.

–Eres un cobarde que prefirió matarse antes que caer en manos de los romanos. No eres un verdadero luchador –continuó ella con osadía-. ¿Por qué habría de obedecer las órdenes de un pobre herrero asustado?

Los cazadores vavmordianos dieron un paso atrás, conscientes de que la ira de Alistair era una de esas cosas que, como la llama, destruyen todo alrededor. Ella también lo sabía, pero, si Alistair era una llama, ella era un volcán.

El líder levantó un puño, listo para asestarle un golpe, pero algo sucedió... Sus ojos centellearon con los de Raven, como si un rayo los hubiera alcanzado a ambos. Ella percibió cómo su poder fluía a través del aire hasta su propio cuerpo, llenándola de una energía desmedida, casi intolerable. A medida que su poder aumentaba, el de Alistair se contraía, a juzgar por la expresión de sus ojos, oscuros y vacíos, cada vez más vidriosos. El vavmordiano dejó caer el puño laxo a un costado.

—Oh, Raven —musitó con suavidad—. No vas a creerlo, pero acabo de ver tu vida entera en mi mente. Es tan... inaudito. —Sus palabras sonaban como los desvaríos de un loco.

Ella casi perdió el control al escuchar aquello. ¿Había visto qué...?

—¿Qué es lo que has visto, Alistair? —preguntó Patrick con suavidad. Sus ojos azules eran inquisitivos y habían vuelto a la vida repentinamente.

El hombre parecía fatigado y desorientado, como un anciano enfermo recién levantado, tan frágil que Raven apostaba a que alguien podía arrojarlo al suelo con un leve soplido. Los demás vavmordianos estaban paralizados pero atentos a su alrededor.

—Pobre pequeña... —susurró. Se volvió hacia Shadow y le lanzó una mirada amenazadora. Ella se achicó como una gata acorralada en un basurero—. Esta harpía te ha hecho daño, ¿no es cierto? Aun cuando has intentado salvarla.

—Así es, pero no me importa Shadow, Alistair —dijo Raven mirando significativamente a su ex compañera de dormitorio del internado. Ya tendría tiempo de castigarla—. Déjanos ir —soltó con voz fuerte y diáfana—. Deja que Patrick y yo nos vayamos de Vavmordia.

El hombre volvió a mirarla con lánguido recelo.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Raven tomó aire con brusquedad. Ahora era plenamente consciente de que su poder era más gigantesco de lo que hubiera imaginado, pero también sabía que estaba obligada a encontrar la manera de usarlo a su favor. Debía aplicar su empatía con inteligencia; no se trataba sólo de intercambios de emociones, sino de un duelo de mentes.

—Porque... —balbució—. Porque no necesitas que una chica vulnerable y un montañés conflictivo resuelvan tus problemas, Alistair. En el fondo lo sabes. Tú podrías tomar esas ciudades... con los brazos atados a la espalda.

Un silencio inundó la habitación blanca. Alistair lo meditó unos instantes mientras sus ojos aún se mantenían en el trance que los había dejado vacíos, con las pupilas convertidas en dos insignificantes puntitos negros. Los cazadores lo miraban con una expectación latente.

–Muy bien –dijo con un asentimiento mecánico–. Guardias, ¡liberadlos!

## CAPÍTULO 17

# Fugitivos

Raven caminaba por los pasillos del Edificio de Seguridad de Vavmordia con los puños apretados. La sensación de poder absoluto, su versión personal de Alistair, aún no se había disipado, pero pronto lo haría y, cuando lo hiciera, estarían de nuevo a merced de ellos.

Descendió con pasos desafiantes por la sinuosa escalera mientras los murmullos de conmoción de los vavmordianos se quedaban atrás. No llegó a entender lo que decían, pero no le importaba. Sólo sabía que debían salir de allí tan pronto como se lo permitieran sus pies. Los escasos empleados que quedaban en el edificio los vieron pasar con los ojos entornados, pero ninguno de ellos los detuvo.

—Santo cielo, Raven. Lo has hecho —le susurró Patrick conmocionado, caminando tras ella.

—Por favor, por favor —respondió sintiendo cómo poco a poco volvía a ser ella misma—. Cuando lleguemos a la calle debemos escapar. No sé cuánto tiempo durará la locura de Alistair.

Apenas abandonaron el edificio, Patrick la cogió de la mano. Ambos echaron a correr a través de Pierrepont Circus, mezclándose entre la muchedumbre festiva que poblaba las calles. Raven se abrió paso entre la gente repartiendo codazos y empujones, pero todos aquellos vavmordianos juerguistas parecían tan ebrios y deshechos que ninguno tuvo fuerzas para protestar.

Corrieron en zigzag por pequeños callejones oscuros y atravesaron otra plaza, mucho más pequeña que Pierrepont Circus. Allí, Raven vio de frente la imponente torre de cristal de Vavmordia, cuyos colores variaban con el paso de los segundos. A través de las ventanas abiertas se colaba el sonido estridente de la música electrónica y el murmullo colectivo de los asistentes a la fiesta.

Entonces, un grito atronador, como el aullido de una sirena de ambulancia, amortiguó todos los sonidos alrededor. Los dos se detuvieron y se miraron horrorizados. Por alguna razón, ella sabía que aquello era una llamada para alertar a las fuerzas de seguridad de que bloquearan todas las salidas de la ciudad.

Retomaron la huida. Atravesaron un oscuro bulevar y bajaron por unas amplias escaleras de cemento que comunicaban con otra plaza. La gente murmuraba sin saber cómo reaccionar ante el sonido de la sirena, hasta que vieron a Patrick y a Raven corriendo desbocados. Una mujer dejó escapar un grito de pavor, apuntándolos con el dedo, y todos los demás miraron en su dirección. Los vavmordianos intentaron tirárseles encima, pero Patrick apretó más la mano de Raven y juntos se escabulleron por un oscuro callejón.

En ese momento, un potente vehículo cruzó la esquina de la callejuela. Raven oyó el inconfundible rugido del motor. Reparó con asombro e incredulidad en que se trataba de una motocicleta deportiva. ¿Cómo era posible que hubiera motos en Vavmordia?

Patrick se lanzó encima del conductor hasta derribarlo. El vehículo se balanceó por el impacto y avanzó hasta chocar con un muro, a varios metros de distancia. Patrick se puso de pie y murmuró una áspera disculpa al hombre, que aún yacía desorientado en el suelo. Le arrebató el casco, dejando al descubierto su rostro asustadizo, y sin más dilación corrió hasta la moto. Raven lo siguió vacilante.

—¿Sabes conducir una moto? —preguntó él mientras le entregaba el casco.

Patrick agarró el manillar y se subió a horcajadas sobre el asiento de piel con una ligera expresión de placer.

—Por supuesto —masculló—. Súbete ya.

Ella obedeció, no sin antes tomar una buena bocanada de aire y colocarse el casco. Nunca había subido a una de esas cosas y, decididamente, hacerlo no figuraba en su lista de deseos. Se abrazó a la espalda de Patrick, que se había inclinado cuarenta y cinco grados hacia delante. Él movió su pie izquierdo hacia abajo, provocando un leve chasquido. Primera velocidad. Desembragó con la mano izquierda y con la derecha giró el otro manillar. El ruido del motor fue ensordecedor. Todos los vellos del cuerpo de Raven se erizaron con violencia. Se pusieron en movimiento.

Cruzaron en la esquina del callejón mientras las sirenas continuaban aullando. Doblaron en otra esquina, al final de una estrecha calle, lo cual hizo que la moto se inclinara hacia la derecha. Raven apretó los párpados, clavó los dedos en el abdomen de



Patrick y se abrazó a él con mucha fuerza para no caerse. Él volvió a provocar un leve chasquido, esta vez levantando el pie con suavidad mientras manipulaba el embrague junto con las velocidades, tan rápido que ella no se percató qué hizo primero y qué hizo después. Empezaron a moverse a mayor velocidad. Se adentraron en una avenida más abierta. Raven sintió que el viento le revolvía el vestido y le enfriaba la piel del cuello y los brazos.

Patrick manipulaba los cambios con destreza, como si hubiera nacido sobre la moto. Ella se preguntó dónde habría aprendido un militar de la Regencia a llevar una motocicleta deportiva. Estaba a punto de formular la pregunta cuando el sonido de otros motores a sus espaldas la distrajo. Miró sobre los hombros de Patrick y vio con horror, a través de los retrovisores, que un grupo de coches, muy parecidos a los del ejército, avanzaban hacia ellos.

—¡Sujétate bien! —gritó Patrick para hacerse oír por encima del rugido de la moto.

Obedeció con el corazón acelerado mientras él volvía a realizar la maniobra del pedal de velocidades, el embrague y el acelerador, al menos unas cuatro veces seguidas, hasta que se movieron sobre el asfalto con una rapidez inverosímil.

El viento, que soplaba en su contra, les golpeaba. Al principio, la sensación fue de horror, pero poco a poco sus sentidos se acoplaron al vértigo del movimiento, aceptando la velocidad. Raven se sentía como si estuviera flotando por encima de la vía.

—¿Cómo es que sabes conducir una moto? —gritó.

—Trabajé en una fábrica en el sur de Vavmordia. No es difícil.

Muy pronto se percataron de que los rugidos de los vehículos se habían quedado atrás y disminuyeron la velocidad. A medida que avanzaban, las viviendas fueron convirtiéndose en una fila de chozas de estuco, troncos y techos de ramajes de palmeras. Comprendió que habían llegado hasta la zona más deprimida de Vavmordia. Era allí donde habitaban los esclavos de las canteras y las minas. Raven no pudo evitar pensar en Mateusz de nuevo.

Más adelante atisbaron a un grupo de hombres andrajosos que caminaban a orillas de una carretera. Todos se apartaron para dejar que la motocicleta avanzara, pero, cuando se percataron de que era Patrick quien conducía, gritaron y elevaron vítores en su honor, como si fuera una celebridad que hubiera llegado al barrio de incógnito. Él los saludó con la mano sin detenerse.

Siguieron conduciendo hasta que la carretera se acabó, dejando en su lugar los rieles de un ferrocarril y, luego, la entrada a un profuso bosque de espinos. Patrick se adentró con la moto en el territorio escabroso, moviéndose sobre la desigualdad del suelo. Después de unos minutos de forcejeo, se detuvo por completo y descendieron. El fragor de un río que fluía en plena montaña se oía muy cerca. Patrick empujó la pesada máquina de acero por un talud hasta que esta se precipitó hasta chocar con las piedras filosas del río estrepitosamente. La moto fue devorada por las crestas y empujada por la corriente, como si se tratara de un barquito de papel.

—Me habría gustado tener una de estas en Waterloo —murmuró—. ¡Ahora vámonos de aquí!

Subieron por la montaña a través de la espesura del bosque. Raven se preguntaba cómo había logrado resistir tantos peligros físicos y emocionales. Por si fuera poco, aún debía afrontar las revelaciones de Drivas: las luces volverían a aparecer en diecinueve años, y más alarmante todavía, ella seguía viva, tal vez en un estado de coma del que podría despertar tarde o temprano... o tal vez no.

Raven se esforzó en seguir escalando con sus escasas fuerzas, pero de pronto todo el peso de un día repleto de sucesos abruptos se le vino encima como una implacable losa de hormigón. Sintió que el mundo empezaba a dar vueltas. De no ser por Patrick, que la agarró a tiempo, Raven habría rodado por la colina y aterrizado junto a un montón de arbustos, unos metros más abajo.

—Oh, cariño, ¿estás bien? —susurró él. Ella trató de asentir, pero su movimiento pareció más bien un espasmo—. Te he forzado demasiado. Paremos ya.

La tumbó sobre la hierba, cerca de un palisandro. Raven sintió hambre, sed, cansancio, sueño, dolor, todo a la vez. Él depositó un beso en su mano herida y se arrancó un pedazo de su camiseta para hacerle una venda. Después, recogió un poco de agua que bajaba de las montañas para ofrecérsela.

Sobre sus cabezas, el cielo estaba cubierto de luceros. A un lado, las montañas empezaban a iluminarse con el tenue resplandor del alba; un nuevo día estaba a punto de nacer. Aquel fulgor le bastó para ver con mayor claridad las facciones de él. Su mirada había vuelto a ser enigmática, al punto de que era imposible interpretar sus emociones. Sus labios estaban apretados, formando una línea recta y su frente amplia dibujaba entre

las cejas una pequeña ola. Raven lo contempló con dolorosa impotencia. ¿Por qué no decía algo?

Sollozó, incapaz de contener más tiempo la desesperación y el temor. Su llanto se volvió más insistente, hasta que Patrick, angustiado, la cogió en brazos. Acunó su cabeza contra su pecho, pero ella no dejaba de gimotear.

—Nos han perdido la pista —susurró—. Estás a salvo.

Raven sintió que iba a enloquecer si no hablaba pronto. Se le formó un nudo en la garganta, pero hizo un esfuerzo para disiparlo.

—Patrick, estoy viva —dijo con la voz quebradiza—. Drivas lo dijo. Podría despertar y...

Los sollozos la frenaron. No fue capaz de continuar. Las posibilidades eran desastrosas.

—Sí, así es —susurró él con una sonrisa esperanzadora, como si aquella fuera una buena noticia en lugar de una amenaza latente a su felicidad.

Parecía que él deseaba que siguiera viva, aunque ello significara que se separarían para siempre. Las lágrimas amenazaron con reaparecer.

—¡Y eso te hace feliz! —le acusó—. Para ti es mejor que el camino de luces, ¿no es así? Con algo de suerte, me marcharé de tu vida en cualquier momento y te habrás deshecho de mí.

—Raven, yo...

—¡Lo entiendo! —soltó con una dolorosa certeza—. Sé que quieres lo mejor para mí.

—Así es.

—Pero ¡esto es atroz, Patrick! Si despierto un día y me doy cuenta de que estoy en un lugar, lejos de ti... lejos de la aldea... —gimoteó—. No podré soportarlo, ¿entiendes?

Él arrugó el entrecejo y negó con la cabeza.

—Raven, creo que estás sufriendo eso que llaman «estrés postraumático». Deberías...

—¡No te atrevas a subestimarme! —rugió tratando de incorporarse, pero la gravedad volvió a tirar de ella hacia abajo. Patrick la rodeó de nuevo con sus brazos. Ella intentó apartarlo—. Sólo quieres hacerme creer que todo está bien, pero no me estás ayudando. Eres cruel.

—Todo está bien —le dijo—. Huimos de los vavmordianos gracias a tu maravilloso don. Estoy tan orgulloso de ti, Raven... Nos has salvado a los dos, ¿no deberías estar feliz por eso? —preguntó con aquella voz tierna y profunda, pero que no le hablaba de lo que

deseaba oír—. Alistair aún debe de estar rascándose la cabeza y preguntándose qué le hiciste.

—¡No me importa Alistair! —bramó—. ¿Es que no lo entiendes? —Tomó aire antes de volver a hablar, consciente de que las palabras que tenía en mente eran muy duras. Eran palabras que nunca creyó poder decir, pero que en ese momento tenían mucho significado—. No quiero vivir... no quiero que las cosas cambien. Quiero quedarme, Patrick... contigo.

Patrick entrecerró los ojos.

—Creo que eso es algo que no puedes decidir tú. Nadie puede.

—Lo sé. — Sollozó con amarga impotencia—. Pero ¿qué es lo que estás pensando? ¿Quieres que me vaya? ¿Quieres que viva una vida donde tú no existas? ¿Hacer lo correcto es más importante para ti que tus propios sentimientos? —La voz se le quebró.

De pronto, le pareció comprenderlo todo. Claro que era así. Patrick no la quería lo suficiente como para plantearse estar con ella el resto de la eternidad. ¿Quién podría atarse a otra persona de por vida cuando el futuro era infinito? Él tardó demasiado en contestar.

—No es fácil para mí admitir esto, pero... —dijo con voz sufrida—. A pesar de todos los años que he permanecido aquí, a pesar de las cosas que he hecho, sigo siendo un egoísta incorregible. —Raven se arrepintió de haberlo obligado a hablar. No, en realidad no quería escuchar su discurso, no esa clase de discurso que la partiría en mil pedazos. Hizo un esfuerzo por ponerse de pie y salir corriendo de allí, pero él la detuvo—. ¡No! ¡Espera! No es lo que crees. Nadie más que yo —continuó— deseaba que pudieras quedarte... pero para siempre.

Sus palabras le devolvieron la respiración, aunque no estaba segura de si estaba desvariando.

—Me cuesta mucho evitar ser egoísta cuando se trata de ti —continuó mientras comenzaba a trazar con el dedo la línea de su mandíbula—. Raven, desde el primer momento en que te vi, he deseado estar a tu lado. Cuando vi tus ojos asustados después de caer del árbol, supe que no iba a desear nada más que pedirte que fueras mi compañera, la compañera que siempre deseé. Dimas te acusó de ser una vavmordiana y rogué en silencio para que no tuviera razón, e incluso —bajó la mirada— una parte de mí deseaba ignorar ese hecho. Te quería para mí a pesar de todo y de todos.

Raven gimió de asombro e incredulidad.

—Pero me dijiste cosas horribles entonces e incluso... —susurró.

—Estaba enfadado conmigo —confesó— porque creí que había sucumbido ante una bella y lista vavmordiana que iba a llevarnos a todos a la perdición. Si algo malo le sucedía a la gente de la aldea, sería por mi culpa. Por eso me hice creer que te odiaba. Otra parte de mí se burlaba y me decía que no iba a pasar mucho tiempo antes de que mi orgullo claudicara y corriera como un desquiciado a tu tumba para desenterrarte. Para pedirte perdón y rogarte que me aceptaras.

Ella levantó una mano y le acarició el cabello con devoción.

—Después de conocer a los vavmordianos, yo también quisiera darles una paliza.

Él rió con suavidad. Raven sintió aquella risa en su estómago, como una caricia de sus manos.

—Deseo que te quedes aquí, conmigo, aunque ello signifique que tu vida sea arrancada del otro mundo, lo cual me hace sentir fatal. Pero no está en mis manos decidirlo, ni en las tuyas. —Lanzó una mirada fugaz al cielo—. Pase lo que pase contigo, Raven Davis, estaré feliz porque al menos te he conocido, porque has logrado que olvide que estoy muerto y que mi alma ha sido arrojada a este agujero. Me has hecho entender que el cielo no es un lugar sino una persona: eres tú. Me has salvado, mi pequeño ángel. —Los ojos de Raven se llenaron de lágrimas; lágrimas que terminaron de derramarse cuando él pronunció—: Te amo.

No estaba segura de haberle oído bien, pero su corazón gritó a través de su boca:

—Yo también te amo.

Los labios de Patrick se curvaron en una sonrisa. Volvió a tomar su boca de una forma sutil pero posesiva, con un beso mucho más intenso que cualquier otro que le hubiera dado antes. Raven creyó que todo el tormento de las últimas horas y los últimos días había valido la pena después de escuchar aquella hermosa declaración. Se sentía unida a él, o, como bien lo había dicho, como su compañera.

Cuando el beso culminó, Patrick apoyó su frente en la de Raven.

—No conozco el futuro, ni tengo el poder para manipularlo —susurró—, pero ¿sabes qué puedo hacer? Amarte. Hacerte feliz para que cada minuto en esta tierra compense tu agonía, dondequiera que esté tu cuerpo. Y cuidar este maravilloso regalo que hallé en el bosque el tiempo que esté conmigo, sea un día o una eternidad.

Raven no dijo nada; estaba demasiado conmovida en sus brazos. No había nada que pudiera rebatir sus palabras. Patrick tenía razón: ¿quién podría persuadir al universo para

que actuase a su favor? Nadie conocía el futuro y ella bien podría permanecer en aquel mundo un día más o para siempre, pero, mientras su amor durase, debía absorberlo todo, como la tierra absorbe la lluvia. Debía alimentarse de él. Ello la mantendría viva en un sentido totalmente nuevo y Patrick la salvaría a ella también.

—¿Serás valiente, Raven? —preguntó él—. ¿Podrás aceptar lo que sea que suceda?

Ella lo miró con determinación.

—Sí —dijo.

Y de inmediato supo que así era.

Patrick la abrazó con una ternura infinita. Cuando se separó de ella, al cabo de un momento, Raven se dio cuenta de que estaba más reflexivo, tal vez un tanto tenso, como si estuviera librando alguna batalla interna.

—Bien... —musitó con una sonrisa nerviosa—. Creo que ha llegado la hora de la verdad.

Raven frunció el ceño.

—¿Qué verdad?

—De mi verdad —dijo—. Voy a contarte cómo y por qué lo hice.

## CAPÍTULO 18

# Patrick

Raven apoyó la espalda en el palisandro y cruzó las manos a la altura del regazo. No había razones para temer. Él le había dicho que la amaba, que quería quedarse a su lado para siempre y que estaba orgulloso de ella. Poco importaba la falta de certeza sobre su futuro.

Además, había decidido contarle la historia de su muerte, aunque ella no se lo había pedido en ese momento. Pero entonces, si no había razones para tener miedo, ¿por qué su corazón no dejaba de latir con semejante fuerza?

Raven se preguntó en silencio si realmente deseaba oír un relato macabro en el que su adorado Patrick terminaba muerto. Él tampoco parecía muy contento de tener que revivir aquel martirio. Ella le puso una mano en el hombro.

—No tienes que hacerlo si no quieres.

—No. Quiero hacerlo —dijo tratando de parecer fuerte—. Tienes razón. No puedo cargar con esto eternamente. Además, quiero ser honesto contigo, quiero que sepas quién soy de verdad.

Raven sintió que un escalofrío le atravesaba la columna vertebral, justo cuando lo vio abrir la boca con cierta vacilación.

—Una de las últimas batallas en las que luché fue en la de Quatre Bras, en Bélgica, después de que Napoleón escapara de la isla de Elba y empezara a dar problemas de nuevo. Nuestros servicios de inteligencia nos informaron de que en una pequeña aldea camino de Bruselas se ocultaban miles de soldados franceses heridos a la espera de atención y de los refuerzos que se dirigían a Waterloo.

»Mi regimiento tenía la misión de eliminar a esos soldados y esperar a los refuerzos para atacarlos por sorpresa. Cuando llegamos de incógnito a la aldea, nos dimos cuenta de que el ejército francés había hecho estragos en el lugar: había cadáveres por todas

partes y casas carbonizadas. La mayoría de la gente había huido, a la espera de que las tropas se retiraran.

Hizo una pausa, como si intentara recordar. Raven lo miró intensamente.

—Llegamos hasta un edificio destartado que, según los informes del coronel, servía de guarida a los franceses heridos. Me ordenó hacer volar el lugar. Entonces, envié a mis hombres a sacar los barriles de pólvora. Los colocamos a lo largo de la estructura, sin que nadie nos viera. Con suerte sólo bastarían tres explosiones para que todo se viniera abajo. —Tragó saliva—. Después de asegurarme de que todo estaba en su lugar, prendí la mecha con un disparo. Mis hombres y yo nos refugiamos en un granero para esperar la explosión, pero entonces...

Raven oyó cómo se le quebraba la voz.

—Levanté la vista y atisé en una ventana a una niña —susurró con los ojos teñidos de dolor. Raven cerró los ojos y se tapó la boca con ambas manos—. Me quedé helado. Una mujer asustada la cogió y la alejó de allí, como si temiera que alguien pudiera hacerle daño. Sin pensarlo, solté el mosquete; corrí hasta el edificio para advertirles que salieran de allí cuanto antes. Si llegaba a tiempo, podría salvarlas.

Sus ojos brillaron con algo que ella no logró identificar.

—Mis hombres, que no entendían lo que pasaba, me llamaron alarmados para que regresara y me pusiera a salvo. Pensaban que me había vuelto loco, pero no les hice caso. Pateé la puerta hasta derribarla. Dentro había mujeres y niños que al verme corrieron despavoridos escaleras arriba. No me entendieron cuando traté de advertirles de que debían salir de allí cuanto antes. Fue entonces cuando sonó la primera explosión. La estructura se tambaleó y una parte del techo se vino abajo. El fuego comenzó a consumirlo todo. Oí gritos en la habitación contigua; traté de abrir la puerta para sacar a la gente, pero no lo conseguí. Después intenté subir las escaleras, pero una segunda explosión me envió al suelo —dijo con los ojos cerrados—. Lo último que recuerdo es que uno de mis hombres entró y me sacó de allí antes de que se produjera el tercer estallido... cuando el edificio se vino abajo por completo. Después, todo se quemó.

Raven cogió su mano. Estaba fría como la nieve.

—Fue un error. Era un orfanato —confesó con la voz quebradiza mientras su vista permanecía fija en algún punto del bosque. Raven volvió a sentir un fuerte ramalazo en el corazón—. Un orfanato lleno de niños, mujeres y hombres que se refugiaban de las



balas. Una buena parte de los aldeanos cuyas casas habían sido devoradas por el fuego se hallaban escondidos allí. La información era errónea. Todos murieron.

Él no necesitó continuar, pues ella lo vio todo delante de sus ojos en un doloroso parpadeo. La poderosa ola eléctrica la golpeó y lo que tantas veces intentó hacer en el pasado sucedió finalmente... Allí estaba su vida, plasmada en un millón de diapositivas.

Unos días después de la Batalla de Waterloo, atormentado por el suceso del orfanato, Patrick abandonó el ejército pese a las protestas de sus superiores y las peticiones de sus compañeros de regimiento. Incluso el mismo duque de Wellington le había ofrecido un ascenso para lograr que se quedara, pero él ya había tenido suficiente guerra. Estaba cansado de todo. Sus ojos habían visto más dolor del que podían soportar. Pensó en atenuar su sufrimiento con la bebida, pero lo último que deseaba era convertirse en un alcohólico, como su padre. Entonces, cogió sus cosas y se marchó a Christchurch, donde había alquilado una casita. Patrick confiaba en que un tiempo cerca del mar lo ayudaría a atenuar el dolor de haber cometido un error que les costó la vida a inocentes, pero los días pasaban y nada cambiaba. Tenía pesadillas en que la niña le pedía ayuda a gritos, con el rostro carbonizado, y él no podía moverse lo bastante rápido. Se sentía un maldito inútil.

Un asesino.

Una noche, después de despertar sofocado de uno de aquellos sueños, Patrick se vio engullido por la desesperación. En un gesto que le pareció sensato, cogió la pistola que cada noche descansaba a su lado y se llevó el cañón a la parte inferior del mentón.

Raven sintió un ardor que le chamuscaba el cerebro, como si le hubieran prendido fuego desde dentro. Por un instante no vio más que fuego, como le había sucedido con la visión de Barto. Un repentino dolor en la cabeza la desorientó, como si hubiera sido golpeada por un cometa.

Ahora lo entendía todo: su determinación por proteger a los aldeanos, su obsesión por lo correcto, su sacrificio desmedido por los demás... Patrick deseaba enmendar su error protegiendo a las almas desafortunadas. Como él mismo lo había dicho: buscaba redención.

Él la miró con dolorosa inquietud y un profundo rastro de vergüenza en los ojos, dos pozos profundos de dolor. Sabía que ella lo había visto todo. Esperaba su condena.

—¡No lo hiciste adrede! —exclamó Raven—. No lo habrías hecho de saber que esa gente estaba allí dentro. Intentaste sacarlos. Lo he sentido.

Él negó con la cabeza.

—Soy un asesino. Ni siquiera sé qué hago aquí. Laros es un lugar más adecuado para mí.

—¡No lo digas ni en broma! —protestó ella—. No eres un asesino. ¡Eres un alma noble y maravillosa! Patrick, sé que fue horrible, pero debes perdonarte. Has protegido a cuarenta almas de la aldea; he visto que has hecho lo mismo en Vavmordia y en todo lugar adonde vas. Es tu naturaleza. Me has protegido a mí. Debes perdonarte.

Él vaciló, con la vista aún extraviada. Ella lo abrazó con mucha fuerza, consciente de que no sería fácil convencerlo de que él era el ser más extraordinario, valiente y generoso que había conocido jamás. Doscientos años viviendo entre las sombras de la culpa no podían cambiarse en unos minutos de conversación. Además, era un testarudo de primera. Lo mejor que ella podía hacer era amarlo mucho, amarlo de tal manera que los recuerdos de aquel terrible suceso fueran cediendo poco a poco hasta desmoronarse.

—Patrick...

—¿Puedes quererme, Raven? —la interrumpió él de pronto, mirándola con inquietud. Sus ojos habían vuelto a ser dos pozos oscuros y profundos—. ¿Puedes quererme a pesar de todo eso? ¿A pesar de lo que soy?

Ella suspiró, convencida de que las palabras no le serían útiles en ese momento. Lo besó con ímpetu y urgencia, confiando en que eso le diera la respuesta que esperaba. Su boca lo buscó hasta que sus labios se fundieron como las dos piezas de un mágico rompecabezas, las dos mitades de un todo perfectamente engranado. Él le correspondió de la misma manera, instándole con la lengua a abrir más la boca para hundirse en ella. Raven le cedió el control y de pronto sintió contra su espalda el tronco del palisandro, igual que la primera vez. Los brazos de Patrick le rodearon la cintura con fuerza, como si no fueran a soltarla nunca. Ella se abrazó más a él y, a pesar de la incertidumbre, algo en su interior le decía que todo iría bien para los dos.

—¿Qué te parece eso? —le preguntó desafiante cuando sus bocas se separaron.

Atontado aún por el beso, Patrick movió la cabeza. Le dedicó una media sonrisa turbada y se dejó caer de espaldas sobre la hierba húmeda de rocío, sin soltar el cuerpo de Raven, que cayó sobre su pecho.

—Por cierto, eres un sol... y te quiero —confesó—. Nadie llama «asesino» a mi novio.

Él volvió a mirarla con dulzura. Sus ojos, por fortuna, habían vuelto a ser de un azul eléctrico, vivo, enigmático. El color más hermoso del mundo.

La creía, gracias a Dios.

Raven cruzó los dedos tras la espalda. Esperaba que su amor bastara para sanar el dolor de Patrick. Esperaba ganarse un lugar entre los aldeanos, que los vavmordianos nunca pudieran someterlos con su ejército de cazadores, pero, sobre todo, que nada ni nadie, ni la vida ni la muerte, enturbiaran nunca aquella felicidad que acababa de descubrir en el lugar más impensado del universo.

Su prima Cynthia tenía razón. Al igual que las otras mujeres de la familia, su destino era estar con alguien mayor. Corrección: con alguien al menos doscientos años mayor.

## EPÍLOGO

# Casa

Llegaron a la aldea varios días después, cuando otra noche caía sobre el cielo de Miaros. Al verlos, los aldeanos abandonaron sus labores y corrieron hasta ellos sin saber qué expresión mostrar ante la presencia de Raven. Patrick les explicó vagamente lo que había sucedido en Vavmordia: la incursión en el castillo de Morden, la revelación sobre la nueva apertura del camino de luces en un periodo de diecinueve años, el breve cautiverio y la persecución, pero prefirió no hacer público el hecho de que Raven aún estaba viva. Probablemente nadie lo entendería.

En una reunión privada, el capitán relató a Charles Merion, Chad, Henry, Agatha, Lucy y Edric las revelaciones hechas por Drivas. Las muecas de asombro no se hicieron esperar. Nadie podía creer que fuera posible estar vivo y aun así ingresar en el mundo suicida, salvo el doctor Merion, quien, según confesó, lo había sospechado en silencio. Siendo este un argumento tan temerario, del que no tenía certeza en absoluto, el científico prefirió dejarlo en manos del sabio Drivas.

Los aldeanos volvieron a sacar sus instrumentos musicales, prepararon bebidas y dieron comienzo a una noche de celebración. No era el hecho de que Raven siguiera con ellos lo que despertó su ánimo festivo —ella no se hacía ninguna ilusión—; sólo lo hicieron porque era sábado y eso era lo que solían hacer cada sábado: emborracharse y bailar hasta el amanecer. Aunque era consciente de que no todos los aldeanos estaban muy felices con su regreso, Raven halló consuelo en Lucy y Edric y en las palabras de bienvenida que pronunciaron ante el fuego mientras levantaban sus vasos de cerveza.

Era oficial: se quedaría en la aldea. Raven lo supo cuando percibió el calor del abrazo de Patrick, que la envolvía delante de todos, para que no quedaran dudas de a quién le pertenecía su corazón. Casi inmediatamente, la mirada de Margherite la atravesó desde el otro extremo del claro. Sintió que el frío de la montaña le calaba en los huesos y

apartó la vista de aquella suicida a la que una vez había leído en profundidad. Se esforzó en concentrarse en sus amigos, en su nueva familia y en la vida que la esperaba en el caótico mundo de *Miaros*. Había llegado a casa.

Mientras la fiesta transcurría en el claro, Raven se sumió en sus pensamientos, con los ojos fijos en las llamas doradas de la fogata, como si estas pudieran revelarle qué le deparaba el futuro: ¿una muerte en la otra vida que la dejaría para siempre en el mundo suicida? ¿Un despertar repentino en un hospital? ¿O estaba obligada a marcharse dentro de diecinueve años, cuando el camino de luces reapareciera en el Bosque de los Peregrinos? ¿Y qué pasaría si antes se lastimaba o enfermaba y su muerte en los dos mundos era inminente? ¿Adónde iría a parar su alma?

Sólo el tiempo podría responder a aquellas preguntas; tiempo que le afectaría, se dijo con una punzada de tristeza. No podía olvidar que poseía la capacidad de envejecer, a diferencia de los suicidas. Le lanzó a Patrick una mirada inquieta. Él se reía de Edric y su dramatización de los vavmordianos huyendo del bosque cuando los aldeanos les hicieron frente. ¿Dejaría él de amarla cuando fuera mayor? No podía saberlo. No conocía el futuro, pero ¿acaso alguien lo conocía?

Lo único que podía hacer entonces era *vivir*, disfrutar del amor y dejar que el destino resolviera por ella aquellos asuntos sobre los que no tenía ningún control. ¿Acaso la vida no consistía en eso, en aprovechar cada minuto y en vivirla intensamente? Raven sonrió, al tiempo que Patrick se volvía para mirarla y se contagiaba de su sonrisa. Las palabras sobraban. Él estaría a su lado, como sus buenos amigos, los aldeanos. Ellos la protegerían, como Raven los protegería a ellos usando su empatía, mientras el universo le permitiera quedarse. Ah, empatía, ese incómodo y enfermizo don que aún no lograba entender del todo, pero que con esfuerzo podría convertir en algo muy bueno, en algo que la ayudara a mantener a raya a los despreciables vavmordianos y a proteger a su gente.

Patrick se acercó a ella y volvió a besarla mientras los primeros rayos de sol tocaban aquel extraño mundo de la muerte que, decididamente, no era el cielo, pero que en compañía de aquel chico maravilloso empezaba a parecerse demasiado.

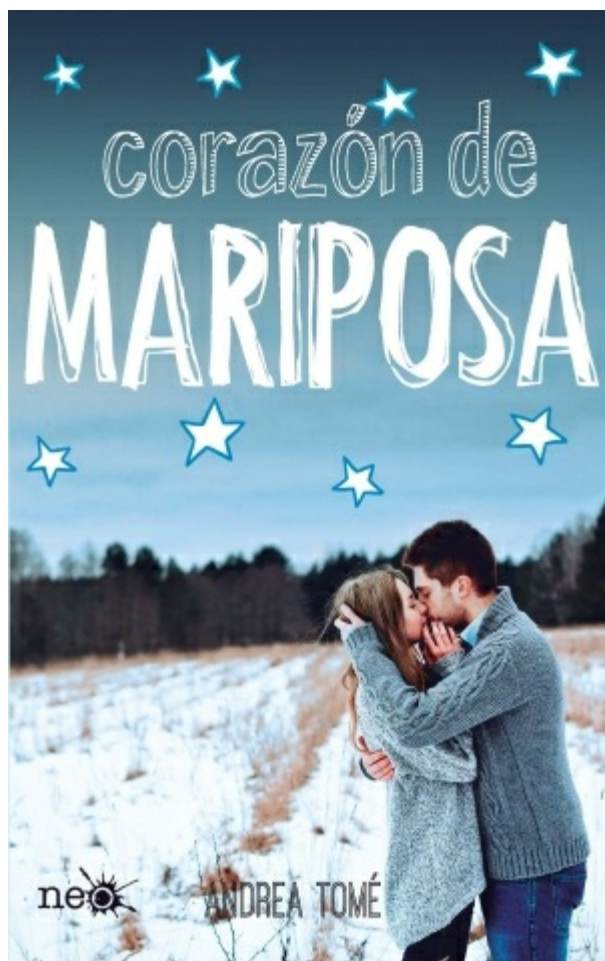
Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y nuestras redes sociales:

[\*\*www.plataformaneo.com\*\*](http://www.plataformaneo.com)

[\*\*www.facebook.com/plataformaneo\*\*](https://www.facebook.com/plataformaneo)

[\*\*@plataformaneo\*\*](#)



# Corazón de mariposa

Tomé, Andrea

9788416096220

272 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Victoria y Kenji comparten un secreto: las cicatrices que recorren sus muñecas. Para ella, los días transcurren contando calorías e intentando que su hermana no la obligue a comer más de lo que ella considera suficiente. Él vive escondiendo las marcas de su pasado bajo tatuajes y trabajando de sol a sol en un bar para amantes del rock. Ambos están solos, aislados del mundo... Hasta que Kenji descubre a Victoria en los baños del bar donde trabaja rodeada de un charco de sangre. Todos creen que ha intentado suicidarse, porque sufre anorexia, porque su novia acaba de dejarla, porque en definitiva parecía inevitable. Pero nadie la entiende realmente... hasta entonces. Victoria y Kenji se mueven a la velocidad de la vida e, inevitablemente, acabarán encontrándose.

[Cómpralo y empieza a leer](#)





# El suspiro del infierno (Los Elementos Oscuros 3)

Armentrout, Jennifer L.

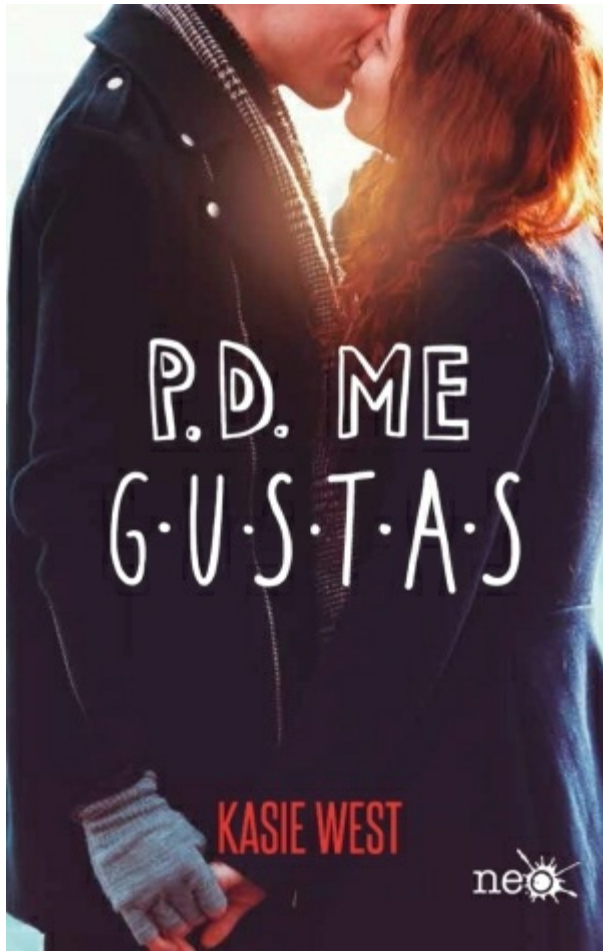
9788417114053

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ALGUNOS AMORES DURARÁN HASTA EL ÚLTIMO SUSPIRO Toda elección tiene sus consecuencias, y Layla tiene que hacer frente a elecciones especialmente complicadas. Luz u oscuridad. Roth, el diabólicamente sexy príncipe de los demonios, o Zayne, el atractivo Guardián que nunca creyó que podría ser suyo. Sin embargo, la elección más complicada que debe tomar Layla es en qué parte de sí misma debe confiar. Además, Layla tendrá que hacer frente a un nuevo problema. Un Lilin, el demonio más letal de todos, anda suelto, y está creando caos entre aquellos que la rodean..., incluyendo a su mejor amiga. Para salvar a Sam de un destino mucho mucho peor que la muerte, Layla tendrá que hacer un pacto con el enemigo para salvar de la destrucción la ciudad y a todos los seres humanos. Dividida entre dos mundos y dos chicos distintos, Layla ya no está segura de nada, ni siquiera de su supervivencia, especialmente cuando reaparezca un antiguo trato que los atormentará a todos. Pero a veces, cuando los secretos están por todos lados y la verdad parece indescifrable, tienes que escuchar a tu corazón, elegir un bando y darlo todo en la lucha.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# P.D. Me gustas

West, Kasie

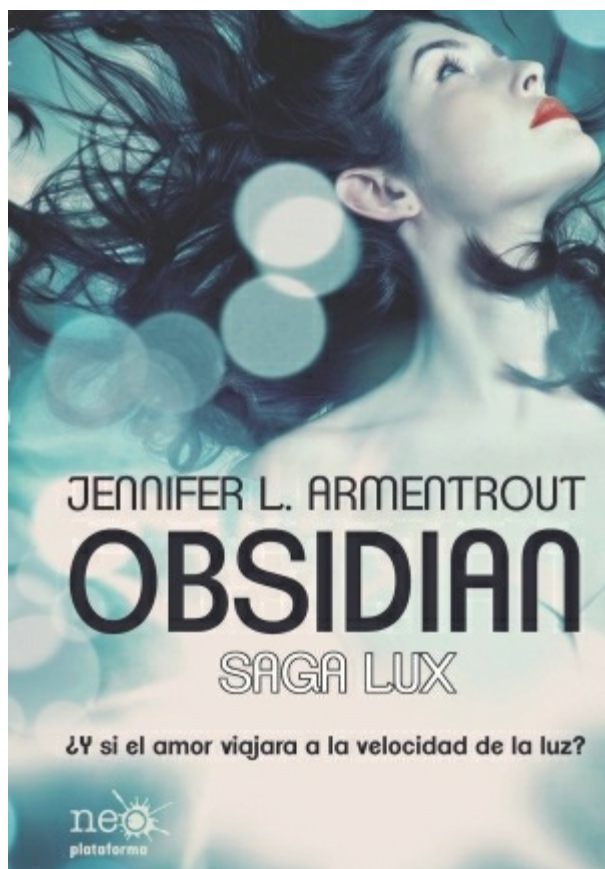
9788417114770

235 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

FIRMADO, SELLADO, ENTREGADO Para distraerse en clase de Química, Lily escribe en la mesa un fragmento de la letra de una de sus canciones favoritas. Al día siguiente, descubre que alguien escribió la continuación de la letra de la canción, y que además le había dejado un mensaje. ¡Qué intriga! Pronto, Lily y su misterioso amigo por correspondencia empiezan a intercambiar cartas enteras en las que comparten secretos, se recomiendan grupos de música y se sinceran el uno con el otro. Lily empieza a enamorarse. Pero ¿quién es él? Mientras intenta resolver el misterio y hace todo lo posible por compaginar el instituto, las amistades, los flechazos y su alocada familia, descubre que a veces es imposible poner por escrito los asuntos del corazón. Kasie West vuelve a enamorarnos con una historia de amor irresistiblemente ingeniosa, cálida y llena de luz.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# Obsidian (Saga LUX 1)

Armentrout, Jennifer L.

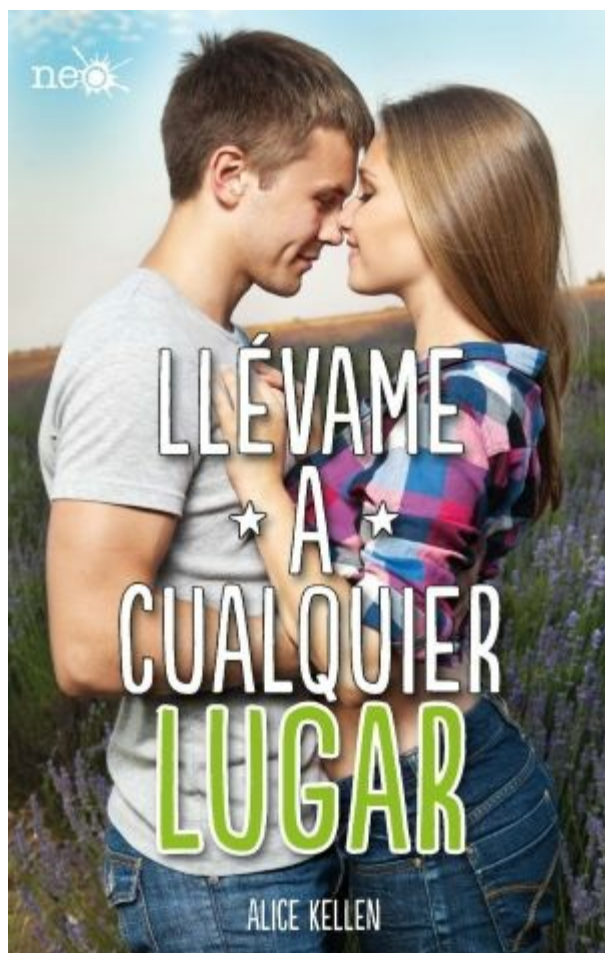
9788415750826

448 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando nos mudamos a Virginia Occidental, justo antes del último curso de instituto, creía que me esperaba una vida aburrida, en la que ni siquiera tendría internet para actualizar mi blog literario. Entonces conocí a mi vecino, Daemon. Alto, guapo, con unos ojos verdes impresionantes... y también insufrible, arrogante y malcriado. Pero eso no es todo. Cuando un desconocido me atacó, Daemon usó sus poderes para salvarme y después me confesó que no es de nuestro planeta. Sí, lo habéis leído bien. Mi vecino es un alienígena sexy e inaguantable. Resulta que, además, él y su hermana tienen una galaxia de enemigos que quieren robar sus poderes. Y, por si fuera poco, ahora mi vida corre peligro por el simple hecho de vivir junto a ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# Llévame a cualquier lugar

Kellen, Alice

9788416096879

360 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Léane y Blake, ella francesa y él inglés, no son dos piezas de un puzle destinadas a encajar. En realidad, ni siquiera se soportan cuando el concurso de periodismo de la universidad los sitúa en el mismo punto de partida. Él valora sus sueños por encima de todo y no dejará que nada se interponga en su recorrido hacia la meta, ni siquiera el seductor acento de Léane. Ella necesita el dinero del premio y utilizará todos sus encantos para convertirse en ganadora. Ambos están dispuestos a todo, incluso a ignorar el magnetismo que poco a poco irá surgiendo entre sus artimañas y discusiones. Pero, cuando el calor de la atracción entre en su punto álgido, el frío de la realidad les demostrará que a veces los caminos más largos deben realizarse con alguien que te lleve de la mano

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# Índice

Portada	2
Créditos	3
Índice	4
Dedicatoria	5
Epígrafe	6
Final y principio	7
Capítulo 1	9
Capítulo 2	24
Capítulo 3	35
Capítulo 4	48
Capítulo 5	61
Capítulo 6	73
Capítulo 7	88
Capítulo 8	103
Capítulo 9	115
Capítulo 10	125
Capítulo 11	136
Capítulo 12	150
Capítulo 13	158
Capítulo 14	166
Capítulo 15	175
Capítulo 16	184
Capítulo 17	199
Capítulo 18	207
Epílogo	212
Colofón	214